Camilo José Cela

Judíos, moros y cristianos

Los relatos de viajes de Camilo José Cela constituyen una parte fundamental de su producción literaria. En este volumen, uno de sus títulos esenciales, el autor explora Castilla la Vieja. *Notas de un vagabundaje por Segovia, Ávila y sus tierras* (1956) mantiene una intención inequívocamente poética o literaria mientras acompaña al lector por esos rincones de la geografía española. Se trata de un volumen que demuestra cómo no hay frontera definida entre sus libros de viajes y su aportación novelística, géneros entre los que se produce un trasvase de ficción y realidad, así como una continuidad de estilo y calidad literaria.

Camilo José Cela

Judíos, moros y cristianos

Notas de un vagabundaje por Ávila, Segovia y sus tierras

ePub r1.0
Titivillus 19.05.2023

Título original: *Judíos, moros y cristianos*
Camilo José Cela, 1956
Colección: Áncora & Delfín,
n.º
120

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mi padre, profesor de Geografía

Quiero dejar pública constancia de mi gratitud a la señorita Pilar Rojo de Nozal, y a los señores don José Manuel Caballero Bonald, don Juan Antonio Escobar, don Manuel García Blanco, don Alejandro García Sánchez, don Mariano Grau, don José
M.ª
Luelmo, don Mariano Moreno Fernández, don Juan Muñoz García, don Estanislao Pan y Montojo y don José Roldán Yanguas, sin cuyo consejo y orientación seguiría, a estas horas, dando palos de ciego por los caminos de Castilla la Vieja.

Te aseguro que no saldré sin pena de esta Castilla la Vieja, lo mejor de España.

De una carta de don Juan Estelrich y Perelló a don Marcelino Menéndez y Pelayo.

PRÓLOGO

Los límites de su excursión es algo que ha dado mucho que pensar al vagabundo. La *región castellana* de los geógrafos no coincide exactamente con Castilla la Vieja, aunque sí sea un poco su alcaloide, su corazón, incluso su alma y, desde luego, su historia, casi toda su historia.

Castilla la Vieja, por otra parte, tampoco es nombre que para todos signifique lo mismo. A las provincias de Santander, Burgos, Logroño, Soria, Segovia y Ávila, del ingenuo, equivocado y saludable cantar infantil, el vagabundo va a sumar las de Valladolid y Palencia que, para algunos escolantes puntillosos, forman parte del reino de León, pero va a restar las de Santander y Logroño, que le parecen menos castellanas, quizás, ¡quién lo sabe!, si por demasiado ricas. Santander, en su Cantabria, y Logroño, en su Rioja, son mundos a espaldas de la Castilla que el vagabundo entiende, por lo menos, a los efectos y a los fines de este viaje. Piénsese que en esto, como en tantas y tantas otras cosas, hay opiniones para todos los gustos; el gusto y las opiniones del vagabundo —en sus sumas y en sus restas geográficas— coinciden con los del ilustre conde de Floridablanca, ministro de Carlos III, quien en sus *Relaciones* daba a entender que Castilla la Vieja reuma las provincias de Burgos, Soria, Segovia, Ávila, Valladolid y Palencia, que es lo que el vagabundo tiene por certero, a pesar de que una ley de medio siglo más tarde añada las de Logroño y Santander sin quitar ninguna.

En el asunto de querer meter y sacar provincias de Castilla la Vieja ha habido algunos puntos de vista disparatados y algunos otros, como siempre pasa, un poco más razonables.

Don Patricio de la Escosura, el autor de *También los muertos se vengan* y de *El busto vestido de negro capuz*, propuso dividir a Castilla la Vieja en las provincias de Valladolid, León, Palencia, Salamanca, Zamora, Ávila y Oviedo. Esto, al vagabundo, le parece una insensatez.

Don Segismundo Moret, que fue ministro de todo menos de Guerra y Marina, proyectó formar Castilla la Vieja con las provincias de Burgos, Palencia, Santander y Soria, criterio tan ahorrativo como pintoresco que no prosperó.

Don Francisco Silvela, el prologuista del *Epistolario* de sor María de Agreda, quiso que por Castilla la Vieja se entendieran las provincias de Valladolid, Burgos, León, Palencia, Salamanca y Zamora. En la división de Silvela desaparece el reino de León, lo que el vagabundo no encuentra nada bien, y figura la provincia de Salamanca, al mismo tiempo, en Castilla la Vieja, como ya se dijo, y en Extremadura, como ahora se aclara; el vagabundo no sabría explicar si esto es así por equivocación o por haber proyectado partir el campo de Salamanca por gala en dos. En fin…

El vagabundo ignora qué misteriosas razones de la tierra gobiernan los actos de sus hombres. Pero el vagabundo sabe —un mapa de las escuelas puede explicárselo— que esas razones, que quizás alguien haya estudiado ya, son ciertas como la luz del sol.

La *región castellana* de los geógrafos comprende, sobre poco más o menos, las comarcas de la Ribera, el Páramo, Lagunadalga, vega de Toral, valle de Valdavia, valle de Buedo, la Bureba, campos Góticos o tierra de Campos, concha de Pineda, valles de Cerrato, tierra del Pan, tierra del Vino, Carbajosa, la Armuña, tierra de Arévalo y la Morana. Pero fuera de lo que entendemos, bien o mal, por Castilla la Vieja, quedan las cuatro primeras comarcas, en torno a los ríos Luna, Órbigo y Esla, la tierra del Pan y parte de la del Vino, zamoranas, y las dos Armuñas, la Alta y la Baja, que caen por tierras de Salamanca. Quizás esto lo único que quiera decir es que la tierra se puso de acuerdo antes que la política y que la coyunda de los viejos reinos de León y Castilla estaba ya prevista por la Geografía, esa ciencia misteriosa que no se sabe ni dónde empieza ni donde acaba.

Pero la división administrativa, aun siendo —es posible— más mala que buena y más artificial que lógica, debemos respetarla, con

las cortapisas y los añadidos de que hablamos, aunque sea un poco querer ponerle puertas al campo, porque este libro —cuando esté completo del todo, si algún día llega a estarlo, y se llame, ya para siempre, *Guía de Castilla la Vieja*— tiene un título, y el lector que se ha gastado sus cuartos puede muy bien exigir que se cumpla.

Castilla la Vieja no es una región natural; Castilla la Vieja es una entidad histórica. Esto de entidad histórica se le antoja al vagabundo una fórmula un tanto pedantesca, pero no encuentra otra. Las provincias de Santander y de Logroño caen un poco fuera del tópico de Castilla. El vagabundo piensa que el tópico de Castilla es lo más interesante y característico que Castilla puede ofrecernos. El pueblo, que obra por intuiciones, suele acertar. Es curioso pararse a ver que en este problema de los contornos de Castilla el saber popular coincide con el de los geógrafos, que operan científicamente. Pero la Montaña, que queda en la *región vasco-cántabra* y fuera de la España árida, y la Rioja, que cae en la *región aragonesa*, tienen otro espíritu y otro color, y no han de ser cuestiones que de esta vez trate el vagabundo. Si no se fuerzan un poco las cosas, no hay manera de escribir una guía de Castilla la Vieja.

De la *región carpetana* de los geógrafos se encontrarán en el camino del vagabundo la comunidad de Ayllón, la comunidad y tierra de Segovia, que también se llama universidad de la Tierra, la comunidad y tierra de Ávila, el valle Amblés, el valle de Corneja, el Barco de Ávila, la sierra de Gredos y parte de la Vera [1].

De la *región ibérica* interesarán a nuestro viaje las tierras de Almazán y de Agreda, donde yacen los restos de sor María, la prologada por Silvela y autora de la *Mística ciudad de Dios*, que pertenecen a Soria, y quedará fuera la de Cameros, que corresponde a Logroño.

Por último, de las *regiones vasco-cántabra* y *aragonesa*, a las que el vagabundo aludió de pasada pocas líneas atrás, se dejarán en esta ocasión de caminar, en la primera, las comarcas de Campóo, la Losa —la Mayor y la Menor—, alfoz de Aguilar —el Nuevo y el Viejo—, alfoz de Paredes Rubias, y los valles de Aibar, de Onsella, de Mena, de Pas, de Liendo, de Toranzo y de Lamasón, y en la segunda, la amplia y abierta comarca de la Rioja, que huele a vino y a guindilla y que es como la violenta y nutricia sonrisa de un dios

bárbaro, desconocido y dadivoso.

Quizás, si hay suerte, el vagabundo las camine algún día, que el tema es sobrado y el interés rebosante.

Naturalmente, el vagabundo, a pesar de todas sus teorías, después, ya sobre el camino, andará, como siempre hace, un poco a la buena de Dios, otro poco por donde le apetezca, y siempre no más que por donde le dejen. Es la eterna, la vieja ley de los caminos: las misteriosas y nunca escritas ordenanzas que orientan la brújula loca y espantada que anida en el corazón de los errabundos.

Lo contrario sería, quizás, un fraude. Un fraude de tan extraño signo como los pensamientos del ocio, esa bendición que el hombre no suele saber gastar, deleitosamente, despaciosamente, desconfiadamente, los lomos reclinados sobre el chaparro de la cuneta, la bota al alcance de la mano, el pitillo en la boca y la mente poblada de imprecisos pájaros voladores, de inciertos y bien pintados pájaros voladores.

Y el vagabundo no quiere defraudar. El vagabundo quiere decir, como siempre se cuentan las grandes verdades, las mínimas e inmensas grandes verdades, a la pata la llana, que su viaje no será mucha más cosa que un viaje sentimental, corazonal, como se dice en los tangos.

Los viajes didácticos o educativos suelen ser plúmbeos e insoportables. Además, y para colmo de males, con ellos no se aprende nada. El vagabundo piensa que al lector de un libro de viajes, tal esta *Guía de Castilla la Vieja*, no se le debe pasmar con una farragosa erudición que lo fatigue. Como contrapartida, el vagabundo ruega a su lector que no piense que, de una manera forzosa, estas líneas están escritas por un ignorante. El vagabundo también sabe sus cosas, aunque procure disimularlas por aquello de que todo el mundo tiene que comer, incluso los historiadores y los eruditos, y él, a su manera, ya se las va arreglando. Además, el lector debe percatarse de que hablar del mioceno o del gótico, del silúrico o del barroco, del diluvial o del románico, y del cámbrico o de lo que sea, es algo que está al alcance de cualquiera que no sea rigurosamente un asno.

En este libro no aparecerán demasiados datos, porque este libro no es una tesis doctoral, sino más bien todo lo contrario, pero a los pocos que figuran en él, el vagabundo procurará darles una mínima

garantía de validez, y, si en alguno se equivoca, será bien a su pesar.

Los datos se olvidan con facilidad y, además, están apuntados en multitud de libros. Lo que el vagabundo imagina que podrá valer de algo al caminante de Castilla la Vieja que le haga la merced de llevar este libro en la maleta —o al sedentario lector que prefiera la Castilla la Vieja desde su butaca, al lado de la chimenea— es que se le sirva, en vez del dato, el color; en lugar de la cita, el sabor, y a cambio de la ficha, el olor del país: de su cielo, de su tierra, de sus hombres y sus mujeres, de su cocina, de su bodega, de sus costumbres, de su historia, incluso de sus manías. En todo caso, el dato, la cita y la ficha, cuando aparezcan, estarán siempre al servicio del impreciso y tumultuoso «aire» de Castilla.

Tampoco en este libro habrá de agotarse, por parte del vagabundo, sus propias y casi infinitas sugerencias literarias de Castilla la Vieja. Unos límites editoriales concretos a los que hubo de atender —un libro es algo que empieza, pero también algo que termina— le impidieron reseñar, siquiera fuese de pasada, ni la mitad del censo humano, a veces trágico y doliente, en ocasiones jolgorioso y feliz, que brujulea, y se ilusiona, y desfallece, y muere por el camino.

Pensando en todo esto, en todo aquello y también en que a nadie se le ocurrirá jamás viajarse Castilla la Vieja de cabo a rabo y de una sentada, cosa que no sería sensato pensar que es pan comido, el vagabundo ha procurado ordenar su libro con un placentero desorden que permita leerlo a trozos y abrirlo por cualquier lado. En realidad, mirándolo bien, Castilla la Vieja no se puede viajar, sino mejor caminar o trotar, menester que al vagabundo, ¡bien él lo sabe!, no le desagrada. El vagabundaje —ese oficio al que, ahogándole en su propia humildad, hasta se le niega sitio para su nombre en el diccionario—, el honesto y errante dejarse llevarse del vilano, es una de sus más secretas vocaciones.

Volviendo a lo del libro, el vagabundo piensa, y así lo quiere decir, que los datos prácticos suelen ser mudables y además los conocen todos los conserjes, camareros, limpiabotas,
etc.
Las cosas que se pueden preguntar vis a vis o por teléfono —el precio de una cajetilla de tabaco rubio, los trenes que van al pueblo

de al lado, el título de la obra que ponen en el teatro o el horario de visita a los museos— el vagabundo ha procurado omitirlas. Su intento es otro, aunque el vagabundo, que cree que su intento es mejor, tampoco se atrevería a jurarlo porque estas son cosas que nunca se saben. La intención, por buena que sea, a veces no coincide con la imaginada y anhelada perfección del proyecto. De buenas intenciones, dice el viejo refrán, está empedrado el reino del infierno.

Quizás la más saludable preocupación que pueda tener el vagabundo, recién calzadas de nuevo sus botas de siete leguas, sea la de echarse al camino completamente despreocupado y a lo que salga, que algo siempre saldrá. Pero querer llegar hasta el final de todo, querer apurar de un sorbo el vaso inmenso de Castilla la Vieja, sería una empresa con la que el vagabundo, que procura ser un vagabundo honesto, no podría cargar sobre sus hombros. Y el vagabundo, para tranquilizar su conciencia, y a lo mejor también para dar gusto a sus cueros, se sentirá un poco gorrión del cielo, y gazapo del monte, y can de los caminos, que ata menos, Dios lo sabe, que sentirse contribuyente.

Este libro, entiéndase bien, no es otra cosa que una plantilla para mejor enterarse del aire del país que trata. El vagabundo, que se ha caminado Castilla y que, si sus fuerzas se lo permiten, piensa seguir haciéndolo, no cree que estas páginas puedan comenzarse bajo otro signo que el de la humilde paciencia, bajo otra estrella que la de la más limpia sencillez y la más deliberada y sangrante renunciación.

Ya veremos lo que sale.

I

DEL PUERTO DE NAVACERRADA AL DUERO

ESTAS, señor, son las reflexiones de un vagabundo sin suerte, pero tampoco con desventura.

El vagabundo, desde Madrid, donde vive cuando las carnes se le cansan y las piernas se le niegan a caminar, puede asomarse a Castilla la Vieja por tres balcones: el del puerto de Navacerrada, el del alto del León y el del pinar de las Navas del Marqués, por el que suele meterse en busca del camino de Cebreros, su cuartel general para sus andanzas y descubiertas por las cuestas abajo del Ávila andaluza, por los valles de Iruelas y del Tiétar, las últimas estribaciones de la Vera cacereña.

Algo —piensa el vagabundo— siempre se aprende caminando, y lo que se aprende, como lo que se roba, parece quemar las carnes llevándolo encima y conviene descargarlo para que otros aprendan, si pueden, y para que otros se escalden.

Esos tres balcones están, de levante a poniente, en el límite de las provincias de Madrid y Segovia y Ávila, y apoyados en la sierra de Guadarrama que, para que el vagabundo se entienda con quienes le escuchan, la va a obligar a nacer, más o menos, en la sierra de Malagón para llevarla 2 a morir a la Somosierra. El Guadarrama es ya como un parque de Madrid y separa las dos Castillas.

El mundo anda mal porque a las gentes les han enseñado a

guardar. Y el hambriento no come del plato del satisfecho, como es de ley, porque el satisfecho se sobresalta soñando con las pesadillas de los pálidos fantasmas del hambre, y gualda en el sobrado lo que no le cabe en el buche.

—Señora, ¿tiene usted algún bocado para un hombre que va de camino?

Y la mujer cierra la ventana de golpe.

—¡Más le valiera trabajar!

Nadie sabe qué es lo que más le valiera al hombre que marcha, un pie tras otro, por el camino, con el macuto al hombro, la conciencia tenuamente tranquila y el mirar presto a sorprenderse ante el vencejo que cruza, la perdiz que canta, el dorado escarabajo que trajina, el ciempiés que bulle, el águila que se cuelga del cielo.

El vagabundo, de espaldas a Castilla la Nueva y con la cabeza fija y sosegadamente puesta en el mundo castellano viejo que ha de recorrer, poco va a detenerse en la sierra de Guadarrama, cuya vida, buscando el amparo de los vientos, se ha escondido en las laderas del mediodía, allí donde Castilla empieza a cobrar el color de la Mancha. De los tres «sitios de interés nacional» que la sierra presenta, dos, la Pedriza de Manzanares y el pinar de la Acebeda, están en la provincia de Madrid, y solo el tercero, el pico de Peñalara, está en Segovia y casi a caballo de las dos provincias. Este pico de Peñalara lo sitúa el Instituto Geográfico a 2430 metros sobre el nivel del mar, la guía de carreteras a 2469, el Espasa a 2406 y el atlas de Stieler a 2405. El vagabundo piensa que lo más probable es que ande entre los 2000 y los 3000.

El vagabundo, muy de mañana, levantando aún el día, está en el puerto de Navacerrada, mirando para los pinos segovianos de Valsaín. A la derecha le queda, en el camino de Rascafría, el puerto del Paular, y a la izquierda, y hasta el alto del León o de los Leones, como se dice ahora, las cumbres de Siete Picos y de la Peñota o Tres Picos, a cuyo pie se extienden, por la parte sur, los chalets del valle de Guadarrama, los hotelitos de Cercedilla, de los Molinos, de Guadarrama, de Collado Mediano y de Villalba. Enfrente, verdinegra y sepia, empieza a despertarse Castilla la Vieja. La carretera, entre el Cogorro de Maravillas y el Verracón, baja dando vueltas.

A veces —no son más que pequeñas filosofías que se discurren

para pasar el rato— el vagabundo se topa, ya algún día le pasó, con un pueblo grande y rico, donde la gente tira unas colillas hermosas y todos podemos fumar.

—¿Qué? ¿Qué tal se va vendiendo el cereal?

—¡Vaya! No hay queja… ¡Oye, ponle un vasito a este!

Y este da las gracias llevándose la mano al vuelo de la boina.

—¿Hace un pez?

—Sí, señor, sí hace.

—¡Y un pez que sea grande!

La ladera castellana vieja del Guadarrama, la garganta del Espinar y la pradera de las Tabladillas, que cruza el arroyo de los Moros, inhóspita y sombría, está casi deshabitada, cosa que al vagabundo, para su afición, no le importa mayormente.

Hay que llenar la andorga, el bandujo como dicen en la sierra de Francia, por tierras salmantinas, si se puede, pero no el morral, aunque se quiera, porque lo que no cabe en la andorga de uno tiene sitio, a buen seguro, en la del que viene detrás.

—¿Y mañana?

—Mañana seguiremos caminando y algo saldrá.

Está amaneciendo y las gallinas del peón caminero, a la salida de las Siete Revueltas y después de las ruinas de la Machorra, empiezan a desperezarse. La mujer del peón caminero pronto saldrá a buscar agua al arroyo. La cabra del peón caminero abre los ojos, levanta la cabeza, temblequea la barba. El peón caminero aún duerme porque para eso es funcionario.

Valsaín y Uradera de Navalhorno, que quedan ahí abajo, en el camino de la Granja a cuyo ayuntamiento pertenecen, son pueblos de trucha y serrerías, fresquitos y llenos de veraneantes de manga corta y familia numerosa, cochecillo renqueante, los afortunados, y buena voluntad y dos pagas extraordinarias los más.

Aquí en Valsaín nació la infanta Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II y de su tercera mujer Isabel de Valois, que fue gobernadora de los Países bajos y casó con el archiduque Alberto. Esta infanta fue la que dio nombre al color isabel, un color tirando a amarillo, nombre que salió del tinte de su camisa, que la infanta había prometido no mudarse en todo el tiempo que tardaran las tropas en entrar en Ostende, y las tropas tardaron tres años. Este cochino trance se atribuye, a veces, a Isabel la Católica y a la toma de

Granada. El nombre de Isabel para llamar a un color —color camisa de infanta que se muda poco— ya casi no se usa, quizás porque las infantas modernas son más aseadas. Entre caballistas, el color isabelo designa a los caballos con casi todos los pelos amarillos, y el color isabelino, de que habla el diccionario, no designa nada.

—Si me limpias de yerbas la cuneta de aquí al puente, te doy de comer y un vaso de vino.

—No; hay quien me da de comer porque quiere, porque esa es su voluntad.

—Entonces, ¡largo de aquí!

—Adiós.

Y el vagabundo sigue andando, ya con el sol en una oreja, hasta el puente, que está bastante lejos de la caseta del peón caminero.

El Real Sitio de San Ildefonso o la Granja está en Castilla la Vieja por la misma razón que podía estar en la luna o en el fondo del mar, como las llaves. Esto es lo que tiene Castilla, que no es ni bonita ni fea, ni buena ni mala, ni siquiera variada o monótona, sino sorprendente, y extraña, y sobrecogedora. Por eso es difícil conocerla y aún más amarla. Pero también por eso, quizás, cuando se la conoce, se le ama y ya no se le puede volver la cara. Castilla es un poco como una droga de amargos y duros primeros sorbos que no hace efecto alguno al castellano, que ya es un drogado, un habituado, pero que sobresalta y espanta al forastero.

Es curioso pararse a ver que, en los últimos tiempos, los más hondos y sagaces entendimientos de Castilla fueron, precisamente, de no castellanos, Unamuno, bilbaíno; Azorín, alicantino de Monóvar; Baroja, donostiarra; Antonio Machado, sevillano; Rusiñol, el de los verdes, pero castellanos al fin, jardines de Aranjuez, barcelonés, y Zuloaga, guipuzcoano de Éibar. Solana y Ortega Gasset, madrileños, son la excepción, aunque Madrid, a poco que se apurasen las cosas, bien fácilmente podría demostrarse que es ciudad al margen de Castilla, de lo que la gente entiende por Castilla, que, en definitiva, es lo que vale.

Bueno. El vagabundo iba más allá del puente, ya los árboles y los tejados de la Granja al fondo.

—¿Tiene usted papeles?

—Sí, señor, tengo una cédula vieja.

—¿Suya?

—Sí, señor, mía.

—¿A dónde va usted?

—¡Psché! Voy de camino… Si usted quiere, me vuelvo.

—No, siga usted por donde le plazca.

La Granja es un pueblo lujoso, pero a la gente, por la calle, le gusta apurar las colillas. A lo mejor, las que van a dar a los ceniceros del palacio y de las casas, son más grandes, pero las que quedan por la calle, y por los jardines, y por las tabernas, no merecen la pena, son un asco, de chupadas y canijas que están.

La Granja es un pueblo muy monumental, pero no muy monumental como Ávila, por ejemplo, o como Santiago de Compostela, sino más bien muy monumental como Versalles, de una monumentalidad muy oficial y cuidada, hecha así como para dar paseos con una señorita distinguida del brazo. Si Ávila o Santiago de Compostela, pongamos por caso, son el talento, la Granja es el ingenio y también ese pasatiempo de gentes sin mucho que decir pero con un amable patrocinio de cultura, que se llama «el placer de la conversación».

A la gente, es más difícil que le guste la Granja que el Escorial.

El vagabundo, en la Granja, no se encuentra demasiado a gusto. Todo lo que ve tiene un gran mérito, que él no se atrevería a discutir, pero al vagabundo le azaran los monumentos. El vagabundo prefiere una muchacha peinándose la mata de pelo ante un espejillo de seis reales a la puerta de un chozo de adobes, a una catedral gótica o a un jardín al estilo francés. El vagabundo dice lo que piensa, pero ignora si lo que piensa puede servir para los demás.

—¿Hay algo?

—Bueno, vacíeme la cuadra.

—¿Hasta las losas?

—No, no hace falta; hasta la paja solo. ¿Un duro?

—No; deme de almorzar y un pitillo.

En un rincón de la cuadra medio en penumbra, un caballejo blas, perito en andaduras serranas, rumia su parva postura. En el ventanillo crece, prisionera en su lata de dulce de membrillo de Puente Genil, una verde matita de yerbasana.

Bien cierto es que el trabajo, de por sí, no es malo. Tampoco se quiere decir que sea bueno. El trabajo puede ser bueno a veces,

como la lluvia o como la calentura.

En el Mallo, al lado de la fuente de la Fama, el vagabundo, que entró a ver los jardines, se hace amigo de un maestro de escuela, la mar de culto, que colecciona insectos, conoce las costumbres de las aves migratorias y sabe los nombres científicos de los peces del Mar, que es un laguito que hay detrás de los jardines y que preocupó mucho a don Amadeo de Saboya. El maestro se llama don Mamerto de la Alameda y gasta mosca, como los alabarderos, cuando los había.

—¿Sabe usted lo que es el *Blennius ocellaris*?

—No, señor.

—Pues el torillo.

—¡Vaya!

—¿Y la *Cobitis tenia*?

—Tampoco; no, señor.

—Pues es la locha. ¡Ja, ja, ja!

A don Mamerto de la Alameda le daba mucha risa que el vagabundo no entendiera nada de peces.

—¿Y el *Barbus bocagei*?

—Hombre, eso yo creo que es el barbo, ¿no?

—Sí, señor, acertó usted. ¿Y el *Salmo fario*?

—¿Cómo?

—El *Salmo fario*.

—Pues… ¿el salmón?

—Sí, señor, ha vuelto a acertar usted.

—Vaya, me alegro.

La fuente de la Fama está en un altozano que parece como un sarpullido que le hubiera salido al jardín. La Fama con su trompeta, va montada en Pegaso y entre los dos atropellan a la Envidia, a la Calumnia, al Error y a la Malignidad. Al vagabundo le parece una escultura muy del gusto de los diputados provinciales y de los padres de familia. Es bonita, pero impresiona poco. En general, todas impresionan poco. También es posible que no las hayan hecho para impresionar.

En la Granja hay muchas fuentes —la de los Caracoles, la de los Vientos, la de Neptuno, la de los Dragones, la de las Ranas, la de las Tres Gracias, la del Canastillo, la de Andrómeda, la de las Tazas, la de la Reina…—, pero el vagabundo piensa que hablar de todas un

poco iba a resultar muy pesado. Las oficinas del turismo tienen unos folletos muy bien hechos en los que vienen todas. Los nombres de estas fuentes son demasiado simbólicos y bien buscados; los arroyos que las nutren —la Cacera de Peñalara, el Morete, el Carneros, el Cabrerizas, el Choranca— tienen nombres más naturales y más bonitos, que casi parecen apodos de maleantes.

En la Granja también hay un palacio real, grande y bueno, y una Silla del Rey en el campo, muy ridícula, que mandó construir don Francisco de Asís para copiar a Felipe II. No es que Felipe II fuera muy simpático, pero la verdad es que más hombre que don Francisco de Asís ya era. Y más importante también lo fue.

En la plaza de palacio unas niñeras saltan a la comba mientras los niños, a gatas, comen tierra.

—Usted es aún joven.

—Sí.

—¡Como lleva barba!

—Eso no le hace, mujer.

Las niñeras se callan un instante. Después se ponen coloradas. Después gritan, jolgoriosamente. Después empiezan a correr y a darse azotes en las nalgas, unas a otras. Después se paran. Después levantan a los chiquillos del suelo y les pegan unas cuantas voces. Después se van, serias, cariacontecidas, contenidas.

Las señoritas jóvenes, a la caída de la tarde, salen a darse una vuelta por el paseo de Segovia. Las más devotas se alejan discretamente. Las más románticas se acercan hasta la puerta de la Reina. Las más soñadoras pasean, solitarias y criticadas, por la carretera de Madrid. Las más corrientes brujulean, de arriba para abajo, por la puerta de Segovia.

Las jóvenes van en grupos rumorosos, bulliciosos, alborotadores. Las de dieciséis años, con las de dieciséis años. Las de diecisiete, con las de diecisiete años. Las de dieciocho años, con las de dieciocho años. Las mayores, mientras pasean, hablan, con la conciencia remotamente en pecado, de un sobrinito que el año que viene, si Dios quiere, hará la primera comunión.

—Gentiles señoritas, ¿pueden dar treinta céntimos para un chato de vino a un hombre que va de paso?

Las señoritas se santiguan y salen huyendo, mientras un cabo de bigotito mira, inquisitivo y presumido, para el vagabundo.

—¡Qué poco cuesta quedar bien, hermano!

El cabo vuelve la cabeza, se encuentra con un brigada gordo, cuarentón y con más bigotes que él, le saluda y se va. Una niña pequeña se acerca al vagabundo.

—¿Qué quiere usted, buen hombre?

La niña tiene la voz extrañamente velada.

—Treinta céntimos para un vaso de vino, hermosa niña.

La niña tiene los ojos de un tímido y decidido azul celeste.

—Tome usted mi lazo, vale diez reales.

—No me sirve, hija mía, sobra demasiado dinero.

La niña sonríe y el vagabundo también. Sus sonrisas son diferentes, pero fijándose bien, se ve que las dos son sonrisas. Un airecillo fresco orea las sonrisas a la caída de la tarde. Se está bien, a la hora del atardecer, sentado en el poyo de cualquier puerta, hablando con una niña pequeña que tiene un hermoso lazo color malva y una mirada atónita, interrogativa, y tierna y tibia como el aliento, y respirando el mismo aire saludable que respiró Felipe V, cuando se le ocurrió abdicar.

El azor vuela camino del cancho de Pasapán. En el arroyo Cambrones, que viene escurriéndose desde el puerto de Malagosto, la anguila busca la obscura piedra de la noche. Por el sendero del puerto del Reventón, un mozo baja cantando, sentado sobre las ancas de un asnillo rucio y blando como una nube.

En la ladera del Montón de Trigo, que queda a lo lejos, un zagal estará grabando en silencio y a punta de navaja, un corazón en su cachava de fresno. Los serranos, al Montón de Trigo, le llaman Pan de Azúcar o el Tiro de Barra.

Sí, esa es la verdad, el vagabundo no cree haberse equivocado. En el camino nunca hay demasiada suerte. Pero al vagabundo, que no pide casi nada, le basta con que tampoco haya desventura.

El vagabundo, a las puertas de la Granja y entre huertecillos de judías, que rehogadas y con tomate es como mejor están, duda entre remontar o seguir el curso del arroyo Cambrones. El primer camino, por el puerto de Malagosto, lo llevaría, en tres jornadas de andar, a la comunidad de Ayllón. El segundo, en media mañana, lo dejaría en Segovia, a orillas del Eresma.

El vagabundo, solo por el monte, se vuelve a mirar para la Granja, sobre la que vuelan, como en una poesía, las blancas

palomas. Antes del pinar, a la vera del arroyo, florecen las ásperas matas del piorno, entre el tomillo aromático y el delicado cantueso. Por Castilla, al piorno le dicen cambrón, y cambroño, y cambrión.

Del mismo sitio de donde Juan Ruiz, el Arcipreste, contaba que

> *Pasando una mannana por el puerto de Malagosto, salióme una serrana, a la asomada del rostro,*

parte una veredilla que, por el pinar de Navafría, lleva hasta Collado Hermoso, en el camino de Riaza por el monte Matariego, al pie de la Somosierra.

En Collado Hermoso, a la ribera del arroyo Ayuso, el vagabundo partió su pan con unos gitanos caldereros, de acento entre andaluz y aragonés, que venían de Aranda de Duero y que iban a Plasencia sin demasiadas prisas, con todo su bagaje y toda su sabiduría al hombro.

En una calleja, los vecinos de las obrerizas emborrillan, silenciosa y desganadamente, la calzada.

En Matabuena, a la otra mañana, el vagabundo pinchó un banquete de boda que le calentó las carnes, le templó los ánimos y le dio brillo a los ojos para quince días.

El vagabundo, con la panza llena, alberga en su mente todo un vano tropel de ideas que no sabe si son buenas o malas. Al «camino y Dios dirá» de su cabeza en su sitio, atropella, en los horrores de la digestión, un confuso, un neblinoso «párate y guarda para mañana», que casi le da vergüenza confesárselo.

Los mozos y las mozas de Matamala, de Cañicosa, de Cillamayor y de Matamorisca, pasan en grupo que cantan lo de *Jalisco nunca pierde*. Algunas mozas más tradicionales cantan *Por el humo se sabe dónde está el fuego*, desafinando como condenadas. Han comido y han bebido bien y van contentos y jaraneros, a perseguirse y a amarse entre los robles solemnes y las herméticas y acogedoras piedras milenarias y fecundas.

El vagabundo, echado al borde del camino, a la sombra de un puñado de álamos negrillos, mira, mientras escucha al mocerío, como se persiguen, movidas por el viento que viene desde los pinos de la Aceveda y el Morro Colgadizos, dos nubes en forma de pájaro.

—¿Se encuentra usted mal, buen hombre?

El vagabundo, que no puede casi moverse, levanta la cabeza y

habla con la señora vieja que tiene delante, una señora vieja de antiguo aire distinguido, de airosos modales campesinos, de pensativo y bello y cansado mirar.

—No, señora, que me encuentro muy bien. Hacía mucho tiempo ya que no me encontraba tan bien.

La señora simula hablar como distraída y hace la voz distante y misteriosa, amablemente misteriosa.

—Hoy he casado a una nieta, ¡Dios la haga biencasada!, y aún es tiempo de que se dé usted una vuelta por mi casa.

Al vagabundo le flota el corazón de felicidad y bienaventuranza.

—De su casa vengo, noble señora, y que Dios le escuche y bendiga a su nieta y a sus manos de caridad.

El aire que rodea al vagabundo todavía huele, con un olor tenue y nutricio, al alfandoque de queso y anís, y a los sequillos de azúcar, y a la charamusca de caramelo rizado, y al tierno bizcochuelo mamón, y al miagado que se adorna con miel, y al tímido y dulce besico de monja, y al aleluya con el nombre de la novia pintado con merengue y cabello de ángel. El aire que queda más allá del vagabundo también huele, a veces, a suave tierra fresquita, y al lejano aliento del ganado, y a las doradas, y a las blancas, y a las azules florecillas del monte: el espino y la aliaga, la retama, el romero, el espliego, la mejorana, la jara.

—Sí, hay días venturosos.

La señora que ha casado a su nieta se marcha, y el vagabundo, desde su cuneta, se queda mirando cómo se persiguen dos palomas zuranas, dos palomas que, al revés de las nubes que, persiguiéndose, semejaban pájaros, fingen dos nubes veloces al perseguirse.

Una mujer remamada cruza, en busca de la collera, levantando una nube de polvo con los pies.

El sol, bien alto ya, despertó al vagabundo de sus amables sopores. El vagabundo, después de pensarlo un poco, tomó el camino de Cerezo de Abajo, a cuatro leguas, a donde llego, silbando un pasodoble torero, al tiempo de dormir en la venta Juanilla, quizás para llevarle la contraria al cantar:

En la venta Juanilla
nunca te pares,
que por un par de huevos

cobran dos reales.

Los huevos de la venta Juanilla se entienden fritos y con torreznos.

Cerezo de Abajo es pueblo de buenas aguas, las del arroyo Gascones y las del arroyo de la Garganta, que pasan juntas por debajo del puente de la carretera.

Por la ladera del montecillo de la dehesa boyal, el vagabundo se topó con un niño que llevaba un cantazo en la frente y que venía, golpeando entre las matas, persiguiendo a la empavorecida pollada de perdigones que aún no han aprendido a levantar el vuelo.

—Los cazo para reclamo, ¿sabe usted?, y más que palos lo que les doy son achuchones para que se rindan.

—¿Y se rinden muchos?

—Pues sí, señor; a veces, sí.

El niño tiene los ojos verdes, la piel tostada, el pelo entreverado, los andares sueltos, el habla espabilada, de campanita la voz y el aire montaraz.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Sindo, para servir a Dios, al rey, al señor maestro y a usted.

—Muy bien. ¿De quién eres?

—Soy de la María, la *Sangrá*.

—¿La *Sangrá*?

—Sí. A mi padre le decían *Gallineja*, pero a mi madre, desde que mi padre la pinchó, la llaman la *Sangrá*.

—¿Y tu padre?

—No sé. Se lo llevaron los civiles, va ya para tres años.

Si el vagabundo no hubiera tenido el firme propósito de no ligarse a nada, se hubiera llevado a Sindo en su compañía. Sindo, con su pinta de lobezno errabundo, hubiera sido un aprendiz de provecho y un discreto y apañado escudero.

El vagabundo, que ama la soledad, a veces se espanta de la soledad. Si la soledad no se rompiera con el mirar de Sindo, el vagabundo se hubiera llevado a Sindo de la mano. Pero la soledad es celosa, incluso tirana, y Sindo *Gallineja* se quedó solo mientras el vagabundo, quizás hasta resignadamente, tiró por el camino adelante sin volver la cabeza para no convertirse en estatua de sal.

Riaza, más allá de Cerezo de Arriba, es un pueblo grandecito, famoso por sus truchas, de las que los riazanos están tan orgullosos que, no bastándoles con verlas en el plato, las llevaron a su escudo.

Riaza es villa de calles anchas y empedradas y de casas de airosos balcones de madera. En Riaza también se levantan los chalets de los veraneantes, unos bonitos y otros feos.

Por el paseo del Rasero, una moza que iba por agua al Cubillo se quedó mirando para el vagabundo.

—¿Usted qué vende?

—Yo no vendo nada, gentil mocita.

—¿Entonces?

—Yo camino y ando a lo que salga, que a veces es el sol, que sale para todos, y otras es una limosna que llega como el agua del cielo.

—¿Y siempre pide limosna?

—No, hija mía; ni siempre ni nunca. Que yo no pido, pero cojo lo que me dan.

—¿Y qué le dan?

—De todo menos disgustos, hermosa, porque uno no toma más que lo que quiere.

El vagabundo procura sonreír. El vagabundo, sonriendo, se siente imprecisa y vagamente feliz. La muchacha que le habla, sonríe también con una sonrisa tímida, una sonrisa purísima e ingenua como el agua de la lluvia.

—A ti, muchacha, ¿te gusta el campo?

El campo de Riaza es bonito. El campo de Riaza cría unos huertecillos verdes y lucidos, y muchas y frescas praderas para el ganado. El campo de Riaza, amén de la dehesa boyal, de mata de roble, guarda la dehesa del Alcalde, con sus quinientas obradas, y las de Borreguil de Pinarejo, de Pradorredondo, de Hontanares y de Mataserrano.

—Sí, señor, a mí, sí; a mí me gusta mucho.

Por el camino rueda, saltando como un lebrato, un vientecillo fresco que dibuja a la moza, que le ahueca el pelo, que le orea la sangre de la cara. La muchacha, a contraviento, parece una tierna bestezuela salvaje, una corza soltera: el cuello esbelto, la pierna delgada y fuerte, el pecho casi poderoso.

—¿Cuántos años tienes?

—Yo tengo quince; ¿y usted?

—Yo tengo muchos más.

En Riaza, en la peña de Carabias, nace la cañada real segoviana, que va a morir al valle de Alcudia y que guarda, agonizantes ya, las últimas leyendas de la Mesta.

El vagabundo, saliendo de Riaza, pasa por la ermita de la Virgen de Hontanares, donde se abre la vista. La Virgen de Hontanares, según dicen, se apareció en la cueva que esconde la cautelosa fuente de las tres Gotas.

Hacia el sur y un poco a naciente, en el camino de Cantalojas, queda el puerto de Infantes, por el que, según es fama, pasaron, todavía con la cabeza sobre los hombros, los siete infantes de Lara, los hijos de Gonzalo Gustios y de Sancha Blásques, garzones diestros en el arte de tirar la barra.

Entrando el vagabundo en la comunidad de Ayllón, las nubes rojas y largas de la tarde empezaron a dormirse sobre los bosques. El esquilón de un buey suena, a lo lejos, cadencioso y gentil, igual que el esquilón de una mansa ermita perdida en un castañar, mientras el corazón del vagabundo, a los primeros claros de la luna, se va llenando, poco a poco, como el pilón de una fuente sosegada, de una ternura infinita.

Y el vagabundo se echa a dormir, al pie de un roble, mientras sueña, con cierta ingenuidad, con que Dios le permita seguir desgranando parsimoniosamente todos los eslabones de la cadena sin fin de los coloquios.

El vagabundo, a la ligera luz de la mañana que nace, aún semidormido en el tibio regazo del roble que lo cobijó, deshoja la margarita incierta de las cabalas, el

tic-tac

del reloj del tiempo bueno y del tiempo malo, el

sí-no

de las conjeturas que huyen veloces como la trucha plateada, como el lagarto amarillo y verde, como la paloma blanca o la negra golondrina: «Me quiere, no me quiere», «Ayunaré, comeré», «Seré feliz, seré desgraciado»…

La comunidad de Ayllón, poco más o menos, va desde el pico de la Moratilla hasta el alto de la Tonda y las bodas del Jaramilla con el Jarama, por un lado, y por el otro, desde la sierra de las Cabras

hasta el río Riaza. A caballo de tres provincias, la comunidad de Ayllón agrupa treinta y seis pueblos, de los que cinco son guadalajareños y por tanto castellanos nuevos, veintiuno segovianos y diez sorianos.

Al vagabundo le gusta jugar al solitario de la cara y cruz de las cosas, al naipe del haz y el envés de las palabras. El vagabundo piensa que el péndulo, si no el más antiguo, sí es el más sensacional, el más sobrecogedor invento de los hombres.

A la comunidad de Ayllón la sombrean los robledales y los hayedos, los brezales, los pinares y los chaparrales. De cuando en cuando, una guerrilla de sabinas, la aromática madera que espanta al gorgojo, se presenta con el triste aire del viajero que vuelve con el alma doliente y la conciencia en paz.

—Dicen que se ha levantado la veda.

—Sí; ahora podremos ir a perdices y conejos, a chochas y a codornices, a liebres y a palomas torcaces, sin que la pareja se nos eche encima.

La comunidad de Ayllón llega hasta el puerto de la Quesera y los altos de los Collaíllos. La comunidad de Ayllón guarda el pico grande y los altos de Majaelrayo, y la sierra de Ayllón, y la sierra de Tejera Negra.

La perdiz está menos torpe, la liebre está más ágil, la paloma vuela más recelosa, el conejo salta más listo, el cazador camina con su patente de corso en su morral, el perro husmea con más descaro, levanta la pieza con el gesto de desafío del que tiene la ley guardándole las espaldas.

La comunidad de Ayllón estaba regida por un receptor, un escribano y seis seises, uno por cada sexmo, por cada seis pueblos. En la comunidad de Ayllón se llama cabeza de sexmo a cada uno de los seis pueblos donde los vecinos, reunidos, eligen al procurador sexmero, al seise que los ha de representar.

El vagabundo, que ha abandonado la lucha, sabe que la vida es lucha, pero que lo contrario de la vida, que es la muerte, es lucha también.

—¿Usted no lucha por la vida?

—No, señor, yo le suplico que camine.

El vagabundo tiene su pequeña filosofía de andar, sendero adelante, por la vida.

El receptor, el escribano y los seises de la comunidad de Ayllón, administraban los pastos, los frutos y la leña de las tierras del mancomún.

—¿Le gusta tocar la flauta?

—Sí, señor, mucho. Y contarme largas historias, complicadas historias de amor, bellas y doradas historias de amadores adolescentes, rubios y desesperados como el trigo maduro: «¿Me querrás siempre?», «Siempre te querré». «¿No me abandonarás nunca?», «Nunca te abandonaré». A mí, señor, como tengo tanto tiempo, me gusta andar a vueltas con las cosas, mirarlas por el derecho y por el revés, verlas por la mañana, olerlas por la tarde y palparlas por la noche.

En la comunidad de Ayllón se esconde el lobo, y merodea el zorro, y hoza el jabalí, y brinca el corzo.

Al vagabundo, quién sabe si de mirar a las nubes, le ha brotado una nube en un ojo, una nube clarita, una tenue veladura que incluso da gracia a su mirar.

—Tiene usted una nube en un ojo.

—No es una nube, señor, es una mala idea.

—¿Y no le molesta?

—No; yo ni la veo. Me molesta saber que la he tenido, porque yo, señor, ¡lo que son las cosas!, hubiera querido pensar siempre bien.

En la comunidad de Ayllón, entre los chaparros y los tomillos de la punta de arriba, más allá de Languilla, pueden pastar los ganados de la tierra de Maderuelo. Pero solo de sol a sol.

Por el cielo corre, en la más joven mañana, el alcotán que persigue sañudamente las últimas nubes de la noche, las nubes que se han dormido, como una bruja haragana, y a las que ha cogido la luz en camisón.

El vagabundo, con los ojos absortos, el alma temblorosa, asiste cada mañana al espectáculo eterno del amanecer. Si un día no amaneciese, si un día el sol se hiciese astillas por la noche, el vagabundo, con los ojos abiertos, moriría como un pez espantado, como un pez al que un hado maligno robara, mientras dormía, todas las tenues, todas las aladas, todas las inflexibles burbujillas del agua.

—¿Le gusta ver cómo amanece?

El vagabundo, a la dudosa luz de la amanecida, medio dormido aún en el materno regazo del roble que lo cobijó, no se atreve demasiado a contestar. Mientras deshoja la margarita incierta de las cábalas, el

sí-no

de las huidizas conjeturas; mientras oye sonar el

tic-tac

del reloj que marca y señala todos los tiempos, el bueno, el regular y el malo; mientras juega al solitario de la cara y la cruz del mundo; mientras baraja el naipe del haz y del envés de las; mientras piensa, como un diosecillo castigado por desobediente, en el péndulo, el vagabundo, que no puede hablar, se siente dolida y espantadamente, dichoso.

Como una flor, como una recién casada, como un jilguero.

El vagabundo —¡vaya por Dios!— ha estado hablando solo.

El vagabundo se levanta, se estira un poco y echa a andar. Enfrente, al alcance de la mano, está Alquité, el primer pueblo de la comunidad de Ayllón, con su nombre moro, su miseria cristiana y su recuerdo de don Álvaro de Luna.

Alquité es un pueblecillo de pastores, de leñadores y de carboneros, que digieren su hambre en honesta paz y en sabia gracia de Dios. A la trasera de un chozo, bajo el colgarizo, una vieja desliendra a una mujer joven que tiene un niño recién nacido sobre la saya y otro, mayorcito ya, falandero, triste y encentado.

—Parece que el garzón anda doliente…

La mujer joven levantó la vista, casi con majestad.

—¡Ay, buen hombre, que me lo miró el ganguino, allá por las aguarraditas de abril, una mañana, tan y mientras que me lo dejé en el piojar de Marta, la personera, por acercarme al arroyo a clarear la ropica! Mi hombre se echó a buscarlo y en buena hora lo topase, que salíamos de pobres.

El vagabundo, por hacer la caridad, se agachó para mirar a la otra criatura.

—No me lo bese, que es moro y no lo he de cristianar hasta que vuelva el padre que me lo hizo.

—¡Vaya!

El vagabundo, que se sintió romántico, enamorado y dadivoso, se puso a adorar al santo por la peana, sonrió con una sonrisa de

mayo y dio unas briznas de rosquilla que guardaba en lo más hondo y en lo más cariñoso del zurrón, al niño que lo miraba con el aire tontino y tierno como una peladilla.

—¿Cómo te llamas?

—Bastián.

Después, el vagabundo, a quien se le despertó la conciencia, cruzó Alquité sin atreverse ni a escuchar el reule-ule de las mozas y se sentó en el camino, antes de llegar a Villacorta, a echar un trago y a probar un bocado, a hacer memoria, a escribir, que es su oficio, y a fumarse un pitillo de postre y otro de premio si le salían bien las apuntaciones. Entre montes, el vagabundo le da la risa al pensar en las suertes del raro oficio que Dios le dio, un oficio que, por no tener nada, ni nombre tiene, ni tampoco beneficio.

Pensando, pensando, al vagabundo se le ocurrió pensar que, una de dos, o estos castellanos de Segovia no hablan el castellano, cosa que le cuesta trabajo creer, o los académicos del diccionario no se han echado al campo con un cuaderno para apuntar lo que en el diccionario no viene apuntado y, si alguna vez vino, fue borrado antes de tiempo, antes de que los hombres lo hubieran perdido en el hondo pozo sin memoria donde todo se funde y todo se pinta de negro y desaparece.

El vagabundo, que en nada es autoridad, después de llegar al fin —al fin, por ahora— de su escritura, se da cuenta de que algunas de las palabras que quedan escritas a lo mejor nadie las encuentra si las busca donde su sentido común le dicta que las ha de hallar, y arbitra el copiarlas antes de pasar más adelante, imaginando que a quien las conoce ahora se le pierde con recobrarlas y que, a quien las ignora, bien pudiera ser que le agradase el que se las dijeran.

Como tampoco son muchas, el vagabundo entiende que el que leyere no ha de tener tiempo de llegar a la fatiga. Si más adelante aparecen otras, ya se buscará la manera de no volver a darlas en lista, como ahora se hace, para que esto no parezca un libro.

Salvo las que se le hayan escapado, las palabras a que se refiere el vagabundo son las siguientes:

Escolante, escolar.

Blas, además de borriquillo para montura, caballo de corta alzada que se suele usar para andar por el monte.

Postura, cantidad de pienso que, de cada vez, se da al ganado.

Yerbasana, yerbabuena.

Obrerizas, prestación personal que los vecinos hacen al concejo; duran dos o tres días y suelen comenzar con el Carmen.

Emborrillar, empedrar con cantos rodados.

Obrada, medida agraria; la segoviana tiene treinta y nueve áreas y media; la vallisoletana, cuarenta y seis y media, la palentina, cerca de cincuenta y cuatro.

Colgarizo, tejadillo al aire de las paredes del corral.

Falandero, niño que no se aparta de la madre.

Encentado, lacerado.

Ganguino, animal mítico, extraña mezcla de lobo, de barbo de río, de gallina y de cebra, según unos, o de cabra, según otros, que vive más de trescientos años y que desgracia a los niños que mira. Se dice que el que mata un ganguino hace fortuna. En castellano antiguo, cebra valía por cabra.

Aguarradita, pequeño chubasco. Hay un refrán que dice: aguarraditas de abril, unas ir y otras venir.

Tan y mientras, entre tanto.

Piojar, pegujal.

Personera, en la fiesta de Santa Águeda, que en algunos pueblos organizan las casadas, mujer que, con la tenienta alcaldesa, la sindica, la regidora y la procuradora, ayuda a la alcaldesa en todos los preparativos. En Gomecello, en la Armuña y muy lejos de estas tierras, el día de Santa Águeda se sueltan en las eras unos gallos que las mujeres persiguen y matan a palos. Es también de ley que las mujeres, en tal día, apaleen a los hombres que se encuentren en el camino, como queriendo vengar en ellos el cruel martirio a que Quinciano sometió a la santa.

Moro, niño sin bautizar; es costumbre no besarlos hasta que se les hace cristianos.

Peladilla, cochinillo asado.

Reule-ule, crujir que hacen las faldas de las mujeres al andar.

El vagabundo, después de leer y releer su lista, piensa que, si la hubiera puesto por el orden del abecé, a estas horas podría andar por la calle mirando de costadillo como un filólogo. En fin, ¡otra vez será!

El vagabundo, en apuntar sus sabidurías, tardó todo un día largo, tiempo en el que, por el camino de Villacorta, no pasó ni un automóvil, ni un ómnibus, ni un camión, ni siquiera una bicicleta. Una nube de grajos pasa, entre graznidos siniestros, sobre su cabeza, y al vagabundo le viene a la memoria el refrán que escuchó, por aquellas tierras de Ayllón, de boca de un mochilero cantista: cuando el grajo grajea, el lobo esralea. El vagabundo, que con el recuerdo se nota las carnes arriladas, no sabría decir si más de miedo que de frío, se ata los esfiladores de las alpargatas, se recomienda temple y mirar para adelante, por lo de no descarralarse, recoge sus bártulos y se va.

En Villacorta no le dan de comer, y el vagabundo, que no es más pobre que quienes le niegan la caridad, tira por el camino hasta pegarse con Madriguera, el pueblo de la arriería, donde se zampa un calderón con más agua que tropezones y menos pringue que humo, pero que le sacó la panza de mal año y le hizo ver de rosa color las amarillas y escasas mantecas de la patrona, la señora Visitación, por mal nombre *Sargenta*.

En el Negredo, a la sombra del robledal del Negro, el vagabundo, que se ha lavado sus miserias en las aguas del arroyo umbrío y saltarín que dicen Cobo, escucha la vocecica de una niña rubia y misteriosa que canta, zarzalera como el ruiseñor y amorosa y gentil como la zurana, su canto quebrado y tenue igual que el volar de la mariposa:

De Francia vengo, señora,
traigo un hijo portugués,
que en el camino me habla
de las hijitas de usted.

El vagabundo, con la cabeza poblada de blandos y remotos pájaros pintados con la violenta color del errabundaje, siente —¡que Dios le perdone!— no haber nacido lobo del monte, o rayo del cielo, o cierzo serrano y helador.

La nina rubia, que desprecia al vagabundo del camino, y al

cierzo, y al rayo, y al lobo, se marcha sendero abajo —en la mano, una rama de roble—, con aires de reina.

Si las tengo o no las tengo,
no las tengo para usted,
medio pan que yo tuviere
lo reparto entre las tres.

—Sí, esta es la ley. Pensemos en otra cosa.

Por la carretera, entre una nube de polvo, avanza como un pecado, un camión de tristes y altaneros robles abatidos.

—¿A dónde van?

—A San Esteban de Gormaz, a embarcar la madera. ¿Quiere subir?

El vagabundo tuvo un mal momento.

—Bueno, en San Esteban ya arrimaré el hombro.

Sobre los troncos, el vagabundo, aun antes de llegar a Santibáñez de Ayllón, se hizo amigo de un viejo guto y decidor, perito, según juraba, en las vetustas artes del alarifazgo, que se cuidaba del viento con un capote de parda cuatreada, de buen ver todavía y recia primidera, que le fue contando por el camino las geografías que a las dos manos y, para dar mayor variedad a la conversación, el cuento de la cigüeña, la zorra y el alcaraván.

En el cruce de Santibáñez, para acercarse a Estebanvela, que está a una legua de andar, hay que meterse a la izquierda, dejando a la derecha el levante del sol.

—Ese monte desnudo es el Bal, y a aquel vestido, le dicen la Matilla.

—Sí.

—La Matilla da muchas cárceles de buena leña.

—Sí.

—Y estas aguas claras son las del Aguisejo, que es río de pencas.

—Sí.

El viejo del capote sonrió debajo de su barba de invernal color de ceniza.

—Pues eso. El caso es que en lo alto de una peña, una cigüeña vivía con siete cigoñinos.

—Ya.

—Por allí cerca solía andar, a lo que saltase, una zorra de malos

aperos, aunque con cara de lista, que un día que iba de hambre se acercó hasta la peña y le dijo: «Señora cigüeña, o me tira usted un cigoñino, para que me lo casque, o con mi rabo de zorra cascabelina tumbo la peña y los mato a todos».

—Ya.

—Entonces la cigüeña, que se afrigoló de miedo, le tiró un cigoñino, y la zorra fue y se lo comió sin dejar ni el pico.

—Ya.

Estebanvela es un pueblo larguito y de casas no de lo peor, que cría ciruelas y guindas, caza liebres y perdices, y pesca truchas y cangrejos.

—A la zorra, como le había salido bien el oficio, le entraron ganas de repetir, y entonces, a la mañana siguiente, se arrimó otra vez a la piedra y dijo: «Señora cigüeña, o me tira usted un cigoñino, para que me lo casque, o con mi rabo de zorra cascabelina tumbo la peña y los mato a todos».

—Ya.

—Entonces la cigüeña se echó a llorar, pero, pensando que las cosas aún podían ponerse peor, le tiró otro cigoñino y la zorra fue y se lo comió sin dejar ni el pico.

—Ya.

En la posada de Francos, que, según es fama, suele estar vacía, el del camión dejó un cartucho de bicarbonato. Por el camino de Valvieja, una moza marcha arreando una mula cumplida.

—La cigüeña, que no tenía ya más que cinco cigoñinos, estaba triste y llorosa cuando se acertó a pasar por allí el alcaraván. «¿Por qué llora usted, señora cigüeña?», le preguntó el alcaraván.

—Ya.

—«Pues lloro, señor alcaraván, porque la zorra me mata un hijo cada mañana».

—Ya.

—«Me dice: “Señora cigüeña, o me tira usted un cigoñino, para que me lo casque, o con mi rabo de zorra cascabelina tumbo la peña y los mato a todos”».

—Ya.

El vagabundo y su compañero de viaje, sentados en el más alto tronco y saltando sobre los baches de la carretera, se miran en el arroyo Ayllón, que ya se ha bebido al Aguisejo, y que corre al lado

del camino buscando el río Riaza, que encontrará en Languilla, antes de llegar a Aldealengua de Santa María y a Maderuelo.

—Entonces el alcaraván le dijo; «Pues no llore usted más, señora cigüeña, y cuando venga la zorra le dice: "Ya no le tiro a usted mis cigoñinos, señora zorra, que Dios los crio para que yo los mire y usted no ha de tumbar la peña con su rabo de zorra cascabelina, que para echarla al suelo se necesitan barrenos y un hombre que les pegue fuego"».

—Ya.

—Pues dicho y hecho. Cuando llegó la zorra con su cantilena de cada mañana, la cigüeña le dijo lo que le había aprendido el alcaraván. «¿Y quién le enseñó a usted eso, señora cigüeña?», le preguntó la zorra. Y la cigüeña le respondió: «El alcaraván».

—Ya.

—Entonces la zorra se fue a buscar al alcaraván, lo cogió con los dientes y le dijo: «Ahora te como, para que no vuelvas a meterte donde nadie te llama. ¿Quién te dio a ti vela en este entierro, condenado alcaraván?».

—Ya.

Ayllón es pueblecito grande, ruinoso e historiado. En Ayllón hubo una parroquia de Santa María de la Media Vida. En Ayllón, el condestable Luna, cuando perdía, se retiraba a reponer sus fuerzas y sus armas. En Ayllón, el conde de Miranda cobraba las alcabalas, las martiniegas y las tercias reales.

—Entonces el alcaraván, todo asustado, se echó a temblar y le dijo a la zorra: «¡Ay, señora zorra, no me coma usted hasta haber dicho por tres veces: "¡Alcaraván, alcaraván, alcavarán, que a otros comías, a otros, que no a mí!"!».

—Ya.

En Ayllón predicó San Vicente Ferrer, que era racista, y que consiguió del rey que obligase a los moros a usar capuces verdes con lunas claras, y a los judíos a llevar una marca sangrienta en el tabardo.

Los niños juegan en la plaza a los pacientes y a los violentos juegos que se rigen, como la andadura de las estrellas, por la remota y misteriosa voluntad de Dios. Los niños que juegan a saltar sobre los parapetos y las trincheras de los poyos, llevan una luna clara pintada en el verde capuz con que se tocan la cabeza del alma, con

que se cubren los lomos del alma. Los niños que juegan a vender arena en delicados, en primorosos cucuruchos de hoja de tierna lechuga, presentan una marca roja sobre el tabardo con que se abrigan la voluntad.

—La zorra, para cumplir la última voluntad del alcaraván, abrió la boca para rezar su letanía, y el alcaraván, al verse suelto, se subió a un árbol y, cuando se sintió seguro, soltó una gran carcajada y se puso a cantar: «¡Alcaraván, alcaraván, que a otros comías, a otros, que no a mí!».

—Ya.

El hombre de la barba nevada, en la taberna donde todos se pararon a refrescar, se quedó mirando, fijo como una lechuza, para los ojos del vagabundo.

—Pues eso es todo, amigo, que a pillo siempre hay alguien que gane.

—Ya.

El hombre, con un gesto de viejo caballero impaciente, se echó al coleto, de un trago, su vaso de vino.

—Oiga, arrugo, ¿y usted no sabe decir más que «ya»?

El vagabundo no tenía ganas de discutir.

—Sí, señor, sé decir algo más, aunque tampoco mucho.

Yo, no hay más que verme, no soy un hombre muy ocurrente…

Por el senderillo de Riaguas de San Bartolomé y de Grajera, el pueblo que guarda la última, y quizá la única ya, picota segoviana, el sol se iba mientras llegaban las sombras por el camino de Torremocha y de Quintanas Rubias, en tierras de Segovia. El vagabundo y su compañía volvieron a la marcha, mientras la noche, como una manta amorosa, arropaba al perdido, al olvidado mundo de la comunidad.

Hacia el norte, todos los caminos que salen de Ayllón, llevan al río Duero: el de la derecha, por Fuentecambrón, al Duero soriano de San Esteban de Gormaz; el de la izquierda, por Fuente el Césped, al Duero burgalés de Aranda.

El vagabundo, en silencio y aterido de frío, se dejó llevar a San Esteban.

II

VEINTE LEGUAS DE DUERO

La del alba sería, por mor de un reventón entrando en Aldea de San Esteban, cuando el vagabundo y sus amigos, entre pajarillos cantores y alamedas umbrías, se llegaron a lavar el sueño y el mal cuerpo en las frías aguas del río Duero.

San Esteban de Gormaz no es la que fue. San Esteban de Gormaz llegó a tener cerca de centenar y medio de caballeros que, a punta de lanza, la hicieron Muy Noble y Muy Leal. San Esteban de Gormaz fue ciudad en el siglo XII. A San Esteban de Gormaz se entra por un puente de dieciocho arcos. La media luna figura en el escudo de San Esteban de Gormaz. San Esteban de Gormaz fue emporio de la morería. El conde Garci Fernández la cercó y en el vado del Cascajar murieron tantos guerreros que las aguas del río corrieron rojas de sangre. Por cerca de San Esteban de Gormaz, por Alcubilla del Marqués, la vieja Alcobiella, pasó el Cid camino de la sierra de Miedes y el destierro.

El vagabundo, en la estación del ferrocarril, ayuda a descargar los robles. A cambio lo habían traído y, de propina, le dieron un almuerzo de aguardiente, rosquillas y bacalao.

En San Esteban de Gormaz hay dos o tres iglesias de estilo románico y un castillo moro en ruinas, triste y poblado de grajos, y de murciélagos, y de lagartos. En San Esteban de Gormaz el campo es verde y primoroso, con huerta en la llanada, con uva en la ladera —uva verdeja, uva quiebratinajas, uva garnacha, uva arandeña—, y con cereal en el peor terreno. Las mozas de San Esteban de Gormaz

son morenas y hacendosas, garridas y bien dispuestas, de ademán suelto y celosa intención.

En los soportales de la plaza, el vagabundo se encuentra con otro vagabundo, más viejo, que tiene un ojo de menos y media docena de moscas en su lugar, y que, según le aclara, lleva en San Esteban desde la feria de junio y no piensa en largarse hasta San Moisés, pasada la de noviembre. Como es martes, los quincalleros, y los pañeros, y los confiteros del mercado, prestan su pausado y antiguo guirigay a las antiguas y pausadas piedras de la villa.

—¿Y de qué va?

—Yo ya ni voy, hermano, que llevo en San Esteban desde la feria de junio y pienso que, si antes no me echan, por aquí he de rodar lo menos hasta San Moisés, pasada la feria de noviembre. ¿Y usted?

El vagabundo tuerto tenía un aire solemne y resignado de sacerdote en desgracia.

—Pues yo ando de paso, que no de huida, y duermo cada noche donde los hombres me dejan, y amanezco cada mañana donde Dios quiere, que nunca es en mal sitio.

El vagabundo tuerto estaba terminando de rechupar unas raspas de pescadilla.

—No le he dicho si gusta…

—Que le haga buen provecho, hermano, que hoy he almorzado de fundamento, merced a la caridad de unos madereros, y tengo las carnes templadas y las tripas en orden.

—Más vale así. Yo ando mal, mal… Yo ya soy viejo. Yo ya no cumplo los setenta y cinco años…

—Y los ochenta y cinco ha de cumplir también, hermano, que yo lo veo terne y de sano color.

La cigüeña voló sobre los tejados, camino de su torre mocha, batiendo las alas con una aburrida y estudiada clemencia.

El vagabundo tuerto clavó su ojillo luminoso en el mirar del vagabundo joven.

—¿Cuál es su gracia?

—Camilo, para servirle.

—¿Gabacho?

—No, señor, gallego.

—¡Ah!

El vagabundo tuerto se secó las manos con los cueros del pecho.

—Mi nombre es Honorio, ya lo sabe usted.

El vagabundo tuerto se incorporó, tomó el garrotillo de fresno en el que se apoyaba al caminar, y habló, casi distraídamente.

—Caldo de gallina…, el refrán bien lo dice: agua del Duero, caldo de gallina… Yo me voy a acercar al río.

—Si no molesto…

—No molesta más que el que quiere, hermano.

San Esteban de Gormaz es pueblo de casa de buena planta, de hombres que se afanan a su labor, de mujeres que miran con ansiedad, hasta podría decirse que con destemplanza, igual que castas y enojadas madres abadesas.

El vagabundo, después de darse una vuelta por San Esteban, se acerca al río a beber sus aguas —bebe del Duero escuchó decir, por turbio que vaya— y a echar un ojo de amor a las aplicadas lavanderas.

El Duero es río que siempre tuvo buena prensa. Del Duero se canta: agua del Duero, caldo de gallina. Al Duero le hace decir la copla: yo soy el Duero, que todas las aguas bebo; si no es a Guadiana, que se va por tierra llana, y a Ebro, que no lo veo, y a Guadalquivir, que jamás le vi.

En la orilla, tres o cuatro pescadores de caña se duermen esperando la trucha, mientras cinco o seis mocitas, la saya recogida con el mandil, se afanan en su oficio de lavanderas, en su enamorador menester de lavanderas.

El vagabundo —el joven, que no el tuerto— prefiere pensar que las mozas no tienen nombre, ni casa, ni corazón. El vagabundo, ¿por qué sería?, se imagina al Duero poblado de barcos que se llevan, aguas abajo, su inservible, su desconsolado amor.

Vi los barcos, madre,
vilos y no me valen.
Madre, tres mozuelas,
no de aquesta villa,
en agua corriente
lavan sus camisas.
Sus camisas, madre,
vilas y no me valen.

El vagabundo piensa que es mejor el camino que el caserío, la

urraca ladrona que el ave de corral, el arrebatado llanto del cielo que el tibio y adormecedor aliento de la cuadra.

—Me voy.

—¿Así?

—Sí, así.

El vagabundo tuerto sintió florecer entre las manos al garrotillo de fresno en el que descansaba sus flacas fuerzas al andar.

—Adiós, hermano: suerte y un soplo de caridad.

—Gracias, don Honorio, mi señor…

El vagabundo pasó el puente con ganas de volver la cabeza. ¡Qué mal asunto!

El primer cruce a la derecha y el segundo, a la derecha también, pusieron al vagabundo en el camino de Soto de San Esteban. Entre huertas y alguna praderilla, el vagabundo se entretiene en ver correr las aguas por el río, y el tren por la vía, y los carros de mulas por la carretera. A la vista de Soto, el vagabundo, que venía triste, se sentó a liar un pitillo y a mirar para el cielo.

En las aguas del Duero, una niña se bañaba desnuda, las nubes y el alto alcotán sobre su cabeza, con las teticas al aire.

> *No me las enseñes más,*
> *que me matarás.*

Diego Sánchez de Badajoz, también sufrió, a su tiempo.

Soto de San Esteban es pueblecito de poca monta que asoma al Duero la ermita de Nuestra Señora de Rubiales.

El camino, saliendo de Soto de San Esteban, cruza el río y la vía del tren, pero el vagabundo prefiere el senderuelo solitario que corre, por la orilla izquierda, entre álamos airosos y un silencio de muerte, por el húmedo trecho del verde y triste despoblado de Castril. Despoblado, según quiere entender el vagabundo, es voz que, más que por desierto, quiere valer por desierto que, en tiempos, no lo fue.

Un zagal que pastorea cabras, se entretiene en grabar a punta de navaja cien corazones sobre la blanda varita de negrillo, mientras los grises pájaros de la tarde despiden, desesperadamente, los últimos y entrecortados estertores del sol.

Velilla de San Esteban, que queda enfrente, al otro lado del Duero, enciende sus primeras luces mientras el vagabundo, que se

siente inmenso como una florecilla, desdobla su manta y se tumba, estirado igual que una liebre sobre el santo suelo.

Con el ánimo en paz, el vagabundo sueña con jubileos de mozas lavanderas, extrañamente lozanas y amables, mientras en el lejano cielo, casi con desconsideración, las estrellas pintan las previstas constelaciones del verano.

Aun antes de la luz, en la más fría noche, el vagabundo se levanta, desayuna el pan y el tomate de su morral, y rompe a andar con pasos firmes y altaneros, con los violentos pasos del solitario, mientras los grillos enmudecen de ira y el ave quejumbrosa de la obscuridad cuelga, de la rama más alta, su lamento.

El día nace con el vagabundo a medio camino de Langa y el aire fresquito, espabilado y murmurador, mientras el sol empieza a calentar los montes que quedan más allá del río hacia la parte de Bocigas y Zayas de Torre.

En el término del despoblado de Castril zurea la paloma, y mina el topo, y se columpia la espadaña, y florece el lirio, y hace su nido el ruiseñor.

Langa, al otro lado del río, se sienta sobre una encrucijada. El camino del este, por San Esteban y el Burgo de Osma, llega hasta Soria. El del oeste, aguas abajo del Duero, llega a Valladolid y aún más allá. El del norte muere a una legua de nacer, en Bocigas, y el del sur, que se parte a la media legua, se rinde en Castillejo de Robledo, por un lado, y, por el otro, en Miño de San Esteban, el pueblo que los novios, después de la noche de bodas, han de rodear montados en un burro.

Por Bocigas, entre peñas inmensas que, a veces, ruedan sobre el pueblo, cruza el río Perales, que nace en la Nafría, se escurre bajo el monte Valmaya, y acaba por caer al Arandilla, ya en campo burgalés.

En el hoyo de Castillejo tuvieron un castillo los templarios, del que queda poco más que el sitio. A no mucho andar del pueblo, y casi a horcajadas de las lindes de Soria, de Burgos y de Segovia, verdea la lagunilla que da de beber al arroyo de Las Navas, antes de que, por Santa Cruz de la Salceda y Fuentespina de la Vega, se entregue al Duero de Aranda.

En Valdanzo el ermitaño del Humilladero sabe encontrar la amarga hoja del sen con que se purga a las embarazadas.

Entre Castillejo y Valdanzo sitúan los sabios el Robredo de Corpes, donde Félez Muñoz encontró a sus primas, las hijas del Cid, ultrajadas por los infantes de Carrión. El vagabundo, por entretenerse, puso en romance moderno los versos del cantar:

Ya se marchan los infantes, aguijando al espolón.
Y el rastro que ellos dejaron lo sigue Félez Muñoz,
que halló al fin a sus dos primas, amortecidas las dos.
Llamándolas: «¡Primas, primas!», pronto se descabalgó.
Arrendó el caballo a un árbol, hacia ellas se dirigió:
«Ya voy, primas, primas mías, doña Elvira y doña Sol,
¡mal se esforzaron con vos los infantes de Carrión!
¡Dios haga que ellos encuentren pena a su mal galardón!».
Las va tornando a la vida, al sentido, ambas a dos,
que tan traspuestas estaban que no tenían ni voz.
Partiéronsele las telas de dentro del corazón,
llamándolas: «¡Primas, primas, doña Elvira y doña Sol!
¡Despertad, primas, mis primas, por amor del Creador!
¡Despertad que aún es de día, que ya va a ponerse el sol!
¡Que no nos coman las bestias feroces de este fragor!».

El vagabundo procuró salirse lo menos posible de la vía de Per Abbat.

Miño de San Esteban guarda el despoblado de Castril, donde se herbaja el ganado de lo que fue comunidad de San Esteban de Gormaz: Piquera de San Esteban, Penalba de San Esteban, Aldea de San Esteban, Soto de San Esteban, Velilla de San Esteban, Rejas de San Esteban.

El vagabundo entra en Langa por un airoso puente de doce ojos que se cuentan sobre un Duero embarrado y revuelto.

En la plaza de Langa, bajo los soportales, el vagabundo se da de manos a boca con unos turistas franceses que le hacen la merced de un duro porque les escriba en un papel, y en letras mayúsculas, la palabra «soportales». Mientras el vagabundo se afana a su labor, unos niños le miran extrañados y silenciosos. Los franceses —dos mujeres de pantalón largo y dos hombres de pantalón corto— le miran también.

El vagabundo, con su duro, se metió en la posada y se comió media docena de truchas grandecitas, empujadas con un cuartillo de vino cubierto y de tres hojas, que le dejaron el hígado agradecido y

grasiento como el de un canónigo.

El vagabundo, optimista como quedó, tuvo valor para acercarse al posadero, un tío tremendo y bigotudo que parecía el jefe de una cuadrilla de cómicos.

—Oiga, mi amo, ¿qué ha de hacer en su casa un hombre que quiere fumar y no tiene tabaco?

El posadero se echó mano al bolsillo y sacó una petaca gorda y lustrosa, una petaca en la que bien cabía un cuarterón.

—Nada, hombre, basta con que yo le dé con qué. ¡Lo que hay en España es de los españoles!

—Gracias, mi amo.

—No hay que darlas, hombre.

Langa, por este lado, es el último pueblo soriano. De la tierra de Soria a la de Burgos se puede cruzar por cinco caminos: el de Duruelo a Quintanar, pasando la sierra Umbría apoyados en el arroyo Zumel; el de Navaleno a Canicosa, que también llega a Quintanar; el de San Leonardo a Hontoria, dejando a mediodía la sierra de Costalago; el de Alcoba de la Torre a Brazacorta, y este que lleva el vagabundo.

Después de pasar el mojón que separa las provincias y antes de llegar a Zurones, al vagabundo le cogieron los mares del cielo, los desbordados, los enloquecidos mares del cielo, de los que medio se guareció contra las flacas bardas de una paridera.

El vagabundo, al mirar cómo cae el agua, se pone a pensar, casi con deleite, en todos los vagabundos que se habrán puesto a caldo, empapados como gorriones coritos, a la sombra canija de cualquier corral, cuando a los mares del cielo, desde que el mundo es mundo, se les ocurre romperse con el estruendo de mil nueces rodando.

Quieto, para no coger más que el agua de un sitio, y defendiendo sus carnes del cielo que lloraba como casi nunca llora, el vagabundo, quizás por darse los ánimos que aún no le faltaban pero que ya se le iban gastando, se puso a hablar consigo mismo en alta voz.

—Parece que llueve, ¿eh, buen hombre?

—Pues yo creo que no, distinguido caballero, que lo que pasa es que llueve.

—Pues eso, pues eso es lo que yo le vengo diciendo, buen hombre.

—Y yo, distinguido caballero, y yo.

El vagabundo, a veces, se divierte hablando a solas para ensayarse en el complicado arte de no llegar a un acuerdo jamás.

—Un servidor, distinguido caballero, es un príncipe indio venido a menos.

—¿Ah, sí?

—Sí, alto señor, que por mis venas corre una sangre tan azul como la de los reyes y hasta, si me apuráis, aún más antigua. ¿No me creéis?

—Ni una palabra, buen hombre, ni una sola palabra puedo creer de lo que me decís. ¡Qué le vamos a hacer!

—Sí, verdaderamente, ¡qué le vamos a hacer!

El vagabundo, con la cabeza mojada, las ropas chorreando, los pies empapados, debe parecer un vagabundo de ópera italiana, un vagabundo caracterizado de vagabundo, el vagabundo más vagabundo de toda la tierra.

—¿Qué hora será ya?

—No puedo saberlo, distinguido caballero, nadie lo puede saber, que está negro el cielo y la tierra incierta.

Un pájaro vuela, torpe y apresurado, sin saber ni de qué ni a dónde huye, mientras un bicho flaco y nerviosillo se asoma por entre dos piedras de la tapia.

—Escampa…

—¡Psché! Ya veremos.

Por el camino viene un pastor arreando un hato de cabras barbudas. Una moza que va por leña pasa tarareando entre dientes una cancioncilla.

—¿A dónde vas, muchacha?

—A donde me da la gana y a usted no le importa, tío asqueroso.

—Vaya.

El vagabundo, cuando la muchacha se aleja, empieza de nuevo a pensar en las aguas desatadas, en las mansísimas y enfurecidas aguas del cielo que, a veces, se derraman trayendo una paz inefable al corazón de los vagabundos. Que no van por leña hacendosamente, cierto es, pero que tampoco muerden.

Entre la Vid y Vadocondes, el arco iris se pintó en el cielo no mucho tiempo antes que el crepúsculo.

El vagabundo, caladito como iba, pasó por Zuzones a buen

andar y fue a secarse y a dormir el baño a la sala de espera de la estación.

Zuzones es un lugar que pertenece al ayuntamiento de la Vid. El paisaje de la Vid es frondoso y amable, con árboles de añosa corpulencia, frescas aguas, cultivo de buen cuidado y bosquecillos de enebro y de encina. En la Vid se da la uva que dicen de botón de gallo, y la tintina, y la perruna. En la Vid se pesca el barbo y la anguila. En la Vid se caza el zorro y la liebre. En la Vid florece la teología a la sombra de los latines de San Agustín.

La sala de espera de la estación tiene encharcado el suelo de losetas de cemento. El vagabundo, sobre el largo banco de tabla, se busca su acomodo entre un zagal segador y una campesina que intenta dar de mamar a un niño que grita sin entusiasmo alguno, solo por hacer la cusca al prójimo.

En la sala de espera de la estación hay otras cinco personas: un viejo que dormita con la apagada colilla entre los labios; una señorita de pueblo con el pelo teñido de rubio y su mamá, que casi no puede respirar dentro del corsé; un hombre de mediana edad que mira para la bombilla, y un cura flaco y meditabundo que hace, de vez en cuando, un raro guiño con la boca y con la nariz.

El vagabundo, que no está para tertulias y menos para velatorios, saluda al digno senado, se tumba todo lo largo que puede y cierra los ojos para procurar dormir.

Cuando se despierta, a punto de la amanecida, en la sala de espera no está ya nadie más que el cura, que sigue en igual postura en que quedó y haciendo los mismos visajes.

—Buenos días, padre.

—Buenos días, hijo. ¡Parece que se durmió!

—Sí, señor; habiendo sueño, ¡ya se sabe!

—¡Vaya, vaya!

El cura volvió a su silencio. Al cabo de un rato se sintió chiflar un tren y el cura se levantó.

—Buenos días, hijo.

—Buenos días, padre, y buen viaje.

El vagabundo, cuando el cura se fue, lo siguió con la vista. El cura andaba renqueante y algo escorado, y acompañaba su pisar con una tosecilla amarga y seca. ¿Quién sería aquel cura pobre y nervioso, aquel clérigo raído y triste, que se había pasado la noche,

mano sobre mano, en la sala de espera de la estación de la Vid? El vagabundo no lo supo. También es cierto que a nadie —ni aun a él mismo— se lo preguntó. Pero el vagabundo, al cabo del tiempo, aún piensa con simpatía en su amigo de aquella noche, el amigo que no sabe cómo se llama y del que casi no conoció ni el metal de la voz, pero del que sí recuerda que tenía una cara difícil y bondadosa como la de algunos pastores de la montaña, como la de algunos viejos pastores de silbo, mastín y navajilla.

En la Vid, los agustinos calzados estudian las ciencias de la filosofía en el viejo Monte Sacro, el monasterio de premostratenses que levantó el beato Domingo, en el siglo XII; que hizo noble y hermoso el cardenal Íñigo López de Mendoza, en el siglo XVII, y que arruinó la desamortización del XIX.

Treinta años después del abandono, en 1864, los agustinos de Valladolid devolvieron al monasterio el perdido esplendor y fundaron el colegio de misioneros de Filipinas, hasta que las islas se dividieron en dos provincias y en la Vid quedó la cuna espiritual de los dedicados a la enseñanza: los de la provincia del Santísimo Nombre de Jesus de España, editores de la *Revista Agustiniana*, de *La Ciudad de Dios* y de *Religión y Cultura*.

El vagabundo, en el convento de la Vid, se encontró con un paisano y viejo amigo, Papiano Grillo Pampín, cabo de la legión extranjera, en tiempos, y hoy hermano lego y latinista de afición, que le dio de comer, le enseñó las arquitecturas y le explicó, sin venir demasiado a cuento, que la palabra «cachondo» venía del latín *catuliens*, que está en celo.

Papiano Grillo Pampín, con su nariz de berenjena, su pelambrera rala y sus ojillos de estornino, siempre había sido sujeto aficionado a hablar por bernardinas, maña que ahora, con la compañía de los sabios, se le había puesto exagerada y madura.

Papiano Grillo Pampín, que guardaba las colillas en una media, tenía pretensiones eruditas.

—Mira, para, y observa. ¡Oh, maravilla de las maravillas! ¡Oh, pureza del plateresco en el Escorial de la Ribera, como es conocida nuestra casa por todos los amantes de las bellas artes! Esto que tus ojos contemplan, ignaro caminante, es la más pura forma de unión de una iglesia de tres naves con una capilla de este tipo en la cabecera.

—¿De qué tipo?

—Pues de este tipo, hombre, de este tipo. ¡No entiendes una palabra!

El vagabundo, que no está muy fuerte en eso de los estilos, cambió la conversación. Al vagabundo y a su amigo el lego, hablando de sus cosas, se les echó la noche encima sin pensar.

—¿Qué vas a hacer?

—Pues, nada, seguir andando.

—Espérate a mañana. Si quieres, puedes dormir en la portería, allí tengo un almadraque bastante aparente en el que estarás bien.

—Bueno.

El vagabundo, aquella noche, se sintió tan muelle y gusto en su colchón, que no consiguió dormir.

A la mañana siguiente, cuando se levantó, no pudo encontrar a su amigo Papiano por lado alguno. Su amigo Papiano, que es hombre liberal, habrá sabido disculparlo.

El vagabundo para acercarse a Peñaranda, que está a legua y media al norte de la Vid, vuelve la espalda al Duero, el río con el que piensa toparse de nuevo y no muy tarde.

El vagabundo quiere pasar por Peñaranda para tocar la picota en la que tantos vagabundos habrán sido descuartizados a la mayor honra del corregidor y la afición.

El vagabundo, años atrás, se había especializado en picotas y llegó a saber bastante. Según su ciencia —ciencia por la que el vagabundo, ¡bien él lo piensa!, no pondría jamás una mano en el fuego— Burgos es, de todas las provincias de Castilla la Vieja, la que más picotas tiene, seguida de cerca por Ávila, de lejos por Palencia, y de muy lejos por Valladolid y Segovia, provincia que no tiene más que una, la de Grajera, de que ya se habló, aunque guarda recuerdo de otras cuatro: la de la capital, la de Cuéllar, la de Sepúlveda y la de Turégano. En Santander, Logroño y Soria ni hay picotas ni, que el vagabundo sepa, las hubo nunca.

Burgos conserva catorce picotas y aún tuvo otra, la de Huerta de Abajo, capital del ayuntamiento de Valle de Valdelaguna, en el partido judicial de Salas de los Infantes, ya desaparecida.

De las catorce picotas burgalesas, una está en las Huelgas, en la capital; dos en el partido de Aranda, en Peñaranda y en Quemada; otras dos en el de Lerma, en Cilleruelo de Arriba y en Santibáñez

del Val, y las nueve restantes en el de Salas, en Barbadillo del Mercado, en Cabezón de la Sierra, en Castrillo de la Reina, en Hacinas, en Hontoria del Pinar, en Jaramillo de la Fuente, en San Millán de Lara, en Santo Domingo de Silos y en Rupelo, lugar del ayuntamiento de Villaespesa.

Peñaranda de Duero, no más cruzar el Arandilla, está al pie de un cerro que termina en un ruinoso castillo. Peñaranda ya fue más de lo que hoy es, y sus piedras de escudo; su colegiata, que el primer duque de Peñaranda y séptimo conde de Miranda, su fundador, dotó para un abad mitrado; su palacio de columnas de jaspe; su hospital de la Piedad; su convento de San José y su picota de la calle de la Caba, bien claro y estremecidamente hablan de lo que el tiempo se llevó por delante.

Al vagabundo, al cruzar estas viejas ciudades muertas y señoriales, gloriosas, militares y olvidadas le queda flotando sobre el corazón una tenue nube de amarguilla conformidad, de resignada y paciente melancolía.

El vagabundo, sentado en las gradas de la picota, ve pasar un rebaño de ovejas en cueros, de ovejas recién esquiladas, de sucias y flacas ovejas atónitas, polvorientas y silenciosas. El zagal que las arrea, en otros tiempos, hubiera podido ser alférez contra el moro y quién sabe si fundador de mayorazgo.

El vagabundo, que se puso triste y lleno de pesar, se entona en la posada con tres tientos a una bota de vino de Toro que le brindó un arriero de Quintanamanvirgo, allá en la cuesta de San Facundo y San Primitivo, hombre animoso y de buenos humores que sabe del polvo de los caminos, del precio del trigo y del brillar de las estrellas, que sobaja sobre seguro a las mozas de siete provincias, que vuelve la espalda al naipe por atender al vaso, y que canta a lo pecado la peringosa y la marmarisola, el trepeletre y el pindajo y las carrasquillas, con su voz silvestre, espinosa y agridulce, como la zarzamora y el rojillo fruto del majuelo.

El arriero, que se llamaba Rodrigo Martínez, como el pastor de ánsares de la canción, venía de Coruña del Conde, el pueblo del emperador Galba, según algunos, de llevar una alcoba para unos recién casados de posibles y, si no le salía en el camino cosa de mejor sustancia, quería acercarse a Castrillo Tejeriego, en Valladolid, donde su Dulcinea le sabía preparar el almuerzo, la

mejor anguila del río Jaramiel.

—Si quiere le llevo hasta Aranda, o más allá, si le place.

—No, lléveme hasta Quemada, no tengo prisa.

A una legua escasa de andar, a la izquierda del camino y asomado al Arandilla, el arriero y el vagabundo dejaron a San Juan del Monte, pueblo de vega.

Zazuar, a media legua del cruce, es un pueblo de adobes subido sobre una colina. En el monte que llaman de la Calabaza, que queda más allá del Arandilla, se distinguen hasta cinco verdes: el brillador verde de los prados, el verde ennegrecido del pino, el azulenco verde del enebro, el verde mortecino de las carrascas y el blancuzco y plateado verde de las sabinas, de las tímidas y cenicientas sabinas.

A poco camino, y después de cruzar el Aranzuelo, que cae al Arandilla a la vista de la carretera, está Quemada, sobre un cruce, pueblo que tiene no mucho más que la picota, y en el que el vagabundo piensa que lo mejor será dejarse llevar por las tres mulas del arriero —Cantinera, Portuguesa y Lucida— hasta Aranda, otra vez en el Duero.

—¿Sigue?

—Sí, voy a seguir.

El Arandilla, que corre parejo al camino, cae al Duero en Aranda. El Arandilla nace en el Picón de Navas y se bebe, hasta que se lo beben a él, las aguas del Perales, que viene de la Nafría, y las del Aranzuelo, que tiene la fuente más allá de Huerta del Rey. El Perales, antes de perder su nombre, se traga al Pildes, que ya se había embuchado al Espeja y que, como este, vino saltando, entre piedras, desde la sierra de Costalago.

En Aranda se puede entrar —y de Aranda se puede salir— por ocho caminos. Aranda tiene, además, estación en el ferrocarril que, siguiendo el Duero hasta Almazán, va de Valladolid a Ariza, en la línea de Madrid a Barcelona. El ferrocarril Madrid-Burgos, cuando esté terminado, también pasará por Aranda.

Aranda es pueblo importante y grandón, polvoriento, rico y, a su manera, progresista.

El vagabundo, en la Acera, el paseo de las señoritas, bajo los soportales de la plaza, una plaza que tiene la figura del ataúd, se sienta a ver pasar las chicas, que es un honesto modo de perder el tiempo. Las chicas de Aranda son guapas y van bien vestidas, con

zapatos a la moda y medias de seda. En Aranda se ve en seguida que hay pesetas. Aranda tiene buenas casas, algunas incluso con cuarto de baño. El enlosado de la Acera, fue antes del convento de dominicos.

El vagabundo, quizás porque va muy sucio, quizás también, porque cuando estuvo limpio, vio que no merecía la pena, le interesa menos la fontanería que la arquitectura, y la arquitectura que la geografía, y la geografía que el quedo o apresurado latido de un vivo corazón, o de unos ojos que miran, o de una mano que se deja estrechar.

Aranda de Duero tiene bellas arquitecturas, la Colegiata, por ejemplo. Y dos ermitas en paisaje umbrío, la de la Virgen de las Viñas y la de San Isidro. Y seis bosques de vana suerte: el del Montecillo, de encinar bajo; el de Torremilanos, de enebro; el de la Calabaza, con los cinco verdes que ya se contaron; los de Costaján y Montehermoso, de carrasca, y el del Pinar, que ya canta de qué.

Y cuatro ríos —los dos nombrados y el de las Navas y el Beñuelos, con sus puentes de Minaya, de San Francisco y de las Tenerías— que abrazan al pueblo y le dejan no más que una entrada seca, la de Quemada, por la que vino el vagabundo. Y cien muchachas de hondo y pensativo mirar, trajecillo estampado y bolso de plexiglás. Y unos barbos sabrosos de vieja cocina real. Y un vino moro que se deja beber por poco dinero. Y unos libros parroquiales en los que están apuntados, como arandinos, Martín de Reina, el escritor del XVI, y fray Antonio, el confesor de las hijas de Carlos V y viajero por Tierra Santa, y el obispo Acuña, que estuvo en Trento, y el obispo Rojas, que presidió la Real Chancillería de Valladolid, y el obispo Avellaneda, virrey de Granada, y el obispo Pérez de Prado, inquisidor general, y el arzobispo Sandoval, amigo de Cervantes. Y un escudo con un puente de tres luces y dos leones y una torre. Y varias posadas de hogar de buen olfato. Y algún caballero con la mano pronta, el bolsillo presto, y la voluntad dispuesta a la caridad. Y dos alamedas de chopos de la Lombardía. Y dos mercados a la semana y otras dos ferias al año. Y varias romerías de dulzaina y tamboril. Y algún que otro pedazo de muralla. Y el monte de la Brújula que le guarda del viento del norte. Y un cielo en el que Dios pinta rebaños merinos con las nubes.

El vagabundo piensa que Aranda es un pueblo que ya tiene

bastante con todo lo mucho que tiene.

Don Eugenio de Aviraneta fue regidor primero y subteniente de la milicia nacional de la villa de Aranda. Pío Baroja, en su libro *Aviraneta, o la vida de un conspirador*, tiene un capítulo titulado *El tirano de Aranda de Duero*, en el que pinta a don Eugenio pequeño, rubio, de nariz larga, la mirada atravesada y dura y los ojos azules.

Saliendo de Aranda, a la mañana temprano, por el camino de Valladolid, el vagabundo marcha a la vera de tres mozas pálidas, enlutadas y silenciosas, jinetas en sendas y finas mulas de silla, que ni lo miran en todo el tiempo que a su lado anduvo. Al llegar a la primera encrucijada, las mozas siguen hacia Castrillo de la Vega, el pueblo de las buenas codornices y las mejores aguas, mientras el vagabundo, que no quiere perder el río, se mete a la derecha por el camino de Berlangas, que está a dos horas a pie.

El vagabundo hace su tiempo sin novedad y al llegar a Berlangas, como no está cansado, decide pasar de largo y acercarse, escapando de los mosquitos, hasta Roa, otra vez en la margen derecha del Duero. En Berlangas de Roa, al pasar, al vagabundo le arreó un mocito un cantazo en los lomos que a poco más lo derriba. Cuando el vagabundo se volvió con ánimo de darle palos, unas mujeres salieron a la puerta de una casa.

—¡Déjelo usted! ¿No ve que no tiene sentido?

—Pues tampoco lo niego, señora, pero puntería sí que tiene.

—Dice usted verdad, buen hombre, que no marra ni uno. ¡Pobrecito mío y qué cruz me ha mandado Dios Nuestro Señor!

De Berlangas a Roa se hace bien el camino; el terreno de vega es siempre agradecido de andar. Roa es villa de golpe de vista. Roa está sobre una colina y formando como una platea frente al río. El campo de Roa es lozano y verde, con huerta en la salida y vallecicos de vides a las puertas. En Roa se cría la uva graciana y empieza a aparecer la albilla. Roa es un pueblo de muchas aguas. En su término municipal muere el Riaza, que el vagabundo se encontró, aún Riacilla, muchas leguas atrás. También entre huertas va al Duero el arroyo Molinillo que, cuando toma cuerpo, cambia su nombre por el de Mallera. Por la otra margen vienen el Gomejón, el San Andrés y el Dujo. El Gomejón es río que nace largo, más allá de Aranzo de Miel, con su ermita de la Virgen de Plumarejos, cada uno

a su parte. El San Andrés y el Dujo son ríos de menos pretensión. El Dujo tiene tres arcos de piedra: uno en el camino de Quintanamanvirgo, con la casa del arriero Rodrigo Martínez; otro en el de Anguix, pueblo de vino y nueces, en el tercero en el de la Horra, donde se bebe aguardiente y se come pan de tranquillón.

El escudo de Roa lleva una leyenda que dice: Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can. El can de Beltrán aparece en el cuartel de la derecha, atado ante un castillo con la puerta cerrada. Chiquiznaque, hablando con Monipodio, en el *Rinconete y Cortadillo*, usa el mote del escudo de Roa como refrán.

Roa, en el siglo pasado, fue villa combustible; en menos de treinta años, ardió tres veces, la primera con cerillas francesas, que aún no habían sido inventadas, y las otras dos con chisquero carlista. El general Balmaseda, que fue el último que le plantó fuego, lo hizo tan bien que destruyó todos los archivos menos el de la parroquia de la Santísima Trinidad.

Al pie del puente, el vagabundo, que se había estado el tiempo de fumarse dos pitillos mirando para el pueblo, trabó conversación con un viejo mendigo que estaba haciendo lo mismo y que, por las apariencias y el decir, representaba ser hombre de principios.

—¡Hermosa villa!

—Sí, señor, eso parece.

—¡Ya lo creo! ¡De lo mejor de Castilla y de lo más noble y antiguo! Con los vacceos Roa se llamó Rauda, y Rodacis con los romanos.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor, y San Astergio, obispo de Osma, convirtió a las vestales de Roa, que tenían fama de hermosas y discretas.

—Sí, sí…

—Pero el sanguinario Nerón las mandó degollar a todas.

—¡Caray!

—Sí, señor, a todas sin dejar ni una sola.

El viejo mendigo, para decir sus últimas palabras, ahuecó la voz y entornó los ojos con un bien medido gesto de beatífico espanto.

—La guerra de los moros la echó al suelo y el conde Nuño Muñoz la repobló en el año 939.

El vagabundo está un poco perplejo con las sabidurías del mendigo.

—Oiga, usted perdone, ¡sabe usted mucho de Roa!

El mendigo sonrió con una satisfacción antigua y benemérita.

—Sí, señor, de Roa sé más que nadie.

Un ángel, con su instante de silencio, voló, camino del Duero, sobre las cabezas de los dos amigos.

—Siga, siga…

El mendigo volvió a poner la voz histórica y campanuda.

—Pero el teatro de la guerra, joven caminante, la eligió de nuevo come escenario de su trágica farsa y Roa volvió a caer.

—¡Vaya por Dios!

—Sí, señor, acatemos siempre su voluntad… La levantó Alfonso VI, quien mandó construir la colegiata de San Agustín.

—Sí, sí…

—Roa defendió a doña Urraca, la hija de don Alfonso VI, contra su marido, el rey don Alfonso I de Aragón.

—¿Era el marido de doña Urraca?

El mendigo miró con cierto desprecio al vagabundo.

—Sí; se llevaban muy mal.

El mendigo tosió un poquito, como para recobrar el hilo de su cuento.

—Don Sancho, rey de Castilla, salió de Roa para Berlangas en 1288.

—Ya.

—Y en 1304 murió en Roa el infante don Enrique, el que está enterrado en San Francisco de Valladolid.

—Ya. Oiga, ¿quiere usted liar un pitillo?

—Sí.

El mendigo casi ni se interrumpió.

—El rey don Pedro dio la villa de Roa a su tía.

—Sí.

—Y su tía, que no era otra que la reina doña Leonor, se vino a Roa, en 1354, con sus hijos los infantes de Aragón.

—Ya.

—Esto trajo mucha cola y las cosas no se arreglaron hasta el año de 1396, en el que doña Leonor se volvió con su marido.

—¿También se llevaban mal?

—También, sí, señor. ¿Me da usted fuego?

—Sí.

Una nube de cuervos pintaba ruedas en el aire, sobre los terraplenes de la ladera.

—Debe haber alguna caballería muerta.

—Sí, es lo más probable.

El mendigo chupó del pitillo con entusiasmo.

—En 1425, poco antes de la Nochebuena, se encontraron en Roa los dos Juanes, el castellano y el navarro.

—Ya.

—Y en 1436, en la paz que se hizo en Toledo entre los tres reinos, Roa pasó al dote de doña Blanca, que desposó con Enrique IV.

—Ya.

—Aquí, en Roa, en 1438, fueron mostradas al rey las piedras que cayeron del cielo sobre Maderuelo, en el campo de Segovia, unas piedras grandes como almohadillas pequeñas, y de tan blanda substancia, que podían recibirse sobre la cabeza sin sufrir daño alguno.

—¡Ya es raro!

—Y tan raro que nadie supo de lo que eran, y aun hoy se ignota, ni quién las enviaba, ni tampoco para qué. Al principio se pensó que la lluvia era de buen agüero, pero después se vino en dar que el agüero era malo como el mirar de la serpiente.

—Ya, ya…

—El cuento de la historia de Roa, al por menudo, es algo así como el cuento de nunca acabar. Yo no sé si usted se aburre.

—No, señor, yo no. Por mí puede usted continuar instruyéndome, que siempre me vendrá bien.

El mendigo sonrió con agradecimiento.

—Como guste. Aquí en el castillo de Roa, ¡ya se me olvidaba!, estuvo preso don Pedro Manrique, a quien a veces sacaban a caza porque el gorgojo del disfavor real no le comiese el alma.

—Siga, siga…

—Al año siguiente de la piedra de Maderuelo, vino el rey de la villa acompañado de un brillante séquito en el que lucían sus nobles figuras su hijo el príncipe don Enrique, el condestable don Álvaro de Luna, los condes de Haro y de Castro, el maestre de los calatravos, los obispos de Palencia y Segovia, y el arzobispo de Toledo. El rey vino a recibir la sumisión de los conjurados, que le

ofrecían a cambio de que gobernase sus reinos por sí mismo.

—Ya.

—Roa formó algunos años en el partido de los infantes, y pasó a poder de los confederados y del rey en el 1444.

—Ya.

—Cuatro años más tarde estuvieron presos en Roa don Pedro de Quiñones y don Fernando Álvarez de Toledo, que aún no hacía dos lustros que era el primer conde de Alba de Tormes. Entonces la historia de España era como un puchero que hervía, y Roa fue uno de los garbanzos más traídos y llevados.

El vagabundo, que ya se quemaba los dedos, tiró la colilla lejos de sí. Al mendigo se le había apagado el cigarro, que no encendió hasta terminar con el cuento de don Martín Merino.

—En el 1464 la villa pasó a manos de don Beltrán de la Cueva y de ahí el mote de su escudo. ¿Lo conoce usted?

—Sí señor, eso ya lo conozco.

—Bien. El regente don Francisco Ximénez de Cisneros, el gran cardenal, murió en Roa, en el palacio de los Reyes, el año 1517, el día de los cuatro santos mártires coronados, Severo, Severiano, Carpóforo y Víctor, yendo de camino hacia Villaviciosa de Asturias, a donde Dios no quiso dejarlo llegar, a recibir a don Carlos, el emperador. ¿Sabe usted lo de los incendios del siglo pasado?

—Sí, señor, sé que ardió tres veces.

—Algo más pienso que podré decirle. En 1813, los franceses, que habían puesto en huida al cura Merino y a sus hombres, entraron en Roa a sangre y fuego y no dejaron títere con cabeza. Veintidós años más tarde, durante la primera carlistada, fue el propio cura Merino quien incendió Roa. Este cura Mermo fue el famoso patriota don Jerónimo Merino, natural de Villoviado, lugar del ayuntamiento de Lerma, en esta provincia de Burgos, donde cantó misa. Fue en su tiempo el primer jinete de España y trajo en jaque a los franceses durante todo lo que duro la guerra de la Independencia. Cuando Fernando VII volvió al trono, al cura Merino le hicieron canónigo de Palencia y allí se fue hasta que riñó con el cabildo y se marchó a su pueblo. En 1820 se levantó contra el general Riego, pero fue vencido y hubo de esconderse en una abadía de monjas. Cuando Fernando VII murió, el cura Merino, irritado por la orden que dio el gobierno disolviendo el ejército, se

hizo carlista y anduvo haciendo la guerra con varia suerte hasta que, después del abrazo de Vergara, se metió en Francia, donde murió. Este cura Mermo no debe usted confundirlo con el otro cura Merino, don Martín Merino, riojano de Arnedo y también guerrillero, aunque de menos fuste, usurero, jugador y hombre de mala ley, que en 1852 pegó una puñalada a Isabel II, por la que lo condenaron a morir en garrote. Merino, el regicida, también anduvo por Francia y fue cura en Laidental, cerca de Burdeos. En Madrid vivía en la primera casa de la derecha de la calle del Arco del Triunfo, también llamada callejón del Infierno, y atentó contra la reina el 2 de febrero del año que le dije, en la escalera de Palacio. Cinco días más tarde, Martín Merino, que ya no era cura porque fue públicamente degradado por el obispo de Málaga, don Juan Nepomuceno Cascallana, se sentó en el banquillo del garrote con una gran frialdad. «Cuando usted quiera», le dijo al verdugo.

—¡Qué tío!

—¡Ya lo creo! El hospital de la Princesa, de Madrid, fue levantado en recuerdo de aquel suceso del que la reina salvó la vida milagrosamente.

—Ya, ya…

El mendigo, satisfecho de su propio discurso, volvió a sonreír.

—Pero todavía Roa ardió de nuevo, en 1840 y por orden del general don Juan Manuel Balmaseda, que después del abrazo se marchó al extranjero y que murió en San Petersburgo a los seis años de las llamas.

El vagabundo empieza a pensar que su amigo, del que aún no sabe el nombre, debe ser un sabio en penitencia o un bachiller al que la historia y los latines sorbieron la sesera.

—¡Buena memoria tiene usted!

—Sí, señor, cierto es que tengo buena memoria. Y clara inteligencia, feliz palabra y largas horas de estudio.

—Sí, sí…

El mendigo se había definido con una seriedad profunda.

—Entre los dos primeros incendios, el 19 de agosto de 1825, fue ahorcado en Roa, y de una horrible manera, el cadáver del valiente Juan Martín Díez, el *Empecinado*, que cincuenta años antes había nacido tres leguas más bajo, ahí en Castrillo de Duero, provincia de Valladolid, pueblo por el que pasa el arroyo Botijas con sus negras

aguas de pecina.

—Ya.

—Juan Martín, que se metió en Portugal cuando lo de los cien mil hijos de San Luis, se presentó más tarde a las autoridades absolutistas, en ruego de que le permitiesen vivir en España a cambio de comprometerse a no abandonar la plaza que le fuera marcada.

—Ya.

—Le señalaron la villa de Aranda de Duero, y allí se dirigía, cuando el alcalde de Roa, don Gregorio González Arranz, de triste memoria, un hombre que de mozo no quiso ir a la guerra, olvidándose de toda norma de caballero, le metió en la prisión.

—Ya.

—El corregidor, hombre comecirios y de malos instintos, lo sacaba todos los martes en una jaula, para que el campesino y la trajinería que se acercaba al pueblo a comprar y vender, se cachondeasen de ver a un héroe tratado como a una mona.

—Ya.

—A los dos años, y cansado ya de su juego, el corregidor, decidió ahorcarlo. «¿Es que no hay balas en España para fusilar a un general?», gritaba don Juan Martín. Pero nadie le hizo caso y el rey, ¡que Dios le haya perdonado, que buena falta le hará!, firmó la sentencia de horca.

—Sí.

—Cuando ya estaba subido en el patíbulo, el *Empecinado*, que tenía la fuerza de un Sansón, se saltó las esposas, desarmó al jefe de la guardia y, repartiendo cuchilladas y mandobles, cargó sobre la tropa para abrirse paso.

—¡Valiente!

—¿Valiente, dice? ¡Más que valiente! ¡Arrojado y temerario como un león!

—Siga.

—El *Empecinado*, que llegó a romper las primeras filas, cayó al fin acribillado a bayonetazos.

—Ya.

—Y aquí vino lo vergonzoso. El corregidor, a quien todavía, los que se acuerdan ce él, llaman el asesino del *Empecinado*, aún con miedo de que el héroe pudiera levantarse, ordenó que se hiciera la

ejecución como si nada hubiera sucedido.

—Ya…

—Y el pueblo de Roa vio ahorcar a un muerto… A un muerto que, en vida, fuera uno de los más bravos capitanes que los españoles tuvieron jamás.

Una losa de silencio se aplastó sobre la huerta de Roa. Fue el mendigo quien, pasados los breves momentos de luto, se atrevió a levantarla.

—En fin… Eso es todo lo que hay. ¿Le queda tabaco?

El vagabundo respondió algo retrasado y con la voz amarga y de mal timbre:

—Sí, señor, tómelo usted.

El mendigo y el vagabundo, mientras se escuchaba correr el agua del río y cantar el pájaro del cielo, liaron, parsimoniosamente, sus pitillos.

El mendigo puso al vagabundo una mano sobre el hombro.

—Ahora, amigo mío, ya sabe usted de Roa casi tanto como yo.

—Sí, señor, y más que de ningún otro pueblo gracias a su misericordia.

El mendigo chascó los dedos.

—¡Ah, se me olvidaba! A los cien años de su muerte, durante la dictadura del general Primo de Rivera, fue descubierta en Roa, en la casa donde vivió, una lápida en recuerdo del *Empecinado*. La lápida lleva una inscripción que dice: «El pueblo de Roa al *Empecinado*», pero pienso que mejor hubiera quedado si rezase: «El pueblo de Roa al *Empecinado*, en arrepentimiento y desagravio».

El mendigo, con el cigarro en la boca, clavó sus ojos en el mirar del vagabundo.

—Y Roa, amigo mío, ahí la tiene usted por si la quiere conocer.

El vagabundo, que se había levantado, se despidió del mendigo.

—Sí, señor, allá me voy, si usted no manda otra cosa.

—No, hijo, que yo no mando ni obedezco. Vaya usted en buena hora y que Dios le ponga en el camino de las gentes de bien, que en la villa no faltan.

El mendigo, como impensadamente, cambió la voz.

—¿Va a estar usted mucho en Roa?

El vagabundo no sabía bien qué responder.

—No sé… Un día, quizá no llegue…

El mendigo, con el noble gesto del que pide el favor de lo que va a regalar, aparentó disculparse.

—Si quiere que hagamos juntos algunas leguas, aquí le espero. Si es cierto que el amor y el odio se corresponden, pienso que mi compañía no ha de enojarle.

—No, señor, y bien Dios lo sabe que no, que su compañía mucho le agradezco aunque me faltaba valor para pedirla.

—Pues ya la tiene, amigo. Y ahora deme la mano y dígame su nombre y su naturaleza.

El vagabundo dijo su nombre y su pueblo. El mendigo, la mano en la mano, cantó los suyos.

—Mi nombre, amigo Camilo, es el de don, porque yo tengo el don, Toribio de Mongrovejo. Mis apellidos son los de Ortiz de la Seca y Fuentespreadas, por mi padre, que en paz descanse, y los de Castilmimbre y López de Valdeavellano, por mi padre, que en paz descanse. Mi casa solar radica en la Vega de Valdetronco, en la provincia de Valladolid. ¿Usted tiene el don?

—No, señor, mejor dicho, no lo sé bien. Antes, cuando me escribían alguna carta, me lo ponían.

—¿Pero no está seguro de tenerlo?

—No, señor, seguro no estoy.

—Entonces me permitirá usted que no le dé tratamiento.

—Sí, señor, permitido.

—Gracias. ¿Tiene oficio?

—No, señor.

—Yo tampoco; pero vamos a ver, ¿usted no tiene oficio porque no quiso o porque no pudo?

El vagabundo no acertaba a responder de prisa al interrogatorio.

—Pues ya ve usted, no lo sé; la verdad es que nunca me había parado a pensarlo.

—Pues yo, sí. Yo no tengo oficio porque no quise y también porque no pude querer tenerlo. Como usted sabe, en Castilla los hidalgos no tenemos oficio, aunque con los revueltos tiempos que corren, también nos hayamos quedado sin beneficio. El trabajo es una maldición de Dios y el que trabaja, si no lo hace con resignación y para ofrecérselo a Él, peca gravemente, amén de que pierde la nobleza. En la Real Chancillería de Valladolid no verá usted un solo expediente de cerrajeros, herradores o tundidores.

Pero sí verá usted cartas de hidalguía dadas en provecho y beneficio de mendigos, porque el mendigo a nadie sirve, ni aun al rey, y pide por Dios, dando ocasión a los cristianos de ayudar a la salvación de sus almas haciendo la caridad.

—Sí, sí…

—¡Y tanto que sí! Y ahora, amigo mío, váyase a Roa, si quiere verla, que la noche ya se nos viene encima. Yo aquí le espero.

El vagabundo se fue y, a medio puente, se volvió para decirle adiós al mendigo.

Sentado sobre un montón de grava del camino, don Toribio de Mongrovejo de Ortiz de la Seca y de Castilmimbre de Fuentespreadas y de López de Valldeavellano, se despiojaba paciente, antiguo y orgulloso, igual que el gavilán.

A Roa se pasa por un puente de piedra de cinco ojos tirado a cordel sobre el río Duero. Al vagabundo, al entrar en Roa, quizás agobiado por el peso de historia que llevaba encima, se le antojaron los dedos huéspedes y el tabardo, dorada chupa de noble. El vagabundo, al entrar en Roa, enderezó las espaldas, hinchó la tabla del pecho y levantó el mirar con altanería. Después buscó la posada, se zampó dos arenques y un vasillo de aloque y se tumbó a dormir en el zaguán, con unas mantas de caballería por cabezal. Su sueño de aquella noche, fue un sueño poblado de brillantes marchas de caballeros y de lucidos cortejos de paladines.

A la mañana siguiente, bien temprano, el vagabundo empezó a subir y bajar las calles de Roa, las mismas calles que vieron tanto rey, y tanto infante, y tanto obispo juntos.

El palacio donde murió el cardenal Cisneros está en cenizas. De las murallas no restan sino trozos ruinosos. Del castillo, que debió ser muy fuerte, queda ya poco más que el recuerdo. En el patio del castillo hay un pozo sin fondo, un pozo en el que se tira un canto y no se le escucha llegar.

En Roa quedan buenas piedras de escudo. Roa es villa con seis puertas —la de San Esteban, la del Palacio, la del Arrabal, la de San Miguel, la de San Juan, la de Guzmán—, un paseo con bancos de piedra que recibe en cada trozo su nombre —Espolón de San Esteban, Espolón y Olmillos—, un cementerio que guarda los restos del *Empecinado*, una balsa, la Caba, que sirve de abrevadero, y tres iglesias de noble figura, sólida fábrica y azotada historia: la de

Santa María la Mayor, en la plaza, que en tiempos fue colegiata con el título de Insigne y un prior, cuatro canónigos, cuatro racioneros, y organista y mayordomo, y las parroquias de San Esteban y de la Santísima Trinidad.

A media tarde, el vagabundo, vuelto de espaldas a Roa, cruzó a la margen izquierda del Duero, a buscar a su amigo don Toribio. Las golondrinas y los aviones pasaban, a ras del suelo, veloces como rayos, mientras bajo los mimbres de la orilla, las ranas entonaban al día un extraño y burlesco canto funeral.

Don Toribio, a quien la quietud quizás le hubiera pesado antes de lo que imaginaba, se había ido, Dios sabría por cuál de los cuatro caminos. Pero don Toribio, que era un caballero, no se había marchado a lo rufián, sin despedirse: sobre la cuneta de la carretera, en el mismo sitio donde, la tarde anterior, el vagabundo supo de la historia de Roa, don Toribio había dejado su adiós en la columnilla que levantó con cinco piedras.

El vagabundo, triste al principio, echó a andar hacia abajo, hacia Cueva de Roa, que no quedaba lejos.

Cueva de Roa, en tierra llana, es pueblecillo ruin, sin mucho que ver, en el que el maestro, antes de que a los maestros les pagase el Estado, cobraba cien cántaras de vino al año por desasnar a las criaturas.

El vagabundo, casi a la noche, cruza Cueva de Roa, y se echa a dormir, una legua más allá, en el cruce del camino que va de Nava de Roa, el pueblo al que también dio fuego Balmaseda, a San Martín de Rubiales, en la orilla derecha del río, al que se pasa por una bien trazada puente.

Cueva de Roa es el último pueblo burgalés que, por ahora, ha de pisar el vagabundo.

A poco de entrar en campo vallisoletano, el vagabundo salta un paso a nivel desde el que llega, sin estirar demasiado las piernas, a la carretera de Soria a Valladolid, que viene cortando de Aranda a Peñafiel para evitarse el recodo que hace el Duero en Roa.

Al llegar al cruce, el vagabundo, que pensaba irse en derechura a Peñafiel, siente que sus ánimos han cambiado y que, si a Peñafiel, como a Roma, se puede ir por todos los caminos, también debe llegarse por el de Castrillo de Duero, el pueblo del general Juan Martín.

Castro, en castellano, vale por campamento, por real militar, y castrillo, de la mano viene, tanto monta como campamentillo, como campamento de segunda y aun de tercera.

En la geografía de Castilla la Vieja hay muchos Castros y castrillos. Menos en Ávila, la militar, en todas las demás provincias del reino se encuentran estos nombres a cada paso. En Burgos hay cinco Castros —Castrobarto, Castroceniza, Castrojeriz, Castromarca, Castrovido— y ocho castrillos: Castrillo de Bezana, Castrillo de la Vega, Castrillo del Val, Castrillo de Murcia, Castrillo de Riopisuerga, Castrillo de Rucios, Castrillo de Solarana y Castrillo Matajudíos. En Segovia, los Castros son seis —Castro de Fuentidueña, Castrogoda, Castrojimeno, las dos Castrosernas, la de Arriba y la de Abajo, y Castroserracín— y un castrillo, Castrillo de Sepúlveda. Valladolid tiene ocho castras —Castrobol, Castrodeza, Castromembibre, Castromonte, Castronuevo de Esgueva, Castronuño, Castroponce, Castroverde de Cerrato— y dos castrillos, Castrillo de Duero, el pueblo que va a caminar el vagabundo, y Castrillo Tejeriego. En Palencia, el caminante curioso puede tropezar con un castro, Castromocho, con tres castrillos, el de don Juan, el de Ornelo y el de Villavega, y aun con un castrillejo, el de la Olma. En Santander, nadie ha de hallar más de dos castras, Castro y Castro-Urdiales, y otros dos castrillos, el del Haya y el de Valdelomar. Logroño enseña un castro, Castroviejo, y no quiere castrillos, y Soria, como de postre, no se prodiga al enseñar, casi con timidez, un solo pueblo que se llama Castro, a secas. De todos estos nombres, cuarenta y uno, según la suma, treinta tienen ayuntamiento de igual bautismo y los otros once son lugares o aldeas de importancia menor.

Castrillo de Duero es pueblo metido dentro de una cazuela. El vagabundo, al entrar en Castrillo de Duero, busca a un viejo muy viejo del que le dicen que aún habla de su padre, el sacristán Marcos de la Torrecilla, que fue capitán con el *Empecinado*. El viejo, a la puerta de su casa, está, mano en la mano, tomando sus últimos solecicos. El viejo es flaco, algo giboso y cabezón. El viejo tiene las carnes de pergamino y grises y en lágrima los ojillos. El viejo calza pantuflas y viste un largo capote de lana. Al lado del viejo, un zagal con cara de lobezno sopla, con todas sus muchas fuerzas, en un añafil de latón dorado.

—Yo ya no me acuerdo de nada… ¡Cállate, mamón! Aquellos

eran otros tiempos muy diferentes… Sí, yo ya no me acuerdo de nada… Mi padre, cuando llovía, se ponía rabioso… A veces, solía decir: «Esto lo arreglaba Juan con una mano»… ¡Cállate, mamón! Entonces la gente era de otra manera… Cada cual comía de lo suyo… Yo ya no me acuerdo de nada… Yo no conocí a don Juan… A don Juan lo mataron ahí arriba, en Roa… A don Juan lo mataron antes de que yo naciera… Yo ya no me acuerdo de nada… Ahora las cosas han cambiado mucho… ¡Cállate, mamón! Mi padre era hombre fornido… Más que los franceses, pero menos que don Juan… Don Juan era igual que Sansón… Sí, a lo mejor tenía aún más fuerza que Sansón… A don Juan lo mataron por envidia… Cuando don Juan estaba preso, mi padre quiso levantar la partida para ir por él… A mi padre le decían el *Sacristán*… Yo ya no me acuerdo de nada… Los hombres estaban sin ánimos y escarmentados, y se le echaron atrás… ¡Cállate, mamón!

El mozo del añafil, que sabe que el abuelo ya no puede pasar de las palabras, siguió, sopla que te sopla, solemne, infatigable y mudo como un fuelle de fragua.

Castrillo de Duero está a una legua del Duero. Su río es el Botijas, arroyo empecinado. Castrillo de Duero tiene, entre robles, una ermita para rezar a la Virgen y, en una quebrada del terreno, el ruinoso castillo que fue del duque de Osuna.

En el término de Castrillo del Duero, cerca del río, en el Santo del Caballo, un paraje umbrío y sobrecogedor, fue donde el *Empecinado* y su hermano Manuel mataron sus dos primeros franceses: el sargento que había ofendido a su novia y el machacante que le acompañaba. El Salto del Caballo es terreno bien dispuesto a la emboscada y al golpe de audacia. El Salto del Caballo fue escenario de las hazañas de los bandidos *Melero* y *Chafandín*. *Chafandín*, canijo y listo como la ardilla, fue un chisgarabís cruel y sanguinario.

El vagabundo, poco antes del mediodía, salió de Castrillo de Duero para Olmos de Peñafiel, que no cae lejos. Olmos está en un hondón y en tierra de cortada y terraplén. El arroyo Botijas también pasa por Olmos, al pie de un monte de robles en el que se levanta la ermita del Humilladero. En el término municipal de Olmos, y en terrenos de caza menor confiada, están los despoblados de Oreja y Hontalbilla.

El vagabundo, que quiere llegar de día a Peñafiel, no se para en Olmos más que para almorzar en la posada unas judías con morcilla, tomarse una tacita de recuelo hirviente y fumarse una punta de farias que encontró durmiendo sobre el blanco mármol del aparador.

El camino de Olmos a Peñafiel lo hace el vagabundo en compañía de un viajante de pastas para sopa y otros productos alimenticios de primera calidad, que tiene la barbilla metida para dentro, el labio leporino, rojos los párpados, regoldador el escabeche, y la color ajara y como hecha para no salir de las sombras, que se llama, según dice, Quintín Jumilla; tiene, por lo que asegura, cuarenta años y un día, y vino al mundo, si se le ha de creer, en Fresno del Torrote, provincia de Madrid, un día de Difuntos.

Quintín Jumilla, que huele a rancio, es hombre descreído y de ideas avanzadas, picajoso y taurófobo, que tiene fila al clero y a la guardia civil y que cree que lo mejor sería abandonar Marruecos.

—Abandonando Marruecos todo se arreglaba, ¿no cree usted?

El vagabundo no tenía ideas muy claras sobre la cuestión.

—Pues, hombre, no sé. ¡A lo mejor, sí!

El viajante de pastas para sopa se puso como un basilisco.

—¡No, señor! ¿Qué es eso de a lo mejor, sí? ¡A lo mejor y a lo peor! ¡Lo que yo le digo a usted es que hay que abandonar Marruecos! ¡Usted es un ignorante que no sabe ni una palabra de eso ni de nada!

El vagabundo tuvo una idea luminosa.

—Oiga usted, Jumilla, si me levanta usted la voz, le doy semejante metido que le hundo la boca.

El viajante en pastas para sopa se puso de un raro color verde pálido y sus dientes empezaron a sonar como el saco de un trillero.

—¡Pero eso es un atraco!

—¡Puede, sí, señor!

El vagabundo, que siempre había procurado ser hombre de apacibles maneras, vio, sin demasiada sorpresa, que su amigo el viajante en pastas para sopa se apresuraba a entrar en razón.

—¡Hombre, no se ponga usted así! Si le he ofendido, le pido perdón.

El vagabundo se azaró. El vagabundo, quizá por la falta de

costumbre, se azaraba al ganar.

—¡No, hombre; el que le tiene que pedir perdón a usted soy yo! A veces, uno tiene un pronto algo brusco…

El viajante en pastas para sopa y el vagabundo hicieron en silencio el resto de su camino. Con Peñafiel ya al alcance de la mano, el viajante en pastas para sopa se despidió del vagabundo.

—Bueno, amigo, yo me voy a adelantar un poco. Peñafiel es plaza de mucho trajín.

El vagabundo le ofreció la mano.

—Bueno, pues adiós y que se le dé bien.

—Adiós, muchas gracias. Olga, yo no quisiera que me guardase usted rencor por eso que le dije de abandonar Marruecos.

—No, hombre, yo no le guardo a usted rencor. Eso de Marruecos no se lo tengo en cuenta.

Al viajante en pastas para sopa le brotó una lucecita de esperanza en el mirar.

—¿Entonces, usted no cree que debamos irnos de Marruecos?

—Pues, hombre, no sé. La verdad es que yo de eso entiendo poco.

El viajante en pastas para sopa sonrió satisfechamente y endulzó la voz.

—Ya se ve… En fin, amigo, yo tampoco soy rencoroso. Considéreme usted como un amigo, a lo mejor volvemos a encontrarnos otra vez.

—Puede…

—Lo más seguro, ya verá usted. Yo, como le digo, no soy rencoroso y, para demostrárselo, le voy a obsequiar a usted con un producto de la casa que viajo.

—No, hombre, no se moleste.

El viajante en pastas para sopa abrió una maletilla de cartón, una maletilla de cartón con cantoneras de lata, igual a la de los que van haciendo juegos de manos por los pueblos.

—No es molestia; es gusto en hacerlo. Vea usted, canelonis de lo mejor; metiéndoles dentro un poco de escabeche se convierten en un bocado de príncipes.

El vagabundo cogió la caja.

—Bueno, pues muchas gracias. Lo que yo siento es no poder ofrecerle a usted nada.

—No se sofoque por eso. Ya nos encontraremos para poder tomarnos un par de blancos juntos.

Quintín Jumilla, con su carita de liebre, se fue por el camino, mientras el vagabundo, sentado en un mojón, miraba y remiraba su caja de canelonis. La caja tenía una presentación esmerada. Era alargadita y algo chata y en la parte de arriba llevaba un letrero, en varios colores, que decía: «La península apenina. Fábrica de elaboración mecánica e higiénica de pastas para sopa y otros productos alimenticios de primera calidad. Barcelona (Spain). 16 caneloni clase extra, 16. Elaborado con las mejores harinas españolas y extranjeras. Ábrase por la línea de puntos».

El vagabundo no abrió su caja de canelonis, porque pensó que era mejor comprara antes el relleno y dárselo después al ama de cualquier posada para que los metiera al horno.

El vagabundo olió un poco su caja, la echó al macuto y salió andando. En el cielo, unas nubecitas largas y estiradas, unas nubecitas blancas que parecían productos alimenticios de primera calidad, saludaron al vagabundo al punto de entrar en Peñafiel.

Peñafiel está sobre el Duratón, recostada en un cerro y a la sombra de un castillo de cumplidas proporciones. El Duratón es río largo, que nace en la Somosierra, cruza la universidad de Segovia y va a morir en el Duero, a las puertas de Peñafiel. Peñafiel tiene dos puentes sobre el Duratón y uno, muy hermoso, sobre el Duero.

En la plaza del Coro, el vagabundo, que quiere probar sus mañas de cómico, congrega a los mirones con una campanilla, les echa un discursete, y les recita *La desesperación*, de Espronceda, *El tren expreso*, de Campoamor, y *La casada infiel*, de García Lorca. Lo que más les gustó fue *El tren expreso* a las señoras, y *La casada infiel* a los caballeros. La campanilla que el vagabundo usó era del convento de Santa Clara; se la había prestado un monago tartaja que se llamaba Paquito y que quería ser torero cuando llegase a mayor.

El vagabundo, cuando pasó la gorra, cosechó un montón de perras que, contadas, dieron 11,40. El vagabundo se guardó dos duros y a Paquito, por su ayuda, le dio el pico de las catorce gordas. Paquito, más contento que unas Pascuas, salió dando saltos y campanillazos entre la gente, camino de la capilla de las monjas clarisas, y el vagabundo, también alegre y bien dispuesto, se metió

en una tienda fresquita y aromática a comprarse el relleno.

—Señora, deme un cuarto de escabeche de bonito.

—Son treinta reales.

—No importa, démelo usted.

El vagabundo, mientras en la posada le preparaban sus canelonis, fue a darse una vuelta por la villa. Algunas mujeres que, seguramente, habían estado en la plaza, lo miraban al pasar. El vagabundo, rebosante de dicha, pensó, que, las mujeres, sin duda alguna, estaban pensando: «Es un cómico muy bueno; si tuviera padrinos llegaría lejos». Las mujeres, a lo mejor, pensaban en otra cosa, ¡quién sabe!, en lo malo que es el aceite del suministro o en la diarrea que tiene el hijo pequeño, que no hay quien se la corte ni siquiera con medicinas. Las mujeres piensan, con frecuencia, en cosas muy desorientadas.

Peñafiel es villa hermosa, con restos de murallas, y verdes alamedas en su campo, y edificios de noble traza, iglesias amplias y bien construidas, y conventos silenciosos, amorosos y misteriosos como viejos recuerdos con la cifra perdida.

Peñafiel, en el casco de su caserío, tiene tres parroquias: Santa María, San Miguel de Reoyo y El Salvador, y otras dos en el término, una en el lugar de Aldeyuso, San Lorenzo, y otra en el de Mélida, San Cristóbal. Peñafiel tiene también una ermita, la del Santo Cristo, y tres conventos, uno de dominicos, otro de franciscanos y otro de monjas del orden de las Damas Pobres, dedicadas al ayuno y la contemplación. Isabel de Portugal y Catalina de Bolonia, Inés de Bohemia y Margarita de Lorena, Ana y Catalina de Austria y Catalina y Constanza de Sicilia, y las dos Blancas, la hija de San Luis y la de Felipe el *Hermoso*, fueron monjas de la misma fundación de Santa Clara y San Francisco.

En el convento de dominicos, que ya no lo es, se guardan los restos de la beata Juana de Aza, hija de don García Garcés, alférez mayor de Castilla, esposa de don Ruiz Núñez de Guzmán, señor de Guzmán en campo de Roa, madre de Santo Domingo y parienta del famoso torero a caballo don Miguel Daza. El príncipe don Juan Manuel, el de la «mesurada compostura», puso la primera piedra de este convento. El príncipe don Juan Manuel fue meto de Fernando III, el *Santo*, y sobrino de Alfonso X, el *Sabio*. Al príncipe don Juan Manuel, como regalo de bautismo, le dio Sancho IV, su

padrino, la villa que el conde Sancho García tomara a los moros más de siglo y medio atrás. El príncipe don Juan Manuel mandó construir las murallas de su dominio. El príncipe don Juan Manuel fue prosista de buenas letras y de honesto y equilibrado pensamiento. El príncipe don Juan Manuel creó el género novelesco. A su *Libro de exemplos del Conde Lucanor et de Patronio* le puso punto trece años antes de la peste de Florencia, con la que nace el *Decamerón*, de Bocaccio. La peste de Florencia y la muerte del príncipe don Juan Manuel fueron sucesos acaecidos ambos en 1348. El manuscrito del príncipe don Juan Manuel se perdió en el convento de dominicos. El manuscrito del príncipe don Juan Manuel contenía toda su obra. Ahora dicen que aparecieron los huesos del príncipe don Juan Manuel.

En Peñafiel hay mercado de vana y surtida especie todos los jueves del año. En Peñafiel aún dura, ya con la memoria pálida, la mejor y más lozana flor de la selva de la artesanía. Peñafiel es villa de arrieros y molineros, de bataneros y curtidores, de coloreros y tintoreros, de alfareros, caleros y ladrilleros, de pasteleros y boteros, de zapateros y tejedores, de plateros y hojalateros, de panaderos y chocolateros, de albarqueros y carreteros, de cabestreros y tallistas. Peñafiel es también villa de vino y cereal, de huerta y pastoría, de caza de la perdiz y pesca del barbo y de la anguila. La uva de Peñafiel, la albilla, la verdeja y la tinta del toro, dan un vino que, por donde pasa, moja.

Durante la carlistada, Peñafiel cayó ante don Basilio, el general Balmaseda y *Cuevillas*, el hombre que aprendió las nobles artes de la guerra en el ejercicio de las falsas y engañosas suertes del contrabando.

El vagabundo, después de recorrerse Peñafiel, se volvió a la posada. El ama, una mujer inmensa y bigotuda, una mujer capaz de tumbar a un utrero del primer sopapo, lo miró con un desprecio infinito.

—Ya tiene usted dispuesto su tragacanto.

El vagabundo sacó fuerzas de flaqueza.

—Bueno, ahora voy por ellos.

Los canelonis, bien calientes y con sus tripas de escabeche de bonito, no estaban malos. Sabían un poco a engrudo, pero no estaban malos.

III

DE PEÑAFIEL A LAS PUERTAS DE SEGOVIA

EL vagabundo, a media mañana, salió de Peñafiel por la carretera de Valladolid, y se metió, aún entre casas, por el camino de Cuéllar por Campaspero, el pueblo que no sabe de qué color son los árboles.

El día estaba fresquito y el vagabundo, con la cabeza clara, se sintió con fuerzas para echar la cuenta de las leguas de Duero que anduvo desde San Esteban de Gormaz y que, si no se confundió, resultan veinte.

El vagabundo, de espaldas al Duero, el río que tardará en caminar otra vez, lleva intención de volverse a meter por tierras segovianas, por los pardos paisajes en los que, entre tanta sequedad, se siente dichoso como el pez en el agua.

No lejos de Peñafiel, y aún en su término, el vagabundo cruza el lugar de Aldeyuso, minúsculo y gracioso pero sin más que ver.

Molpeceres, cerca de Aldeyuso, es aldea que pertenece a Torre de Peñafiel, de la que está a una legua por el monte y a dos larguitas por donde el vagabundo marcha. Molpeceres se sienta sobre terreno pantanoso y no muy sano. Hacia el sur, dejando a poniente los altos de la Mula, y por un camino que va haciendo revueltas, el vagabundo se mete hasta Fompedraza, que antes se escribía, con más propiedad, con *n* en vez de con *m*, pueblecillo montado en un cerro y rodeado de piedras que echan a perder todo el terreno del término, del que solo se salva la escasa docena de obradas del vallecico.

En Fompedraza, el vagabundo, en lugar de bajar a Campaspero y

meterse en Segovia por Cuéllar, tira a la izquierda, hacia Canalejas de Peñafiel, con la idea de entrar en la otra provincia por Sacramenia o por Laguna de Contreras. De Valladolid a Segovia puede pasarse por diecisiete caminos más, pero el vagabundo piensa que no ha de ser necesario nombrarlos todos, quizás por aquello de que, siendo tantos, a nadie ha de resultar difícil el tropezarlos.

Canalejas de Peñafiel pronto se encuentra. El vagabundo, que es hombre a quien se le dan bien los tontos, quiere dedicar un recuerdo al tonto de Canalejas de Peñafiel, Quiquito Esteban, garzón babosillo y servicial, escurrido de carnes y harto de mataduras, que le ofreció una rebanada de pan de trigo salmerón untada de aceitejo alperchín, un pajarito vivo y un lazo de alambre para cazar conejos.

Canalejas de Peñafiel está situada en un altozano que navega entre dos valles. En el de Olmaz, está la ermita de la Virgen. Canalejas de Peñafiel es pueblo rico en aguas y en leña, que cría ganado lanar, pesca cangrejos, cosecha cereal y vende rubia.

El vagabundo, saliendo de Canalejas de Peñafiel, contesta a lo que le pregunta Quiquito Esteban, que se brindó a acompañarlo hasta el camino de Torre, poco antes de llegar a Duratón.

—¿Tiene usted novia?

—No, hijo, que tuve una pero se me murió.

Quiquito Esteban tenía cara de gorrión con piojillo.

—¿Y qué le pasó?

—Pues ya ves, que le dieron las fiebres.

—¡Vaya!

Quiquito Esteban, al saber que al vagabundo se le había muerto la novia, se puso triste como un gazapo empanzado, y pensativo igual que un niño con hambre,

—Yo tampoco tengo novia, yo nunca la tuve…

—¡Hombre, tú aún eres joven! Ya tendrás tiempo de tenerla.

—No, señor, yo nunca tendré novia… A mí no me dejan arrimar las mozas… Ni me quieren por galán, ni tampoco que las baile…

Los ojos de Quiquito Esteban brillaban con una extraña mezcla de honesta lujuria y de acobardada y espantable crueldad. El habla de Quiquito Esteban se había hecho entrecortada y en su voz se posaron, como pájaros negros y de mal agüero, unos broncos sones de animal y cruel sentido.

—¡Ya ve cómo son!

Quiquito Esteban, de repente, se puso a llorar como una Magdalena, se volvió, y salió corriendo por la cuesta arriba, camino de Canalejas de Peñafiel, el pueblo donde las mozas, ¡con cuánta inútil falta de caridad!, no le quieren por galán.

Con el sol brillándole en la boinilla capona, los hombros encogidos y los cueros sin gracia, Quiquito Esteban, galopando de huida, tenía el aire siniestro y desconsolado de los flacos canes malditos que rondan, incluso sin esperanza, los mataderos.

En el cruce de Torre, el vagabundo se sentó a comer de su fardel, mientras los pájaros del cielo se amaban estruendosamente, el macho de la rana piropeaba, croando, a la rana mocita en edad de merecer, y el paciente escarabajo de la cuneta, con su mejor coraza de oro, amasaba, lleno de amor y parsimonia, la bolita de estiércol que ofrecía, a la caída de la tarde, y con su más gentil sonrisa, a la hembra que ya sabía dónde la esperaban.

El vagabundo comió sin apetito. El vagabundo tuvo que hacer un esfuerzo para levantarse. El vagabundo, de haberse dejado llevar por su voluntad, habría vuelto sobre sus pasos y, en Canalejas de Peñafiel, hubiera dado a su amigo Quiquito Esteban, el doliente doncel en desamor, un hondo, inexplicable y prolongado abrazo contra su corazón.

Pero el vagabundo se metió a la derecha, de espaldas a Quiquito Esteban y a las altivas mozas de su pueblo, aguas arriba del Duratón y en busca de Torre de Peñafiel, pueblo de valle y de encinar y robledal, por el que pasa mustio como alma en pena.

Más allá de Torre y a menos de media legua, el vagabundo se mete en Rábano, su último pueblo vallisoletano hasta que vuelva a verlos, si no se tuerce, después de caminar el campo de Segovia y la alta sierra de Ávila.

Rábano está en un llano a orillas del Duratón, en terreno de bosquecillo y praderío. De Rábano salen tres caminos, el que trajo y el que tomará el vagabundo, y otro, por la margen derecha del río, que lleva, sin más rodeos, a Peñafiel.

Al pasar el vagabundo por Rábano, el sol va de caída. El vagabundo, que hoy prefiere dormir al raso, a ver si espabila la tristeza, quiere acercarse, por la orilla del río, a la linde de la provincia, que no puede andar lejos.

A los tres cuartos de hora de andar, el vagabundo, a quien la noche le viene de frente, se tropieza con un mojón, más alto que los demás que, por la cara de acá, dice «Provincia de Segovia» y, por la contraria, «Provincia de Valladolid».

El vagabundo comió un bocado, se fumó un pitillo, desdobló su manta y se tumbó a dormir en la cuneta, arrullado por las bodas del Duratón con el arroyuelo Contreras que, a sus espaldas y eternamente, se casaban.

Al vagabundo, antes de la amanecida, lo levantó el desaforado ladrar de un gozquecillo de pastor, de sucias lanas y destemplada voz, que se puso a alborotar como un endemoniado.

El vagabundo, al llegar el cruce, dejó el camino del Duratón por el de San Bernardo, el río que baña a Sacramenia, donde almorzó unas copejas de aguardiente y un pan que le dieron por sujetar a una yegua asustada.

Sacramenia, en la falda de un cerro, es pueblo que reza a Santa Marina, en la parroquia, y a Santa Ana en la ermita. Sacramenia es un pueblo de frutal y álamo blanco, de pasto y de cagija, de chaparro y encina hueca y fantasmal.

En el término de Sacramenia aún se ven los restos del despoblado de Aldeafeleón. ¿Qué soplo misterioso habrá azotado a estos pueblos que murieron, igual que una res en el medio del monte? ¿Qué remota fiebre los habrá diezmado? ¿Qué maldición los secó?

De Sacramenia, que tiene un camino a cada viento, el vagabundo sale por el de Fuentidueña, donde volverá a encontrarse con su amigo el río Duratón.

A medio andar de Fuentidueña, el vagabundo, a quien ya le venían dando latigazos las muelas desde Peñafiel, quién sabe si de los productos alimenticios de primera calidad, a los que no estaba acostumbrado, notó que el dolor le subía al galope, como las riadas, y se sentó al borde del camino a gritar a gusto y sujetarse la cara con las manos, a falta de mejor remedio, y a esperar a que el tiempo, la providencia o un sangrador, le sacaran de apuros, que buena falta le hacía.

Cuando el vagabundo, desesperado ya, vio que ni el tiempo pasaba ni la providencia le hacía el anhelado quite, acertó a presentarse un varón membrudo y de barba de chivo que, al reparar

en el desconsuelo del vagabundo, le habló con unas palabras llenas de sabiduría y de buen sentido.

—¿Por qué grita usted con esas desaforadas voces de loco?

El vagabundo, que no estaba para remilgos, le respondió:

—Pues sepa usted que grito, hermano, porque me da la gana y, además, porque la muela del juicio se me convirtió en basura y para mí que va a terminar pudriéndome toda la calavera.

—¿Y tanto le duele?

—Sí, señor, tanto y aún más todavía, y si supiese cómo echarla fuera, juro que ya la habría escupido lejos de mí; tan lejos que no hubiera podido volver a verla jamás.

El hombre se sentó al lado del vagabundo, prendió la yesca para encender su requemada colilla, puso la cara científica y habló:

—Pues yo le digo a usted que el dolor lo aguanta porque no quiere ponerse en manos de los que oficiamos en las artes de la cirugía. ¿Usted me entiende?

—Sí, señor, sí que lo entiendo.

—Pues a eso vamos. Si usted tiene dos pesetas y quiere gastárselas en sanar, yo me comprometo a sacarle la muela en algo más que canta un gallo, pero siempre en menos de una hora. En el macuto llevo la herramienta, en la bolsa el libro donde hago los estudios, en la cabeza la ciencia, y en las manos la energía y la habilidad. ¿Quiere usted gastarse las dos pesetas?

El vagabundo se quedó un ratillo pensativo, pero después se decidió.

—Sí, me parece que va a ser lo mejor. No me viene muy bien gastarme dos pesetas, pero la verdad es que así tampoco puedo seguir. Ahora le doy a usted sus cuartos y que Dios me ayude.

—Sí, hijo, Dios le ayudará; Dios nos ayudará a los dos.

La totovía cantaba en el barbecho; el ciempiés bullidor cazaba a la espera la torpe mosca del tomillo; el alcotán espiaba la primera salida medio larga del gazapo; el asno de todas las decoraciones rumiaba, en medio del yermo, sus nutricios recuerdos de la primavera, y una nube liviana que semejaba una señorita en camisón, volaba, casi con desmayo, hacia Fuentesoto y Valtientas, los pueblos de donde venía el sangrador.

El hombre extendió con mimo un papel de *El Adelantado de Segovia* sobre el suelo ilustre, sujetó sus cuatro puntas con cuatro

cantos y sacó del macuto la herramienta, una herramienta sólida y vetusta como los pensamientos que el viento hace rodar por debajo de las encinas, o al borde de los flacos alamillos, o por encima de los riscos en cueros.

El descarnador y el pulicán, el gatillo y la gatilla, la dentuza, el botador y los alicates —quizás un hierro por cada uno de los siete pecados capitales—, enfriaron el frío aire del camino con su aire frío, siniestro y circunspecto.

—Así, con frío, salen mejor las artes. Lo dice el examinador mayor del Real Protobarberato, el señor don Ricardo le Preux, que es talmente un sabio. Puede usted leerlo en este libro mientras yo doy aliento a la herramienta.

El libro que dieron al vagabundo es un libro breve y no muy antiguo —un libro de hace ciento veinticinco años—, encuadernado en tripa y titulado *Doctrina moderna para los sangradores, en la cual se trata de la flebotomía, arterotomía, de la aplicación de las ventosas, de las sanguijuelas, y de las enfermedades de la dentadura que obligan a sacar dientes, colmillos o muelas, con el arte de sacarlas*. El libro está compuesto por don Ricardo le Preux, primer cirujano y sangrador que fue del Rey Don Luis I, alcalde y examinador mayor del Real Protobarberato. El libro está impreso en Madrid, con las debidas licencias, por la viuda de Barco López.

—Y además, amigo mío, esta herramienta es de lo mejor, es la herramienta que uso para los pacientes de primera, para los señores y para todos aquellos que, sin serlo, me pagan dos pesetas por extracción, como me pagan ellos. Esta herramienta está hecha con hierros que fueron del Santo Oficio, y estos hierros vieron ya tanta sangre, que ahora espantan la sangre y cortan las hemorragias. ¿Quiere usted darme las dos pesetas?

—Sí, señor, tómelas usted.

—Muchas gracias y al bote con ellas. ¿Quiere usted sentarse aquí, en este hoyo?

El vagabundo estaba muerto de miedo y con menos sombra que un mimbre. Además, y para colmo, la muela parecía ya molestarle menos.

—Bueno, hermano, como usted guste.

El cirujano limpió el descarnador en el sobaco.

—¿Me deja usted que lo amarre?

—¡Hombre, si es obligación!

El sangrador era hombre ecuánime.

—Pues verá. Obligación, lo que se dice obligación, no es. Pero sí es muy saludable. Algunos clientes tiran patadas, ¿sabe usted?

El vagabundo notó algo así como si la nubecilla en forma de señorita en camisón, que ya andaba lejos, llorase con lágrimas amargas y desconsoladas.

—Bueno, amárreme…

El sangrador le amarró. Después cogió el descarnador. Después puso una rodilla en el pecho al vagabundo.

El gerifalte del cielo salió huyendo despavoridamente, camino del horizonte.

El vagabundo tardó dos días enteros en sanar, tiempo durante el cual, la verdad sea dicha, el sangrador no se apartó ni un solo instante de su lado.

En estos días, el vagabundo, al que el humor le volvió quizá por el sitio que antes ocupara el dolor ido, supo que quien le había sacado, con la muela podrida, las castañas del fuego, se llamaba don Fabián Remondo y Larangas, natural de Valdepinillos, aldehuela de guinda y nuez dependiente del Ayuntamiento de la Huerce, provincia de Guadalajara, hombre que había sido sacristán en Arroyo de las Fraguas (Guadalajara), zorra de botargas en Duruelo de la Sierra (Soria), pregonero en Quintanilla de Nuño Pedro, ayuntamiento de Espeja de San Marcelino (Soria), y excombatiente de la guerra del Chaco entre la Bolivia y el Paraguay (América del Sur).

Cuando ya el vagabundo se encontró con fuerzas para seguir su camino, don Fabián, que era hombre amable, le propuso que hicieran juntos alguna jornada.

—Como usted guste, hermano, que para mí es honroso aparecer en tan discreta compañía, y pienso además buscarle clientela, a poco que la suerte me ayude, que también a mí me agrada corresponder y pagar en la misma moneda que me dan.

Don Fabián y el vagabundo se estrecharon la mano y salieron para Fuentidueña, a donde llegaron hacia el mediodía. El río Duratón, como ya se dijo, cruza Fuentidueña, y el arroyo Fuentes, como ahora se explica, nace y muere en su término, vertiendo sus cortas fuerzas en el río. El Duratón pasa por Fuentidueña bajo un

puente de seis arcadas. Fuentidueña es pueblo con dos plazas y buenas fuentes, un vetusto y ruinoso castillo en el que estuvo preso el marqués de Villena, y al que Alfonso VIII se retiró después de la batalla de las Navas, una iglesia parroquial remendada y de cierto empaque, la de San Miguel, las ruinas de los templos de Santa María la Mayor y San Martín, y no más que el recuerdo de los del Salvador y San Esteban. Fuentidueña, que perteneció al señorío del condestable Luna, fue villa murada y de cierta historia, de la que no supo guardar el recuerdo. Cerca del río, Fuentidueña tiene un Vía Crucis de piedra que va a dar a las vacías sombras del convento de San Juan de la Penitencia.

Por el camino de Calabazas, que está muy cerca, y entre álamos de los dos colores, don Fabián y el vagabundo se metieron hablando de sus cosas y, cuando se quisieron percatar se encontraron ya en medio del pueblo y al pie de una bodeguilla, a la que entraron a descansar un compás y beberse el par de vasos que habrían de ayudar al parvo almuerzo a bailar el suelto en la molleja.

Calabazas es pueblecito en cuesta y ventilado, con agua, robledal y vida escasa.

De Calabazas a Fuentesaúco, que hay una legua, don Fabián fue instruyendo al vagabundo en el extraño caso de su cliente Marcelita Sabater y Sartaguda, moza garrida que padecía de flato, hija de un paquetero segoviano y tan lozana de presencia que llegó a merecer, cuando Lerroux, el codiciado título de «Miss Pajarejos», honor que le concedieron aun no siendo pajarejina, sino natural de Montejo de la Vega de la Serrezuela.

El suceso fue, según el vagabundo pudo colegir, que a la Marcelita la dejaban los novios a pesar de su hermosura porque, a lo mejor, cuando más amartelados estaban y el novio discurría las más discretas lindezas para decírselas al oído, a la niña le brotaba la enfermedad, se le recrudecía y maduraba el flato y lo echaba todo a perder. El padre de la Marcelita, viendo que la moza, aun a pesar de su gentil apostura, se iba a quedar para vestir santos, mandó llamar a don Fabián.

—Un servidor andaba por allí, haciendo algo de penitencia y recogiendo yerbas medicinales por el monte del Carrascal, cuando el padre de la Marcelita, que lo supo, me mandó llamar. ¿Quiere usted que le cuente nuestro coloquio?

—Sí, señor, cuéntemelo usted.

—Pues verá. El padre de la Marcelita me dijo, dice: «Es fama, mi señor don Fabián, que es usted maestro en las artes del barbero y ducho sanador de toda suerte de males». Un servidor, por no engallarse, le respondió: «Exageran quienes tal afirman, mi señor don…», y así me quedé, pendiente y suspensivo, porque no conocía su gracia. Entonces él, saliéndome al paso, fue y me dijo, dice: «Bárulas, don Fabián; Bárulas Sabater y del Cura, para servirle». Un servidor, cuando ya supo el nombre del padre de la Marcelita, pudo seguir.

Por el camino, y hacia Calabazas y Fuentidueña, pasó un clérigo a caballo.

—Buenas tardes nos dé Dios.

—Buenas tardes nos dé Dios.

Don Fabián continuó su historia.

—Entonces un servidor le dijo, dice: «Pues bien, mi señor don Bárulas, exageran quienes tal cosa aseguran, que mi ciencia es corta y no llega a sanar el mal de las almas». Y don Bárulas, que quería que le viese a la muchacha, me atajó: «Pero sana el de los cuerpos, don Fabián, y yo con eso me conformo y no he de pedirle más». Un servidor, que ya había hecho el meritoriaje del humilde, le respondió: «Pues sí, eso sí, don Bárulas, que con la ayuda de Dios aún voy sanando las sangres enfermas, los humores malignos, los mollejones espiritados, los mondongos pestilentes, los bofes acuosos y etcétera, etcétera». Y don Bárulas, cuando tal oyó, se apresuró a hablarme: «Pues eso era lo que yo quería saber, mi señor don Fabián, que tengo una hija tan bien parecida, moza ya y casadera, que padece el mal del flato y tan amarga está la pobrecita, que para mí que se le ha de escapar el soplo de la vida entera entre hipos y sollozos». ¿Quiere usted que nos sentemos aquí a echar un cigarro?

—Bueno.

Don Fabián y el vagabundo se sentaron en un fresco sotillo a fumar cada uno de su tabaco. Por el camino, y hacia Fuentesaúco y Vegafría, pasó un niño rubiejo arreando un burrillo moro medio hundido bajo un inmenso haz de leña.

—Buenas tardes nos dé Dios.

—Buenas tardes nos dé Dios.

Don Fabián miró para el vagabundo.

—¿Le parece que siga?

—Sí, siga usted.

Don Fabián carraspeó un poquito.

—Entonces un servidor, compadecido por el dolor de aquel padre, fue y le dijo, dice: «Eso no es para apurarse, don Bárulas, que por catorce reales yo le dejo a la niña como nueva». «Ay, don Fabián —me respondió—, ¡si eso fuera verdad! Tome usted los catorce reales, que otros catorce le he de dar si la muchacha sana». Y echó mano a la bolsa, contó catorce reales sin faltar ni uno solo, y me los dio sin darle mayor importancia. En seguida se echaba de ver que era hombre de posibles.

—¿Y usted?

—Pues yo me los guardé, que no era cosa de dejarlos caer, me acerqué a la casa de don Bárulas, vi a la Marcelita, moza hermosa pero que olía a peste, y la receté unas sanguijuelas al vientre, que era donde habitaba la causa de sus males.

—¿Y se curó?

Don Fabián indicó calma con sus manos flacas y sarmentosas como pies de olivo.

—Vayamos por partes, don Camilo. Busqué las sanguijuelas, en aguas fluyentes, como es de mandato, y cuando tuve doce bien hermosas, largas, atruchadas, con la cabeza pequeña, el espinazo rayado de amarillo y el vientre un poco colorado, las guardé en agua clara durante tres días, elegí las seis más vivas, las eché algunas horas en una ventosa para que les abriesen los apetitos de chupar, y puse manos a la obra. Dios Nuestro Señor que está en los cielos, sabe bien que todo lo hice siguiendo los consejos de la ciencia: lavé el vientre de la Marcelita con leche de cabra para que las sanguijuelas pudieran pegarse más prontamente, se lo restregué con la sangre de un pichón blanco, para ver de excitarles la furia con el fresco cebo y, después de hacer por tres veces la señal de la cruz, la fui tomando cada una de por sí con un pañito de lino, y se las apliqué a la parte dañada.

—¿Y qué pasó?

—¿Que qué pasó? ¡La cosa más rara del mundo, don Camilo: que a las sanguijuelas, de repente, se les engruesó la cabeza, se les rayó el espinazo de azul, se les fueron las fuerzas y se despegaron muertas sobre la sábana!

—¡Ya es extraño!

—¡Y tanto, don Camilo, y tanto! ¡Para mí que la Marcelita Sabater tenía aguarrás en la sangre!

Don Fabián se calló, pensativo, mientras en sus ojos se adivinaba el doloroso recuerdo de las sanguijuelas fallidas.

—¿Nos acercamos a dormir a Fuentesaúco?

Don Fabián pareció como despertar de un largo sueño.

—Como usted guste. Pero debo decirle que pienso que es mejor seguir una legua más abajo, a Fuentepiñel, donde tengo un buen amigo que se alegrará de vernos y que a los dos echará de cenar. ¿Le es a usted igual que rodeemos el pueblo?

—Sí, señor, a mí me es lo mismo.

Don Fabián y el vagabundo se pusieron en pie y rodearon Fuentesaúco poco después.

—Aquí es mejor no pararnos, aquí la gente no entiende las cosas.

Fuentesaúco, el pueblo en el que el vagabundo no entró por no hacer un desaire a don Fabián, quedó a la derecha de la cortada que los dos amigos dieron por el campo.

Fuentesaúco de Fuentidueña queda en una laderilla suave, apiñando sus escurridizas carnes alrededor del campanario de la parroquia de Santo Domingo de Silos. Este Fuentesaúco, aunque también los cultiva, no es el Fuentesaúco famoso por sus garbanzos. El Fuentesaúco garbancero es el zamorano, el pueblo de las tres alamedas —Quintera, Doña Ana y Rabonera— y que algunos nombran Fuentelsaúco, no falta quien le llame Fuente del Saúco y aún quedan terceros en discordia que le dicen, para que haya opiniones para todos los gustos, Fuente del Sabuco. El Fuentesaúco zamorano también tiene nombre, y buen nombre, por el baile que dicen del palao, en el que mozos y mozas se arrancan a trazar raras figuras al son del palo, el tamboril y la dulzaina. El Fuentesaúco segoviano, más pobre, presume de liebres y con razón.

—Aquí, en Fuentesaúco, me metieron, cierta vez, en semejante desaguisado que, desde entonces, me juré no volver a pisarlo. Un servidor no tuvo culpa de nada, bien cierto es, pero las cosas se pusieron de tal forma que, con culpa o sin ella, nada faltó para que me hicieran pagar los vidrios rotos.

—¿Alguna cura que no salió a derechas?

—Sí, señor, y no por mi intervención, que fue apropiada y discreta, aunque me esté mal el decirlo, sino por la del destino, que ya viene marcado para cada cual y contra el que nada pueden los esfuerzos de la ciencia, por mucho que la ciencia quiera prodigarlos.

—Ya, ya.

Don Fabián y el vagabundo, después de esquivar Fuentesaúco, volvieron por la carretera que lleva a Cozuelos de Fuentidueña, a buscar el cruce que va a Fuentepiñel, que se presenta no más pasado un arroyo que guarda, celosamente, su bautismo, igual que un comerciante por tierras infieles.

—¿Y fue hace mucho?

—Sí, señor, hace ya bastante; fue antes de la república, pero yo, ¿sabe usted?, sigo en mis trece: mientras no me pidan perdón, no entro, que es a ellos a quienes toca dar el primer paso.

—¿Y piensa usted que le pedirán perdón?

—No, señor, no lo pienso. A lo mejor hasta se han olvidado.

Por el camino de Fuentepiñel se vino levantando la noche, violenta como una moza enlutada.

—¿Cree usted que llegaremos pronto?

—Sí, señor, ya no puede faltar mucho. ¿Se cansa? No me lo tome a mal que se lo pregunte. Lo hago porque, como perdió usted algo de sangre, nada tendría de particular.

—No, no…

Don Fabián, caminando las últimas luces del día con su pasillo cortado, tenía un vago aire de hereje que siente ya que las carnes le han de arder en la hoguera purificadora.

—¿Quiere usted que le cuente lo que me pasó en Fuentesaúco? No es muy largo y siempre le ha de servir para ayudarle a conocer a la gente.

—Sí, cuéntemelo usted. Y, aunque sea largo, no le importe, porque yo le he de escuchar con atención.

—No, no es largo, es algo que se cuenta en seguida, algo que usted podrá saber con pelos y señales antes de que lleguemos a Fuentepiñel. Verá usted.

Don Fabián se frotó las manos.

—Sí, verá usted. La cosa resultó muy desgraciada. Mi clienta tenía por nombre el de doña Eufemia Sisante y Cebolla, y fue viuda,

aunque tan solo por breves horas, de un mancebo de botica natural de Tejadillo, en el ayuntamiento de Mota de Altarejos, provincia de Cuenca, que ejercía su oficio, y también los de barbero y sangrador, aquí en Fuentesaúco. En cierto modo, ¡y que Dios no me lo tenga en cuenta!, era un compañero, un colega. El tal sujeto, hombre libertino y de malos sentimientos, en vida se llamó don Culmacio Talayuelas Pérez y por mal nombre *Miranortes* porque andaba algo reparado de la vista desde los tiempos en que, siendo mozo, y ya de torcidas inclinaciones, le tiró una coz un muleto castellano al que quiso infernar poniéndole una irrigación de lejía.

—Era burro.

—Sí, señor, muy burro, de lo más burro que se conoció, y mire usted que ya lleva uno conociendo burros.

—Siga.

—Doña Eufemia siempre había sido muy devota de Santa Juliana de Falconieri, y el marido, que presumía de librepensador, le arreaba unas tundas tremendas cada vez que la cogía haciendo la novena.

Un pastor con su hato de ovejas cruzó el camino, ya de retirada, en busca del aprisco.

—Buenas tardes nos dé Dios.

—Buenas tardes nos dé Dios.

Don Fabián se calló hasta que el rebaño hubo pasado.

—Don Culmacio, de aquella hecha, el día de San Juan Damasceno del año de Berenguer, le dio semejante pie de paliza a su señora, que la dejó tendida en el suelo, sin sentido, y más muerta que viva.

—Ya.

—Pues bien, a don Culmacio, aquella zurra que le sacudió a su señora le dio tanta risa que, en medio de grandes saltos y carcajadas, se subió al tejado y anduvo galopando por él hasta que se vino al suelo y se mató contra las guijas del corral.

—Le estuvo bien empleado, ¿verdad usted?

—Sí, señor, la mar de bien empleado.

Los primeros murciélagos empezaron a volar entre los negrillos.

—Siga usted.

—Pues eso. A un servidor le llamaron, para que viese si doña Eufemia podía tener arreglo, y un servidor, que en seguida pensó

sangrarla, le recetó antes una jícara de vino, azúcar y agua de la reina de Hungría, por ver de reanimarla un poco y tratar de que volviera en sí.

—Ya.

—Cuando doña Eufemia abrió un ojo, se fijó en una amiga que había acudido al revuelo y como, a pesar de todo, estaba muy enamorada, le preguntó: «Paquita, Paquita, ¿y Culmacio?, ¿dónde está Culmacio?». Y su amiga que, por lo visto, se llamaba Paquita y que, dicho sea de paso, era una jamona morenaza, garrida, de buen ver y de mejores carnes, le respondió: «Deslomado, hija, deslomado, no te ocupes ahora de eso». A la pobre doña Eufemia le dio otra vez el soponcio y…

—¿Cascó?

—Sí, don Camilo, cascó, estiró la pata como un angelito. La pobre doña Eufemia, que en paz descanse, expiró en los brazos de un servidor mientras un servidor probaba a sangrarle la vena basílica. Tenía la sangre de color blanquecina y como en grumos; al olfato, tenía el aroma del queso de cabras. ¡Desdichada doña Eufemia, con lo bondadosa que era y qué poco le sonrió la existencia en este valle de lágrimas!

Don Fabián Remondo y Larangas caminó unos pasos en silencio.

—¡Y ya ve usted! En Fuentesaúco dijeron que yo la había matado y nada faltó para que me mandasen al otro mundo, detrás del matrimonio. ¡Si no es por mis piernas, no lo cuento!

—¿Salió usted huyendo?

—No, señor, que me defendí a coces y a patadas hasta que se hizo un clarito en los ánimos y pude encontrar el camino de Membibre de la Hoz.

El vagabundo se quedó algo indeciso en la respuesta.

—¡De buena libró usted!

—¡Ya lo creo!

Ya con las luces encendidas, don Fabián y el vagabundo entraron en Fuentepiñel y guiaron sus pasos a las paredes del huésped que había de recibirlos y que vivía en una casilla bastante aparente, más abajo de la parroquia de San Nicolás.

En el zaguán de la casa, un mozo de buena presencia se entretenía en afilar una cimbreante varita de álamo.

—Mi señor no está; si en algo puedo servirles…

Don Fabián puso un gesto como de no entender.

—¿Tu señor? ¿Pero cuándo se casó la Dorotea?

El mozo se rio.

—¡Anda, que cuándo, y ya me ha dado tres hijos!

Por el campo de Segovia, los yernos llaman «mi señor» al suegro. El mozo levantó la voz.

—¡Dorotea, sal, que aquí hay unos amigos de tu padre!

Dorotea salió dando de mamar a un niño y con otros dos cogidos de la saya.

—¡Anda, si es don Fabián! ¿Dónde diablos estuvo usted metido?

—Pues ya ves, hija, por ahí dando vueltas…

Dorotea se sentó en un escañil.

—¡Vamos, vamos! ¡Y que no se va a alegrar poco mi padre de verlo a usted!

Don Fabián acarició la cabeza de un niño esquivo como una bestezuela.

—¿Y tú cuándo te has casado?

—Pues ya ve usted, cuando licenciaron a este, va ya para tres años.

—¡Qué barbaridad, y cómo pasa el tiempo!

—¡Y que lo diga usted, don Fabián!

Hablando del tiempo, aquella noche y en el zaguán de aquella casa de Fuentepiñel, cuatro corazones hubieran querido latir con pereza, mientras otros tres, aun sin quererlo, se echaron a latir a galope.

La Dorotea se volvió a su marido.

—Anda, vete a buscar a padre.

El mozo se levantó, con sus andares de paladín labriego, y se fue a buscar a su señor.

La conversación, a veces, se estiraba y quebraba como un arroyo entre peñas. Don Fabián sacó tabaco y se puso a liar un pitillo.

—¿Los tres son niños?

—Sí, señor, son tres cachorros.

—¿Cómo los llamas?

—Al mayorcito Severino, al segundo Atanasio y al tercero Marcelo.

—¿Los tres de verano?

—Sí, señor, los tres; este de julio y estos dos de agosto. Dios me

los manda con un reloj.

Cuando llegó el amo, Valentín Sandino, la hija se puso en pie, como los soldados de infantería al ver entrar al capitán. Valentín Sandino y don Fabián Remondo se dieron en la espalda los tres violentos golpes de la amistad.

—Aquí, un amigo. Aquí, Valentín, en sus tiempos el mozo más bravo del partido de Cuéllar.

Valentín y el vagabundo se apretaron la mano.

—¿Está usted bien?

—Yo, bien; ¿y usted?

Valentín empezó a dar órdenes.

—¡Dorotea, prepara lo que encuentres! ¡Y tú, Lorenzo, anda a echarle una mano a tu mujer! ¡Y vosotros, truchas, ya os estáis yendo con la madre!

Por la puertecilla del fondo salieron, silenciosos y obedientes, dos generaciones.

El vagabundo, aquel día, sacó su panza de mal año, se tomó las dos copitas de anís que le dieron y se durmió, con un sueño reparador y profundo, sobre la alta y honesta cama de hierro que le tocó.

Por la parte del despoblado de San Mamés, y entre fantasmas, silbaron el sapo y la lechuza.

A la mañana siguiente, don Fabián y el vagabundo se fueron haciendo la compañía hasta Torrecilla del Pinar, pueblo de alto risco de piedras y pobre bosquecillo de pinos.

—Ya que he llegado hasta aquí, me voy a acercar a Cantalejo. En Cantalejo y en Cabezuela tengo buenos y considerados parroquianos.

—Como usted guste.

Cantalejo cae cuatro leguas al sur de Torrecilla. Cabezuela está poco más allá. Cantalejo es pueblo de pinar. Cantalejo tiene una ermita dedicada al Santo Cristo del Humilladero. En Torrecilla hay otra de igual devoción. Y en Cabezuela, también. Y en Fuente del Olmo. Y en otros muchos pueblos de Castilla. Cantalejo es famoso por sus trillos y por sus trilleros, que venden los sacos de piedra de sílex a muchas leguas a la redonda, y que hablan, para entenderse sin ser entendidos, la extraña jerga que dicen la *gacería*, que tiene mucho de la lengua de Oc.

El vagabundo, que se despide con agradecimiento de don Fabián, se mete hacia levante por el camino de Fuente el Olmo de Fuentidueña, que corre parejo a las aguas que han de morir en el Duratón, entre Cobos de Fuentidueña y San Miguel de Bernuy.

En Fuente el Olmo vuelve a aparecer el llano. Fuente el Olmo cultiva el yero, la muela y el garbanzo. Fuente el Olmo tiene tres fuentes, y un encinar con calvas en su término, y algún que otro olmo desplegado en guerrillas.

El vagabundo, en Fuente el Olmo de Fuentidueña, no se detiene. Todos estos pueblos que van pasando, unos más chicos y otros menos chicos, parecen sacados de la misma pobre y agostada y yerma matriz.

Después de Fuente el Olmo, y antes de llegar a San Miguel de Bernuy, el vagabundo da de lado a dos caminos: uno, a la mano de la rienda, que le llevaría en derechura a Fuentidueña, de donde viene, aunque dando vueltas, y otro, a la mano de lanza, que lo dejaría en Cantalejo, a donde no irá aunque sabe que, con su ciencia, sus hierros y su fantasía, por allí andaba don Fabián Remondo, su salvador.

Este último camino pasa por Navalilla y Fuenterrebollo, con sus charcas y su pino negro, su parroquia de Nuestra Señora de la Asunción y su ermita de San Roque, el del can.

San Miguel de Bernuy está sobre el Duratón, en la falda de una colina. Cruzando el río, San Miguel de Bernuy tiene dos puentes. El terreno de agua forma buena vega; el seco, no llega a regular. En San Miguel de Bernuy se cultiva el cáñamo y se pesca el cacho y la bermejuela con las viejas artes del esparavel y el trasmallo. San Miguel de Bernuy tiene una ermita, fuera del pueblo, a la que dicen de la Virgen del Río, que orienta al peregrino con su cimbalillo de bucólico son.

En la plaza de San Miguel de Bernuy, el vagabundo se sienta a ver hacer a una familia de picheleros, flacos y de ruin aire, que mueven el estaño con tanta desgana como maestría.

—¿Qué, se trabaja mucho?

—Más que usted.

El vagabundo, a la salida de San Miguel de Bernuy, tira al norte, hacia Tejares, que está a una legua. Tejares es lugar del ayuntamiento de Fuentesoto, al que se va por un camino, el de

Valdezate, en Burgos, que no ha de seguir el vagabundo. Tejares es pueblecillo canijo, famoso por sus nabos.

El vagabundo, que ya va sintiendo gazuza, se mete por la carretera de Moratilla de Roa, para acercarse a Castro de Fuentidueña, a la derecha del primer cruce. Poco antes de alcanzarlo, el vagabundo se encontró con un andarríos flautista que, a la sombra de las desbaratadas bardas de un cercado, se entretenía en machacar con dos cantos unas felpas de carne de cabra, negra y seca como el codillo del mismo diablo.

El hombre, al ver al vagabundo, sonrió tras sus barbejas a monte, con mucho mimo y discreción.

—¿Qué tal va de las muelas?

Al vagabundo, que se acordó de la aventura del camino de Sacramenia, se le abrieron las carnes de pavor.

—Bien, ¿por qué?

—Por nada malo, amigo, y no ponga usted esa cara de susto, que no soy el sacamantecas. Se lo pregunto a usted porque le veo ademanes de no saberse negar a la caridad.

El vagabundo, ya más confiado, se sentó a la vera del nuevo amigo que Dios le había puesto en su derrota.

—Si vivo de la caridad, hermano, como parece que vive usted, mal se acomodaría a mi persona el no querer hacerla cuando algún semejante me la invocare.

El hombre de la flauta se quitó el bonete con el que se tocaba y se pasó la mano por la calvatrueno.

—Esas son las palabras que yo quería oír, hermano, que ando en un apurejo del que usted me puede sacar y por caridad he de pedirle que lo haga.

—Pues usted dirá, y sepa que si cae en mis posibles ya lo tiene.

—Sí cae, y usted lo ha de ver. Que se trata de que ando a vueltas, desde anoche, con estas virutas de cabra y, como los huesos de mi boca no corren parejos con el hambre que mi boca tiene, no encuentro, por más que me las ingenio, manera de hacerlas pasar al vientre. ¿Tendría usted inconveniente en masticármelas un poco? Le ruego que no se las coma, por aquello de que de lobo a lobo no se tira bocado, y se lo pido a usted por caridad y también porque no se vea nunca tan asqueroso y en ruinas como yo me veo. Dios se lo pagará si me lo hace y yo, que nada tengo, he de corresponder

regalándole los oídos con un concierto de flauta de las más modernas y delicadas tocatas que se conocen.

El vagabundo, que se apiadó de quien con aquella mesura hablaba, le masticó la cabra tan a conciencia que se la dejó suelta como un bofe batido y tan sutil que se hubiera podido tomar con pajita.

Algún trabajillo le costó, bien es cierto, sobre todo al principio, pero el esfuerzo hecho le compensó con creces el ver cómo el contento de la hartura soplaba, de los ojos del andarríos, al triste fantasmilla del ayuno.

Cuando hubo comido, el hombre, a cuya faz quiso subírsele un pasajero rubor de salud, tomó la flauta.

—Le voy a soplar a usted, si a usted le place, la jota de *La Dolores* y un vals, de mucho sentimiento como podrá ver, que se llama *Pepita*.

El vagabundo cambió su asiento y se puso enfrente del flautista, para verlo mejor y escucharlo sin que nada se le pudiera escapar.

Después de pasarse la lengua por las encías, el flautista se puso a chiflar, con tal entusiasmo, tal arte y tal afinación, que el vagabundo se quedó admirado de lo bien que lo hacía y de lo medidamente que llevaba el compás.

Sin nadie en ninguno de los cuatro puntos, y tan solo con el águila altiva mirando la escena desde el firmamento, el vagabundo se sintió transportado, durante el tiempo que la flauta sonó, al paraíso donde no se sentía ni el cansancio en las carnes, ni el hambre en las tripas, ni la memoria en el alma. ¡Bendito sea Dios!

Cuando el flautista se fue, por el mismo camino que había traído el vagabundo, el vagabundo, que ya sentía cantar la panza de hambre, tomó sus provisiones —que antes de la marcha del calvo no hubiera sido posible hacerlo— y convirtió el pan y la cecina en fuerzas para seguir andando.

Castro de Fuentidueña es un pueblo frío, construido en el terreno en que empieza a levantarse la sierra de Pradales, que llega hasta el pueblo de su nombre y empalma con el monte Mancha. En el término de Castro de Fuentidueña se encuentra el despoblado de San Juan de Pospedralo.

El vagabundo, de Castro de Fuentidueña, a Castroserracín, va subiendo y bajando. Castroserracín brota, como la ortiga, en un

canchal. El 12 de mayo, en la ermita de San Gregorio, se reúnen de merienda y baile los mozos de Castroserracín con los de Navares de Enmedio, el pueblo que está en la carretera, la vega y el río —río Navares— que une los otros dos Navares segovianos, el de Ayuso y el de las Cuevas. Casi todos los años suenan algunas tortas.

Navares de Ayuso colecciona despoblados —Casares, Castillejos, San Cristóbal y Valdellanos— y Navares de las Cuevas, ermitas: Hortezuela, la Virgen del Rosario y San Roque. Estos pueblos crían buenas ovejas churras. En Madrid vive, o vivía hace poco, en el barrio de Tetuán de las Victorias, Eustaquia Moreno Arana, centenaria de Navares de Ayuso, a quien el Centro Segoviano ofreció un homenaje. El periódico que dio la noticia hablaba de Navas de Ayuso, nombre desconocido no ya en la geografía segoviana, sino incluso en la española, donde, por otra parte, hay Navas para dar y tomar.

El vagabundo, que quiere acercarse a Sepúlveda, sigue camino hasta Ureñas, donde se premia con dos cuartillos de vino que le hacen olvidar la larga jornada y se busca un rinconcejo para posar.

En casa de la tía Tecla, la *Quintanilla*, que le da de dormir en cama por cuatro reales, el vagabundo se acuesta entre gatos impacientes, crujidoras tablas y lamentos desconocidos, pero, como tiene sueño y le sobra cansancio, se queda como un angelito en cuanto que pone la cabeza a la altura de los pies.

La tía Tecla, la *Quintanilla*, es una mujer gorda y barbuda, con voz de tío y ademanes de sargento de carabineros, que puso al vagabundo de patas en la calle en cuanto el gallo cantó.

—¡Ya se está usted yendo!

—Bueno, señora, ya me voy.

La tía Tecla, la *Quintanilla*, tiene mala fama y peor presencia, y el vagabundo, recordando aquellas sabias palabras que aconsejan no meterse en disputas ni con clérigos ni con el consonante, dio los buenos días y se marchó.

Urueñas es un pueblo partido por gala en dos: el de arriba y el de abajo, donde está la fuente y donde durmió el vagabundo. Urueñas tiene tres despoblados: Valsamos, con *v* de val o valle, Valdegómez de Arriba y Valdegómez de Abajo; dos montes: el robledal de la Mata y el enebral de las Tenadas, y una ermita que se llama, ¡cómo no!, del Santo Cristo del Humilladero.

Por el despoblado de Valsamos pasa el arroyo de su nombre, que viene de los cerrillos de la Garganta, en Castroserracín, y que, con el arroyo de la Serresuela y el Navares, forman el Toribio, que cae al río Serrano en el Olmo. En algunos mapas se lee Bálsamo por Valsamos. El Valsamos es arroyo lamerruinas, que también pasa por el despoblado de Castillejos, en el término de Navares de Ayuso.

El Olmo, que en tiempos tuvo ayuntamiento propio, es hoy lugar que depende, desde hace ya más de un siglo, del de Barbolla. El Olmo tiene tres barrios —el Olmo, Corralejo y Villarejo— y cría buenos burros y mejores ovejas.

El río Serrano muere en el Duratón, entre Duratón y Sepúlveda. Duratón es pueblo desperdigado, con una ermita, la de San Isidro, una parroquia, la de la Asunción, y tres barrios, el de su mismo nombre, el del Corral y el de la Serna. Por su término fluye, amén de los dos ríos de que se habla, el arroyo Mesleón.

El vagabundo, a poco de salir de Urueñas, deja a la diestra, y a varios cientos de pasos de su camino, a Castrillo de Sepúlveda, con su encinar del monte Viejo y, ¡ay!, otros tres despoblados, el de Aldioces, el de Aldearrabal y el de Villabeses, con una fuente hermosa. Aldearrabal, del que solo por tradición se sabe que alguna vez existiera, también se nombra y se escribe Aldea Rabol.

El vagabundo entra en Sepúlveda por el barrio de Santa Cruz, que está a la orilla derecha del Duratón, en el camino que va hasta Boceguillas.

Sepúlveda, mirada desde donde se la mire, tiene un aire vetusto y noble, guerrero y medieval, con algo de Toledo, desde lejos: quizás su situación; algo de Cuenca, desde cerca: es posible que sus casas subiendo la pina ladera como cabras, y algo de Santillana del Mar desde dentro: quién sabe si su profusión heráldica.

La mejor Sepúlveda es la que queda dentro de las murallas o, mejor dicho, la que en tiempos quedó, ya que hoy las murallas son poco más que un recuerdo. A Sepúlveda se entraba por siete puertas: la de la Villa, la del Río, la de Duruelo, la de Castro o de Sopeña, la de la Fuerza, la del Torno o del Postiguillo y la del Ecce-Homo o del Azogue. Sepúlveda llegó a tener quince iglesias parroquiales de las que solo quedan tres: la de Santa María de la Peña, patrona de la villa, de traza románica, a la que fueron agregadas las de

Santo Domingo y de San Millán; la de Santiago, que se tragó a las de San Esteban, San Andrés y San Juan, y la de San Bartolomé, en el arrabal, que absorbió a la de San Gil. Fueron suprimidas cuatro parroquias, la del Salvador, con su bella arcada románica, la de San Justo, con sus nobles enterramientos, la de San Martín, la de Santa Eulalia, la de San Pedro y la de San Sebastián. En el arrabal de Santa Cruz, está la ermita de San Marcos.

El castillo de Sepúlveda está en medio del pueblo y detrás de la Plaza Mayor y, aunque ruinoso, todavía conserva esbelta y fuerte la silueta. Esta Plaza Mayor, con el castillo al fondo, la pintaron Solana y Zuloaga en sus lienzos de toros. El castillo, a lo lejos, también se ve en el cuadro *Mujeres de Sepúlveda*, de don Ignacio.

El vagabundo recuerda que tanto Solana como Zuloaga fueron toreros, aunque no tan famosos como pintores. A Goya le pasó lo mismo. Zuloaga frecuentó las clases de la escuela taurina del *Panadero*, el hermano del *Gordito*, y llegó a matar reses de respeto. Solana no fue más que peón y un toro, su segundo y último, lo revolcó. Quienes lo cuentan no precisan mucho su actuación y lo ponen a las órdenes del *Bombé* y formando cuadrilla con *Rubito de Valencia, Chatín* y *Maera*, en 1909 y en Montilla. *Bombé* y *Rubito de Valencia* son apodos que el vagabundo, por más que buscó, no pudo encontrar. Lo más parecido a *Bombé* que el vagabundo halló, *Bomberito*, debía ser mozo muy tierno por las fechas. *Rubio de Valencia*, sin diminutivo, Francisco Vila Mari, sí andaba en funciones por aquel tiempo. *Rubios*, a secas, y *Chatines y Maeras*, ha habido varios. Bombe,
N.
Bombe, no de apodo sino de apellido y sin acento, hubo un novillero del que no se sabe que haya regentado esa escuela de tauromaquia de La Rambla, Córdoba, donde aseguran que se ensayó Solana.

Sepúlveda es villa de vieja historia. Entre los eruditos hay opiniones para todos los gustos; así es mejor porque cada cual escoge la que más le agrada, como en los bazares. Para algunos, Sepúlveda es la antigua *Confloenta*, citada por el señor Claudio Ptolomeo en el país de los arévacos. Para el señor Rusceli Mediolo, Sepúlveda fueron *Segisama Julia* y *Setubia*. El señor Sebastián de

Salamanca, en su cronicón, la nombra *Septem Publica*, por tener siete puertas, al hablar de las conquistas guerreras de Alfonso el *Católico*. El vagabundo no tiene ideas fijas sobre la cuestión, quizás porque piensa que, además, es igual.

Durante la Edad Media, moros y cristianos anduvieron peloteando con Sepúlveda. El conde Fernán González se la ganó en singular combate a Abubad, capitán de Almanzor, que salió a la lucha jinete en un caballo «de robusta y descomunal estatura». Don Fernán, que debía ser suave, pegó al moro semejante cuchillada, «que le partió la adarga, yelmo y gran parte de la cabeza, con que cayó a tierra». Los moros se encerraron en Sepúlveda y nunca lo hubieran hecho, porque el conde, cuando entró, los pasó a cuchillo y mandó quemar la ciudad.

Al conde don García, hijo de don Fernán, se la tomó Almanzor, y la media luna ondeó sobre Sepúlveda hasta que el tercer conde, don Sancho, meto de don Fernán y hermano de doña Velasquita y doña Elvira, las dos esposas de Bermudo el *Gotoso*, volvió a adueñarse de la ciudad. En algunos libros, no dice que doña Velasquita y doña Elvira fueran hermanas; en otros, sí. Don Sancho García concedió a Sepúlveda su democrático fuero.

Doña Urraca y su marido se liaron a golpes por esta ciudad, y en la batalla de Candespina, que ganaron las huestes de Alfonso I, el *Batallador*, murió el conde don Gómez que, según las malas lenguas, puede que anduviera poniéndole los cuernos al rey de Aragón. El vagabundo ni quita ni pone, aunque esto tampoco lo cree mucho, porque doña Urraca —él no sabe por qué— siempre le había parecido chica seria. Este conde don Gómez, de la casa de los González de Sepúlveda, era descendiente del primer conde de Castilla.

Don Juan Manuel, don Enrique de Trastamara y don Álvaro de Luna también son nombres que juegan, con el naipe de Sepúlveda, la violenta partida de cartas de la historia.

Enrique IV, el *Impotente*, que no debía serlo tanto porque coleccionaba mancebas, cedió Sepúlveda al maestro don Juan Pacheco, pero los sepulvedanos levantaron pendones por su hermana doña Isabel, quien, en premio, mandó que la villa jamás fuera desmembrada de la corona.

El número de los judíos matando niños —un tanto sospechoso en

su multiplicación— tampoco podía faltar en Sepúlveda, y a mediados del XV fueron ahorcados y quemados una docena y media de ellos, sobre poco más o menos.

Durante la francesada, los hombres de la vanguardia de Benito Sanjuán, a las órdenes de Sarden, aguantaron bien en Sepúlveda.

La villa de Sepúlveda está separada del barrio de Santa Cruz por el río Duratón. Los arroyos Castilla y Mariaceite también pasan por su término; el primero cae al río frente al sitio llamado Campamento de los Godos, antes del puente de Tarcano, y el segundo lo hace a la izquierda del arrabal.

Sepúlveda tiene mercado los jueves y, de San Miguel a las Carnestolendas, también los sábados; a este mercado sabatino le dicen el Rastro.

Sepúlveda es villa solemne y su caserío semeja un decorado para representar los dramas de don Pedro Calderón de la Barca. El vagabundo, subiendo y bajando por sus calles, paseando por la plaza y oteando Castilla desde el balcón de la fonda, tiene momentos en los que llega a sentirse caballero de altos afanes y de rara preocupación.

En la fonda, el dibujante Enrique Herreros, amigo del vagabundo, el hombre que procura no citar más que amigos, se encontró una estampa taurina con esta sentencia autógrafa: «Si repitiéramos lo escrito, no progresarían las artes ni las ciencias. Victoriano de la Serna». Victoriano de la Serna, de Sepúlveda, es uno de los pocos toreros de cierto postín que haya podido dar Castilla la Vieja.

Este campo castellano viejo no es terreno abonado para la torería. La experiencia bien claro lo dice. Castilla la Vieja, que dio tantas cosas, jamás tuvo toreros. O tuvo muy pocos: este segoviano, el burgalés Domingo Mendívil, que no pasó de medianía hace ya un siglo, los santanderinos Félix Rodríguez y Esteban Salazar San Emeterio, y los vallisoletanos Leopoldo Camaleño, Francisco García Saavedra, Félix Merino, Pacomio Peribáñez y Fernando Domínguez, cierran la lista de matadores. Los novilleros que no dejaron de serlo, los banderilleros y los picadores, tampoco dieron gran lustre al arte de *Cúchares*, de *Joselito* y de *Manolete*. En la mayor parte de ellos, fue más permanente el recuerdo de su anecdotario que el de sus artes de tauromaquia. Algunos tuvieron apodos graciosos: *Petaca,*

Tahonerito, Verduras, Tiriti, Baulero, Candil, Gangrena, Pegote Chico, Túnel, Brazofuerte, Chuletas, Gilillo, Cuerpolimpio, Chuchi, Cometa, Broncista, Fideísta, Panojitas, Pelón, Ostioncito, Veneno Chico, Fresquito de Valladolid, Lechuga, al que retrató Solana, etc.

En Sepúlveda, en 1887, nació el escritor Francisco de Cossío, con el que el vagabundo, cuando coincide con él, suele tomarse alguna copa. Cossío vino al mundo en la casa de los González de Sepúlveda, en la calle de Fernán González, que está apoyada en los muros del castillo. González de Sepúlveda es el octavo apellido de Cossío.

Después de tres días de sosiego y cordero, partida de mus a la tarde y vino de Rueda cuando se presentaba la ocasión, el vagabundo salló de Sepúlveda por el lado contrario al que trajera al entrar.

Antes de irse, sin embargo, el vagabundo piensa que no sería honesto guardarse la receta del cordero asado que en esta villa, según es fama, se prepara mejor que en lado alguno de toda la geografía española.

Según la Gloria, la mujer de Quintín, hembra natural de Encinas, el pueblo de los botoneros, mesonera de pro y cocinera de buenos principios, el cordero debe degollarse a los pocos días de vida y desollarse con mimo para que no sufra la piel. Una vez sin vida y en cueros, se cuelga durante una noche, fuera del alcance de los gatos, para que se oree con el aire ilustre que silba en las escuadras de granito y en las curvas canales de las tejas. A la mañana siguiente y ya seco se corta en cuatro cuartos, se pone en una cacerola de barro, se sala por arriba, se le añade algo así como un cuartillo de agua y un pellizco de manteca de cerdo, y se mete durante una hora y media en el horno del pan. Cuando pasa este tiempo se le da la vuelta, se sala por el lado que se ve, se le rocía con manteca y se espera hasta que el color dorado y el olor nutricio indican que el sabor está a punto.

Este cordero asado de Sepúlveda es bocado que no se olvida con facilidad. En otros sitios —Segovia, Turégano, Olmedo, Ávila, Arévalo— también se come muy bueno, pero el vagabundo piensa que el de Sepúlveda, quizás con el de Burgos al lado, es el que se lleva la palma. En fin…

El vagabundo, que tarda un día entero en acercarse a la Matilla, deja a la derecha los caminos de Cantalejo, por Villar de Sobrepeña, de Valdesimonte, por Consuegra, y de San Pedro de Gaíllos, y se mete, a su izquierda, por el que lleva a Villafranca, capital del condado de Castilnovo, en una llanada. Entre Villafranca y Valdesaz, aldea que pertenece al condado, se levanta, en una umbría, el castillo de Elena y Fernando Quintanar, los marqueses de Quintanar, que también son amigos del vagabundo. El vagabundo piensa que, de haberse encontrado con los castellanos en el castillo, hubiera podido pedir de prestado que le dejaran sentirse señor feudal durante un par de horas.

La Consuegra quedó atrás, Consuegra de Murera, es lugar del ayuntamiento de Aldealcorvo.

Desandando parte de lo andado, el vagabundo, al llegar al cruce, toma a la izquierda para seguir a la Matilla, que está a una legua mal contada. La Matilla es pueblo que nace en terreno de piedras, lo que no le impide cuidar algunas verdes praderas para el ganado. La Matilla tiene un monte de enebro y otro de chaparro bajo, al que algunos llaman ébano sin serlo.

El vagabundo, que llega a la Matilla con la noche lamiéndole ya las espaldas, busca acomodo, se impacienta al ver que no lo encuentra, y sigue camino hasta Valleruela de Pedraza, que anda cerca. La Matilla y Valleruela de Pedraza formaron ayuntamiento hace cosa de cien años, o algo más, en que se separaron. Valleruela era la metrópoli y la Matilla, la colonia, y pasó lo de siempre. La otra Valleruela, la de Sepúlveda, quedó a la izquierda de la Matilla, según venía el vagabundo, con sus malas aguas, sus álamos negros y sus ermitas del Humilladero y del Rescate.

En Valleruela de Pedraza, el vagabundo, que se había metido en la posada a reponer fuerzas, se encontró en la cocina con un extraño y silencioso senado que atendía, lleno de fervor, a las buenas razones de un sujeto calvorota y nervioso, de color de higo y ojos de besugo, que se llamaba, según en voz baja pudo decirle el senador de al lado, Rodolfito, y que era cartero expulsado del cuerpo por marica; orador y patriota; prestidigitador de afición, y forzoso dependiente de comercio.

El tal Rodolfito era dueño de una bien timbrada voz de tiple, con la que contaba unos cuentos confusos, sin principio ni fin, que eran

muy del agrado del respetable. Rodolfito, según explicaba, se había quitado del anís y ya no bebía más que vino.

Las borracheras de vino —decía— no son malas, porque el vino se va a la sangre y la robustece. Las malas son las de anís. ¡Esas sí que son malas! El anís se pega a los huesos y los emborracha y los ablanda, y un hombre con los huesos borrachos y blandos es un hombre perdido, un hombre para el arrastre.

Cuando el vagabundo se hizo un poco a la reunión y pudo atender, Rodolfito, que era hombre que había vívido siempre en capitales, levantaba la voz, seguramente para dar más fuerza a sus palabras. Si Rodolfito se hubiera callado de repente, el sonar del gorgojo de la alta viga hubiera repicado como el repicar de una campana.

El vagabundo, que venía cansado, volvió la espalda a la tertulia y se metió en el oscuro zaguán, a buscar acomodo para pasar la noche. El vagabundo, que ya conoce que para dormir no hace falta más que sueño, encontró buen cobijo al pie de la cuadra, sobre un montón de alfalfa, hierba que, si se abusa de ella como colchón, suele dar granos y escozores, pero que, no durmiéndola más que de tarde en tarde, no hace mayor daño.

Muy de mañana, y ya con las carnes frescas y sin dolor, salió de Valleruela por el camino de Pedraza. Valleruela es pueblo pobre, con algún que otro prado y tal cual viñedo, que alza sus pocos palmos sobre grandes y lisas lanchas de granito. A Valleruela no le falta agua, aunque no le aprovecha demasiado. Valleruela tiene seis fuentes, tres en el pueblo y otras tres en el término, por el que pasa el arroyo Vecemo. En Valleruela, en la ermita de la Virgen del Amparo, el día de San Amadeo, después de la fiesta del Dulce Nombre de María, hay una romería muy animada, famosa en toda la comarca.

El vagabundo, al llegar a la Velilla, se mete a la izquierda, en busca de Pedraza, que queda a medio andar de Matabuena, el pueblo por el que ya pasó, hace días, en busca de la comunidad de Ayllón y del Duero de San Esteban de Gormaz.

La Velilla es barrio que pertenece a Pedraza, de la que dista media legua. En la posada de Velilla, que tiene un bien ganado renombre a muchos días de camino de su despensa, el vagabundo se encontró con su amigo Rodrigo Martínez, el arriero de

Quintanamanvirgo, que iba a Pedraza a descargar unos pellejos de aceite y a recoger los bártulos de un maestro jubilado, que quería irse a morir a Turégano, donde había nacido.

El arriero y vagabundo, cuando se vieron, se alegraron tan honradamente que el contento les asomó sin rebozo al habla y al mirar.

—¡Yo ya me decía que alguna vez volveríamos a toparnos! Andando de un lado para otro, ya se sabe, ¡arrieros somos, y en el camino nos encontraremos! Solo que ahora es de buenas, ¿verdad usted?

—¡Hombre, claro!

Rodrigo Martínez, mientras aparejaba a sus mulas, a Cantinera, a Portuguesa y a Lucida, no se cansaba de hablar.

—Lo hacía a usted por terreno más rico que este. No sé por qué, pero me imaginaba que habría usted tirado hacia la parte de Salamanca.

—Pues, no, ¡ya ve!

De la Velilla a Pedraza el vagabundo acompañó al arriero en su carro.

—Se va bien, ¿verdad?

—Ya lo creo, ¡la mar de bien!

—Por lo menos, mejor que a pie…

Pedraza es un pueblo grande y medio vacío, un pueblo que se vació sin más ni más, Dios sabrá por qué. A lo mejor, Pedraza, andando el tiempo, se queda yerma y seca, como yermo y seco está ya el despoblado Meteroso, muerto en su término municipal.

Pedraza es pueblo de aire militar y derrotado, de digno y pobre ademán, de altanera traza e inhóspita y misteriosa realidad. En Pedraza —Pedraza de la Sierra, le llaman algunos— hay setenta, ochenta, quizás cien casas deshabitadas. Según el censo, Pedraza no tiene muchas más. Pedraza, en tiempos, fue villa de quince mil almas. Hoy tiene menos de doscientas, no llegan a ciento cincuenta.

El vagabundo, por las calles de Pedraza, canta, a grito pelado, una extraña y jovial canción de derrotados, una canción que no es amarga y triste, sino alegre, disparatada y cruel. Al vagabundo, mientras canta, igual que un preso olvidado, nadie le escucha, nadie le mira, nadie le manda callar.

Pedraza fue declarada, hace algún tiempo, conjunto

monumental. Antes se la estaban llevando poco a poco, a pedazos: hoy una reja, ayer una piedra de escudo, mañana un balcón. El castillo de Pedraza lo compró el pintor Ignacio Zuloaga por catorce mil pesetas; le pidieron trece, pero no le gustó el número y dio catorce. La torre del homenaje la mandó arreglar y allí se instaló el estudio. Zuloaga venía con frecuencia por Pedraza, a pintar y a dar paseos con el boticario, que se llama don Pedro Abad y es un hombre culto, considerado, caritativo. Marcela de Juan, la traductora de los poetas chinos, de Li Tchang Yin, de Wei Yin Wu, de Li Tai Po y de Chow Su Chen, tiene una casa en Pedraza que le costó tres mil pesetas, lo que vale el alquiler de una choza en Cercedilla.

Pedraza es pueblo de buenas aguas. Pedraza tiene, desde hace poco, cinco fuentes nuevas. Por su término cruzan el río Cega y el arroyo del Vadillo. Pedraza guarda una dehesa de enebro y buenos pastos a la que dicen Prado Monje.

El castillo de Pedraza está en un alto desde el que se puede otear mucho terreno. Sobre la puerta tiene un escudo de armas en el que se lee: «
D.
Pedro Fernández de Velasco, 4.º condestable de la casa de Velasco». En el castillo de Pedraza estuvieron presos los hijos de Francisco I, que los dos llegaron a reyes de Francia. Pedraza es plaza murada y con una sola puerta.

El vagabundo piensa que Pedraza es un pueblo vagabundo también, un pueblo al que enloquecieron las noches al raso y el camino sin fin.

A la caída de la tarde, el vagabundo se encontró con Rodrigo Martínez, el arriero, bajo los soportales de la plaza, a la sombra de las piedras que solo tiemblan un día al año, y no todos los años, cuando los toros de la Virgen de Carrascal, en la Natividad de Nuestra Señora, ya el otoño en puertas.

—Anduve por la parte de las Ontanillas buscándolo a usted. Me dijeron que lo habían visto por allí.

—Pues, no. ¿Quién se lo dijo?

Rodrigo Martínez se rio.

—No me lo dijo nadie, yo que lo había pensado.

—Pues, no, no anduve por allí.

Rodrigo Martínez, que tenía la cara satisfecha, se había pasado el día trabajando, descargando pellejos y cargando bártulos.

—Mi equipaje ya está, quería verlo para decírselo; en cuanto enganche salgo para Turégano; si usted quiere, lo acerco.

—Bueno.

Mientras el arriero enganchaba a las mulas, el vagabundo fue a pasear su última vista, que es siempre la peor, por las grises y frías calles de Pedraza. Un niño que quizás no haya oído hablar nunca del condestable don Íñigo, juega, al pie de la torre de San Juan, a vaciarle los ojos a un murciélago que salió a espabilarse antes de tiempo. A la puerta de una casa de recia y vetusta aldaba, otro niño solitario llora, como quien clama en el desierto, mientras mea, resignadamente, en un rincón. Por la calle abajo, un último niño llega, jacarandoso y pálido como un paladín bien contemplado, trayendo preso de la punta de un palo, igual que un trofeo, un lagartón verdibermejo de dos palmos de largo.

El vagabundo, a la primera noche, sale de Pedraza entre las sillas y el arca, el aguamanil, el baúl de lata y los veinte litros del maestro, sobre el carro de Rodrigo Martínez, que va cantando en la vara. El vagabundo, que se encogió con la sombra, no vuelve la cabeza atrás.

El vagabundo, aun antes de llegar otra vez a la Velilla, se tapó la cabeza con su manta y se quedó dormido. A veces, cuando el carro saltaba más de la cuenta sobre los relejes del camino, el vagabundo abría un ojo y una oreja para saberse aún vivo y habitado.

El vagabundo se despertó todavía de noche y ya ante el zaguán de la posada de Turégano. Atrás, perdidos en las sombras, se habían quedado Pajares de Pedraza, que es una aldea o barrio que gobierna Arahuetes, con su arroyuelo de Santa Águeda, y Rebollo, con su vieja ermita de Nuestra Señora de las Nieves, y Puebla de Pedraza, con los barbos del arroyo Carcabás, que viene de Veganzones, el pueblo cuyo nombre retumba igual que un tambor, y del prado de Valdemoro.

—¡Eh, amigo!

El vagabundo se apeó del carro y ayudó al arriero a poner en el suelo los muebles del maestro. Después se metió en la cocina, a tomar un poco de calor.

—¡Se durmió usted!

—Sí, medio me dormí.

El arriero era un mozo incansable, parecía un galán de los tiempos antiguos. El vagabundo, que estaba mucho más cansado que él, no hubiera podido ni seguirlo, de haberlo intentado.

Turégano es pueblo grande y señor, de buenas y viejas casas, remilgadas piedras y habitantes taciturnos y meditabundos. Los habitantes de Turégano, según las últimas cuentas, llegan al millar y medio. Como Pedraza y como tantos y tantos pueblos castellanos viejos, Turégano ya fue más de lo que hoy llega a ser. Para este inmenso mundo de fiera lucha y de lenta y despiadada agonía que son los pueblos de Castilla la Vieja, rebosantes de dignidad y agobiados de dorados o de férreos recuerdos, siguen siendo ciertos los dolientes versos de Jorge Manrique:

Dezidme, la fermosura,
la gentil frescura y tez
de la cara,
la color y la blancura,
cuando viene la vejez,
¿cuál se para?
Las mañas y ligereza
y la fuerça corporal
de joventud,
todo se torna graveza
cuando llega el arrabal
de senectud.

El vagabundo, caminando Turégano, se siente soldado en el Altozano y menestral en la Bobadilla. Por el aire de Turégano, pegado aún a la fantasmal silueta de su castillo, todavía el obispo Arias Dávila ahorca en el torreón a los correos de la Beltraneja, mientras los cincuenta ballesteros, libres de todo pecho, de la villa, asisten, dejando los hierros de matar en la sacristía, a los funerales por el alma del rey don Pedro.

El Castillo de Turégano, medio iglesia con las obras del obispo Dávila, sirvió de prisión, de dura prisión, a Antonio Pérez, y en él se reunió, echando años atrás, don Juan II con su amigo Luna, el hombre al que, por entonces, no podía recibir en la corte.

Turégano es pueblo de vega. Su término municipal lo cruzan los arroyos Valseco y de las Mulas, que vienen disimulando desde

Caballar, el pueblo de las tres fuentes, la Santa, la Fresneda y la Redonda, y donde también hay otra, la del Cagalar, que, como su nombre indica, es purgante. La vega de Turégano cría hortalizas y frutas. El campo de Turégano, ya en el secano, ve granar el cereal, verdear el garbanzo y crecer el pino.

El vagabundo, en la plaza Mayor, con el castillo al fondo, dedica un recuerdo a don Pepe Solana, el hombre que pintó un cuadro sobrecogedor y carpetovetónico —*Capea en Turégano*—, hoy en los Estados Unidos. Turégano también sirvió de modelo para los pintores Zuloaga y Zubiaurre.

El vagabundo, después de pasarse un día con su noche en Turégano, se despide, a la madrugada siguiente, de su amigo el arriero Rodrigo Martínez, que marcha a Cuéllar y a Valladolid a seguir buscándose el pan entre la grava del camino.

—¿Nos veremos?

—Dios es el que lo sabe.

—¿Y si no nos vemos?

—Si no nos vemos, salud y que no falte el pan en Castilla.

El vagabundo, por la carretera de Segovia, deja a la izquierda, después de caminar así como una legua, el pueblo de Otones de Benjumea, al que no pasa, y al cabo de andar algo más de lo que lleva andado, deja a la mano contraria, y también fuera del camino, a Villovela de Pirón, lugar del ayuntamiento de Escobar de Polendos, con su río Pirón, que nace en Santo Domingo de Pirón, y sus montes Escalona y del Parral. Escobar de Polendos queda otra legua más abajo, también a la derecha y también a alguna distancia del camino; Escobar de Polendos tiene una fuente de agua de hierro que, a veces, cura algunas enfermedades. En un cruce, y poco más adelante, quedan, a oriente, Pinillos de Polendos, que también pertenece a Escobar, y a poniente, Cantimpalos, famoso por sus chorizos y por sus sandías.

Desde Turégano a Segovia, por este camino, no se pasa por dentro de ningún pueblo, aunque algunos de los que llevamos dichos queden al alcance de la vista. El vagabundo, a cuatro leguas largas, todavía de la capital, se sienta a descansar un rato y a entretenerse con sus figuraciones.

Por el camino, y en sentido contrario, viene un afilador de barba florida y jovial además, empujando su rueda y silbando en su

caramillo unos aires silvestres que prenden rojas candelas y luminosas chiribitas en el blando corazón de los goloritos del cielo.

El vagabundo, que tiene sus raras sabidurías, al ver al afilador se arrancó en barallete:

—*¿Cómo che amece o corpurrio?*

El afilador se puso de color grana hasta la raíz de la sien.

—*¡Inda os guelfos te ticen, choulo de lorda!*

A los afiladores no les gusta que nadie hable su jerga gremial. A los afiladores —que usan el barallete para entenderse— no les costaría ningún trabajo pegar una puñalada en el corazón de quienes, sin ser del oficio, presumen de conocer su lengua. El vagabundo, por ver de arreglar las cosas, reviró al castellano:

—¡Pero no es para ponerse así!

El afilador tenía la mirada azul y tiernamente irritada.

—No, señor…

El vagabundo, para darle la confianza, se le acercó en son de amigo: la mano por delante y la sonrisa en la boca.

—Dejémonos de rabiar. ¿Qué se hace?

El afilador puso un gesto de arcángel arrepentido.

—Pues, nada, ya lo ve usted, silbando para espantar el hambre.

El afilador fingió no conocer bien la geografía de Castilla. Por algún lado tenía que disimular.

—¿A dónde voy por aquí?

—Al fin del mundo, hermano, empezando por Turégano, si le place.

El afilador tenía un raro aspecto de alegre resignación y de bien llevado escepticismo.

—¡Tanto me da!

El afilador tenía los ojos rasgados, firmes los pómulos, cantarina la voz y un marcado acento gallego en el hablar.

—¿De dónde es usted?

—De la parte de Orense, muy lejos de aquí. Nogueira de Ramuín.

El vagabundo tenía un primo orensano, Benitiño do Chao, al que quería mucho.

—Yo tengo un primo muy famoso que también es de Orense, se llama Benitiño do Chao.

El afilador hizo un gesto que no significaba nada, una extraña y

difícil mueca que no significaba absolutamente nada.

—No, a ese no lo conozco. Yo conozco a un Benitiño, Benitiño Suárez, pero a ese que usted dice no lo conozco.

El afilador había salido doncel de su pueblo —el pueblo de donde salen los hombres que afilan las navajas de las cinco partes del mundo— a la caza de la fortuna, y al cabo de los años, viejo ya, todavía no había regresado.

El afilador tenía los dedos quemados, del oficio, y guardaba memoria de los incendios de Castilla, de los días en los que el viento se convierte en fuego y la vida, en ceniza.

—¡El fuego de Torreiglesias, ahí cerca de Turégano!

En Torreiglesias, entre Turégano, Carrascal de la Cuesta, Losana, el caserío de Cobatillas y Peñasrubias, el fuego nació, un mal día, con su paso de lobo desmelenado y hambriento, para lamer con su triste, y trágica, y luminosa lengua los muros mismos de la parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, la madre del tejedor y del arriero, del labriego y del pastor, del cazador y del molinero.

—¡El fuego de Briongos, en el campo de Burgos!

Más abajo de las cuestas de las Tejadas, en la vieja tierra de Lerma que el Cid caminó, entre Tejada, Espinosa de Cervera, Santa María del Mercadillo y Ciruelos de Cervera, Briongos vio arder medio pueblo, el medio pueblo que nunca se reflejó, diáfano, en las claras y pobres aguas de la fuente de Nuestra Señora del Camino o del saltarín arroyuelo de San García.

—¡El fuego de Cabrejas del Pinar, en la tierra de Soria!

A la sombra de las ermitas de Santa Ana y de la Virgen Blanca, entre Covaleda, Molinos de Duero, Navaleno, Talveila, Calatañazor y el Abejar, el fuego brotó en Cabrejas, la de la «cárcel de las seguras prisiones», con su encinar y su pinar, con sus molinos y sus sierras, con sus sembraduras de trigo, de centeno, de cebada, de guijas, de guisantes, de yeros, de lentejas.

—¡El fuego…!

El vagabundo le interrumpió.

—¡No siga!

Al afilador, durante unos instantes, le brilló, casi lujuriosa, la mirada

—Como guste.

El afilador y el vagabundo se fumaron juntos el negro y difícil

tabaco de la despedida.

—Que haya suerte…

El afilador sonrió con sus dientecillos de conejo montés.

—Lo mismo le digo…, y perdone, ¿eh?

—De nada, hombre; ya sabíamos los dos que no habría de llegar la sangre al río…

—No, señor; *caxigas, varantes e caxateiros, tizan no mismo pereiro*…

Después, un pie tras otro, el vagabundo se llegó, dándose un deleitoso paseo, hasta las puertas mismas de Segovia. La noche, como pensara, se le había hecho por el camino, y el vagabundo, a las bardas de un corralón, se acurrucó a esperar que Dios amaneciera.

El vagabundo, aquella noche, soñó, sobresaltadamente, con un baile de criadas. El vagabundo bailó dos pasodobles con una criada rolliza que se llamaba Paquita y era de Torrecaballeros, donde tiene su torreón el marqués de Dueñas. ¡Se pegaba bien la Paquita al bailar *Marcial*!

Algunas voces de la jerga del ballarete que aparecen en este capítulo:

> *Amecer*, estar; *caxateiro*, bailarín; *caxiga*, cura; *corpurrio*, cuerpo; *choulo*, tonto; *guelfos*, piojos; *inda*, aún, todavía, en gallego; *lorda*, mierda; *pereiro*, peral, en gallego; *tizar*, comer; *varante*, alcalde.

IV

SEGOVIA Y MÁS CASTILLOS

El vagabundo, a las primeras luces del alba, se restriega los ojos, se despereza los cueros y se acerca al Eresma, a lavarse la cara en sus finas aguas.

El vagabundo —ahí enfrente la tiene— ha de entrar en Segovia. El vagabundo, que es hombre poco aficionado a obligaciones, tiene la obligación de entrar en Segovia. El vagabundo, por su voluntad, bordearía Segovia y se echaría otra vez por esos pardos campos del diablo, a cruzar pueblos ruines y sierras bravías, polvorientos yermos, oteros umbríos, desiertos sin fin y sin esperanza. Al vagabundo no le gustan las ciudades ni hace buenas migas con los ciudadanos. Al vagabundo le espantan las esquinas tras las que puede acechar la muerte. Al vagabundo no le interesan los problemas de los demás, el hambre y el hartazgo en fila, la castidad y la lujuria en rueda de presos, la emoción que reparten los economatos y las cooperativas.

Pero el vagabundo tiene que entrar en Segovia. Segovia es una bella, una amable ciudad de calles pinas y misteriosas, de sutil y geométrico vientecillo, de aire diáfano y alta noche estrellada.

El vagabundo, después de espabilar el sueño en el Eresma, se acerca por el paseo de la Alameda, entre copudos árboles centenarios, al monasterio de Santa María del Parral, de la orden Jerónima.

El monasterio del Parral, según afirman los entendidos, es obra de mucho mérito. Algunos dicen que lo mandó levantar el marqués

de Villena, en pago de una promesa, un día que a poco más lo matan. Otros aseguran que quien lo construyó fue el príncipe don Enrique, después Enrique IV, el *Liberal*. El vagabundo no lo sabe. En la fachada aparece el escudo de don Juan Pacheco, marqués de Villena, y en el altar mayor están enterrados él y su mujer, doña María de Portocarrero.

Las obras del monasterio las empezó el maestro Juan Gallego. La gran nave gótica es obra de los hermanos Guas, o Was. En la construcción intervinieron también Pedro Polido, Juan de Ruesga, Almonacid, y los escultores Juan Rodríguez, Blas Hernández, Jerónimo Pellicer y Luis Giralde. La sillería del coro, que ahora está en Madrid, parte en San Francisco el Grande y la otra parte en el Museo Arqueológico, fue hecha por Bartolomé Fernández, artista segoviano.

Los monjes Jerónimos entraron en el monasterio a mediados del XV y salieron de él cuatro siglos escasos más tarde. En 1926 volvieron los Jerónimos y trataron de ir levantando lo que estaba en el suelo. Los enterramientos de las familias nobles segovianas casi han desaparecido y el claustro de la Enfermería, que fue famoso, ya no existe.

El vagabundo, ante estas piedras que sufren como sufren los hombres, no puede evitar que le invada el alma una tristeza infinita. El vagabundo, a veces, es muy sentimental. Otras veces, en cambio, nada le importa nada y lo único que quiere es dormir.

Dejando atrás el monasterio, y sin cruzar todavía el susurrante fluir del Eresma, el vagabundo se acerca hasta la iglesia de la Vera Cruz, que fue de los templarios. La Vera Cruz está en el camino de Zamarramala —el pueblo que conserva una astilla de la cruz donde martirizaron a Cristo—, que sale a la derecha, y a las puertas mismas de Segovia, de la carretera que va a Zamora, por Arévalo. La Vera Cruz es obra del siglo XIII y está declarada monumento nacional.

En los campos que rodean a la Vera Cruz pacen cuatro o seis vacas y ramonean quince o veinte cabras bajo la mirada, no demasiado vigilante, de un viejo y misterioso pastor. El vagabundo, al pasar, saluda sin suerte: el pastor no se dignó ni contestarle ni siquiera mirarle. Probablemente se imagina un alto caballero que no tiene por qué saludar a la plebe. A lo mejor, no le falta razón.

Cuando se disolvió el Temple, la Vera Cruz pasó a manos de la orden de San Juan de Jerusalén, que también lo perdió. Aún no hace mucho fue devuelto a la misma orden, la de los Caballeros de Malta, que han iniciado algunas obras de restauración.

Por el cielo vuelan los grajos, los cuervos y las chovas de las peñas Grajeras, que jamás se posan sobre el tejado de la Vera Cruz, desde que, hace ya muchos años, algo así como setecientos años, profanaron el cadáver de un templario y el prior de la orden acordó prohibírselo.

La planta de la Vera Cruz tiene una forma parecida a la del Santo Sepulcro, de Jerusalén, y a la del Temple, de París.

Al otro lado del camino de Zamarramala está, sobre unas rocas y rodeado de cipreses, el convento de los carmelitas, que fundó San Juan de la Cruz. Al fondo de uno de los altares está enterrado el santo, en un catafalco imprevisto, insensato y grandilocuente, que parece levantado en loa y recuerdo de Ramsés II o de Nabucodonosor. Este convento, aparte de sus recuerdos, no tenía ya mucho que ver y, desde la última y desdichada reforma, tiene aún menos que ver todavía. El vagabundo, en su peregrinar, ha visto ya tantas barbaridades y tantas herejías, que ya ni se indigna.

Saliendo a la carretera de Arévalo, el vagabundo se mete por la alameda de la Fuencisla hasta las peñas Graseras y el santuario de Nuestra Señora de la Fuencisla, patrona de Segovia. En las peñas Grajeras se sitúa la leyenda de María del Salto. María del Salto era una judía muy bella que se llamaba Esther. Acusada de adulterio con un cristiano, los judíos la condenaron a tirarla desde lo alto de las peñas Grajeras, pero, cuando iba por el aire, invocó a la Virgen, y la Virgen hizo que llegase al fondo del barranco sin daño alguno. Esther, entonces, se bautizó y se puso de nombre María del Salto. En la catedral, se guarda el manuscrito del *Cerratense* con la crónica que escribió sobre el suceso, oído por él de labios de la misma María del Salto.

El santuario de Nuestra Señora de la Fuencisla, a la sombra de las peñas Grajeras y rodeado de árboles y de fuentes, se presenta de una manera simpática —aunque quizás un poco teatral— a los ojos del vagabundo. La alameda por la que el vagabundo vino fue río hasta hace un siglo, en que su curso, que amenazaba con acabar llevándose, poco a poco, el santuario, fue desviado a su camino de

hoy.

Poco más allá del santuario, cruza la alameda un arco de piedra, obra de Joan de Ferreras, levantado en honor de Felipe II.

Como no tiene prisa y como por estos rincones se está bastante bien, el vagabundo, oyendo el rumor del agua y el silbar de los mil pájaros del paisaje, espera a que el tiempo pase, como un correo quién sabe si venturoso o fatal, sobre sus carnes.

Después de almorzar su parva tajadilla, el vagabundo, que está más bien contento, se sienta a la cuneta de la carretera a ver pasar los tres automóviles, los cinco camiones, los ocho carros, las doce bicicletas, los quince caballos, las dieciocho mulas, los veinte campesinos que se acercan a pie hasta Valverde del Majano —el pueblo de los *cagones*—, y las infinitas o casi infinitas parejas de novios que marchan en silencio, lentamente, amorosamente, resignadamente, la mano en la mano, el mirar en el mirar y el corazón en el abierto y entregado corazón.

Como los dioses premian el sosiego —y aún mucho más el no pedirles nada—, la tarde del vagabundo pasó como un suspiro: acariciadora y veloz.

A la noche, el vagabundo, volviendo sobre sus pasos, se echó a dormir al pie de la iglesia de San Marcos, en el arrabal de San Marcos, que hay quien dice si no será la más vieja de Segovia.

A la mañana siguiente, el vagabundo, que había descansado bien, cruzó la puente Castellana o de los Castellanos para meterse en la ciudad, a la orilla izquierda del Eresma.

Enfrente, allá arriba, y un poco a la derecha, el Alcázar parece que va a salir andando.

A la izquierda, a la orilla del río y entre álamos airosos, se levanta el antiguo ingenio de la moneda que cayó, por la cuesta abajo del tiempo, hasta fábrica de harinas.

En Segovia se conocían las artes de la moneda desde los celtíberos. Enrique IV, en el siglo XV, fundó una fábrica de moneda, en la plaza de San Sebastián, que substituyó a otra todavía más antigua. El ingenio o casa de moneda de que habla el vagabundo, fue mandada hacer por Felipe II a finales del XVI, y en su fachada luce, en piedra heráldica, el escudo de Enrique IV.

Al lado del ingenio aún quedan los restos de la antigua iglesia de San Gil, en la que don Sácaro escondió a la Virgen de la Fuencisla

de las iras moras para que, andando el tiempo, se la encontrase el obispo don Pedro de Aagen. La iglesia de San Gil se vino al suelo con las calas, los agujeros y las trepanaciones que le hicieron buscando el cadáver de San Hieroteo, que después no quiso aparecer.

El vagabundo, por la ronda o camino de Santa Lucía, deja a su derecha a las murallas, con su puerta de Santiago enfrente, altaneras y bien plantadas sobre las rocas. El vagabundo piensa que quizás sea este uno de los sitios mejores para verlas.

Poco más arriba, y en un recodo de la muralla, aparece el arco de San Cebrián, poético y gracioso. Detrás del arco de San Cebrián, y ya intramuros, queda el paseo del Obispo, con sus añorantes viejos, sus niños esperanzados y sus honestas niñeras sin ilusión.

A izquierda del camino, y siempre adelante, se presenta el convento de Santa Cruz la Real, hoy dedicado a la beneficencia, con su aire gótico, su tanto monta, monta tanto, sus yugos y sus flechas. Torquemada, el primer inquisidor general, fue prior de este convento. En la iglesia se guarda el sepulcro de San Corbalán.

Detrás de la Santa Cruz el vagabundo se topa con una capilla por la que se entra a la cueva donde Santo Domingo de Guzmán hacía penitencia. A esta cueva vino como peregrina, y en ella entró en éxtasis, Santa Teresa de Jesús.

La muralla, a estas alturas, aparece derruida y románticamente tapizada de hiedra. El postigo Picado, o postigo de San Matías y, poco después el postigo de San Juan, aún se distinguen, ciegos como los ojos sin luz, en la muralla. A la izquierda deja el vagabundo al viejo barrio de San Lorenzo, con su iglesia románica, y más allá, y al otro lado del río, queda el convento de San Vicente, de monjas bernardas, el más antiguo convento segoviano y que, según la tradición, se levanta sobre las rumas del templo de Júpiter.

El vagabundo, que más bien cree que deja de creer en brujas y en milagros, en tradiciones, en leyendas y en aparecidos, se siente feliz —y también ligeramente preocupado— en estos escenarios castellanos y confusos, oscuros, casi siempre, y a veces deslumbradores y taumatúrgicos.

Doblando el recodo que hacen la muralla y la ronda de Santa Lucía, el vagabundo ve ante sus ojos el barrio del Salvador, con las torres del Salvador y de San Justo, hospedaje de cigüeñas, sus

callejas de nombre medieval y artesano y su leyenda del Cristo de los Gascones. En el siglo XIII, y en tierras de Francia, unos soldados alemanes y otros franceses encontraron, al mismo tiempo, una imagen de Cristo. Se pelearon por ella pero, como la disputa no se resolvía, acordaron colocar al Cristo sobre una mula, para que se lo llevase hasta donde le pereciese mejor, comprometiéndose cada bando a respetar la decisión del animal. La mula echó a andar y, andando, andando, no paró hasta Segovia, hasta la iglesia de San Justo, donde cayó muerta. Los franceses y los alemanes, admirados del prodigio, se quedaron en Segovia para poder atender al Cristo que, desde entonces, se llama Cristo de los Gascones. Aún queda, cerca de San Justo, el callejón de los Gascos o de los Gascones, a cuyo pie corre un canijo regato que, en tiempos, se llamó arroyo Alemán. El Cristo de los Gascones es sacado en procesión, el día de viernes Santo, por la gente de curia.

En el barrio del Salvador, entre la Encarnación y el convento de misioneros, de donde parte la carretera de Segovia a Madrid, por la Granja, el puerto de Navacerrada y Villalba, nace el acueducto —al que Unamuno quería llamar aguaducho, por entender que era menos erudito— que, al principio, no levanta vara y media del suelo y que va tomando altura conforme el terreno cae. Los setenta y cinco primeros arcos forman la parte más sencilla del acueducto y entre ellos están los treinta y seis que tiró Almamún —o Yahya Ben Ismael Ben Dylinum Almamún— y levantó Escobedo; estos arcos reconstruidos son fáciles de señalar por su aire ojival.

Frente a la academia de artillería, antiguo convento de San Francisco, el acueducto, que pasa a ser de doble fila de arcos, dobla en ángulo para meterse, por la calle de Fernán García, hasta la plaza del Azoguejo, donde alcanza los veintiocho o veintinueve metros de su mayor altura.

El Azoguejo es una plaza irregular y graciosa, anárquica y enloquecedora, punto de carros y estación de autobuses, tabladillo de sacamuelas y escenario de pícaros y picardías, bolsa de trabajo y lonja de contratación de todo lo que se puede —y aún de mucho de lo que no se puede ni se debe— comprar y vender, y recreo y distracción de vagos, de forasteros y de arbitristas. Don Fermín Caballero, hace ya más de un siglo, al repasar la geografía cervantina, dijo que el Azoguejo era plazuela muy concurrida de

antiguos prestidigitadores y buscavidas manidiestros.

Azoguejo es diminutivo de azogue, plaza o mercado; el diccionario lo dice. Del de Segovia habla Cervantes —con los Percheles de Málaga, las Islas de Riarán, el compás de Sevilla, la Olivera de Valencia, la Rondilla de Granada, la Playa de Sanlúcar, el Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo— como lugar en el que el ventero que armara caballero a don Quijote «había ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando a algunos pupilos, y, finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay en casi toda España».

Garci Pacheco, el personaje de Lope de Vega en la *Jerusalén conquistada*, al describir la grandeza y poderíos de su rey, también alude al Azoguejo:

> *Tiene en Segovia un barrio cuya gente*
> *toda debaxo de las aguas viue*

Los jueves se celebra en el Azoguejo un típico y bullicioso mercadillo con trazas de zoco —no en balde azoguejo viene de *as-sóc*— en el que, como en botica, hay de todo o casi de todo.

El acueducto con dos filas de arcos es el motivo heráldico que los segovianos pintaron en su escudo. Su aspecto, desde el Azoguejo, es realmente impresionante, y al vagabundo nada le extraña que un poeta romántico —Víctor Hugo, hijo de unos de los generales de Napoleón que pasaron por Segovia—, desmelenándose al contarlo, le pusiera una fila más, quizás por aquello de que no hay dos sin tres, y quizás también porque los poetas suelen ser gentes aficionadas a tomarse licencias, a falta de cosa de mayor substancia.

Después del Azoguejo, el acueducto se mete por el postigo del Consuelo, recientemente reconstruido, para perderse y reaparecer más tarde, como un Guadiana de piedra, en los tres últimos arcos que se ven en la plazuela de Avendaño.

El número de arcos es algo que el vagabundo no se entretuvo en contar. Quienes lo hicieron no están muy de acuerdo, aunque parezca raro, y unos hablan de ciento cuarenta y ocho, otros de ciento cincuenta y nueve, otros de ciento sesenta y tres, otros de ciento sesenta y seis, y otros de ciento setenta, que es alrededor de

lo que debe andar la cosa.

El origen del acueducto tampoco es tema que haya puesto de acuerdo a los autores y hay opiniones, como siempre pasa, para los más variados gustos. Algunos dicen que el acueducto es obra de los egipcios, otros piensan que lo levantaron los romanos y aún otros, en fin, hablan de si no sería el diablo el arquitecto. Las gentes, al acueducto, le llaman la puente del Diablo, la puente Seca, o, quizás para abreviar, la puente, sin más apellido. El nombre de puente del Diablo le viene al acueducto de una leyenda que aún vive en muchos corazones segovianos: una muchacha, harta de pasarse el día yendo y viniendo con el cantarillo a la fuente, pactó con el diablo que le entregaría su alma a cambio de que el agua llegara hasta su misma casa. El diablo se comprometió a hacerlo en una sola noche y antes de la salida del sol y, efectivamente, en una noche, levantó el acueducto pero el agua, por milagro divino, no corrió por su caño hasta que el sol se levantó para alumbrar la escena. Con el arte del diablo, por un lado, y con su tardanza en rematar la obra, por el otro, Segovia se encontró con agua y la muchacha, por tablas, pudo salvar el alma. Según las gentes, los hoyos que presentan las piedras del acueducto, son las huellas de los dedos del diablo.

De la plaza del Azoguejo, y por debajo del acueducto —que desde hace veinticinco años vuelve a llevar la sutil agua de la Fuenfría sobre el entrecuestro—, el vagabundo sale por la calle de San Juan a la plaza del conde de Cheste, donde están las dos casas que se disputan, más o menos platónicamente, el nombre de la Casa de Segovia: la que hoy se llama así y en la que tuvo su imprenta, en el siglo XVIII, el grabador Antonio de Espinosa, y la que, según su dueño, el marqués de Lozoya, así se llamó y fue, probablemente, tribunal de la Inquisición en el siglo XV.

En la misma plazuela están también el caserón que fue de los marqueses de Quintanar, donde hoy se vienen dando los cursos de verano para extranjeros, y el palacio de los condes de Cheste, con su portada gótica.

Por la plaza, rodeados de misterio y de meditabunda y contenida alegría, tres niños juegan, casi en silencio, mientras las golondrinas dibujan torres sobre las torres; languidece la hierba a ras del santo suelo y el musgo verdea entre los negros y fríos gatos de los tejados.

El vagabundo, al ver los niños de la plazuela del conde de Cheste, se alegra al recordar las palabras que el viejo Antonio Machado, el hombre más bueno del mundo, escribió en Segovia, en la Segovia que lo vio caminar, gravemente pensativo, durante catorce largos años de su vida: «En estas viejas ciudades de Castilla, abrumadas por la tradición, con una catedral gótica y veinte iglesias románicas, donde apenas encontráis rincón sin leyenda ni una casa sin escudo, lo bello es siempre y no obstante —¡oh, poetas, hermanos míos!— lo vivo actual, lo que no está escrito ni ha de escribirse nunca en piedra: desde los niños que juega en las calles —niños del pueblo, dos veces infantiles— y las golondrinas que vuelan en torno de las torres, hasta las hierbas de las plazas y los musgos de los tejados». El vagabundo —¡que Dios y don Antonio le perdonen!— se permite el lujo de pensar lo mismo. El vagabundo, como es pobre de solemnidad, tiene, a veces, raros caprichos de los que procura no privarse.

Por una callecica humilde y entre altas tapias de jardines, el vagabundo sale hasta la plaza de Colmenares, sobre la muralla y encima de la ronda de Santa Lucía, del barrio de San Lorenzo y del ya casi lejano Eresma que corre entre sus gráciles, entre sus airosos chopos alabarderos.

La iglesia romántica de San Juan de los Caballeros, en tiempos sede de los Nobles Linajes, es hoy museo Zuloaga, en recuerdo de don Daniel, que la salvó de morir como suelen hacerlo los pájaros y las arquitecturas, sin pena ni gloria. El busto del ceramista don Daniel Zuloaga, obra de Emiliano Barral, el sepulvedano, que estuvo mucho tiempo en la plaza de la Merced, lleva ya tres años al pie de San Juan de los Caballeros. En esta antigua iglesia está enterrado, en su tercera tumba y desde hace un año, el cronista don Diego de Colmenares, párroco que fue de San Juan de los Caballeros; su primer reposo se lo marcaron en la misma iglesia y en la misma tumba en la que ahora está, y su segundo, hace cosa de un siglo, se lo buscaron en el Para, en el desaparecido panteón de segovianos ilustres. También duermen en San Juan de los Caballeros las cenizas de la princesa Angelina, la gentil esposa de don Diego González de Contreras.

El vagabundo, que ya siente la timba a saltos, cosa que no le extraña dada la hora que señala el sol, se sienta a la muralla y

almuerza de su bolsa, solitario como un soldado perdido y humilde y silencioso igual que un lobo enfermo. Comer en un inmenso, en un dilatado monumento nacional, sobre las piedras que no pueden moverse sin permiso y a la sombra de las torres y de los muros que jamás habrán de ser pintados sin expedientes, informes y pareceres, es placer que no todos los hombres pueden darse. Segovia, casi toda Segovia —las calles y plazas que van a lo largo del acueducto, desde el Campillo hasta el Saúco; la parte vieja de la ciudad que queda dentro de las antiguas murallas; la plazuela de San Lorenzo; las carreteras de Boceguillas y de la Granja hasta trescientos pasos partiendo del acueducto, y las vistas de San Justo y del Salvador y las que se descubren desde la Canaleja y la plaza del Alcázar— ha sido declarada monumento nacional por decreto de 12 de julio de 1941. El vagabundo piensa que se trata, sin duda, de un decreto prudente y que quizás salve a Segovia de ser desmontada por los chamarileros, los turistas, los anticuarios y los nuevos ricos.

El vagabundo, con el último bocado en el buche, se mete por la calle de los Zuloagas, a espaldas de la Diputación, para salir, por una sombría calleja, a la plazuela de San Sebastián, donde estuvo la casa de moneda que levantó Enrique IV. La romántica iglesia de San Sebastián fue el punto de reunión de los monederos en los siglos XV, XVI y XVII.

Delante de la plazuela de San Sebastián queda la de Avendaño, con los tres últimos arcos del acueducto, uno de ellos ciego y sin luz. El vagabundo, rodeado del silencio, arrullado por el misterioso latir del silencio, camina la calle del Licenciado Peralta, por delante del convento de las franciscanas, en busca de la calle de San Román, que ahora se llama de Martín Higuera. A la derecha queda la placita del conde de Alpuente, señorial y recoleta, y a la izquierda y por donde el vagabundo va, la del Seminario, con la más grande iglesia de Segovia, fuera de la catedral. La plaza del Seminario, que en tiempos se llamó del Nombre de Jesús es el punto de la mayor altitud segoviana.

No lejos —pasando no más que la calle de Domingo Soto— se presenta la vieja plaza de las Arquetas o de la reina doña Juana, en recuerdo de la confusa y desgraciada mujer de Enrique IV. Al vagabundo, que va arrastrando sus miserias por los más rancios guijarros de la ciudad, se le imaginan tan raros pensamientos que

prefiere, para no enloquecer, ni escribirlos.

Sobre el recuerdo del convento de premonstratenses se alza la plaza de los Huertos, con sus acacias y su jardincillo, y con la almenada torre de Diego Arias Dávila. El palacio contiguo, lo que es hoy delegación de hacienda, estuvo muchos años alquilado por el concejo, mientras se levantaba la casa consistorial. Junto a esta plaza, en la de San Facundo, estuvo la iglesia de San Facundo, en la que la leyenda pone de sacristán al hombre que, por dinero, entregó una hostia consagrada al judío don Mayr, el médico del que se dice si no fue el envenenador del rey Enrique III, el *Doliente*. Este sacristán vivía en la calle del Malconsejo, que va a dar, sobre las cuestas de San Bartolomé, al paseo del Obispo. Cuando don Mayr tuvo en su mano la hostia consagrada, tocó a sanedrín y se reunió con los más importantes judíos segovianos en la sinagoga que estuvo donde hoy está la iglesia del Corpus Christi. Hasta aquí vienen coincidiendo las distintas maneras de contar la leyenda, aunque, a partir de aquí, ya hay opiniones entre las que escoger y decidir. Unos dicen que los judíos pusieron al fuego un gran caldero lleno de aceite, otros afirman que lo que echaron en el caldero fue resina, y otros piensan que lo que el caldero tenía en su panza no era más que agua. Fuera lo que fuere, los judíos, en cuanto el caldero rompió a hervir, echaron dentro la hostia consagrada y, en este momento, fue cuando se produjo el milagro: un trueno formidable se escuchó retumbar, y la sinagoga, estremecida en sus cimientos, tembló de arriba a abajo, mientras la hostia quedaba flotando en el aire para aparecer, más tarde, sobre el altar mayor del convento de Santa Cruz la Real. Una tradición habla de que la hostia consagrada atravesó el muro y fue volando hasta la iglesia de la Santa Cruz. Otra dice que fueron los mismos judíos los que la llevaron, admirados del portentoso suceso. La primera es más poética y sobrenatural y la segunda, más humana; a aquella le dieron pábulo los hombres y a esta los niños, los lógicos y ordenancistas niños. Con el milagro nació en Segovia la fiesta de la Catorcena —en cuya celebración se turnaban catorce parroquias, alguna ya muerta a manos del tiempo—, que aún se guarda entre los usos segovianos.

Por la plazuela de Guevara y la calle de la Trinidad, el vagabundo llega a la iglesia de la Santísima Trinidad, a la capilla de

las dominicas y el torreón de Hércules, en una vieja placita con tantos recuerdos como años y tantos años como misterio. La romántica iglesia de la Trinidad es posible que se haya levantado sobre los restos de un templo mozárabe, probablemente en el siglo XII. El convento de las dominicas aparece abrazado por muros quizás romanos y sobre el torreón de Hércules existen, poco más o menos, tantas opiniones como comentaristas. Diego de Colmenares lo hace mansión de Hércules, a quien cuelga la fundación de Segovia, y el marqués de Lozoya lo sitúa, con más sensatez, a finales del XII. Frente al atrio de la Trinidad está el suntuoso caserón de los Campos y las nobles y mutiladas piedras que habitó el comunero Alonso de Guadalajara, que fue diputado por Segovia en la junta de las ciudades coaligadas, o Santa Liga, que se celebró en Ávila bajo la presidencia del toledano don Pedro Laso de la Vega, que acabó pasándose al enemigo con armas y bagajes.

Por las calles de la Trinidad y de la Victoria, el vagabundo sale a la plaza de San Esteban, con la iglesia de San Esteban, llamada, con cierta licencia poética, la reina de las torres bizantinas, que tiene las campanas dispuestas de forma que no se ven desde la calle. En esta iglesia está el Cristo en torno a cuyo brazo desclavado se tejió la leyenda, tan parecida a la del Cristo de la Vega, en Toledo, de la moza que lo puso por testigo de sus amores. Frente a San Esteban se levanta el cumplido palacio episcopal, que antes fue casa de los Salcedos.

Detrás de la plaza de San Esteban, el vagabundo se mete por un callejoncillo sombrío y pino, frío y mal empedrado, que guarda la memoria del paso de Antonio Machado por la ciudad. En el número 11 de la calle de los Desamparados, que en tiempos se llamó con el nombre, no más suave, de callejón de los Azotados, a la derecha según se sube, y pared por medio de un antiguo asilo de ancianos desamparados, hoy convento de monjas, y tras una cancela y un patio húmedo y estrecho, estuvo la entrada, ya cerrada a cal y canto, de la casa de huéspedes donde vivió el poeta, a siete pesetas diarias, durante trece años, en sus idas y venidas a Madrid. Ahora se entra por Vallejo, número 2.

La alcoba de don Antonio, casi una celda de fraile pobre, es modesta y baja de techo, ruin de proporciones y desangelada. La alcoba de don Antonio está al fondo de la casa y a la parte de atrás.

La alcoba de don Antonio se conserva tal como él la vivió, con su cama de hierro, su mesa de tabla, su papelera de alambre, su cómoda negra, su silla, su bombilla y su tulipa colgando del cordón de la luz. La alcoba de don Antonio guarda también el aguamanil y el espejo que él se compró para lavarse la cara y peinarse el pelo de la cabeza. La alcoba de don Antonio se calentaba con una estufa de petróleo, que ahí sigue, que también salió de su bolsillo de profesor con poco dinero; don Antonio habla de su estufa en una carta que publicó Concha Espina. Lo único noble de la alcoba de don Antonio es su balcón, que cae, por encima de los tejados de la ciudad, del río Eresma y de la Vera Cruz, sobre las peladas cuestas de la Lastrilla, que se ve al fondo. Al lado de la alcoba de don Antonio, vivía un don Avelino a quien el poeta arrullaba, noche tras noche, leyéndole versos en voz alta hasta que se dormía.

La patrona de don Antonio, que aún vive, es una mujeruca pulcra, ordenada, siempre en su sitio; parece sacada de un libro de Azorín. La patrona de don Antonio se llama doña Luisa Torrego. Su hija, Luisa Álvarez, una muchacha mayor, feúcha, devota y respetuosa, guarda con veneración los libros de versos que don Antonio le dedicó.

Don Antonio, en sus años segovianos, solía pasarse, según propia confesión, la mitad del tiempo en Madrid. Él fue también un poco aquel eterno y trágico viajero de ferrocarril.

Hay un trágico viajero
que debe ver cosas raras,
y habla solo, y, cuando mira,
nos borra con la mirada.

Cuando estaba en Segovia, don Antonio solía tomar café en el estudio del ceramista Fernando Arranz, que por entonces ya se había separado de don Daniel Zuloaga y volaba por su cuenta. En el taller de Arranz se formaba todas las tardes, después de almorzar, una tertulia que presidía don Antonio, el escultor Emiliano Barral, que era de Sepúlveda y trabajaba a martillazos, según la buena técnica de su abuelo que a los noventa años aún picaba piedra, el más duro granito; y el padre Villalba, un agustino exclaustrado, y el cadete Carranza, que tocaba la música; y Seva, que era empleado de Hacienda y la sombra de don Antonio; y don Blas Zambrano, de

quien Banal hizo una cabeza de piedra con una inscripción que dice: el arquitecto del acueducto; y Julián María Otero, que publicó un *Itinerario sentimental de la ciudad de Segovia, o sea un paseo por sus calles en una noche de luna*; y Mariano Quintanilla, que aún vive en Segovia, guardián de tanto viejo recuerdo; y Carral, Ignacio Carral, que había de morir trágicamente en Madrid; y Manuel Cardenal Iracheta, tolerante y buen amigo del vagabundo y entonces joven profesor de filosofía…

Emiliano Barral hizo un busto de don Antonio

en una piedra rosada
que lleva una aurora fría
eternamente encantada.

Sobre don Blas Zambrano, el padre de María Zambrano, la escritora a quien el vagabundo conoció en Madrid, en su casa de la plaza del conde de Barajas, publicó don Antonio un artículo en *La Vanguardia*, de Barcelona, durante la guerra civil. Este artículo —y otros del mismo tiempo— no han sido recogidos, que el vagabundo sepa, por ninguno de los varios editores que don Antonio tuvo después de muerto.

Fernando Arranz, el anfitrión de entonces, vive ahora en Buenos Aires, donde dirige una escuela de cerámica.

El vagabundo, a quien se le va el día mirando por la ventana de don Antonio, pide permiso para quedarse aquella noche en la casa de huéspedes, en cualquier rincón.

—Usted lo tiene.

—Gracias, señora.

En el comedor —mesa con hule a cuadros, calendarios y estampas por las paredes, alguna que otra silla y el sillón de don Antonio—, hasta el vagabundo, que es miserable, huele a miseria. La miseria confinada entre cuatro paredes; la miseria encerrada a cal y canto; la miseria que no se puede escapar, como un cuervo, por los abiertos mares del cielo; la miseria que se pega a los cueros del cuerpo para robarles el calor; la miseria que se agarra a los ojos, igual que un alacrán, es mil veces peor que la peor miseria del camino.

Antes de amanecer, la patrona comienza a trajinar de un lado para otro. El vagabundo, que ha dormido en la cocina, se despierta

también.

—Buenos días, señora.

—Buenos días nos dé Dios. ¿Se ha descansado?

—¡Vaya! ¿Y usted?

—¡Psché! A mi edad…

La patrona hurga en el fuego, rezonga, da vueltas y pone un puchero de leche a hervir sobre el fogón.

—¿Quiere café?

El vagabundo hace memoria, calcula su bolsa y se decide.

—Sí, deme usted café, muchas gracias.

La patrona saca un hacha de detrás de la puerta y un tocón de pino de debajo del fregadero.

—Deje usted, yo se la partiré.

—Bueno; hágame astillas finitas.

—Bueno.

El vagabundo, mientras la leche cuece y se calienta el pucherillo del café, se adiestra en el oficio de leñador. Por las rendijas de la ventana se siente clarear el nuevo día.

El vagabundo, con su último hachazo, pregunta:

—¿Así?

—Sí, así; muchas gracias.

La patrona busca una taza y una cucharilla. Después saca un pan de la alacena. Después, con un trapo para no quemarse, llena la taza del vagabundo de café con leche, mitad y mitad. Después aparta la leche del fuego y la sopla, para quitar la nata. Después vuelve a su trajín, endereza un vaso, cambia de sitio un plato, corre la banqueta.

El vagabundo ha terminado su desayuno.

—Bueno, señora, yo me voy. ¿Cuánto le debo?

—Nada, hijo, no me debe usted nada; tampoco tiene usted aire de estar muy sobrado de cuartos.

El vagabundo, quizás porque tiene su panza llena y caliente, se muestra razonable.

—Pues también es verdad…

En la calle hace frío. Un vientecillo helador sube, ligero, la cuesta de los Desamparados. Algunas señoras de luto caminan, con su pasito picado, hacia la misa de la catedral. Por el cielo de Segovia, con los primeros pájaros de la mañana, saltan las primeras

campanas del día. El vagabundo enciende un pitillo y echa a andar. Por la calle de los Leones, golpeando con su bastón los muros de la catedral, pasa un mozo corpulento y ciego pidiendo limosna a las sombras que cruzan entre dos luces.

El vagabundo, al llegar a la calle de los Leones, quizás la calle más ventosa y fría de Segovia, se mete a la derecha, por la calle de Daoiz, y en sentido contrario a las señoras que van guiadas por las campanas de la catedral. A poco de andar, el vagabundo tuerce de nuevo, también a la derecha, y baja, por la calleja de las Descalzas, hacia la calle de Velarde.

En la callejuela por la que baja el vagabundo, casi hermana gemela de la de los Desamparados, está el convento de las Carmelitas Descalzas, que fundó Santa Teresa, según la poética imaginación popular, a cambio de un beso que le pidieron por precio de la casa.

El vagabundo dobla por la Canonjía y ante sus ojos se abre el horizonte, con las murallas abajo, y más abajo la ronda de Santa Lucía, y aún más abajo el Eresma, y al otro lado el Parral, y detrás, dilatado y hondo, el pardo campo de Castilla.

La calle de Velarde, o Canonjía Vieja, y la de Daoiz, o Canonjía Nueva, forman lo que en tiempos —cuando estaban muradas y abrían sobre Segovia las tres puertas que se cerraban al toque de oración— se llamó la Claustra y tuvo fuero propio y derecho de asilo. El vagabundo cruza por la única puerta que se conserva y que se sigue llamando puerta de la Claustra; las otras dos, que se levantaban en la Canonjía Nueva, fueron echadas al suelo en el XVI, para que pudiera pasar el cortejo de la que iba a ser la cuarta esposa de Felipe II, doña Ana de Austria. El vagabundo piensa que, después de todo, fue una suerte que a la princesa no se le ocurriera entrar por el acueducto.

La Claustra fue el barrio clerical de Segovia, levantado en torno a la antigua catedral de Santa María. En la guerra de las comunidades, la catedral de Santa María, reducto de los comuneros, se vino abajo en la lucha que sostuvo contra el Alcázar, bastión de las fuerzas del emperador. De Santa María no quedó más que la portada, el claustro, la sillería del coro y algunas ropas e imágenes, que se trasladaron a la nueva catedral cuyas obras empezaron cuatro años más tarde.

El vagabundo cruza una verja solemne y entra, un poco sobrecogido, en el recinto del Alcázar. El Alcázar, subido en su alta peña, tiene un aire fantasmagórico e irreal; parece un decorado para una ópera de Wagner, con cien trompetas y mil figurantes vestidos de guerreros feroces. Al vagabundo, que es hombre apacible y con cierta propensión a creer en brujas y en aparecidos, estas espectaculares visiones cargadas de historias sangrientas, le encogen un poco el ánimo. Don Pío Baroja, en su novela *Camino de perfección*, en el capítulo que dedica a Segovia, dice que el Alcázar semeja, sobre su risco afilado, el castillo de proa de un barco gigantesco. El vagabundo piensa que don Pío tiene razón. El Alcázar, enfilando el ancho y revuelto mar de Castilla, parece que va a levar anclas, de un momento a otro, para echarse a cubrir, como en el sueño de un niño, las más raras y difíciles singladuras.

El Alcázar, para algunos, viene de la época de los romanos. Probablemente es posterior. El primer dato concreto que de él se tiene, es de tiempos de Alfonso VI. La historia del Alcázar —tumultuosa y abigarrada como la historia misma de España— tuvo, entre muchas, tres fechas claves: el 1383, en el que Juan I, el vencido de Aljubarrota, abolió la era hispánica y adoptó la cristiana; el 1474, en el que la princesa Isabel salió para ser coronada reina, y el 1862, en el que ardió casi por completo. Algunos años más tarde fue restaurado con cierto buen sentido.

El Alcázar, que por los años del incendio era academia de artillería —en el Alcázar se hicieron artilleros Daoiz y Velarde—, es hoy archivo general militar. Defendido por fosos abiertos en la roca viva, el Alcázar, para el gusto del vagabundo, es más interesante por fuera que por dentro. El paisaje que se divisa desde el Alcázar, también sería motivo sobrado para acercarse a él.

El vagabundo, un poco agobiado de tanta grandeza, se sienta en uno de los bancos del jardín y piensa, como el personaje de Priestley, en general. Al vagabundo, a veces, le divierte esto de pensar en general.

Por el paseo de don Juan II, el rey que «tañía y cantaba y trovaba y danzaba muy bien» y que fue amigo de Jorge Manrique, y de Juan de Mena, y del marqués de Santillana, el vagabundo baja, entre árboles, hasta la que fue capilla de San Gregorio, donde Fernando Arranz tuvo su taller de ceramista y su tertulia de amigos,

aquella tertulia que, cuando se ponía bien, hacía exclamar a Emiliano Barral: «¡Este es un taller del renacimiento!». Esta capilla de San Gregorio acabó, por ahora, en casa de vecindad.

Poco más adelante, el vagabundo llega a la plazuela del Socorro, en la antigua judería, debajo de la cual se abre la puerta de San Andrés, una de las tres que quedan en la muralla. En la puerta de San Andrés se puso, ya en este siglo, una inscripción que dice: «En esta ciudad, creado por el ingenio del más alto humorista español, don Francisco de Quevedo, nació el buscón don Pablos, espejo de pícaros y gran tacaño, y tuvo su escuela de ayunos el dómine Cabra». Al vagabundo, esto de llamar humorista a Quevedo, como no sea una humorada, le parece una salida de pie de banco.

El vagabundo, a la izquierda, sube la tortuosa y sombría calle de la Judería Nueva, donde vivió el médico don Mayr, y por la calle de la Almuzara, va a salir a la amplia plaza de la Merced.

La plaza de la Merced, bien cuidada, con fuentecilla graciosa y árboles de vario nombre, es lugar apacible y de grato sosiego. La plaza de la Merced se levanta sobre el solar que ocupó, hasta su ruina, el convento de la Merced. La iglesia de San Andrés, romántica y recoleta, vio arder su torre hace ocho o nueve años; tres años después, en 1946, se terminó la reparación. En el lugar que ocupó el palacio de los condes de Puñonrostro, se levanta hoy una casa que, en Segovia, tiene lo mismo que hacer que un perro en misa.

El vagabundo, por la calle del marqués del Arco, se llega a la catedral. Esta calle del marqués del Arco, antes se llamó de los Leones y, antes aún, de la Almuzara, como la callejita que hoy va de la Judería nueva a la plaza de la Merced.

La catedral de Segovia levanta, en el último remate de su cúpula, ochenta y ocho metros del suelo; la cúpula que antes tuvo, y que un rayo derribó, levantaba hasta cien. La catedral de Segovia, según al vagabundo le dicen, es de estilo gótico español.

El vagabundo, por unas escaleras de piedra, sube hasta el Enlosado. El Enlosado es la amplia y verdinegra acera catedralicia, de aire romántico y funeral, que va desde la calle de los Leones hasta la Refitolería y casi hasta la plaza de San Geroteo.

La catedral, por dentro, es solemne y fría, artística, penumbrosa y sobrecogedora como todas las catedrales castellanas. En la

catedral de Segovia está enterrada, entre obispos y dignidades, la pequeña judía María del Salto. La catedral de Segovia fue abierta al culto, de manera oficial, el día de la Asunción de 1558. Entre los grandes festejos con que Segovia celebró el acontecimiento, figuraron las representaciones del comediante Lope de Rueda.

Frente a la catedral está el palacio del marqués del Arco, con su patio renacimiento, sus columnas, sus medallones y sus galerías de cristales. En la guerra de la independencia, el palacio del marqués del Arco sirvió de alojamiento al general francés conde de Vedel, jefe de las fuerzas de ocupación, que después fue hecho prisionero en Bailén.

Poco más adelante, el vagabundo se mete en la plaza Mayor. La plaza Mayor de Segovia no es bonita y carece de encanto; cualquier rincón de la ciudad es más segoviano que esta plaza Mayor. A la izquierda está el ayuntamiento y enfrente la iglesia de San Miguel. Esta iglesia de San Miguel no es la que vio coronar reina a Isabel la Católica, sino la que vino a substituir a la que se hundió cincuenta y tantos o sesenta años después de la coronación. En el sitio, sobre poco más o menos, donde estaba la primitiva iglesia y donde —un martes y trece, el 13 de diciembre de 1474— fue proclamada rema doña Isabel, se levanta hoy un quiosco de músicos, ridículo y apaletado, con pinta de saltamontes panzudo.

El vagabundo, de la plaza Mayor, sale por la calle Real, que muere en el Azoguejo y es la calle más importante y comercial de Segovia. Esta calle Real recibe, a lo largo de su camino, varios nombres: en su arranque se llama de Isabel la Católica y se llamó de la Cintería; después se ensancha un poco y al ángulo que forma le dicen plazuela del Corpus, como antes le dijeron de los Huevos; sigue la calle de Juan Bravo, que se tuerce en las plazuelas de Medina del Campo o de las Sirenas y, subiendo unos peldaños, de San Martín, y termina nombrándose de Cervantes en el tramo en el que, aun en este siglo, se llamó Real del Carmen.

El vagabundo nunca se explicó demasiado este afán de los alcaldes por andar cambiando los nombres de las calles, empeño en el que, aunque, a veces, con razón, suelen tener muy poco éxito. En este asunto del bautizo del callejero, los papeles vienen a estar invertidos, y la gente, con frecuencia, hace de poder moderador no aceptando los cambios.

En la plazuela de los Huevos, de la que sale la calle de Judería Vieja, estuvo la sinagoga en la que don Mayr profanó la hostia que le había vendido el sacristán de San Facundo y en la que se instaló, cuando lo del milagro, la iglesia del Corpus Christi, después convento de clarisas.

En la calle de Juan Bravo, el jefe comunero que fue regidor de la ciudad, está el edificio de museos, archivos y bibliotecas, que resulta pequeño para sus fines y del que se piensa separar, para llevarlo a la calle de San Agustín, lo que es propiamente el museo. Esta casa fue antes cárcel provincial y se levanta en el sitio que ocupó la antigua cárcel real, en la que estuvo preso el mozo Lope de Vega, con su amigo Hernando Muñoz, hasta que el juez lo devolvió a Madrid, a casa de su madre.

Algo más abajo, el vagabundo se topa con la iglesia de San Martín, abigarrada y graciosa y con su torre, cosa no frecuente, levantándose sobre la nave mayor. La plazuela de Medina del Campo —recuerdo del agradecimiento segoviano a la ciudad que no quiso prestarle cañones al alcalde Ronquillo para atacarla— es uno de los más gratos rincones de Segovia, con el airoso torreón de los Lozoya, hoy convento de concepcionistas, y las fachadas platerescas de alguna de sus casas. En esta plazuela de Medina del Campo vivió el doctor Jerónimo de Alcalá Yáñez de Ribera, autor del *Alonso, mozo de muchos amos*, libro al que, en ediciones posteriores, llamaron *El donado hablador*. Este Alonso, en sus chácharas con el vicario de su orden y, después, con el cura de San Zoles, cuenta, al por menudo, el milagro de María del Salto; y mide las peñas Grajeras, que le dan ciento ochenta y seis pies; y argumenta los adjetivos de Segovia, ciudad antigua, famosa, noble, leal y rica; y canta las alabanzas de sus paños; y explica la puente que dicen de los Diablos; y habla de la limosna de *echar piedra*; y enumera los ingenios segovianos; y previene de los mozuelos refinos del Azoguejo; y…

El nombre de la plazuela de las Sirenas, con el que conoce la gente de la calle a la de Medina del Campo, le viene de dos esfinges que en ella se entretienen, o se aburren, viendo pasar el tiempo. El vagabundo, por estos trancos, va viendo viejas casonas de gótico Isabel del siglo XV. En la placilla de Oquendo se levantan el palacio de los Cascales y la casa de los condes de Chinchón, con su torre

fuerte.

La casa de los Picos, con su fachada florecida de raras y originales piedras en punta, es una de las arquitecturas más curiosas de la ciudad. Sobre la razón o la sinrazón de los picos hay variedad de opiniones: para algunos indica cierto gusto italianizante; el marqués de Lozoya piensa que pertenece al estilo Isabel; el pueblo quiere ver la causa en el deseo de los dueños de borrar el nombre de casa del Judío, que tuvo en tiempos, y la chiquillería segoviana —por aquello de que cada cual mira por lo suyo— asegura que de lo que se trata es de que no puedan jugar a la pelota. Apoyándose en los muros de la casa de los Picos estuvo la puerta de San Martín, ante la cual juraban los fueros de la ciudad los reyes de Castilla; esta puerta fue derribada a fines del siglo pasado.

El vagabundo, que lleva ya mucho tiempo en Segovia —mucho tiempo para él y su costumbre—, baja hasta el mirador de la Canaleja, sobre el barrio de San Millán, la antigua morería. Desde la Canaleja, el vagabundo ve el barrio del Mercado, en el que San Vicente Ferrer obró el milagro de que en Castilla se entendiese su valenciano y de que su voz se oyera a tres y cuatro leguas, y allá en el horizonte distingue, recostada sobre la fría cresta guadarrameña, la silueta de la Mujer Muerta, fantasmal y precisa al mismo tiempo.

La iglesia de San Millán, aunque no falta quien la quiera más vieja, se supone del siglo XI y obra de alarifes y canteros moros; en ella tuvieron su sede los Nobles Linajes, hasta que se trasladaron a San Juan de los Caballeros.

En esta iglesia de San Millán, y aún no hace muchos años, tuvo lugar un robo sacrílego, único de su género en Segovia, y quizás único de su rara especie en todo el mundo: los ladrones, que se llevaron muchas cosas, dejaron, sobre la piedra del ara y bajo el paño del altar mayor, colocadas con mimo, y quizás también con un ingenuo respeto, las hostias consagradas que guardaba el copón.

Don Antonio Machado, pensando en San Millán, tiene unos versos mañaneros, inéditos hasta hace un par de años, que debieran reatarse con acompañamiento de cimbalillo o suave canto de pintacilgo:

En San Millán
a misa de alba
tocando están.

Escuchad, señora,
las campanitas del alba,
los faisanes de la aurora.

Mal dice el negro atavío,
negro manto y negra toca,
con el carmín de esa boca.

Nunca se viera
de misa, tan de mañana,
viudita más casadera.

Frente a San Millán se alza, aureolada de sangre y con cierta nobleza arquitectónica, la casa del crimen que estremeció a Segovia en los últimos años del XIX. En la casa vivía, viudo ya, que no mozo, el hijo de unos franceses emigrados, hombre solitario y misterioso, sórdido y con fama de rico, que no llegó a viejo porque fueron los hombres, y no el tiempo, los que quisieron pararle el corazón. Una mañana, después de varios días en que los vecinos no veían la vida donde habitaba la muerte, la justicia se encontró con el francés estrangulado en la escalera, y su criada, su única compañía, muerta ante el hogar, con el mandil en la boca. Los criminales, quizás movidos por una fiera inercia, antes de marcharse, estrellaron al gato del francés contra la pared. Lo que vino más tarde es algo que recuerdan todavía algunos viejos segovianos, algo que terminó levantando, como un siniestro tabladillo de marionetas, el frío esqueleto del garrote en cualquier plazuela de la ciudad. El espectáculo hubiera sido un buen telón de fondo para un esperpento de don Ramón María del Valle Inclán.

Esta casa del crimen, que fue de los Ayala Berganza, estuvo vacía muchos años, a raíz del suceso, y fue después estudio de don Ignacio Zuloaga.

Bordeando la iglesia de San Millán, baja la calle de los Caballeros, en la que tuvieron su casa los capitanes Díaz Sanz y Fernán García que, al mando de sus tropas de «quiñones», tomaron Madrid al rey moro.

El vagabundo, por la calle de Santo Domingo, sale al paseo Nuevo que, por el del conde de Sepúlveda y el del obispo Quesada, va a dar a la vía del tren. El vagabundo que, al menos por ahora, no

ha de subirse al tren, cruza el paseo Nuevo y se mete por el camino de los Hoyos, que discurre al pie de la ciudad y a las orillas del arroyo Clamores, enfermizo y maloliente, escaso y rumoroso.

A espaldas del vagabundo quedan las callejas del barrio de las brujas —calle de Entre la vida y la muerte, calle del caño de la Marrana—, con sus costanillas y sus huertas, sus corrales y sus encrucijadas, sus escaleras, su espíritu revuelto y sus vagas memorias. Don Ignacio pintó el espíritu del suburbio segoviano en su cuadro *Las brujas de San Millán*.

Desde el camino de los Hoyos es desde donde mejor se puede ver la airosa mole del Alcázar. En los terraplenes que caen sobre el arroyo Clamores, que corre entre chopos, cerca ya de la proa del Alcázar y cuando el regato vacía sus asquerosas aguas en el Eresma, don Pío Baroja sitúa toda la triste miseria, toda la ruin cochambre del arrabal: «En una hendedura del monte, unas mujeres andrajosas charlaban sentadas en el suelo; una de ellas, barbuda, de ojos encarnados, tenía una sartén sobre una hoguera de astillas, que echaba un humo irrespirable».

Cuando pasa el vagabundo, cincuenta años más tarde, las mujeres ya no están. Por los mismos desmontes, unos niños con el culo al aire, nietos, quizás, de la mujer barbuda y sus amigas, andan a ranas sin entusiasmo alguno.

El vagabundo cruza un puentecillo y, por la margen izquierda del Eresma, se llega hasta la puente Castellana, por donde entró en Segovia.

El vagabundo que, andando, andando, se había olvidado de comer, se sienta en una piedra y apaga las ansias del buche con las migas que restan en su macuto: un pan de trigo y dos cortezas de cerdo sabrosas como una bendición.

El vagabundo, que había oído hablar del autostop, quiere probar fortuna y hace señas a un coche que baja por la ronda de Santa Lucía. El dueño del coche, un señor más serio de lo preciso para el cochino fotingo que lleva, no debe ser partidario de esto del autostop porque ni mira para el vagabundo; a lo mejor va preocupado con tomar bien la curva del puente, todo puede ser.

El vagabundo, al pie del puente, se entretiene en ver fluir las aguas del Eresma, mientras el cochecillo de quien no lo quiso llevar se pierde, entre una nube de polvo, por la carretera de

Zamarramala.

Una niña pequeña, a orillas del río, acaricia a un can triste, de lanas desteñidas y aburrido mirar, que le lame la mano con una resignada y culta cortesía. Lo más probable es que la niña y el perro, que no tienen ya nada que hacer hasta que sean viejos y empiecen a pudrirse, se sientan casi felices y al borde de ser inefablemente dichosos.

Un bando de chovas negras y graznadoras pasa sobre la cabeza del vagabundo en busca de un sitio donde posarse, de un sitio que no sea el tejado de la Vera Cruz.

Al sol de la media tarde, las mujeres del barrio de San Marcos cosen y recosen sus negras sayas mil veces cosidas y recosidas ya.

Un clérigo con andares de mozo campesino cruza la puente, camino de la ciudad. Lleva la sotana algo corta y representa tener escasos años. De los borceguíes que calza se le disparan, por el talón, los nuevos y bien listados tiradores.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes nos dé Dios, hermano.

Por la ronda de Santa Lucía vuelve a escucharse un ruido resoplante. Por la ronda de Santa Lucía, y echando humo por el pitorro del radiador, baja una camioneta canija, despintada de verde.

—¡Eh!

El hombre de la camioneta, al ver al vagabundo, toca con la bocina los siete golpes de *Una copita de ojén* y le dice adiós con la mano.

—¡Eh!

—¡Eh!

El hombre de la camioneta no para, pero, por lo menos, saluda como las personas. La camioneta llevaba sobre la portezuela un letrero que decía: «Portes económicos *El Maño*. Sucesor de *El Rápido*. Cuéllar». La camioneta, según opinó un niño con cara de enterado, que llevaba al brazo un tabaque lleno de peces, iba cargada de gaseosas y de oranges y pasaba por allí todas las tardes, a la misma hora.

—¿Y no para nunca?

—No, señor, no puede. ¿No ve usted que la cuesta es mucha?

—¡Ah, ya!

El vagabundo vuelve a sentarse y decide liar un pitillo, antes de arrancar. El niño de los peces se le sentó al lado.

—¿Molesto?

—No, hijo, ¡qué has de molestar!

El niño de los peces era un niño muy fino, un niño que sabía las buenas maneras que manda la urbanidad.

—Es que, si molesto, me voy.

—Que no, hombre, que no molestas, te digo. Por mí puedes quedarte todo el tiempo que gustes.

El niño de los peces sonrió.

—Gracias.

El niño de los peces era un niño rubio y zanquilargo, simpático, aunque sabihondo, y pintado de pecas por la nariz, por la frente y por los carrillos. Al vagabundo, que es hombre agradecido, le gustó que el niño de los peces quisiera arrimársele.

—¿Cómo te llamas?

—Pedrito, para servirle.

—¿Pedrito qué?

—Pues Pedrito Martínez Tajueco.

—Muy bien. ¿Y eres de aquí?

—No, señor, soy de Pedraza, pero allí, ¡ya lo ve usted!, padre estaba de más.

—¡Ah! ¿Y qué es tu padre?

—Consumero, padre es consumero, de los del pincho.

El diablo, con su trotecillo de burro espadón, pasó por debajo de la puente Castellana.

—¡Ah! ¿Y tu madre?

—Pues…, ¡ya ve usted!

El niño miró para el suelo y para su azafate de peces. Los peces, aún vivos y con la boca abierta, tenían los ojos espantados.

—Madre no está con nosotros.

—¿Se murió?

—No, señor, se fue con un cabo de Regulares…

El vagabundo, por curioso, se topó con la penitencia en su pecado.

—¡Vaya por Dios!

—Sí, señor, eso es lo que dice padre.

Una alta cigüeña voló camino del Parral.

—¡Qué bien vuela! ¿Verdad, Pedrito?

—Sí, señor, vuela muy bien.

Sobre Pedrito y sobre el vagabundo se quedó flotando como una vaga nube de recelo. Pedrito, como era niño, no la veía. Los niños, que en algunas cosas ven doble, en otras son ciegos como topos.

—¿Va usted muy largo?

El vagabundo, que estaba dándole vueltas a la cosa, no le entendió.

—¿Qué?

—Nada, que si va usted muy largo.

—¡Ah! Pues… sí, voy algo largo.

—¿A dónde?

—¡Psché! ¡Quién lo sabe! A dar vueltas por ahí, por los caminos y por los pueblos de dónde no me echen…

Pedrito se quedó pensativo.

—A mí también me gustaría andar por ahí, de un lado para otro, como hace usted.

El vagabundo le cambió la conversación. El vagabundo no quiere hacer prosélitos ni tener más cofrades que los que Dios disponga. La cofradía y el proselitismo son usos prohibidos por la vieja ley de los caminos.

—Oye, Pedrito.

—Mande.

—¿Tienes hermanos?

Pedrito miró para atrás. En la orilla del río, una niña pequeña acariciaba a un can triste, de lanas con la color perdida y cansado y desilusionado mirar.

—Sí, señor, tengo una hermana pequeña; se llama Teresita.

Por la ronda de Santa Lucía retumbó otro motor.

—Pedrito, dicen que a la tercera va la vencida.

—Sí, señor, eso dicen.

El coche que bajaba enfilando el puente era un coche lujoso y con mucho brillo, que llevaba una banderita en una aleta.

—No lo pare usted, no nos van a hacer caso.

—Tienes razón…

Pedrito era un niño de ideas tristes y contagiosas, de ideas que encogían el ánimo poco a poco, como crecen los árboles y los animales. El vagabundo, a pesar de todo, hizo una seña al coche.

—¡Eh!

El coche paró, unos pasos más adelante, y dio marcha atrás. Por la ventanilla asomó una cabeza sin peinar pero de muy buenos modales.

—¿Quería usted algo?

—¡Hombre!

El vagabundo se había cortado un poco. La verdad es que nunca hubiera creído que el coche había de parar.

—Nosotros vamos a Valladolid, dando algunas vueltas; si le sirve, le llevamos. Nosotros vamos a pasar por Santa María de Nieva, por Coca, por Cuéllar, por Olmedo, por Medina del Campo, por Rueda, y por Tordesillas; si le hace avío lo llevamos.

El vagabundo no sabía cómo decir que sí.

—¡Hombre, avío sí que me hace!

El señor del coche abrió la portezuela y el vagabundo se coló dentro, a la parte de atrás; delante iban el señor del coche y una mujer bien vestida y muy perfumada que, seguramente, era la suya. El señor del coche era un tío con suerte, un hombre que tenía un coche lucido, una mujer muy aparente y una pelambrera revuelta. A lo mejor, el señor del coche era también propietario de una finca, y de un barco, y de un aeroplano.

—¿Es suyo el niño?

—No, señor, yo no soy propietario de nada.

El coche arrancó y Pedrito, saliéndose de la puente, le dijo adiós al vagabundo. No tenía la cara triste, Pedrito.

—Adiós, Pedrito.

Pedrito estuvo diciendo adiós hasta que el vagabundo lo perdió de vista.

El camino de Santa María de Nieva está lleno de cruces, sobre todo a mano izquierda. Hacia el norte, además del de Zamarramala, aun a las puertas, no se ve más que el de Añe, aldea pinariega que también oye crecer el álamo negro y el de Pinilla Ambroz, subido en su cuesta. Al sur y a la siniestra mano, según va el vagabundo, cómodo como un duque, en su paseo, quedan cuatro senderos por los que escapar: el de Valverde del Majano, el del liso y ventilado Garcillán, el pueblo que bebe las aguas de la fuente Recoba; el de Marazuela, y el de Sangarcía, con su monte Velagómez y sus pastos de Orcajo, Calleja y Valdeprado. El vagabundo, como va en

automóvil, llama senderos a lo que, a pie, bautizaría de caminos reales.

—Oiga, usted, esa banderita, ¿de qué país es? ¿De Francia?

—No; ese es el gallardete del Touring Club de Genève.

—¡Ah, ya!

A poco más de una legua de Santa María aparece Tabladillo, en un alto abierto a la vista, y algo más adelante se presenta Pascuales, en un hoyo y partido por gala en dos por el arroyo Montalvo.

Santa María de Nieva es un pueblo joven como un pimpollo. En Castilla, a los pueblos que aún no cumplieron los seiscientos años, se les llama jóvenes, jóvenes como pimpollos. Santa María de Nieva nació de un milagro y prosperó a fuerza de privilegios. A fines del siglo XIV, a un pastor de Nieva, pueblo que queda enfrente, se le apareció la Virgen; en torno al lugar del suceso se erigió un santuario, y, alrededor del santuario, se fue agrupando el caserío. Catalina de Lancáster, reina de Castilla y esposa del doliente Enrique III, con el que se casó a los catorce años llevándole cuatro a él, protegió al pueblo recién nacido, que pronto llegó a crecer.

—¿Nos paramos?

—Como guste, usted manda.

El dueño del automóvil le dijo unas palabritas a su señora —palabritas que el vagabundo no cogió, quién sabe si por discretas y susurrantes o por extrañas y poco cristianas— y cruzó el pueblo sin meter el freno.

Por la carretera de Arévalo, metiéndose por el ramal de Gutierremuñoz, que queda a una legua de Santa María, se puede llegar a Martín Muñoz de las Posadas, pueblo llano y entre cerrillos. En Martín Muñoz de las Posadas hay un Greco que representa a Cristo en la Cruz, con la Virgen a un lado y San Juan al otro; en él aparece el retrato que se repite en *El entierro del conde de Orgaz*, del cura de Nuestra Señora del Espino, a quien el Greco regaló su cuadro. Hoy, Nuestra Señora del Espino es un despoblado. Algunos piensan que el clérigo amigo del Greco fue cura de San Silvestre y no de Nuestra Señora del Espino. Tanto monta: San Silvestre también está en el término de Martín Muñoz de las Posadas, y también, ¡ay, dolor!, es un yermo despoblado. A tres leguas de Martín Muñoz de las Posadas, al lado de Arévalo, pero aún en tierras de Segovia, hay otro Martín Muñoz, Martín Muñoz de la

Dehesa, al que por la comarca llaman Martinmuñocillo. El vagabundo, con sus amigos, no entró por el ramal de Martín Muñoz de las Posadas, ni tan siquiera por la carretera de Arévalo.

Nieva, a poco andar, es aldehuela pobre que se agacha en el llano. Recién perdidas las casas, el camino cruza el clamor de la Balisa, que algunos escriben con *v*, y que cae al Voltoya algo más arriba, antes de que lo haga el Eresma. A más de la mitad del camino de Coca, se presenta Nava de la Asunción, a la que también llaman Nava de Coca, con tantas carreteras como dedos tiene una mano: la que el vagabundo trae y la que el vagabundo llevará, la del árido Santiuste de San Juan Bautista, con sus pegueros, sus pescadores y sus pastores, la de Migueláñez, con sus pinares negral y albar y sus artes de tejer sayales, y la de Navas de Oro, el pueblo que guarda las industrias de la pez griega y del incienso, y se aparece rodeada de pinos. Hasta mediados del XIX, en que se fundieron, había dos Navas de Oro: Navas de Oro de Cuéllar y Navas de Oro de Coca.

En Coca sí se para el amo del coche y, con él, su señora y el vagabundo. Coca está a una legua cumplida de Nava de la Asunción y a poco del abrazo que se dan las aguas del Eresma y del Voltoya. Coca es pueblo de cuesta y buenas aguas, bosques de pino y frescas alamedas. Coca es villa de muy antiguo origen; según los libros, siglo y medio antes de Jesucristo, ya estaban sus hombres organizados militarmente para pelear, con denuedo, contra los romanos. Coca fue tomada por los moros por Alfonso el *Bravo*. Don Gonzalo, el arzobispo de Toledo, dio una lista de las ciudades ganadas por el rey a los sarracenos, en unos versos latinos que el vagabundo se imagina fundidos en bronce y presentados en bandeja de mármol:

> *Abula, Secobia, Salmantica, Publica Septem, Cauria, Cauca, Colar, Iscar, Medina, Canales, Ulmus et Ulmetum, Magerit, Atencia, Ripa, Osoma cum Fluviolapidum, Valeranica, Maura, Ascalona, Fita, Consocra, Maqueda, Butracum.*

Coca fue plaza murada en la Edad Media y de su pasado esplendor aún se guardan remotos vestigios. El castillo de Coca —hoy convertido en silo y en escuela agropecuaria por el Estado— se ve desde muy lejos, se llegue el visitante por el camino que se

llegue. El castillo de Coca es fortaleza terrera, de fábrica de ladrillo, con foso, cuatro torres ochavadas, airosa arquería de matacanes, almenas y adarves decorados con primor, y recia torre del homenaje. El castillo de Coca tomó el partido de Isabel, en su lucha contra la Beltraneja.

El amo del coche, que es hombre acostumbrado a medir de prisa, que es hombre que encuentra lo más natural del mundo llegarse hasta Coca, desde las puertas de Segovia, en una hora y muy poquito más, pronto se impacientó.

—¿Nos vamos?

El vagabundo no le cabía en la cabeza que aquel señor fuera tan azogue.

—Pero ¿y la gente?

—¿Qué gente?

—Hombre, pues esa gente que anda por ahí…

El dueño del automóvil hizo un gesto muy raro.

—¡Ah, la gente! Sí, sí, déjela, no se moleste; no necesito nada, muchas gracias.

—Bueno.

El vagabundo volvió al coche; a veces, lo mejor es dejarse llevar.

De Coca a Cuéllar se pasa por Fuente el Olmo de Iscar, por Fresneda de Cuéllar, por Chañe y por Arroyo de Cuéllar. El vagabundo, a quien remuerde un poco la conciencia por ir tan de prisa, se echa a dormir para no darse cuenta.

A la hora de merendar, el amo del coche despertó al vagabundo. El coche estaba parado en la plaza de Cuéllar, delante de un café de regular ver.

—¡Eh, arriba! ¿Se quedó usted dormido?

El vagabundo, al principio, se azaró un tanto.

—No, no, me había quedado algo traspuesto, de eso no pasó…

El amo ofreció un pitillo al vagabundo.

—Gracias, usted dispense; de eso no fumo, me da tos.

El amo del coche se llevó el pitillo a la boca sin insistir.

—Bueno, vamos a merendar. ¿Nos acompaña usted?

—Hombre…

El vagabundo se imaginó ver algo raro volándole por los instintos del vientre y cortó al amo del coche el ademán de dejarlo solo en la plaza; a lo mejor, el amo del coche no lo hubiera hecho,

pero hubo un instante en que el vagabundo se lo pensó así.

—Sí, sí ¡ya lo creo! Yo tengo mucha costumbre de merendar. A mí, ¿sabe usted?, cuando se me presenta la ocasión, jamás la desperdicio.

El vagabundo, en el café de Cuéllar, merendó como un potentado: jamón, chorizo, salchichón, cerveza de botella y pan. El amo del coche y su señora, tampoco se quedaron atrás.

—¿Nos acercamos al castillo, a echarle una ojeada?

—Bueno, pero solo por fuera, ¿eh?

—¿Y por dentro por qué no?

—No, por nada… Dentro tiene poco que ver.

El castillo de Cuéllar es más sobrio, menos elegante y dibujado que el castillo de Coca, más militar, más misterioso y peleador, quizás; por lo menos, en su apariencia. De grandiosos, por ahí se andan los dos. El castillo de Cuéllar corona el cerro sobre el que se levanta el pueblo, y desde él se ven, con buena vista y cielo limpio, las torres de Segovia, a naciente, y las de Olmedo, a poniente. El castillo de Cuéllar es fortaleza roquera, con planta cuadrilonga, de fábrica de mampostería y flanqueado por cubos que parecen cada cual de su padre y su madre, con arco árabe defendido por dos garitas y sólida torre cuadrada. El castillo de Cuéllar levantó pendones por la Beltraneja, en su guerra contra Isabel.

El amo del coche era hombre discreto y se conformó con ver el castillo por fuera. También pudiera ser que lo que el vagabundo tomó por discreción no fuera otra cosa que falta de interés.

—¿Seguimos?

—Bueno.

Sentada frente al castillo y con la mirada fija en sus duras piedras, una mujer aún joven, con un niño mamujón a los pechos, cría, tras la mirada dolorosa, un amargor que no puede ocultar. El vagabundo, al verla, discurre si no pesará un sino trágico sobre los habitantes del castillo de Cuéllar, los hombres que siempre pierden.

En Cuéllar aún quedan restos de las viejas murallas, desmanteladas ya y sin grandeza.

—¿Seguimos?

Ahora fue el vagabundo quien habló.

—Sí, cuando usted quiera.

El vagabundo, triste sin saber por qué, no abrió los ojos hasta las

cuatro leguas, en Iscar, ya en tierra de Valladolid.

—¿Se durmió usted otra vez?

—No, no, señor; iba pensando.

—¡Ah!

Iscar es pueblo de pinar y despoblado, con castillo en ruinas, pastos cuando los hay, y yeseras y carboneras de poca vida. Los despoblados que guarda en su término se llaman, o se llamaron, Aldeanueva, Sanchisvudo, Santibáñez, Villanueva y Valdecelada.

Más allá de Iscar, y antes de Voltoya, está Pedrajas de San Esteban, en el cruce del camino que va de Alcazarén, en los cerros de la culebra, hasta Villaverde de Iscar, otra vez en campo segoviano.

Olmedo, la llave de Castilla, entre los olmos que verdean las márgenes del Eresma y del Adaja, fue escenario de los amores adúlteros del rey don Pedro con doña María de Padilla, de cuya unión vino al mundo doña Constanza, duquesa de Lancáster por su matrimonio.

A una legua de Olmedo, en lo que fue convento de Jerónimos de la Mejorada, aún se estremecen los aires con el difícil asilo que los monjes pudieron darle a don Miguel Ruiz de la Fuente, cuando se acogió a sagrado, allá por el primer cuarto del XVI, con las manos aún manchadas en la sangre fresca de don Juan de Vivero, «la gala de Medina, la flor de Olmedo», que murió a hierro en la costanilla que, desde entonces, se llama del Caballero.

De Olmedo a Medina del Campo, en terreno de llanura, no se topan más casas que las de Pozal de Gallinas, que ya ni se sabe lo que se hizo del despoblado de Pedro Miguel.

El castillo de la Mota, ya en Medina, ha sido reconstruido hace poco. El vagabundo no entiende mucho de arquitecturas pero piensa, porque se lo dicta el sentido común, que en estas cosas, aunque no se acierte del todo, bastante se hace ya con evitar que se sigan derrumbando, poco a poco. El castillo de la Mota es también de ladrillo, como el de Coca, e incluso, mirándolo bien, algo parecido. El castillo de la Mota, además de sus muchos recuerdos de la reina Isabel, guarda memoria de la locura de doña Juana, que no quería salir de la cocina, y de la prisión y la fuga de César Borgia, que se descolgó con una cuerda desde las almenas y llegó a caballo hasta los términos del rey de Navarra. El castillo de la Mota lo

forman cuatro recintos: la barbacana que cierra el patio de armas; el muro, con sus almenas, sus aspilleras, sus saeteras y sus troneras para la infantería; la torre del homenaje con sus dos garitas a cada muro, y el castillo propiamente dicho. El castillo de la Mota tuvo dos largas minas a donde hubiera podido llevarse la última defensa.

Ya en Medina del Campo, y antes de dar dos vueltas, el amo del coche volvió a sus impaciencias.

—¿Nos vamos?

El vagabundo buscó un arranque.

—No, mire; un servidor, si usted se lo permite, prefiere quedarse. Uno, ¿sabe usted?, no tiene prisa, lo que se dice prisa, y además, ¿qué quiere usted?, a uno no le gusta viajar de noche.

—¿Y no quiere usted que le llevemos a Valladolid?

—Pues, no, muchas gracias. ¿Para qué?

—No, para nada, pero es que me había parecido entenderle que iba usted a Valladolid.

—Pues… ¡La verdad es que no sé qué decirle! A Valladolid, sí voy; pero ya llegaré…

—Bueno, bueno.

El amo del coche se echó mano al bolsillo y entregó tres duros al vagabundo.

—¡Hombre, no se moleste!

—No es molestia. ¿Los quiere?

—Sí, sí.

El amo del coche puso el motor en marcha.

—Bueno. Pues adiós y suerte. Y muchas gracias por su compañía.

—¡Hombre, eso a usted! Por su compañía, por su transporte y por sus tres duros.

El amo del coche sonrió, y su señora también.

—Adiós.

El vagabundo se destocó, para despedir cumplidamente al amo del coche y a su señora.

—Adiós, sigan bien.

El coche se puso en marcha y un niño bizco que se entretenía en sobar el gallardete del Touring Club de Genève, tuvo que soltarlo.

V

TIERRA DE CANTOS Y DE SANTOS

Al vagabundo, esto de quedarse otra vez solo y a pie, le parecía mentira. Al señor del automóvil, esa es la verdad, le tiene que estar muy agradecido por sus atenciones, y por la merienda, y por los tres duros que le soltó, pero eso de viajar como una maleta, y esto también es verdad, ya le iba cansando. Fueron muchas las leguas andadas y las cosas vistas para tan poco tiempo, y el vagabundo, quizás por la falta de costumbre, estaba algo mareado. De haber salido de Segovia como solía andar por los caminos, un pie tras otro y sin demasiados apuros, el vagabundo iría a estas horas por el cruce de Añe, el sitio por el que se imagina pasó hace ya tres semanas.

El vagabundo, antes de echarse a rodar, dedicó un recuerdo a Pedrito, el niño de la puente Castellana.

—Y Pedrito estará allí, aculado contra la puente, mirando como se encienden las luces de Segovia, esperando a que suene la hora de irse a cenar…

Palpándose sus caudales en el bolsillo, el vagabundo se llega a un mesón de la calleja del Infierno. En el zaguán, dos mozos riñen a gritos, con entusiasmo. La mesonera, que trajina en el hogar con los peroles, con las ollas, con las sartenes, ni les hace caso.

—¿Se puede dormir?

El ama lo miró de arriba a abajo.

—Hombre, ¡si paga!

—Sí, señora, pago y, además, pago por adelantado.

El ama volvió a su quehacer.

—¿Va a cenar?

—No, señora; ya cené en Cuéllar.

—¿En Cuéllar?

—Sí, señora, en Cuéllar.

El vagabundo adoptó un aire interesante.

—Es que desde Cuéllar, ¿sabe usted?, me trajeron unos amigos en su automóvil…

El vagabundo, aquella noche, durmió como no lo hiciera igual desde muchos años atrás. El vagabundo, aquella noche, arrullado por el roncar en batería de sus compañeros de techo, soñó con altas señoras sonrientes que le decían adiós desde los veloces automóviles de la carretera.

A la otra mañana, y aún tan temprano que el sol no había empezado ni a desperezarse, el vagabundo se echó fuera de su almadraque y se acercó a la cocina, a matar el gusano con unas copejas de aguardiente. En el zaguán, y a pierna suelta, aún dormían y hedían los arrieros. El ama, al verlo tan madrugador, pensó si no se le habría descompuesto el vientre.

—No, señora, gracias a Dios, que de ese mal no me puedo doler. Yo me enseño a estas horas porque es mi costumbre, que en el monte, por donde suelo andar, no me conviene ser el último animal que haya de quedarse durmiendo. ¿Me da usted un poco de aguardiente?

Cuando la luz se hizo ya y la calle comenzó a bullir, el vagabundo, con sus mejores razones a cuestas, asomó los hocicos al aire de Medina. Un can de negras lanas y cara de fraile, hoza, igual que un jabalí, en un montoncito de basura. Desde un balcón de pobre y misteriosa traza, un niño se cisca sobre el mundo, con un infinito y desentendido gesto de desprecio. Las campanas de las iglesias y de los conventos llaman, con su dolida, con su quejumbrosa voz, a su clientela de beatas. Un mozo arrea una tunda regular a una mula esquelética y desvencijada, llena de blanquecinas mataduras en carne viva. Una niña modosita y amarga, una niña que cree que es pecado sentir que el breve seno se le despierta, cruza con un albo y blando paquete bajo el brazo. Unos feriantes zamoranos —vinateros de Toro, tratantes de Villalpando, molineros de Guarrate— marchan, presurosos, camino de la

estación del ferrocarril. Las puertas de las tiendas empiezan a desdoblarse sobre sus goznes, nadie sabría decir si con timidez o con parsimonia.

Por una esquina —y como arrancado de una página de Solana— dobla un herbolario ambulante y vocinglero, vestido de fantasma.

—¡Llevo la raíz del traidor! ¡Llevo la cara de hombre y la yerba buena! ¡Llevo el espantalobos! ¡Llevo el hongo asesino! ¡A ver quién quiere la adormidera y la flor del colirio! ¡A ver quién se lleva la yerba luisa y la yerba piojera! ¡A ver a quién doy la pulmonía y la raíz del malvavisco! ¡Llevo la yerba velluda y la cazamoscas! ¡Llevo las barbas de capuchino y la ruda para las preñadas!

En Medina, las mujeres, cuando no quieren abortar, huyen de la ruda y escapan de beber vinagre y de tomar cocido.

Las mujeres de Medina tienen fama de hermosas y enamoradas; ya lo canta el refrán: cuando vieres mujer medinesa, mete a tu marido detrás de la artesa.

Recostado en el quicio de una barbería y mirando con impertinencia, un gañán mañosito espera a que el alfajeme acabe de acicalar al parroquiano que le ocupa. Un gato sale disparado de una puerta y se cuela, veloz como una centella, por la puerta de enfrente. Por una ventana abierta, se ve una vieja calva y desdentada que bebe, ansiosamente, un cuenco de leche. Sobre los tejados, igual que el demonio, vuela la cigüeña.

Los mil oficios de Medina, al romper la cáscara de su afán de cada día, traen al recuerdo del vagabundo aquellos versillos ingenuos, graciosos y ramplones, que otro pretérito vagabundo, autor, sin duda, de un directorio de estos parajes hubo de componer, para escarmiento y aviso de los forasteros:

Está San Miguel
junto a Zapardiel.
Seros ha notorio
el gran consistorio
de los regidores.
Justicia y señores,
todos en cuadrilla,
gobiernan la villa.
Luego, en continente,
pasaréis la puente
y, a un paso de grúa,

tomaréis la Rúa.
Pero, en esta calle,
no es razón que calle
que hay mil ejercicios
de dos mil oficios:
arcas de escribano
no se da de manos;
y veréis los cambios
y hasta los recambios,
y el rollo, y la alberca,
la noria con cerca.
Es grande alegría
ver la joyería,
y la mercería,
y la abacería,
y la librería
con la lencería.

San Miguel es iglesia parroquial superviviente a las varias que el tiempo devoró; con San Miguel se libraron, como parroquias, las de Santiago y de San Antolín. El Zapardiel es el río de Medina; al Zapardiel, por Medina, lo salvan cinco puentes: el de Madera, el de las Cadenas, el de Zurradores, el del tren y otro, más moderno, sin bautizar todavía. El consistorio, con sus torreones, es edificación de buen ver. La Rúa, que después se llamó calle de Padilla, es la vía comercial de Medina del Campo. En la Rúa, y en parte de la plaza, las fachadas de las casas se apoyan sobre columnas y forman soportales. La plaza de Medina es inmensa; la plaza de Medina es, quizás, la más grande de España. En esta plaza tienen lugar las famosas ferias de ganado y, en ella, cuando llega la ocasión, se celebran capeas y corridas. Isabel la Católica, que era enemiga de las fiestas de toros pero que fue lo bastante inteligente para no intentar prohibirlas, ideó colocar, al ganado que hubiera de lidiarse, unas astas postizas, a raíz de ver morir a dos mozos, a cornadas, en Medina del Campo; algún taurino picajoso llamó a doña Isabel, por esta razón, la inventora de los embolados. También son importantes y de noble traza, la casa que dicen de las Carnicerías, el hospital de Simón Ruiz, el cambista que lo fundó; el palacio de la condesa de Bornos, el de Dueñas, y aún varios otros edificios. Medina del Campo, en la guerra de las Comunidades, no entregó a Antonio de

Fonseca la artillería que reclamaba para echar al suelo los muros de Segovia. Medina del Campo es villa libre y altanera; su escudo lleva un mote que dice: ni el papa beneficio, ni el rey oficio.

El vagabundo, después de gastar media jornada callejeando por Medina, fue a darse de manos a bruces, en un café de la plaza, con su amigo Quintín Jumilla, el viajante de pastas para sopa con el que se encontrara, ya varios días atrás, en el camino de Peñafiel.

—Le juego a usted los cuartos a la parejilla.

—Pero, hombre, ¿así?

—Sí, así. ¿Para qué vamos a andarnos perdiendo el tiempo?

Quintín Jumilla y el vagabundo pidieron las cartas —una baraja con el naipe pringado por los días, los hombres y las moscas— y, a poco de las dos horas de sentarse, el viajante, con el gesto sonrientemente triste, puso su última perra sobre la mesa.

—Amigo mío, ¡me ha desplumado usted!

—Pero ¿ya?

—Sí, señor, ¡ya! Me ha ganado usted veintinueve treinta, todo lo que llevaba encima. ¿Me invita usted a un blanco?

—Sí, no faltaría más, con mucho misto.

—¡Ya puede!

Quintín Jumilla y el vagabundo se bebieron tres o cuatro blancos cada uno y se comieron, de tapa, unas raspas de bacalao. Quintín Jumilla, ya más animado, se encaró con el vagabundo.

—Si me paga usted el tren hasta Arévalo y se viene conmigo, allí podré corresponderle. En Arévalo, tengo buenos clientes que me fían.

El vagabundo lo pensó un poco.

—El tren, sí se lo pago. Pero yo, ¿para qué me voy a gastar los cuartos? Yo voy bien a pie.

Quintín Jumilla le atajó.

—No, ¡de ninguna manera! Si usted no se viene en mi compañía yo no acepto; y si yo no acepto y me quedo en Medina, ¡un negro porvenir se cierne sobre mi cabeza!

—Bueno, hombre, no se ponga usted así…

El camino que lleva el tren de Medina hasta Arévalo —estaciones de Gomeznarro y Ataniques y apartadero de Palacios de Goda, ya en tierra avilesa— es frío, solemne y sobrecogedor.

El vagabundo, que se había gastado casi todas sus ganancias en

el bacalao, los blancos y las dos terceras, se puso a mirar por la ventanilla, para ver de dar suelta a sus avariciosos y raros pensamientos. Más allá de los hilos del telégrafo, con algunos cerrillos de poca alzada recostándose en el horizonte, un campo desierto, de color pardo y con calveros amarillos, se extendía hasta donde la vista llegaba a alcanzar. Al vagabundo, que le había tocado, en las horas últimas, ver la varia y anciana Castilla a una andadura que su retina no podía aguantar, le entró semejante congoja que hubo de volver la cabeza.

—¿Le ocurre algo?

—No, ¿por qué?

—No, por nada; parecía como si se le hubiese puesto pálido el semblante.

—No sé…

Sobre la dura, sobre la inhóspita tabla del asiento, dos campesinos dormían con el sombrero echado sobre la cara. A su lado, una moza bigotuda, con aire de criada de servir, coqueteaba con un soldado de artillería que iba a Ceuta, a reincorporarse a su regimiento. Se conoce que había estado de permiso.

—¡Usted habrá visto mucho mundo!

El soldado se dejaba querer.

—¡Psché! Algo…

La muchacha no se resignaba a que la hebra se despegase.

—Y para presentarse a su capitán, ¿tiene que pasar el mar?

—Sí, no hay otra manera de ir.

—Ya, ya… Oiga, ¿y eso hacia dónde cae?, ¿hacia América?

—No, antes. Vamos, antes, según se mire; eso cae más bien hacia el otro lado.

—Ya, ya…

El vagabundo pensó que aquella conversación marroquí, a lo mejor avivaba los humores malignos en el hígado o en el corazón de Jumilla. El vagabundo, con su mejor disimulo, lo miró de reojo, pero Jumilla, ¿afortunadamente?, parecía sumido en hondas cavilaciones. Al vagabundo, el verlo tan abatido, lo lleno de aprensión.

—Oiga, amigo Jumilla, usted perdone.

—Qué.

El vagabundo se fue derecho al grano.

—¿Quiere usted que le dé las vueltas de lo que le soplé a la perejila?

Quintín Jumilla se transformó.

—¡Venga!

Quintín Jumilla se puso de pie.

—¡Ese es el proceder de un caballero, sí, señor, yo me honro en proclamarlo así públicamente!

La moza bigotuda y el soldado de Ceuta se quedaron como muertos, y los dos campesinos —el uno era viejo y el otro, joven— se despertaron y se echaron el sombrero atrás; el viejo tenía un esparadrapo rezumante sobre un ojo. Un gallo maniatado que contemplaba la escena desde el alto mirador de los fardos, y las maletas, y los cestos, empezó a revolverse y a cacarear con una voz cascada y pesimista.

—¡Sí, señor! ¡Muy bien hecho! ¡Eso es comportarse como un hombre y lo demás son pejigueras!

El campesino viejo le interrumpió.

—¿Cómo?

El campesino joven le contestó.

—Pejigueras, padre; ha dicho pejigueras.

Quintín Jumilla remachó el clavo con solicitud.

—Pejigueras.

—¡Ah!

Quintín Jumilla volvió al hilo de su discurso.

—¡Sí, señor! ¡Lo demás son pejigueras y garambainas! ¡Y esto soy capaz de mantenerlo donde proceda!

—Ya, ya…

Quintín Jumilla cambió la voz.

—Vamos a ver: cuatro blancos yo y tres usted, a cuarenta, dos ochenta, ¿no es eso?

—Sí, sí, usted de eso sabrá más que yo…

Quintín Jumilla dejó escapar una sonrisa.

—Y de todo, dilecto amigo mío, y de todo…

El vagabundo pensó que, por lo menos de perejila, no, pero no se atrevió a interrumpirle. Quintín Jumilla volvió a sus cuentas.

—De bacalao, pongamos diez reales.

—No, no, el bacalao me costó trece reales.

—¡Qué barbaridad! Bueno, ¡qué le vamos a hacer! Trece reales

que, con las dos ochenta, hacen seis pesetas y una perra chica, ¿no es eso?

—Sí, sí.

—¡Pues claro que sí! Sigamos: los billetes a siete setenta y cinco cada uno, quince treinta que, con las seis cero cinco que llevábamos, hacen veintiuna treinta y cinco. ¿Estamos?

—Sí, sí.

—¡Pues claro que sí! Y como usted se me quedó, en buena ley, esa es la verdad, con veintinueve treinta, me tiene que reintegrar, ¿a ver?, ¿a ver?

Quintín Jumilla estuvo unos instantes mirando para el techo, haciendo restas.

—A mí me salen ocho noventa y cinco. Bueno, para redondear, me da usted dos duros y en paz.

El vagabundo le dio a Quintín Jumilla sus ocho noventa y cinco.

—Muchas gracias, caro amigo, muchísimas gracias. Pero oiga usted —Quintín Jumilla volvió a dar mayor intimidad a la voz—, si otra vez va usted a tener un gesto semejante, ¡dígalo a tiempo, hombre, dígalo a tiempo, que nos hubiéramos podido ahorrar el tren! ¡A pie también se puede ir al fin del mundo!

—Verdaderamente.

Arévalo se recuesta en una lomilla, en medio de una llanura dilatada. El vagabundo, al entrar en Arévalo, cree escuchar aún el aleteo, sobre los árboles del fondo, entre los copudos olmos del fondo, de un heridor vientecillo militar. Arévalo fue villa guerrera de bien templada y acreditada fama. Arévalo —con Olmedo, por donde ya pasó el vagabundo— fue una de las llaves de Castilla. Como un lobo trotador, así el viejo refrán corrió por los caminos y por los campos y por los montes de Ávila y de Burgos, de Segovia y de Valladolid, de León, de Medina, de Toro, de Salamanca, de Zamora: quien de Castilla señor quiera ser, a Arévalo y a Olmedo de su parte ha de tener.

Arévalo, a finales del siglo XVII, daba centenar y medio de familias nobles en un marco que no llegaba a las quinientas casas. Esta población hidalga venía de los entronques y de los cruces de los cinco linajes de la ciudad. Los cinco linajes de Arévalo, según las crónicas, fueron fundados por Fernán Martínez de Montalvo, Juan Briceño, Gómez García Sedeño, García de Tapia y Juan Verdugo,

que derrotaron a cinco capitanes moros en cinco singulares y memorables combates. Estos cinco linajes tuvieron, durante muchos años, el privilegio de reunirse en junta para votar los oficios de la justicia y la propiedad de todos los pinares y alamedas que cabían en la tierra de Arévalo; cada vecino, en señal de vasallaje y muestra de acatamiento, venía obligado a entregarles una gallina.

—¡Qué tíos! ¿Eh?

—¡Ya lo creo!

Quintín Jumilla era una mezcla muy rara de progresista y carca.

Según algunos, Alfonso I concedió a esta villa sus armas: un jinete que sale de un castillo, sin riendas y lanza a punto de herir, como para significar la presteza con que sus hombres empuñaban las armas al mejor servicio del rey.

Arévalo alza su planta entre los ríos Adaja y Arevalillo. En su confluencia, aún se ven las ruinas del castillo y, a partir de ella, las aguas del Adaja pierden la misteriosa facultad de hacer incorruptible la pesca. En el castillo estuvieron presos, cada cual a su fecha, la reina doña Blanca; y don Fadrique Enríquez; y el marqués de Ariza; y el duque de Osma; y el príncipe de Orange, a quien cogió en la mar el general Ronquillo. En el castillo de Arévalo doña María de Molina convocó a los infantes don Pedro y don Juan; y nació el príncipe de Viana, el desgraciado garzón que murió en olor de santidad; y vivieron Beatriz de Portugal, y la reina Juana Manuel, y doña Leonor, y María de Aragón, e Isabel la Católica, y Carlos V, y Felipe II, y Felipe III, y Felipe IV…

En Arévalo, en el arruinado convento de San Francisco, estudió gramática Alonso Tostado Ribera, o Rivera, según el gusto de cada uno, alias el *Tostado*, y *Alonso de Madrigal*, obispo de Ávila, antagonista de Torquemada, y el hombre que parió tal cantidad de libros que la gente, para indicar que alguien se pasa la vida con la pluma en la mano, dice de ese alguien que escribe más que el *Tostado*. Suero del Águila le dedicó un epitafio que dice:

Es muy cierto que escrivió
para cada día tres pliegos
en los días que vivió.
Su doctrina assí alumbró,
que haze ver a los ciegos.

Arévalo también es famoso por las mantecadas de Calabozo, y por los mazapanes de Vitumpérez, y por el tostón asado de casa de la Pinilla.

—Usted me perdonará, pero yo tengo que visitar a mis parroquianos.

—Sí, sí, por mí no lo haga; usted váyase cuando quiera.

Quintín Jumilla se marchó y el vagabundo, como distraído, se quedó mirando para un burrillo apacible que bebía igual que un niño pequeño, en el pilón de la fuente de una plaza. Arévalo es villa con tres plazas y seis plazuelas. Una moza escondida canta, tras el abierto balcón de su casa; el vagabundo, que no la ve, se la imagina dueña de una deleitosa y quebradiza tristura de flor de jardín de alto y difícil tapial.

La universidad o comunidad de la tierra de Arévalo estaba dividida en seis sexmos —de Aceral, de Aldeas, de Orbita, de Ragama, de Sinlabajos, de la Vego— y cogía pueblos que hoy son segovianos, vallisoletanos y salmantinos.

El vagabundo, en la plaza del Arrabal, poco antes de que la noche se le viniese encima, se sienta a la vera de un mendigo barbián que se rasca la sarna, parsimoniosamente, sentado sobre un poyo de piedra. El mendigo, que se llama don Senén de Guzmán, tiene el belfo caído y cuarteado, el ademán cínico y doliente, el mirar cuajado y quieto, la barbeja ruin, el aire pícaro y huido, y la ropa cayéndosele en bien pensados jirones.

—¿Molesto?

—No molesta. ¿Tiene tabaco?

Frente a los dos hombres, sobre un portal donde la piedra finge racimos de dorada uva, de verde morera, de granada carmesí, se alza la geometría heráldica, la dura carne de cecina histórica, el pregón que aún esconde la añorada violencia en su entraña. El único cuartel del escudo que el vagabundo contempla, representa una mano izquierda extrañamente abierta y acogedora al caminante; en su torno —bordeándolo, arropándolo— se entienden tres palabras singulares, orgullosas, escépticas: el tiempo conmigo.

El mendigo chupó el tabaco del vagabundo.

—¡No es malo!

—No…

El mendigo, a medio pitillo, se conoce que ya más animado,

rompió a hablar.

—¿Ve usted esa casa?

—Sí que la veo. ¡Parece buena!

—¡Y lo es! Yo la conozco muy bien. Esa casa, señor mío, era de mi propiedad. Pero yo la vendí porque las palabras de su escudo dicen mentira, no son palabras de ley. El tiempo no está conmigo, que está con quien me la compró.

—¡Vaya! ¿Y quién se la compró?

El mendigo echó la cabeza atrás hasta apoyarse en la pared. Su voz, hablando para arriba, sonaba como si saliera de una honda cárcava.

—Un truchimán con suerte, más descortés que un perro en una matanza: el tío *Brincaparras*, un adivino de Almohazín, el pueblo donde robaron los botones a Cristo.

—¡Vaya por Dios! ¿Y le dio mucho, por lo menos?

—Ni mucho, ni poco, que me dio lo justo que le pedí: un asno entero, mohíno y zamorano; un cuartillo de tinto de Rueda, cada vez que el santoral pintara en mártires; un puesto a la lumbre, para los días, y un cobijo en el zaguán, para las noches; una cayada de fresno, cada primavera, y una carta, escrita en letra redondilla, tratándome de usted. ¡Le juro que ya estaba muy harto de ser más pobre que moro manchego!

El mendigo regüelda como un alférez de Flandes y el eructo le huele a cabrito montaraz, agrio y saludable como las altas floras de los riscos.

—¡Y pensar que los Guzmanes nos bautizábamos en Santa María la Mayor, con los Briceños!

Las parroquias de Arévalo no respetaban el derecho del suelo, sino el de la sangre; no tenían jurisdicción sobre la geografía, sino sobre la genealogía; no agrupaban a sus feligreses por barrios, como en todas partes, sino por apellidos o clanes, como los mozárabes de Toledo.

—¡En fin! ¡Vanidad de vanidades!

El mendigo tenía metida, entre ceja y ceja, la sombra de su comprador, y el vagabundo, que no suele sentirse apóstol de nada, pensó que era mejor ni intentar quitársela. ¿Para qué?

—Sí. Yo le digo a usted que, a pesar de todo lo que relumbra, no es oro de buen cuño el oro del *Brincaparras*. Ni la carne que come

le aprovecha. Ni el sueño que duerme le descansa. Ni el agua de la fuente le quita la sed. Él me compró la casa, ¡y que Dios le bendiga!, pero yo no me aparto de estas piedras hasta que lo vea salir con el hábito de San Francisco. Algunas mañanas, el hombre me mira con los ojos de la compasión: ¿quería usted, algo, don Senén?, suele decirme. Y yo le respondo: sí, *Brincaparras*, que quería verte salir con los pies para delante. Al tío *Brincaparras*, ¡da risa pensarlo!, aunque procura sobreponerse, se le nubla la vista cuando tal oye. El tío *Brincaparras*, ¿sabe usted?, es muy supersticioso, como todos los judíos. ¡Todo se andará, don Senén, todo se andará —me dice el tío *Brincaparras*, el muy mamón—, que aquí no vamos a quedar ninguno para semilla! ¿Qué le parece a usted?

El vagabundo quiso mostrarse conciliador y tiró por el camino de los paños calientes.

—¡Hombre, no sé! A mí, ¡qué quiere que le haga!, me da un poco de pena el tío *Brincaparras*.

Pero don Senén de Guzmán, como para salirle al paso, se organizó una cara conspicuamente triste, una cara de escribano del Greco, ordenancista, católico y profundo.

—A mí también, esa es la verdad. Pero ¿qué quiere usted que haga? ¡El deber!

Don Senén de Guzmán, a las primeras sombras de la noche, pudiera parecer un ángel caído que, sentado y olvidado en los largos bancos de la caja de recluta, espera el sorteo que lo ha de destinar.

Cuando el vagabundo se adentra en Arévalo y llega hasta la plaza —hasta una plaza a cuya linde se levanta una iglesia—, los carros y las caballerías ya se han ido, envueltos en su nube de polvo, su trepidar de llantas y su seco tamborilear de herraduras, y el pueblo, a esta hora misteriosa, aparece desierto y solemne como el vago, como el poético mirar de los ciegos. Por la plaza de los niños bullidores, de las mozuelas ruborosas, de los quintos del ¡vivan los quintos!, de los graves varones de severa faz meditabunda, de los viejos silenciosos como encinas, no cruza un alma. La plaza por la que camina el vagabundo, con el temple un sí es no es trémulo y atemorizado, tiene surcos en la piel, igual que los señores del campo: los que guiaban el arado sin apartar la mano del pomo de la espada de hierro; los que sembraban el trigo para que

comiera pan blanco el hijo estudiante que, en la dorada Salamanca, escuchaba al maestro Ciruelo, canónigo de la santa iglesia catedral, los comentarios a su *Tratado en el cual se reprueban todas las supersticiones y hechicerías*. El polvo que el caminante pisa es, aún, hermano del polvo que pisó el concejo de la villa cuando salió a pelear, camino de las Navas de Tolosa, y a ganar, a punta de lanza, los cuarteles de su escudo. Los agostados hierbajos que desmedran al pie de las grises bardas de adobe son, quizás, los hijos de los hijos de la rastrojera que ardió para celebrar el regreso de los adalides.

El vagabundo, que no tiene el bolsillo ni alma para meterse en gastos ni compañías, desdobla el capote, se arrebuja en él y se tumba contra el muro de la iglesia, a esperar a que Dios amanezca. El vagabundo, que a nadie preguntó el nombre de las piedras que lo cobijan, piensa si no serán las de Santa María, que guardan los restos del alcalde Ronquillo, aquel a quien raptó el diablo en San Francisco de Valladolid; o las que llaman de los Ajedreces, que fue sede de las juntas; o las de San Miguel, con su torre mocha; o las de Santo Domingo de Silos; o las del Salvador; o las de la Encarnación; o las de San Nicolás…

El vagabundo salió de Arévalo por el camino de Sinlabajos, en la abierta Moraña. La región que dicen de la Moraña o campo de Pajares cae, en gran parte, en lo que fue universidad de la tierra de Arévalo. La Moraña cría el cereal, tolera la vid y maldice el árbol. Lope de Vega la cantó, en ripio ilustre:

> *Hoy, segadores de España,*
> *vení a ver a la Moraña*
> *trigo blanco y sin argaña,*
> *que de verlo es bendición.*
> *Esta sí que es siega de vida;*
> *esta sí que es siega de flor.*

Por Sinlabajos y Castellanos de Zapardiel, en terreno que no cansa, el vagabundo cruza sin pararse más que para oír, de cuando en cuando, el cantar de la alondra. A lo lejos, sobre una mansa ladera, Madrigal de las Altas Torres —demasiado nombre para tan poco pueblo— representa, a las mil maravillas, el aleccionador auto sacramental que dice de lo mudable y efímero de los bienes terrenales.

En Madrigal de las Altas Torres, arruinado romance, nació aquella novilla montaraz que se llamó, tan bárbaramente, Isabel la Católica. En Madrigal de las Altas Torres, soldado en quiebra, expiró su postrer aliento aquel ruiseñor herido que se firmó, tan tímido, fray Luis. En Madrigal de las Altas Torres, paladín ya viejo, lloró aquella paciente hormiguita que se nombró, tan ejemplar, el *Tostado*. En Madrigal de las Altas Torres, halcón a tierra, el verdugo mandó para el otro mundo a aquel grillo con manía de grandezas que se dijo, ¡pobre Gabriel Espinosa, de oficio dulcero!, el rey don Sebastián de Portugal, perdido en tierra de moros.

En la plaza, un viejo está sentado al sol con la bragueta llena de moscas. El vagabundo que, por ser de todo, hasta probó, sin buenos resultados, a hacerse médico, recuerda que don Florito, un auxiliar de la facultad de medicina de la universidad de Santiago, solía decir: si ven ustedes un viejo sentado al sol y con moscas en la bragueta, ya se sabe: diabetes. El viejo, se conoce que para recordar, está apoyado en la columnilla que, según dice, marca el lugar donde ejecutaron al pastelero.

—¡Hace buen día!

—Los hay peores…

Fray Luis pidió —y a su encierro del capítulo se lo llevaron— una estampa de la Virgen, para disponerse a bien morir; un cuchillo, para partir el pan, y unos polvitos de misteriosa y monjil receta, para espantarse las melancolías.

—¿Es de Arévalo?

—No, señor.

En el caserón que, desde hace cuatrocientos años, es convento de agustinas, nació la reina Isabel. En el mismo año que la rema Isabel tomó Granada, un protegido suyo descubría América y otro, Nebrija, se sacaba de la manga la gramática castellana.

—¿Es de Cantalapiedra?

—No, señor.

La casa en que nació el *Tostado* estuvo frente a San Nicolás, la iglesia en donde, según dicen, fue bautizada Isabel. San Nicolás es la única torre, no tan alta, de Madrigal de las Altas Torres. Quizás el nombre le venga, a Madrigal, de las torres de la muralla, que el tiempo se comió.

—¿Es de Medina?

—No, señor.

Isabel la Católica metió en religión, dícese que a políticas patadas, a las hijas naturales de don Fernando, su marido. Tanto monta, monta tanto.

—¿Es de Peñalara?

—No, señor.

Don José Zorrilla tuvo mejor fortuna con *Don Juan Tenorio* que con *Traidor, inconfeso y mártir*. El viejo de las moscas se engalló.

—Entonces, ¿de dónde puñeta es usted?

—¡Ah!

Las cuatro puertas que quedan de Madrigal de las Altas Torres, se llaman: de Medina, la del norte; de Peñaranda, la del sur; de Arévalo, la del este; de Cantalapiedra, la del oeste.

—¿No me lo dice?

—No.

El viejo de la diabetes se puso hecho un basilisco y rompió a regurgitar semejantes ofensas, que el vagabundo, para no pegarle una patada en las moscas, tuvo que recordarse el respeto siempre debido a los mayores. El vagabundo, que no tenía ganas de meterse en ningún belén, se fue del pueblo por el camino de Barromán.

—¡Caray con el viejo, qué modales!

A mil pasos de Madrigal de las Altas Torres, el vagabundo volvió la cabeza. Recostándose sobre el horizonte de su resayo, hidalgo venido a menos, se veía morir, minúscula, gloriosa y triste, la Muy Noble Imperial y Coronada Villa del Madrigal de las Altas Torres. Para don Benito Pérez Galdós, Madrigal de las Torres y Viana, en la ribera de Navarra, eran los dos más vetustos y sepulcrales pueblos de toda España.

Barromán, a orillas del Zapardiel, empieza a humear por sus dos docenas de chimeneas cuando el vagabundo, mustio y un pie tras otro, salva su caserío. Dos leguas más abajo, al vagabundo le cae la noche sobre los lomos pasando por Villanueva del Aceral. El vagabundo se sale del camino y, barbechera adelante, busca, como la liebre, un surco de la tierra en qué dormir.

El vagabundo, a la luz siguiente, tomó por el senderuelo de Palacios Rubios, aldea que pertenece a Nava de Arévalo y en la que el vagabundo no tuvo ni el consuelo de saberse en la cuna del autor del *Tratado bélico heroico* y consejero de la reina Isabel, Juan

López de Vivero, también llamado el doctor Palacios Rubios, que, a lo que parece, era del Palacios Rubios salmantino.

Poco más abajo, Noharre, también del ayuntamiento de Nava, ya que la independencia que tuvo la perdió, es lugarejo de praderío y terreno pantanoso, que va para despoblado.

Nava de Arévalo, a dos leguas de su cabeza de partido, en tierra llana y lobera, es pueblo que bebe en la fuente del Regajal. En el término de Nava, igual que en los de los otros pueblos de por aquí, son frecuentes las charcas o lagunillas en las que abreva el ganado.

Al salir de la Nava por el sacamiés de San Vicente, un carril solitario desde el que se escucha cantar la alondra, el vagabundo se emparejó con un cazador con aires de furtivo, que andaba a churras por aquel terreno. Por Castilla se confunden y llaman churra a la ortega o corteza y a la ganga que, aunque parecidas, no son lo mismo; la ortega tiene el vientre negro y la ganga, blanco.

—¿Qué, se le dan bien?

—¡Quite usted allá, hombre, que no hay pájaro más avisado ni difícil! Pero ¿qué quiere usted, que ande a perdices, como un rastacuero?

San Vicente de Arévalo es pueblo pobre, como todos estos por los que el vagabundo anda y —por ahora— andará, y sin más que ver que lo que quiera mirarse con amor. Pueblos sin carretera, sin ferrocarril, sin más agua que la que Dios manda y la tierra quiere devolver; pueblos sobrios y ahorcados a la fuerza; pueblos místicos y heroicos, en mejores tiempos, y hoy agazapados en el barbecho, igual que conejos temerosos; pueblos a los que bate el lobo, y el rayo, y la sequía; pueblos que han olvidado el color de la hartura y que siguen ignorando el de la felicidad.

El vagabundo, por todos estos pueblos en los que las mocitas y los zagales le preguntan: ¿qué vende usted, buen hombre?, sin tener un ochavo con el que comprar lo que el vagabundo pudiera vender, se siente dichoso y acompañado, sin escuchar más ruidos que los ruidos del mundo —un asno que rebuzna, una gallina que ha puesto un huevo, un niño que llora infinitamente, una paloma que zurea, un látigo que restalla, un gañán que canta— ni aspirar más aromas que los hondos aromas del mundo —el del pan que se cuece, el del aire de la mañana, el del manso y cálido estiércol, el de la flor que brota en los terrones, el de la moza que desrabera la parva del trigo

cascalbo, el del agua que brilla en el rezumadero.

El vagabundo, entre andar, a ratos; y mirar y dejar que lo miren; y arrimar una mano a quien lo necesita; y contar las estrellas de la noche y las ovejas del día, echa una semana larga por estos pueblos, que empiezan llamándose tierra de Arévalo y se meten, poco a poco, en la Moraña, hasta darse con la carretera de Ávila, después de haber despreciado la de Salamanca.

Pedro Rodríguez se mira en el Arevalillo. Cabizuela se divierte en febrero, con los dedos como carámbanos, y en agosto, bajo un sol de justicia. A Papatrigo lo baña el arroyo Merdero, y allá el aficionado a las etimologías. Narros de Saldueña mal vive a la sombra del muerto castillo de Montellano. Muñómez del Peco, en la Moraña Baja, reza a la Virgen del Campo. Albornos es pueblo de pastoría ruin. Muñogrande, con carretera y con tren, tiene un anejo a quien dicen Castilblanco. Al vagabundo, al cruzar Muñogrande, a poco más lo mata un automóvil lujoso y con mucho brillo, que llevaba una banderita en una aleta. Al vagabundo aquella banderita le resultaba conocida pero no podía recordar de qué; seguramente es que no tuvo tiempo ni de fijarse. Sigeres se agacha a la sombra del cerro de San Miguel del Otero y esconde los despoblados de Sanchizquierdo y de la Fuente. Bravos, con su tierra de miga, suelta su ganado en la dehesa de Aldemina. Por Grandes, escapa el reguero de los Narillos. Cillán, con el monte Gorría en su término, guarda las ruinas del palacio de la marquesa de la Vega y del despoblado de San Cristóbal de Rioalmar. En Cillán, el vagabundo toma la carretera de Ávila, durante dos leguas y, sin cruzar pueblo alguno, se mete a la derecha, según va, por el ramal que lleva a Casasola. Duruelo es un anejo de Casasola. Santa Teresa, en sus *Fundaciones*, habla del convento de Duruelo, al que llama portalico de Belén. En Casasola, cuando muere algún vecino, los demás le rezan el reloj del purgatorio:

A todo mortal convido
y ánimas en general
al reloj del purgatorio
cuando la una va a dar.

Por la senda del Martiherrero, el vagabundo vuelve a la carretera que, a media legua de Ávila, cae a la de Salamanca, que es

más importante.

Desde la carretera de Salamanca, en los Cuatro postes, sitio que ya no está lejos, se ven mejor que desde ningún lado, sólidas, altaneras, fantasmales, las murallas de Ávila, las mejores y más enteras y viejas murallas cristianas. Está el día recién nacido y, el vagabundo, que siente ágiles las arrobas, se propone volver a recorrerse la ciudad como un can sin dueño, sin prisas y sin esperanza.

Al vagabundo, que ha estado ya muchas veces, ¡y las que te rondaré, morena!, por estos paisajes, se le encoge el ánimo cada vez que, al alzar la vista, se le entra Ávila por los ojos, la tierra de cantos y de santos de la rimada sabiduría popular. Azorín piensa que Ávila es, entre todas las ciudades españolas, la más siglo XVI. Para Unamuno, Ávila —Ávila de Teresa de Jesús, como la llama—, tan callada, tan silenciosa, tan recogida, parece una ciudad musical y sonora; dos Miguel también la quiso ver como un convento y aún casi como la celda de un convento. El pintor Solana la encuentra silenciosa, noble y silenciosa.

Arrimado a la casilla de los consumeros, en el puente Viejo, que se tiende sobre el río Adaja, un peregrino vestido de figurante de ópera regala estampitas y medallas a unos turistas madrugadores, que tienen aire de pardillos.

El peregrino, que debe saber latín, no pide, pero coge lo que le dan.

El manantial del nombre de Ávila es confuso como un mar de sombras, y no son más claros los orígenes de la ciudad. Ptolomeo la llama *Obila*; San Segundo, o las memorias de sus predicaciones, *Abula*; San Jerónimo, *Abila* y *Abyla*, y sus prelados en los concilios de Toledo, *Abela*. Los antiguos solían confundir con frecuencia la *b* y la *v* y la *i* y la *y*. *Abila*, en la lengua de los cartagineses, vale tanto como «altura», y en hebreo, aunque hay quien quiere hacerla significar «término» o «linde» o «torbellino», pudiera entenderse por «cumbre» o «encumbrado» o, quizás mejor, por «elevado». Algún autor quiere ver, en el nombre de la ciudad, un sentimental *souvenir* de Alcideo, uno de sus candidatos a fundador, hijo de Hércules, rey de España, y de una dama africana que se llamaba Obila o Abila, pero el vagabundo no se siente con fuerzas para bucear en los recuerdos de familia de los cuarenta y tantos Hércules

que le salieron al paso. Otros autores prefieren hacer venir el nombre de Ávila del latín *albus*, «blanco». Lo probable, sin embargo, es que Ávila se llame como se llama por su situación. De las capitales de provincias del país, Ávila con sus 1126 metros de altura sobre el nivel del mar, es la más alta de todas. Por otra parte, y a mayor abundamiento, como dicen los curas y los procuradores, si bien alta, no es, en modo alguno, blanca, sino parda y gris. La acepción cartaginesa o hebrea, que parece la más probable, cabe también a la columna de Hércules africana, el viejo monte Abila, al lado de Ceuta, al que Estrabón llamó Elefante y que hoy ha caído hasta ser monte de las Monas, para los cristianos, y Yebel-el-Mina, para los moros.

Por la carretera del Piedrahíta el vagabundo escuchó un ladrar, quizás el de Berganza, que le decía:

—Mucho sabes, Cipión. ¿Quién diablos te enseñó a ti nombres griegos?

Hasta el conde Raimundo de Borgoña, marido de doña Urraca y yerno, por tanto, de Alfonso VI, el *Bravo*, el soberano de hombres de las dos religiones, como le llamaban los musulmanes, y el rey que tuvo sus más y sus menos con el Cid, la historia de Ávila es un ciempiés a cuya confusión cooperaron con entusiasmo los corregidores Nuño González del Águila y Bernal de Mata, el cronista Gonzalo de Ayora, el benedictino
T.
Ariz y un sin fin de fabulosos escritores más que, a veces, llegaron a conseguir que sus crónicas, sobre *non veras*, tampoco estuvieran *ben trovatas*, o como se diga en italiano. Al vagabundo, a pesar de todo, le divierte más imaginarse a la señora de Hércules agradeciendo a Alciedo el fino detalle de dar su nombre a la ciudad que fundó; y representarse a los celtíberos esculpiendo toros y verracos, en duro granito y maliciosamente, para confundir a los que vinieran detrás; y figurarse a los romanos haciendo la instrucción en sus campamentos; y antojarse a San Segundo, uno de los siete varones apostólicos, predicando por el caserío; y creerse a los visigodos huyendo ante el moro Muza.

Sobre la llegada o no llegada de San Segundo a evangelizar la ciudad, hay sus opiniones. La única referencia que pueda llevar a suponer que San Segundo se vino hasta esta ciudad, es la de que

tuvo su cátedra en *Abyla* o *Abula*, pero en la península, por aquellas fechas, había por lo menos dos *Abylas* o *Abulas* —la de los vetones, que es el Ávila actual, y la de los bastianos, a la que se tragó el tiempo—, y cualquiera de ambas pudiera haberlo sido. A favor de Ávila están los argumentos del
P.
Flórez, autor de *La España Sagrada*, y los de todos los escritores avileses. A favor del *Abula* bastiana están la dispersión geográfica de los otros seis varones apostólicos y los historiadores de Jaén, sin excepción. Al vagabundo, sin entrar ni salir en el tema, se le hacen siempre muy sospechosos y cuesta arriba estos patriotismos, de arrimar cada cual el ascua a su pez y, cortando por lo sano, se limita a no creer a ninguno y a dejar las cosas en paz y como están. Con Colón, pasa lo mismo; el día que un erudito tortosino o pontevedrés, no nos demuestre que Colón era, precisamente, de Tortosa o de Pontevedra, el vagabundo empezará a tomarlos a todos algo más en serio. El
P.
Flórez no era de Ávila, esa es la verdad, pero sí castellano viejo; además, de niño vivió en el Barco de Ávila. El vagabundo, con esto, tampoco quiere decir nada. La aparición del cadáver del santo, en 1519, también debe ser puesta en tela de juicio. El vagabundo piensa que, cargado el capítulo de la leyenda, todo esto vale tanto como incorporado al rigor de la historia. Lo importante es que Lope de Vega escribió una comedia sobre el regocijo de las gentes de Ávila con motivo del suceso.

Volviendo a lo que íbamos. A nadie debe extrañar, por otra parte, que Ávila, después de las pasadas, a favor y a contrapelo, que le dieron Alfonso el *Católico*, y Bernardo del Carpio, y Abderramán, y Almanzor, y Almudafar, y el conde Garci Fernández, y el conde Sancho García, quedara como la palma de la mano.

Hasta que, con la caída de Toledo, llegó al Tajo, la frontera estaba en la sierra de Guadarrama y apoyada entre otros puntos, en Ávila y en Segovia. Cuando Alfonso VI entró en Toledo, en 1085, estas plazas quedaron como segunda línea y su defensa fue encargada al conde don Raimundo. Este es el momento en que de Ávila empieza a saberse algo más concreto. Don Raimundo repobló la ciudad con franceses, de quienes casi no hablan las crónicas, y

con gallegos, asturianos, santanderinos, leoneses y burgaleses, a cuyo frente vinieron los hombres que se quedaron con los principales puestos de gobierno y dividieron la población en dos clases sociales, para que no hubiera dudas: *serranos*, o caballeros montañeses, y *ruanos*, o plebeyos supervivientes. Los primeros se dedicaron al oficio de las armas y los segundos, a buscarles, donde las hubiere, las cosas que precisaban, para vendérselas después; a estas artes, desde que el mundo es mundo se les viene llamando comercio, y mercaderes, a quienes a ellas se aplican.

Las murallas de Ávila empezaron a levantarse a los cinco años de la conquista de Toledo y sus obras duraron nueve más. Bendijo los cimientos el obispo don Pelayo. Las murallas fueron levantadas con todas las piedras que pudieron encontrar sus constructores, y los vestigios romanos y celtíberos son frecuentes en ella; no deja de ser curioso el hecho de que, aún siendo posteriores al paso de los árabes y de los godos, no haya quedado recuerdo alguno, grabado en las piedras que después se aprovecharon, de estas dominaciones. El vagabundo piensa que, después del relativo esplendor inicial que conoció, Ávila, abandonada por los visigodos ante las permanentes acometidas de los moros, tampoco debió ser ocupada por estos con carácter estable. Ávila, en este sentido, es una ciudad resucitada.

En las murallas trabajaron, día a día, más de dos mil obreros, quizás moros sometidos, bajo la vigilante mirada y el sabio adiestramiento de los maestros de *jometría* vizcaínos y leoneses que interpretaban los planos y obedecían las órdenes del italiano Casandro y del francés Florín de Pituenga; también puso su mano en las murallas el navarro Alvar García.

Las murallas de Ávila son románicas —estilo que al vagabundo le es especialmente simpático—, con huellas moriscas y modificaciones, no todas afortunadas, de los tiempos que más tarde vinieron. Las murallas de Ávila, que pintan un rectángulo bastante regular y limpio, tienen media legua de rodeo y presentan, a lo largo de él, noventa torres, y no ochenta y ocho, como en todas partes se dice. El error, según piensa el vagabundo, viene del manuscrito que exhumó don José María Cuadrado, detrás de quien parecen haber ido todos: Azorín, el penúltimo.

El vagabundo, antes de meterse en Ávila, piensa que mejor será mirar lo que nunca se cansa de mirar —las murallas y sus nueve

puertas— y, dejando al peregrino y a sus clientes los turistas enfrascados en sus tratos, cruza el puente Viejo que lo pone frente a la puerta del arco de San Segundo, a la que las gentes suelen llamar del Puente; esta puerta está flanqueada por dos recios cubos, ni mejores ni peores que los demás de la obra, y fue reformada en el siglo XV.

A la derecha, por la carretera de Burgohondo y, a mano contraria y a los pocos pasos, por la bajada del Rastro, que por aquí es subida, el vagabundo ve, sobre unas costanillas, la puerta de la Mala Ventura o del Matadero, que da acceso a la judería, y por donde es fama que salieron los rehenes que Alfonso I de Aragón quemó en las Hervencias; esta puerta estuvo cerrada, en señal de duelo, hasta el siglo XVI.

Siguiendo más adelante, aparece la puerta de Santa Teresa, que también se llama de Montenegro y de Antonio Vela, sobre la morería nueva, con matacán y torres cuadradas y próxima al lugar en que estuvo la casa de los padres de la santa.

Al pie del paseo del Rastro, el vagabundo pasa ante el gran arco carpanel de la puerta que llaman de cuatro maneras: del Grajal, como el arroyuelo que desde allí se ve; de la Estrella, nombre que tuvo una posada vecina y que hoy se fue con la música a otra parte, quizás al otro mundo; de Gil González Dávila, antiguo dueño de una casona inmediata, y del Rastro.

Siguiendo hasta la plaza de Santa Teresa, el vagabundo llega a darse con la puerta del Alcázar, con sus dos fuertes torres y su barbacana de almenas, que fue restaurada, según el modelo de la de San Vicente, no con demasiado sentido. A pesar de todo, el vagabundo, que no es hombre entendido en monumentos, se siente impresionar por el duro y noble aire de estas recias piedras que levantan veinte metros del suelo.

Por la calle de San Segundo se llega a la puerta de los Leales o del Peso de la harina, que se llamó, en tiempos, postigo de los Abades y estuvo destinada a usos civiles; es una puerta niña, una puerta que no tiene más de cuatro siglos y pico.

Algo más adelante, y aún en la cara que mira al este, está la puerta de San Vicente, la más antigua del recinto, que sirvió de plantilla para arreglar la del Alcázar.

Ya al norte, está el portillo del Mariscal, que toma su nombre en

recuerdo de haber vivido a su sombra el mariscal de Castilla don Álvaro Dávila, jefe de los Bracamontes en tiempos de Juan II; esta puerta es la única que se conserva en su primitivo estado.

Quebrando la línea de la muralla en ángulo y al gusto árabe, aparece la puerta del Carmen, con sus marcas de cantería y los restos de la espadaña del convento de los carmelitas descalzos.

Doblando por la ronda y otra vez hacia el río, el vagabundo vuelve a encontrarse delante del arco de San Segundo, de donde salió. Si su viaje alrededor de la muralla lo hubiera hecho siguiendo la marcha de las agujas del reloj, quizás se hubiera ahorrado algunas subidas; pero el vagabundo, a quien las piernas se le han endurecido en el camino, no suele reparar en estas cosas.

—¡Bah, no merece la pena!

Hace muchos años, más de cuatrocientos años, el cabildo de Ávila acordó que ningún clérigo llevare consigo criados o parientes, los días de toros o regocijo, a los miradores de la plaza. Por el mismo tiempo el racionero Francisco López recibió una reprimenda y un castigo; el racionero Francisco López había hecho un viaje en burro hasta Palenciana y, para mayor escarnio, en compañía de personas que no eran de su clase. Cuarenta años después fueron presos, por alboroto, cuatro canónigos y tres racioneros. El vagabundo empezó a dar saltos y a cantar la *Raspa*. Un guardia se le quedó mirando.

—¿Qué hace?

—Nada; alboroto, ¿no lo ve usted?

—Bueno, pues estese quieto; si no se está usted quieto, lo llevo preso.

El vagabundo prefirió no seguir el camino de los clérigos. El vagabundo, puede que por acelerar el perdón del guardia, sonrió.

—¿Así?

—Así, eso es, quieto…

Por entonces, la clericia de Ávila —los párrocos, los diáconos, los tenientes cura, los canónigos, los prebendados, los racioneros, el magistral, el penitenciario, el lectoral, el señor obispo— se dirigió al papa de Roma en súplica de que se sirviese beatificar a la madre Teresa de Jesús.

A mediados del siglo XV, el *Tostado*, enano y genial, zarrioso, letrado y malas pulgas, se encaró con el papa Eugenio IV.

—La altura del hombre, beatísimo padre, se mide desde aquí hasta aquí.

El *Tostado* señaló, mientras hablaba, las cejas y el arranque del pelo. El papa, imaginándoselo de rodillas, lo había mandado levantar; el papa ignoraba, a buen seguro, con quien se estaba jugando los cuartos.

Don Juan II, veinticinco años antes, celebró en Ávila sus tristes bodas con doña María de Aragón, por las fechas en que don Álvaro de Luna velaba en la catedral sus armas de maestre de la orden de Santiago. Más atrás Alfonso VIII, el de las Navas, hizo de Ávila el Ávila de los Leales. Alfonso VII, el emperador, el hijo de doña Urraca y del príncipe don Raimundo de Borgoña, bautizó a Ávila con el nombre de Ávila del Rey.

El guerrero Muño Gil, que peleó por tierras de Jaén, fue llamado, por su rey, el caballero de Ávila. Santa Teresa escribió un libro de caballerías; el vagabundo piensa que el libro de caballerías escrito por Santa Teresa se tituló, probablemente, *El caballero de Ávila*.

Siglo y pico antes, Ávila sacó al campo un muñeco vestido de rey; el muñeco representaba a Enrique IV, el *Impotente*. Los timbaleros y los trompeteros atronaron el aire con su redoble y su soplar. El arzobispo de Toledo le arrancó la corona. El conde de Palencia le quitó la espada. El conde de Benavente le despojó del cetro. Don Diego López de Zúñiga lo derribó del trono.

El vagabundo no se siente con fuerzas para ensamblar los mil grajos dispersos de la historia de Ávila. El vagabundo ignora la rara y oculta clase de esta Ávila que, veladamente, se nutre de su propia entraña, como el pájaro de la mitología. El vagabundo, ¡bien lo lamenta!, es lego en los arcanos que guardan el tiempo que ya fue,

Una mujer que vende calderos de cobre se cuela por el arco de San Segundo.

—Calderooooos de cooooobre…

La mujer arrastra la o como los curas cuando cantan el *De profundis*.

Un niño mea, casi furiosamente, sobre el río Adaja. Los peces del río Adaja tienen la extraña curiosidad de ser incorruptibles; a los peces del río Adaja basta colgarlos, como a los melones, para que se conserven tiempo y tiempo. Algunos chuscos, por pasmar a los

forasteros, guardan peces que llevan colgados del techo veinte y veinticinco años. La gente dice que esto viene de la química del suelo; el vagabundo piensa que, a lo mejor, también los niños de Ávila tienen su parte en el porqué de esta rara cecina.

—Había ganas, ¿eh?

—Sí señor… Al señor cura no le gusta que meemos durante la doctrina.

Un perrillo rufo gulusmea unas piedras del camino.

—¡Anda, pero si es el chucho de las Madres! ¿Cómo habrá llegado hasta aquí? Toma, toma…

Por el cielo de Ávila ruedan, como los nubarrones de la tormenta, también como los nácares de arco iris, las cien aristas de los mil reflejos que alumbran y entenebrecen la ciudad. Las esquinas del cielo —que son infinitas y no cuatro, como las esquinas del mundo— lucen los múltiples gallardetes que las bautizan: aquella es la blanca grímpola de la prudencia; aquel, el verde banderín de la soberbia; aquel otro, el gris perejil de la humildad; aquel de afuera, el brillador estandarte de la justicia; aquel de más allá, la insignia color de oro del heroísmo; aquel que tan alto vuela, el guion de la caridad, virtud tímida y noble como la plata; aquel que se esconde, es la flámula color carmesí de la crueldad; aquel que, gentil, campea, es el cataviento de la lealtad, que tiene la infatigable color de los corazones.

En cualquier campana avisan que un vecino ha muerto. La campana tañe tan lúgubremente que el vagabundo llega a pensar que el vecino muerto debiera valer, cuando menos por dos.

—Un padrenuestro por el alma de don Martín, el talabartero de la travesía del Pocillo…

Sí. Ávila es un mundo hermético tras sus murallas, un mundo donde los relojes enmudecen de estupor, las doncellas aún confunden —¡Dios las bendiga!— la seriedad con la virtud, y los caballeros todavía caminan, ya descabalgados, con el caprichoso y altivo vaivén de los guerreros.

Un canónigo estudia las aves por la *Historia natural* de Buffon. Un mozo seminarista se entera, a hurtadillas, de las leyes de Kepler, y una dama de alcurnia piensa, que bien mirado, Arquímides tenía bastante de hereje.

La alta cigüeña pronto volverá a su nidal de San Vicente, a su

nidal de San Pedro, a su nidal de San Juan, a su nidal de Santiago, a su nidal de Santo Tomé, a su nidal de las ruinas de Sancti-Spiritus, a su nidal de los Guzmanes.

Y cuando la cigüeña vuelva, aún el mirar del invierno hecho a los minaretes y todavía el oído puesto en la salmodia del muezin, el vagabundo, con su mejor humildad a remolque, andará ya muy lejos —sin duda— de esta tierra, nadie sabe por dónde, pero con el recuerdo, solitario y pasmado, puesto en las misteriosas piedras del Ávila misteriosa: esta ciudad de cuarta y media que no cabe en la historia.

A lo mejor, ¿quién sabe?, al vagabundo le pasa todo lo contrario.

—¿Tiene usted memoria?

—Sí, señor, memoria sí que tengo.

—Entonces, no hay cuidado.

A la orilla del río y a la parte de acá, el peregrino vestido de comparsa de ópera, que ya había licenciado a sus clientes después de sobarles el bolsillo, hizo un gesto amistoso al vagabundo.

—¿Usted gusta?

El peregrino que era hombre —y a la vista salta— que se trataba bien, se entretenía en dar por el palo al cuerpo devorándose los restos de una honda lata de aromático escabeche y bebiéndose sus últimos aceites.

—Hombre, ¡si esa es su voluntad!

El peregrino, riéndose con sus dientecillos ruines, le arrimó la lata al vagabundo.

—Rebañe hasta el Cristo, si sabe hacerlo, que me pienso que sí, que hoy me han caído devotos en automóvil, que son los mejores.

El peregrino, que seguía dándole a la risa, le puso una mano en la rodilla al vagabundo.

—¿No me recuerda?

—Pues, hombre, no.

—Y si me viera sin estas barbas de apóstol, ¿tampoco me reconocería?

—Pues, hombre, tampoco. Vamos, ¡digo yo!

El peregrino se limpió las barbas y el hocico con un papel de periódico.

—Pues yo, amigo mío, nada más que lo vi, me dije: ¡ya está aquí

aquel! Nosotros nos conocimos, ¡a ver si ahora hace memoria!, en Mazuecos, más abajo de Pastrana, a fines del año pasado, ¿se acuerda?, con motivo de que los dos teníamos antojos iguales —robar gorrinos— aunque suertes diferentes, porque a mí me trincó la pareja mientras que usted, que sabía nadar, puso el Tajo por medio y estuvo haciendo el conejo por el monte Aloberas, hasta que se confió y quiso bajar a los caminos. ¿Y ahora?

El vagabundo estaba pasmado.

—¡Pero…! ¿Entonces usted es Inicial, el *Cuescolobo*?

—¡El mismo, amigo mío, el mismo! Inicial Barbero Barbero, alias *Cuescolobo*, para servirle. Aunque ahora, en este oficio en el que me ejercito, he abandonado eso de *Cuescolobo*, que suena mal y que no empleo más que para ser llamado por los viejos conocidos como usted.

—Muchas gracias.

—No hay que darlas. Ahora, como el nombre estaba ya algo, ¿cómo le diría?, algo desprestigiado, me llamo Francisco Javier. ¿Le gusta?

—¡Ya lo creo! ¡Muy bonito, pero que muy bonito!

—Pues sí, ahora me llamo Francisco Javier de Fátima, alias *Cirio*, y mire usted, ¡mientras no vuelvan por mí los tricornios!

El vagabundo y su antiguo compañero en las industrias y los afanes de la balichería, se estuvieron hablando y hablando tan largo rato, que el tiempo pasó sobre sus cabezas, como una alta avutarda, sin que se percatasen.

—¡Déjelo! ¿A usted qué le importa?

—¡También es verdad!

El peregrino hablaba con cariño, a pesar de lo mal que le habían terminado, de sus días mazuecos.

—Lo pasamos bien por allí… El puerco es animal al que se le puede dedicar varias noches, hasta que se confía y se deja arrimar… Si el puerco no gruñera, yo me comprometía a no dejar uno en su sitio en toda España… Los amos suelen estar en la higuera, lavándose los pies en un barreño o cenando sopas de almorta… Y si a uno le ponen a la vera del puerco, ¡zas!, dedo al trasero, para que no escandalice, ¡y a otra cosa!

Al vagabundo, eso de que el *Cuescolobo* dijera trasero, le llenó de admiración.

—Oiga usted, *Cirio*, ¡se ha hecho usted muy fino!

Inicial Barbero Barbero puso un gesto mirífico.

—Pues, sí ¡la verdad es que sí! En este mi oficio de ahora, amigo mío, hay que cuidar mucho lo que se dice, porque a la menor ordinariez se va uno a hacer puñetas.

—Ya, ya…

A media tarde, y después de haber dejado ya el pozo de los comunes recuerdos más agostado y seco que judío bejarano, el peregrino propuso al vagabundo meterse en cualquier figón de la cuesta de los Gitanos, de la cárcava de Santo Domingo, o de la calle de la Magana, a ver a quién los dados señalaban que había de pagar los vasos o, por lo menos, que había de convencer al mesonero de que los dejase al fiado.

—Bueno, vamos.

Ya cada uno en su banqueta y con los dos blancos delante, Inicial Barbero sacó la bolsa donde dormía el tarafe.

—A qué le damos, ¿a la rentilla?

—Bueno.

Al cabo de un largo rato, de un rato que duró cuatro o seis horas, y cuando reparó que Inicial Barbero era otro cantar que Quintín Jumilla, el vagabundo se plantó.

—Doce vasos bebidos y doce que tengo que pagar. O sea, doce veces dos reales menos doce gordas, un duro menos dos gordas. ¡No sigo!

—¡Pero hombre, ahora que la suerte se le iba a cambiar!

—¡Nada, que no sigo!

El peregrino se tornó conciliador.

—Bueno, ¡qué le vamos a hacer! Por eso no vamos a reñir…

El peregrino se guardó sus dados en la bolsa y tuvo el gesto prócer de gastarse ochenta céntimos en pagar la última ronda.

—¿Qué va usted a hacer?

—Nada, dormir, ¿a dónde voy a ir a estas horas?

—¡También es verdad!

El vagabundo se encaró con el tabernero.

—¿Se puede dormir?

—¡No!

—Bueno, hombre, bueno…

El peregrino le ofreció hospitalidad.

—Al otro lado del puente, detrás de la casilla de los consumeros, tengo un rinconcillo a renta. ¿Se quiere venir?

—¡Hombre!

El vagabundo durmió aquella noche como las liebres, con un ojo abierto y el otro guiñado.

Al día siguiente, el vagabundo, que no madrugó como para que lo señalasen, se despidió de su amigo Inicial Barbero Barbero y se acercó a la plaza de Santa Teresa, a ver llegar los autobuses y a darse un par de vueltas por los soportales. En la terraza de un café, y cazando a la espera, el vagabundo se encontró con Merejo, limpiabotas y matador de reses bravas, del que también era amigo. Merejo, bien mirado, estaba más feo que nunca y ya ni parecía un mono.

—¿Qué hay, Merejo? ¿Se vive?

—No.

—¡Vaya!

El vagabundo, que tampoco tenía muchas ganas de hablar, se alegró de que Merejo no quisiera conversación.

El vagabundo, hasta la plaza de Santa Teresa, no se había llegado por el camino del día anterior, sino dándose una vuelta por el teso del Hospital, sobre la carretera de Burgohondo, y por toda la parte de Ávila que lleva hasta el monasterio de Santo Tomás.

En la plaza de San Nicolás, delante de la iglesia, una iglesia románica, recoleta y pueblerina, unos niños que han hecho novillos juegan al guá, aburridos y como disimuladores. Sobre la torre, cuadrada y sin campanario, los gorriones tararean, sin demasiado descaro, sus cancioncillas de arrabal. Por las calles de la Cruz y de las Covachuelas, el vagabundo se acerca hasta la iglesia de Santiago, que queda frente a las antiguas paneras del rey. La parroquial de Santiago, en el honesto marco, en el pobre y entrañable marco en que aparece, con el valle al fondo y el silencio en torno, guarda el recuerdo de las caballerescas tradiciones de su orden, que en Ávila fundó doña Urraca Briceño. Esta iglesia, grande y no muy artística, viene del siglo XVI y en ella estuvieron enterrados Gómez Jimeno, vencedor de todas sus batallas, y Nalvillos, héroe de leyenda y tan bravo capitán que sus hombres llegaron a coronarlo rey. Subiendo por Santiago y Tras de Gracia, y doblando a la derecha, el vagabundo ante el convento de Nuestra

Señora de Gracia, dedica un recuerdo a Teresa de Jesús que, aún Teresa de Cepeda y moza con ganas de divertirse, se educó al otro lado —al lado de dentro— de estos muros, en lo que hoy es sacristía, bajo la vigilante mirada de sor María Briceño, de los linajes de Arévalo como la fundadora santiaguista. Santo Tomás de Villanueva fue capellán de este convento y en él, según oye contar el vagabundo, guardaron a doña Ana de Austria, la novia del pastelero de Madrigal.

La plazuela de las Vacas aparece al cabo de la calle del Granizo. La plazuela de las Vacas, con fuentecilla y su cruz, sus casuchas de escolta, sus viejas silenciosas y trajinadoras, y sus viejos entibiándose al solecico mañanero, respira un honesto, un vago aire pueblerino y antiguo como el sabor de las tortas de aceite de las romerías. En la plazuela de las Vacas, rendida bajo su esbelta, bajo su graciosa espadaña, está la ermita de Nuestra Señora de las Vacas, cuyo retablo, a lo que oye decir el vagabundo, es obra de Lucas Giraldo y de Juan Rodríguez, que también anduvieron con sus artes por la catedral. El nombre de la Virgen de las Vacas, según la tradición, viene del milagroso suceso acaecido a un labrador a quien sus vacas, mientras él iba a misa, araban solas. En la mitología cristiana, por lo menos en España, este hecho se repite con alguna frecuencia. Al vagabundo nada le sorprende que pase esto en un país donde las únicas gentes que mostraron algo de afición a trabajar, tampoco mucha, fueron los judíos y los moriscos.

Por la calle y la travesía de los Huertos y la carrera de Santo Tomás, el vagabundo, de cara al campo, baja hasta el monasterio de Santo Tomás. El vagabundo, a los bermejos muros del convento, se estremece al recordar la crucifixión del Santo Niño de la Guardia por los judíos —uno de los eventos que más hubieron de influir en su expulsión—, y la matanza de judíos que los cristianos organizaron como remate de fin de fiesta. El judío Benito García de las Mesuras, deseoso de destruir a los cristianos, expuso a sus feligreses de religión el infalible medio de conseguirlo que había aprendido en Francia, y que consistía en mezclar las cenizas del corazón de un niño cristiano con las de una hostia consagrada, y envenenar con ellas las aguas. Convencidos los judíos de las excelencias del procedimiento, pusieron manos a la obra y comisionaron a Juan Franco para que diese caza a la criatura. El

que había de ser Santo Niño de la Guardia, se llamaba Juan —como su secuestrador—, Juan Pasamonte, aunque los judíos le llamaron Cristóbal, y estaba jugando, cuando lo robaron, al pie de la puerta del Perdón, en la catedral. Todo esto sucedía en Toledo y en el 1489. La hostia consagrada la dio, a cambio de una capa, el sacristán Juan Gómez, judío converso. Como, a pesar de haber seguido al pie de la letra las instrucciones, las aguas no acababan de envenenarse, los judíos toledanos pensaron pedir mayor sabiduría a los rabinos zamoranos, famosos por su virtud y discreción, y enviaron al mismo García de las Mesuras en pos de los detalles que pudieran faltar. García de las Mesuras fue descubierto en Ávila y, puesto en el potro, cantó los nombres de sus cómplices. La primera prisión avilesa de García de las Mesuras, fue la posada de la Estrella, al lado de la puerta del Rastro o del Grajal. A García de las Mesuras y a sus compañeros, los quemaron vivos en el Brasero de la Dehesa, cerca de Sancti-Spiritus, que fue monasterio de premostratenses. Del Brasero de la Dehesa no se guarda sino un vano recuerdo, y del convento de Sancti-Spiritus, hoy convertido en cortijo, no quedan más que sus románticas ruinas. La hostia consagrada se guarda, desde entonces, en el monasterio de Santo Tomás.

Este monasterio de Santo Tomás es uno de los más cumplidos monumentos de Ávila, con su pórtico de tres filas de arcos, sus claustros de acogedor silencio, su noble y rica entraña y su alta pila de recuerdos. Como grandiosa contrapartida de tanta piedra y de tanta historia, el monasterio de Santo Tomás enseña su variopinta colección de pájaros filipinos, mudos como fantasmas y disecados igual que las muertas violetas que se conservan, ¿para quién?, entre las páginas de los libros de versos.

El vagabundo, por el paseo —que no ya por la carrera— de Santo Tomás, se llega, pasadas las esquinas de San Roque y de San Juan de la Cruz, hasta la calle del Duque de Alba, desde donde se va, doblando a la izquierda y por la iglesia de San Pedro, hasta la plaza de Santa Teresa; en San Pedro —la más vieja parroquia de la ciudad— juró Isabel la Católica respetar los fueros de Ávila. A la plaza de Santa Teresa —la puerta del Alcázar, al fondo— llegan los autobuses de la estación, con su cargamento de señoras de luto y capidengue, sus campesinos de cayada y bufanda, sus niñas de lazo

y falda dominguera, sus mocitos serios y pensativos: sus garzones de boina y acné juvenil, sus zagales que aprenden para cura, para mancebo de botica, para comerciante, para veterinario, para auxiliar de hacienda, para escribiente de juzgado, para muerto en olor de santidad.

Merejo estaba de mal humor, se conoce que no le salían bien las cosas.

—¿Qué hay, Merejo? ¿Se vive?

—No.

—¡Vaya!

Merejo, el gran Merejo, como le llaman, con la conciencia triste, los niños, los camareros, los chóferes de Ávila, es un español canijo, renegrido, que limpia botas de ganadero y zapatos de señorito por las terrazas de los cuatro cafés de la ciudad. El gran Merejo tiene —cuando hay suerte— cara de mono, los ojillos pequeños y como confusos, y los brazos largos; el vagabundo piensa que, si Darwin lo hubiera visto, el gran Merejo hubiera muerto disecado.

En donde hoy está el convento de Santa Teresa, estuvo la casa en que la santa nació.

El gran Merejo, que se pasa el día rezongando en voz baja Dios sabe qué extrañas maldiciones o qué misteriosas alabanzas, lustra las botas con un odio y una sumisión profundos, con un ademán que escalofría, con un gesto, ni alegre ni doliente, entre de bestia y ángel tonto, y en su cara, de una innobleza animal y purísima, la misma mueca sirve para todo; el vagabundo piensa en la expresión de un viejo carnero aburrido, decepcionado y estéril, que mirase el mundo, sin ver nada, desde la polvorienta cuneta del camino.

En el convento de las Madres, su primera fundación, Santa Teresa resucitó, milagrosamente, a un niño.

El gran Merejo es un hombre que no tiene edad. Sus carnes pueden contar cincuenta años —quizás diez más o diez menos, ¿qué más da?—, pero su espíritu, ese chorrito de luz que en el gran Merejo no brilla, suma ya tantos siglos como el primer enfermo del que se guarde memoria. A veces, se ven por los montes árboles hendidos por el rayo, negros y retorcidos como deben ser los árboles del infierno, que parecen estar pidiendo a voces un ahorcado colgándose de sus desnudas ramas. Son los árboles siniestros, malditos de todos los dioses; los árboles que no florecen

en la primavera, ni frutan en el dorado otoño; los árboles donde no anidan los pájaros, ni en los que canta la escandalosa y siempre madura cigarra. Pues algo muy parecido a eso es este pobre gran Merejo, matador de reses bravas y limpiabotas.

En el convento de Santa Ana vivió la venerable doña María Vela, la mujer fuerte a quien tanto quiso y admiró Santa Teresa.

Si en el mundo hubiera caridad —y el vagabundo ve bastante claro que no la hay—, el gran Merejo sería un hombre que pasaría inadvertido, un tonto de pueblo más. Pero sobre el mundo se ha desatado, hace muchos siglos ya, un viento cruel que gusta de ver sufrir al prójimo, que goza con el agrio escalofrío que produce el inútil y decorativo dolor de los demás, y el gran Merejo no es sino la víctima propiciatoria del momento, el desdichado elegido por los niños, los carpinteros, los panaderos, los carreros de Ávila, para que, con su pánico, les haga reír.

En la casa de los Guillamas, Santa Teresa planeó sus reformas; hoy, la casa de los Guillamas, es convento de adoratrices.

El gran Merejo, la temporada última, lidió y mató un becerro en la plaza de toros, con taquilla abierta y el pueblo inundado de carteles anunciadores del suceso. El vagabundo, ¡peor para él!, no asistió al espectáculo, pero al vagabundo le contaron, un poco por encima, lo que pasó.

En la iglesia de San Vicente, ante la Virgen de Soterraña, Santa Teresa se descalzó cuando hubo de trasladarse al convento de la Encarnación.

Parece ser que el gran Merejo tuvo un sonado éxito de risa. El torete, hasta que murió, quién sabe si desangrándose por cien chorros o de aburrimiento y hastío, revolcó y acosó al gran Merejo tantas veces como quiso y aún parece ser que algunas más, en las que se topaba, como sin querer, con el hombre que, en la espantada fuga, atropellaba al animal. La gente estaba muerta de risa, y el gran Merejo, a quien sacaron vestido de marinero como un niño de primera comunión, se dejaba llevar, de un lado para otro, con los muelles de la voluntad y del entendimiento aflojados y quién sabe si también un poco suplicantes.

En el convento de la Encarnación, Santa Teresa recibió a San Juan de la Cruz, a San Pedro de Alcántara, a San Luis Beltrán, a San Francisco de Borja.

Cuando acabó la lidia y el añojo se echó, el gran Merejo se fue a la presidencia y pidió por señas que le dieran las orejas y el rabo. Le concedieron lo que pedía, saludó desde los medios con una ovación estallante y se pasó por la caja a cobrar lo convenido: unos dicen que fueron diez duros y otros dicen que cincuenta. Al vagabundo, la cifra es lo que menos le importa.

Dicen que en la iglesia de San Juan fue bautizada Santa Teresa; no van nada desencaminados quienes tal piensan, ya que don Alfonso Sánchez de Cepeda y doña Beatriz Dávila y Ahumada, los padres de Teresa, eran feligreses de San Juan.

Con su dinero en el bolsillo, el gran Merejo se marchó para su casa, y estuvo cuatro o cinco días sin dejarse ver por las terrazas de los cafés y sin limpiarle las botas a nadie. El hombre ignoraba que su arma más eficaz hubiera sido dejarse matar de una cornada. Quizás, en cualquier día de ocio, le hubiera remordido un poco el gusanillo a cualquier espectador. Bien mirado, a muy poco más puede aspirar el gran Merejo.

Al vagabundo le cantó en la panza la exacta y solemne hora del almuerzo. El vagabundo, por la calle de San Millán, se acercó a casa del *Patas*, hombre de cocina honesta, despensa saludable, bodega vieja y digestiva conversación. El vagabundo, a pesar del palo que le pegara el *Cirio*, antes *Cuescolobo*, a su débil bolsa, pensó que lo mejor habría de ser darse un festín con los restos, antes de que otra desgraciada partida de rentilla lo acabara de esquilmar. El vagabundo se atusó la barba y se sacudió el polvo de la boina; la casa del *Patas*, a veces, tiene sus elegantes exigencias.

—Un blanco.

—¡Blanco, uno!

El vagabundo había entrado por la taberna. Unos chacineros de la Cañada —el ancho cinturón de gruesa hebilla sobre el vientre poderoso, la leontina sujetando el reloj, la color del buen alimento brillándoles en la faz— celebraban, vaso va, vaso viene, un fasto bullidor y bienaventurado. En un rincón, tres mujerucas de Hoyacasero —la abuela, la casada y la moza—, la alta gorra de paja sobre el tirante pelo negro, vaciaban, yema va, yema viene, una caja de yemas de Santa Teresa. La gorra de las mujeres de Hoyacasero lleva un espejillo en forma de corazón sobre la frente; el de la abuela con una orla negra, signo de su viudez; el de la casada

con un arcén colorado, muestra de su connubio; el de la moza con un vivo verde, aviso de su soltería. Al vagabundo le gustó la moza de Hoyacasero, que no era bella, ni airosa, ni gentil, pero que lucía unos pendientes muy bonitos, de bisutería fina. El vagabundo, ¡qué remedio!, es hombre de buen conformar y, ante las damas y a falta de otras prendas que las decoren, siempre encuentra un adorno al que agarrarse: un escote bien dibujado, una colonia olorosa, unos andares gráciles, unos pendientes de gruesas cuentas azules. El vagabundo, en las ciudades, suele hacerse muy fino. ¡En fin!

—¿Puedo comer?

—¡Mientras pague!

El comedor de la casa del *Patas* está en el piso de arriba. El vagabundo, sentado a la mesa igual que un caballero, se hizo servir un plato de pipos con chorizo: el que paga, manda. Los pipos del Barco gozan de justa fama de tiernos, sabrosos y nutritivos. Por tierras de Ávila, llaman pipo a la judía roja.

—¿Café?

—Sí.

—¿Copa?

El vagabundo miró, con gratitud, a la criada que lo ponía en tan alta suerte.

—Bueno…

De dentro se oyó un bramido retumbador.

—¡Tere!

—¡Va!

La Tere tenía voz de brigada de carabineros.

—¿Anís?

—No, coñac.

La Tere —el vagabundo pudo comprobarlo a placer, cuando se fue— meneaba el bullarengue con poderío, casi con ira. En la mesa de enfrente del vagabundo, un señorín relamido se hinchaba de ternera asada con puré de patatas.

—¿Está buena la Tere, eh?

El señorín relamido compuso un gesto bastante circunspecto.

—¡Psché, un poco basta…!

El vagabundo prefirió no responder. ¡Qué tío cursi! El vagabundo, cuando la Tere le trajo su café y su copa, la miró con solidaridad. La Tere estaba buenota, pero no era demasiado lista.

—¡Ande, y no me mire usted así!

El vagabundo sintió una inmensa lástima por la Tere, que tenía el rulé como una princesa, pero a quien Dios no había llamado por el camino del entendimiento.

—No, hija, te equivocas; te miraba con solidaridad…

—¡Ande, y déjese usted de cháncharras máncharras! ¡Si sabrá una cómo la miran los hombres!

El vagabundo ensayó una sonrisa de disculpa.

—Como gustes.

La Tere, al salir, pisó aún con mayor entusiasmo; un entendido hubiera dicho que iba pidiendo pelea. El vagabundo se aflojó la cincha y se fue. Ya en la puerta —no lo pudo evitar— se volvió al de la ternera asada.

—Si le pasa a usted algo, salga a la calle.

—No, a mí no, ¿por qué?

—No, por nada…

En la plaza de Santa Teresa, unos turistas fotografiaban un burro. ¡Los hay memos! Por la puerta del Alcázar y el zigzag de la Cruz verde o calleja de La vida y la muerte, el vagabundo sale a la catedral y a la casa de Valderrábanos. En la puerta de la casa de Valderrábanos, unos canes culicapados y con cara humana muestran su mutilada indiferencia al vagabundo. Antes, los canes de Valderrábanos presumían de un mapamundi quizás tan boyante y acabado como el de la Tere; lo malo fue que los chistecitos empezaron a rodar y el amo, cortando por do menos pecado había, los desculó.

La catedral de Ávila, con sus almenas y sus caminos de ronda, su galería cubierta, su plaza de armas y su previsor manantial para caso de asedio, es un noble edificio guerrero, muy católico —a católico ejemplo de la Virgen del Pilar, de Santiago Matamoros— y muy poco cristiano —al cristiano uso de Jesús en el huerto, de San Francisco de Asís—. La catedral de Ávila es templo para forjar cruzados y caballeros, alféreces y paladines de la fe, capitanes listos y a rescatar el Santo Sepulcro de manos de los infieles y caudillos dispuestos a raer la morisma en Lepanto o donde se presente. La catedral de Ávila es posible que —salvo milagro de Dios, que todo lo puede— sirva menos para ayudarnos a pensar que el judío que ardió en la hoguera también tenía un alma. O que al que nos

ofende, debemos responder con el perdón. O que a quien nos abofetea, basta con sonreír al tiempo de ofrecerle, aun sin sangre, la otra mejilla.

El vagabundo, ante las catedrales, no suele entusiasmarse demasiado. Renán aseguraba que solo quienes carecen de fantasía pueden ver una catedral con indiferencia. Puede ser. El vagabundo, a las catedrales, no las ve con indiferencia: las ve, simplemente, sin entusiasmo. En todo caso, al vagabundo le sucede, con las catedrales, lo que con el teatro de don Pedro Calderón de la Barca, que nunca acaba de parecerle verdad del todo. Sin restarles mérito —que no sería quién para hacerlo—, el vagabundo prefiere los monumentos menos aparatosos, menos espectaculares y grandilocuentes: la iglesia de San Isidoro, por ejemplo, que antes fue de San Pelayo; que estuvo junto a la puerta del Matadero; que hoy anda por los jardines del Retiro, en Madrid, y que, según dicen, la van a llevar a la Ciudad Universitaria. El vagabundo siente una especial ternura por estas piedras nómadas, por estas piedras que nadie parece querer, y no se explica demasiado ese afán de andar con ellas de un lado para otro, montándolas y desmontándolas como los dolorosos tiovivos, como los amargos y siempre mal engrasados carruseles de las verbenas.

La catedral de Ávila, al decir de los entendidos, es obra de mérito cuya paternidad, según gustos, se disputan Alvar García y el maestro Eruchel; el vagabundo no lo sabe, pero piensa, honradamente, que los demás tampoco. La fachada que da a la casa de Valderrábanos debió de ser más bonita hasta hace cosa de doscientos años, en que se metieron a restaurarla y, según costumbre, la estropearon. En la frente que asoma sobre la plaza se ve la portada de los Apóstoles, bella y poética.

El interior de la catedral de Ávila también es muy meritorio. El retablo del altar mayor tiene dos docenas de tablas de Berruguete, Borgoña y Santa Cruz. El escultor Vasco de Zarza y el platero García Crespo, cincelaron el alabastro y la plata. La catedral de Ávila está muy bien de muertos ilustres, enterrados con solemnidad: el sepulcro del *Tostado*, los de los obispos don Sancho, Domingo Xuárez y Roelas, el del chantre don Tacón y el de doña Beatriz Básquez, son muy visitados. Sobre la puerta del claustro luce un gracioso San Cristobalón, antiguo de setecientos años. En el jardín

brota, suave como la humedad, una tenue melancolía.

El vagabundo, por la plaza de la Catedral y la puerta del Peso de la harina, después de dejar a la izquierda el torreón de velada, con sus escudos y sus cabezas de león, sale de las murallas a la calle de San Segundo y se mete, por la de los Leales, hasta las plazas de Italia y de Nalvillos, que están pegando. En la iglesia de Santo Tomás, *el Viejo*, fea y desangelada, fue donde Teresa de Cepeda escuchó la catilinaria que le soltó un predicador con más ira que ciencia y mayor mala fe que caridad. La casa que dicen de los Deanes, con sus herrajes rococó, sus graciosas columnas, sus ángeles, y sus escudos, y su reloj de sol, es airosa y amable, grata y elegante.

El vagabundo, ante los puestecillos de los solares que quedan entre la muralla, la iglesia de San Vicente y la ermita de San Andrés, se entretiene en ver cómo los jóvenes alumnos de la academia de intendencia tiran al blanco —a peseta los tres tiros— con el sano propósito de pasmar, con sus militares punterías, a las chachas serranas, a las mocitas que han venido de compras y esperan el autobús que las devuelva al pueblo, y a las señoritas de la localidad en estado de merecer. Las chachas, las mocitas y las señoritas en estado de merecer, entretenidas en comer almendras y piñonate, ni miran siquiera. ¡Qué ingratitud!

La Iglesia de San Vicente, según tradición, se alza sobre las ruinas de la ermita que mandó levantar un judío al que el milagro convirtió. Cuéntase por Ávila que los gentiles, después de dar cruel martirio a los hermanos Vicente, Sabina y Cristeta, arrojaron sus cuerpos a las alimañas, para que se los comiesen, pero que una serpiente se erigió en guardián de los restos, a los que protegió contra el cuervo, el lobo y el hombre. Quien más de cerca hubo de sufrir la celosa ira de la serpiente, fue un judío que quiso mofarse de los mártires. La serpiente, al verlo, se le enroscó alrededor del cuerpo y el judío, quizás del susto, se hizo cristiano; entonces la serpiente aflojó sus anillos y el judío, en agradecimiento, dio los dineros para construir una capilla que puso bajo la advocación de los tres hermanos. San Vicente, con Santa Gadea, de Burgos, y San Marcos, de León, fue una de las tres principales iglesias juraderas de Castilla. La iglesia románica de San Vicente, en la fachada que da a la plaza, muestra una cornisa muy bella, más bella, quizás, que la

del ábside de la catedral de Tarragona o que la de Nuestra Señora la Grande, de Poitiers.

—¿La más bella del mundo, entonces?

—Pues, sí, eso dicen. Dentro de su estilo, puede que sea la más bella del mundo.

La cornisa de San Vicente representa la lucha del vicio y la virtud, y tiene más de doscientas figuras. En la parte que mira a las murallas, la iglesia de San Vicente recuerda algo al pórtico de la Gloria, de Santiago de Compostela.

—¡Ya salió!

—Hombre, ¡mientras a uno le dejen!

Por la puerta de San Vicente, el vagabundo cruza otra vez las murallas. En la calle de López Núñez, el vagabundo ve a un niño que saca a pasear a un estornino atado de una pata.

—¡Cómo se llama?

—Benito, ¿le gusta?

—Sí, mucho.

En la calle de López Núñez aún viven las casonas de los Peñafuerte y de los Águila, estropeadas con reformas de tan poca fortuna como seso. En la plaza de mosén Rubí de Bracamonte, cerca del arco del Mariscal, está la capilla de mosén Rubí, el hijo de don Diego de Bracamonte, señor de Fuente el Sol y regidor de Ávila, noble a quien Felipe II mandó decapitar. Con Felipe II se pagaban a alto arancel los pecados de la cabeza, y la cabeza de don Diego de Bracamonte, que rodó por las losas del Mercado chico, había discurrido llenar Ávila de pasquines protestando contra los diez millones que pedía el rey para hacer la guerra. Fuente el Sol y Rubí de Bracamonte son pueblos de Valladolid, en tierra llana, en el camino que va de Madrigal de las Altas Torres a Medina del Campo. En el término de Rubí de Bracamonte, mal regado por el Zapardiel, está el despoblado de Tovar. Robin, en la *langue d'oil*, el francés medieval, vale tanto como Robertito, y Rubí o Rubín son usos castellanos de Robín.

Está cayendo la tarde y el vagabundo, que quiere irse a dormir al campo raso, pasa por delante del Ayuntamiento y, sin llegar a la iglesia de San Juan, baja, por las calles de Vallespín y de la Magana y la ermita de San Esteban, hasta el arco de San Segundo, donde no

queda ni resto del *Cuescolobo*. El vagabundo recorrió, sin buen resultado, las tabernas de la vecindad. En la pared de una de ellas, no recuerda en cuál, el vagabundo leyó unos versos, cagados de moscas aunque muy artísticamente caligrafiados, que decían:

Santo Ángel de la Guarda
que libras a los pecadores,
líbranos a nosotros
de los malos pagadores.

El vagabundo, a quien nunca gustaron estas bromas de los comerciantes, se fue más que a paso de la taberna. El Adaja venía claro como el cantar de las mozas.

VI

DEL SACRO TORMES, DULCE Y CLARO RÍO

El vagabundo amaneció en la Venta de Pinilla, a una legua de Ávila, en el cruce de la carretera de Béjar, por Sorihuela, con la de Venta del Obispo, por el puerto de Mengamuñoz, entre la Serrota y los Baldíos. La mañana está fresquita y el valle Amblés, tierno y ventilado, se ofrece, descaradillo y silencioso, casi como una niña: también esperanzado y recoleto, según se mire. La Venta de Pinilla es lugar que pertenece al Fresno, pueblo entre montes mansos. El vagabundo —la Colilla a la derecha— camina contento y con las carnes alegres. Al vagabundo, como a la subigüela, le va bien el aire libre, le hace bien. En el arroyo Bascarrabas, que muere en el Adaja, no debe ser nada fácil morirse ahogado; a veces, en el arroyo Bascarrabas, que pasa por la Colilla, no es fácil ni mojarse. El perro de un pastor ladra al vagabundo que va por el camino. El vagabundo, para no darle un cantazo, le amaga con la voz.

—¡To, chucho!

El perro, con el rabo entre piernas, sale huyendo despavorido y mudo; se ve que es un perro más bien previsor, un perro muy hecho a llevar las de perder, a salir siempre escaldado y con la peor parte. La Serrada —¡qué bien se anda, cuando se anda bien!— queda, allá en su dulce y ocre ladera, a la misma mano, y Salobral, en su vallecico, se enseña enfrente, a la mano contraria. Salobral es un poco el eje del valle Amblés, blanco y abierto, que se muestra, amoroso y discreto, como una novia: también anhelante y tímido, según se quiera.

Frente a Muñopepe, el vagabundo hace su primer alto para repostar. El reposte que, a lomos, carga el vagabundo, ni está repleto, ni huele como la cocina de las bodas. La despensilla del vagabundo, a juego con el paisaje, presenta sobrias las inclinaciones y parda la color. En Ávila, el vagabundo gastó demasiado dinero y, en el camino, para reponer sus fuerzas, no ha de tentar su bolsa, flaca ya de todas las flaquezas. Por el barbecho —¡ay, quién fuera lebrel!— salta la liebre, confiadamente, y a medio centenar de pasos del camino —¡ay, Dios, el perdiguero!— revuela la perdiz, sin apresurarse. Sabe bien la cecina cuando no hay otra cosa, y cuando a la gana la sujeta la necesidad.

Desde la Venta del Peseto se ven Padiernos y Aldealabad, cada uno a vista. Los mozos de Padiernos, templados y de palo pronto, trabajan la tierra y miran por el ganado en la dehesa Adijos, en la dehesa Montefrío, en la dehesa del Pedregal, en la dehesa de la Rinconada. Por Muñochas, un clérigo caballero en un muleto castellano se cruza con el vagabundo.

—Buenos días nos dé Dios, buen hombre.

—Buenos días nos dé Dios, padre cura.

El clérigo lleva el bonete con barboquejo y el balandrán raído y desabrochado hasta la panza, para mejor cabalgar. En Muñochas, pueblo algo retiradillo de la carretera, el vagabundo tuvo, hace ya muchos años, una novia albina que sabía guisar el cabrito como nadie. El vagabundo —¡lo que son los hombres!— solo recuerda que se llamaba Sebastiana, que tenía las caderas recias y que hablaba, a menudo, de una dehesa nombrada Pedrogallego. El tiempo, que todo lo borra, no había podido borrar del todo la memoria de Sebastiana en el corazón del vagabundo.

Por el monte Garroza, en Muñogalindo, se apareció una vez un fantasma que espantaba al ganado, perseguía a las mozas y se llegaba, en la noche oscura, hasta la huerta, a robar los tomates. Le dieron varias batidas, pero no lo pudieron coger, ni vivo ni muerto. Hay quien dice si no sería un chusco, medio lelo, que se llamaba Martín Domínguez y que mataba los lobos a cintarazos; un pastor de Muñana que no obedecía a su padre y que criaba pelo hasta en la palma de la mano. La verdad nunca se llegó a saber. Muñana, en sus cuatro arroyos —Gallegos, Gorgocil, del Molinillo y de Navatimal—, es pueblo que vio arder su caserío desde el monte

Cabezo, cuando la de los franceses. El vagabundo, en Muñogalindo, tira por el camino de Solosancho y las ruinas de Ulaca, dando de lado al derrotero, que tan bien conoce, de Villatoro, el único pueblo —de Ávila a Piedrahíta— a horcajadas de la carretera.

A la altura de Solosancho, al pie del paso de Baterna, el vagabundo echó un par de tragos de su cantimplora. Por el camino, venía una mujer, greñuda y con cara de sarmiento seco, arreando un jaco matalón que cargaba un inmenso ataúd mal terciado. La mujer miró para el vagabundo con un mirar que el vagabundo no se aclaró si era de súplica o de desdén. El vagabundo se quitó la boina.

—Dios se lo pague.

—Dios le dé resignación, hermana.

La culebra cruzó, sucia, taimada, y vestida de polvo. Un perro aulló, prolongadamente, poniendo un hipo de pavor en su quejido. El jaco pegó un bote al tiempo que la mujer pudo trincarlo del ronzal.

—¡So, macho! ¡Cabrón!

El caballo porfió, sacó fuerzas de flaqueza y, a poco más, da con el muerto en tierra.

—¡Ah, qué bestia del diablo, que ya me lo tiró, ahí más abajo! ¡Ah, qué macho gurrufero, que debía matarlo, de dos trancazos!

Un cuervo revolaba la escena, a lo que cayese. El vagabundo, mientras la mujer y su cadáver se perdían tras un recodo, pensó que el vino le había sabido a vinagre; para comprobarlo, el vagabundo volvió a atizarse otro latigazo al gañote.

—No; está bueno, debía ser aprensión…

El vagabundo, aunque no es supersticioso, prefirió dejar el camino que llevaba.

Al sur de Solosancho, en el cerro Castillo, quedan los restos de la militar y prerromana Ulaca, capital de todos estos contornos. Ulaca fue plaza fuerte, que los hombres amurallaron en los estrechos pasos que Dios dejó entre piedra y piedra. En Ulaca encontraron, los pastores, los excursionistas y los sabios, por este orden, un inmenso toro de granito, duro y manso y con más de dos mil yerbas.

A orillas del Adaja y saltando tapias, el vagabundo, a eso de la media tarde, llegó a la Hija de Dios, lugar que se recuesta en los montes de Majaflores. Este Dios no es Dios Padre Todopoderoso, que gobierna el mundo desde su trono celestial, sino un ventero,

Juan de Dios, que murió viudo y dejando en este valle de lágrimas a una hija moza que hubo de gobernar —a la fuerza ahorcan— la venta y su clientela de arrieros, trajinantes y truchimanes de todo pelaje. De la Hija de Dios a Blacha se va en un voleo y de Blacha otra vez a la carretera de Villatoro, en muy poco más.

El vagabundo, otra vez en terreno conocido, respiró:

—¡Ah!

La noche cayó sobre el vagabundo frente al camino de Muñana, y el vagabundo, al pie de unos álamos negrillos, cayó rendido sobre el santo suelo. Contra todos los pronósticos, el vagabundo no soñó nada aquella noche.

El vagabundo, a la otra mañana, se despertó aún a oscuras, y los primeros claroles del día fueron a acariciarle pasando por el *Gran oasis*, cerrado, de tan temprano como era, a cal y canto. El *Gran oasis*, en término de Amavida, no es una venta, ni un parador, ni una posada; el *Gran oasis*, aunque parezca raro, es una pastelería. Su dueño, el repostero Pedro Martín, que es viejo amigo del vagabundo, estudió en Alcázar de San Juan las difíciles artes de las tortas, practicó en Madrid los cautelosos temples del oficio de confitero, e hizo la guerra del 14 con los americanos, en la dulce Francia. Después, en la corte de España, abrió un establecimiento de bello nombre, *La flor de Castilla*, hasta que, nostálgico y harto del mundo y de sus vanidades, eligió, como fray Luis de León, la solitaria y escondida senda de la sabiduría y fundó el *Gran oasis*. El hombre trabaja en lo que sabe y vive donde quiere, aquí no hay engaño. El que la oveja, el grillo y el verderol no compren pasteles, no es culpa suya; tampoco lo es el que los niños, las muchachitas en agraz y los padres de familia en mañana de domingo, pueblen las latitudes que a él no le gustan. Hay cosas de las que no se puede culpar a nadie, esa es la verdad.

Una mala mañana, el pastelero Pedro Martín, en compañía de su colega de Béjar el señor Cela, se llegó a dejar unos postres en el vecino pueblo de Serranillos —en las primeras trochas de Gredos y las últimas de la sierra de Mijares— con tan mala fortuna que se le fue un pie entre dos peñas y allá rodó, envuelto en su manta y rebozado en su merengue y en su crema, hasta que San Cristóbal, patrono de los caminantes, y el señor Cela, dulcero bejarano, pudieron liberarlo de tan duro trance. A poco más, se mata.

Muñotello y Pradosegar, a un lado y Amavida y Poveda, al otro, son pueblecitos de colina y sosiego, caza de pelo y cereal, tierra pobre y cielo azul y dilapidador. Los de Muñotello, en un alarde de imaginación y democracia, llaman río del Pueblo al río que pasa por el pueblo. Los de Pradosegar, los pastores y los cazadores de Pradosegar, pescan la anguila en el arroyo de los Tejos, que baja de la Serrota. Los de Amavida, los labriegos y los leñadores, los hombres que fueron cabos en Melilla y los mozos sin historia, los carreteros y los taberneros y los quintos de las quintas, que rezan a Nuestra Señora de Izquierdos, ramonean la encina, cuando pinta en oros, por el monte Moheda. El Adaja cruza, camino de Ávila, por los tres términos. Poveda, en su pobreza, por no tener, no tiene ni un recodo del río Adaja en que mirarse.

El vagabundo, en Villatoro, palpa, emocionadamente, los lomos de los toricos ibéricos de la plaza, que son duros y humildes como soldados y que saben más historia de España que nadie. Villatoro, con lo poco que queda de su castillo y con lo que el tiempo —esa muela de moler las piedras— va dejando de su vieja parroquia, tiene un aire noble, vetusto y vergonzante, de hidalgo venido a menos: de hidalgo que, ya que no la panza, sigue manteniendo la frente en alto y orgullosa. En el monte de la Bardera nace, agua de piedra, el saltarín Adaja.

Sobre los tejados de Casas del Puerto de Villatoro, que llegan ya a la carretera, vuela, pausada y abacial, la alta cigüeña. La cigüeña, el búho y el golorito son los tres pájaros que más útiles y mejores cosas han enseñado al vagabundo. Casas del Puerto de Villatoro crece entre la Serrota, al sur, y al norte, la sierra de Ávila. La cigüeña inició al vagabundo en las conveniencias de no dejarse ver sino por temporadas. Casas del Puerto de Villatoro se estruja entre las peñas que dicen Aguda, la Tocona, la Pajarita y los Cuartos. El búho adiestró al vagabundo a no pestañear y lo hizo, a fuerza de golpes, maestro en los nada fáciles arcanos de la paciencia. Casas del Puerto de Villatoro es pueblo con tres docenas de fuentes. El golorito instruyó al vagabundo en las sanas tendencias de cantar, pase lo que pasare, como un loco y sin pedir permiso. Al río Corneja, allá por Mesegar, cae el río Sancedoso; el frío y limpio Corneja brota en el Burladero, cerro de Navacepedilla. El vagabundo —y ya fuera de cuenta— también aprendió, del gorrión,

a poner buena cara al mal tiempo; de la zurriaga, a dormir en el suelo; de la nevatilla, a vivir del aire, entre sorbo y sorbo de agua. Al río Sancedoso, acá por Casas del Puerto de Villatoro, cae el río Merdero; el vagabundo recuerda que atrás dejó, por Papatrigo, otro río Merdero. Del águila, del loro y del canario, el vagabundo no sacó jamás una sola provechosa consecuencia.

A media legua de Casas del Puerto de Villatoro, después de la venta del Alto, el vagabundo tira a la mano izquierda, por el camino de Villafranca. Ahorrada la sierra de los Baldíos y el puerto de Mengamuñoz, el vagabundo confía en no volver a toparse con apariciones. La Serrota es la tierra de Villafranca de la Sierra, pueblo entre los montes de Matapalacios y Navalvillar. En el parador de San Antonio, al vagabundo, a cambio de tocar la flauta, le dan aceite para mojar, pan con qué hacerlo, y vino para beber.

—¿Sabe más piezas?

—Sí, señora, también sé *Ondiñas veñen*.

Navacepedilla de Corneja, en una poza a la sombra del paredón Pie de Mula, es aldea graciosa y resignada. El vagabundo, antes de meterle mano al puerto de Chía, por donde ha de llegarse hasta San Martín de la Vega, ya en el camino de Gredos, se prepara para el encuentro —el mirar alerta, la voluntad en calma y el ánimo dispuesto— con el altivo y amplio paisaje de la sierra. En la dehesa de Pinarepas, en Navacepedilla, se crían la útil escoba y el vetusto roble.

Desde el puerto de Chía se ve, noble, solemne, misterioso, el aún lejano y ya sobrecogedor panorama de Gredos. A Gredos, un poeta cantor del Tormes, le llamó espalda de Castilla. El vagabundo, solo y frente a Gredos, no se siente ni disminuido ni atónito, sino dichoso, inmensamente dichoso y libre: quizás, tampoco, alegre. Gredos no es tierra alegre. Para el vagabundo, la dicha y la libertad son cosas de mayor substancia que la alegría. Antonio Machado hablaba —sin pensar en Gredos— de tierras tristes, tan tristes que tienen alma. Gredos es tierra con alma, tierra con el alma pegada a sus altos riscos, como las primeras nubes setembrinas; tierra con el alma aérea, inconsútil, cambiante como las primeras brumas setembrinas; tierra con el alma transparente y fría como las primeras nieblas setembrinas. El vagabundo piensa que Gredos, quizás por pétreo y eterno, tiene el alma, igual que los niños, de

blanda y alba nieve pasajera.

Al vagabundo, con sus cavilaciones, le sorprende la noche en el solitario puerto de Chía: la Serrota, al norte; Gredos, al sur; el valle Amblés, a levante, y, a poniente —y calculado su punto cardinal a ojo, como siempre—, el valle de Corneja y, adivinada y señora, Piedrahíta. El vagabundo, huyendo del relente, se bajó a dormir a San Martín de la Vega, que guarda el nacimiento del río Alberche.

En San Martín el vagabundo preguntó por su buen amigo Gregorio Lozano, alias *Cagarremiendos*, y supo, con gran pena de su corazón, que había muerto.

—¿Y cómo fue?

—¡Pues mire…!

El vagabundo, después de mucho inquirir, averiguó que el pobre Gregorio se había ido para el otro barrio, dos o tres semanas atrás, y pasando el puerto de Chía, del verrojazo que le metió un jabalí furioso. ¡Vaya por Dios!

Con el día rompiendo agua por los vientres del cielo, el vagabundo, subiendo y bajando un cordelillo, se acerca al Tormes por Hoyos del Espino. El Tormes, por Hoyos del Espino, cruza distante de las casas y bajo el puente del Duque. Hoyos del Espino, entre mil colores —los cien rojos de la mora madura, el blanco y el oro de la manzanilla, el azul del agua y el azul del cielo, los mil verdes que van del verdinegro pino hasta el pasto albiverde—, es pueblo que ve la sierra, bien dibujada, aunque no completa, desde cualquier esquina.

Un niño de boina y pantalón de pana a media canilla, casi no puede con la excusabaraja estallante de truchas que lleva al brazo.

—¿Las vendes?

—No, señor, que no puedo, que todas las tengo pesquizadas. ¿Quería comprar alguna?

—No, hijo, que yo ni compro ni vendo, que no hago más que preguntar. Te lo decía por saber…

Al niño pescador le brillaron, como azarados, los azules ojillos. La hacendosa abeja libaba en el clavel. El niño pescador abrió la cesta y escogió una trucha grandecita. La gentil mariposa revolaba el rosal. Al vagabundo le parpadearon, como agradecidos y sonrientes, los ojos de su color.

—Gracias, hermoso.

El aire estaba fresco y el cielo, limpio.

—No se merecen. Oiga…

Hacia la parte del río se oía al mirlo silbar.

—Qué.

A la puerta de un chozo jugaba un niño de un año con un gato de un mes.

—Que no se la vean.

En Nuestra Señora del Espino, dieron las doce por el sol.

—Descuida.

El vagabundo se echó la trucha al macuto y, por el camino del río, bajó hasta Navacepeda sin meterse en Hoyos del Collado, el caserío al que guarda el Santo Cristo de la Humildad y al que abrigan los montes de Majadillas y del Calvario. Por el Tormes, los pescadores dicen pesquizar a apalabrar la pesca antes de ser pescada. Las aguas del río Tormes cantan, sobre las piedras, como canta la trucha sobre las aguas. El vagabundo, desde donde está —a la derecha del río y con la falda del cerro Chamuerco al otro lado—, sube hasta el pueblo y, desde el pueblo, hasta la estancia del Almanzor, que está sobre la carretera.

—¡Ama!

—¡Va!

—Traiga usted una cántara de vino. Oiga, ¿me puede freír esta trucha?

—¡Si es capricho!

El vagabundo, sentado a la desnuda y honesta mesa de pino crudo, sacó su cuadernillo y se puso a escribir. Por el Tormes, los pescadores, hablando de truchas, dicen cantar por saltar.

—¡Qué hace?

—Escribir, ¿no lo ve? ¡O es que se cree usted que yo no sé escribir!

El vagabundo, que en ningún libro encontró, por más que buscara y rebuscara, una descripción que le llenase sobre estas dos o tres primeras leguas de Tormes —una descripción no literaria, sino real y verdadera—, arbitrió el fabricarse, sobre el camino, una geografía para su uso, y aún más para calmar su conciencia, que aquí pone, por si a alguien le sirve y aunque no sepa, esa es la verdad, si viene muy a pelo, que cree que sí.

El sendero que, hasta Navacerrada, trae desde el puerto del

Arenal, por el cerro del Trueno y el Mojinete, divide las aguas del Alberche, que manda hacia levante, de las del Tormes, que se viene hacia poniente y más o menos paralelo a la sierra. El río Tormes, según las experiencias del vagabundo, que, como suyas, muy bien pudieron no valer un ochavo, nace donde le da la gana, y tanto importa imaginarse que brota en la fuente Tormellas, en la pradera Tormejón, a las que bautiza o por los que se deja bautizar, como decir que viene al mundo, entre piedras y monte arriba, en la triple cuña de la cañana del Polvo y de los puertos de las Cabrillas y de la Estaca, y con el nombre, que tan pronto ha de perder, de garganta del Cuervo. En todo caso, la piedra que, en el cerro del Cuervo, marca el nacimiento del Tormes, es muy pedagógica y hace bien para que después lo cuenten los excursionistas y la retraten las parejas de recién casados del parador, que queda enfrente. En la loma de Cañada Alta, tras el collado de Cepeda Villosa, que queda al norte del Tormes, afloran los arroyuelos Navahondillo y Cepedilla; el regato Rastrilleja, que viene del cabezo Castaño; los chorros de Navarredonda, el Espino y los Cuarenta Pinos, y la garganta de la Garbanza que toma fuerza en los arroyos que dicen Cortos, Gargantilla y de las Campanitas. De los montes de Villafranca llega el arroyo de la Dehesa y, por Zapardiel, el regajo de las Caceras, que nace en tierras de Navaescurial. Todas son aguas que entran por la banda de estribor.

El arroyo Valdeascas o del Jabalí, que cae al Tormes o a la garganta del Cuervo, que tanto monta, por la orilla de la sierra, viene escurriéndose, por el canal del Águila, desde el cerro del Mediodía, y se nutre de la fuente del Charco y de los torrentillos de los Horcos, olla del Pino, el Ranchita, las Pilas y los Pastores. A la mano contraria se presenta el arroyo Mesogos o del Prado de la Puente. El vagabundo quisiera decir que no sabe, aún después de mucho pensarlo, qué es lo que encuentra más bello en este Tormes niño; si los pinariegos pañales con que se arropa o los nombres con que los serranos llaman a sus primeros y tímidos andares.

Poco después del puente del Duque, a mano izquierda, frente a Hoyos del Espino y con los pinares de Toyos, a un lado, y del Umbriazo, al otro, se suma al Tormes el arroyo que dicen de la Isla, que recoge las mansas aguas de la dehesa de Sanchiviesco. Las gargantas Honda y de Pradoelpino son de igual parecer.

Tras el puente de Navacepeda asoma el arroyo Barbellido, que viene del puerto de Candeleda y del llano Barbellido; que corre por la cañada de la Yegua, donde algunos le llaman arroyo de Prado Puerto, y que, antes de meterse por la Callejuela, recibe al arroyo Covacha, que se trae el agua del lancho de la Manzanilla, de la Regetta y del risco peluca.

Pasado el puente de Navalperal, y entre jilgueros que silban y truchas que saltan, salta al Tormes el silbador río Gredos o arroyo de Navalperal, o aún, para algunos, arroyo de las Pozas, que funde las albas nieves de la garganta de los Escobos y de las Pozas, allá por la Majasomera y los Regajos Llanos, y que en puente de las Quebraíllas sonríe y agradece el agua que viene de la laguna de Gredos, en la hoya Antón, pura como no hay otra. Las Cinco Lagunas —la más grande, la Cimera, al sur— también se vierten, por la garganta del Pinar, en el arroyo de las Pozas. Las Vegas, la Cepeda, la Butrera, son las tierras que se miran, como doncellas, en las aguas de la garganta del Pilar.

El Hornillo, regato de pocas carnes que viene del Ortigal y del portillo de Mari-Olalla y por el mismo lado, se ofrece casi sin decirlo y poco más abajo. Al vagabundo, en el regato Hornillo, hace dos o tres años, le preguntó un guardia civil si era vegetariano o masón.

—No, señor, yo no soy más que coruñés. ¿Por qué lo dice?

—Nada, ¡como lleva una plumita en el sombrero!

El vagabundo, hace dos o tres años, se ponía una plumita en el sombrero, en la época del celo. Ahora ya no.

Después del espaldar de Portilla Colorado aparece el arroyo Horcajo o callejón de los Lobos, que se mete en el Tormes antes de llegar a Angostura, lugar del ayuntamiento de Zapardiel de la Ribera, pueblo que baila, chupándose los dedos de frío, por Santa Apolonia. El callejón de los Lobos viene del risco Redondo, aunque se deje querer por las aguas de Periquito Mocho y del risco del Rayo.

Antes de bañar la Aliseda, el Tormes crece con los caudales del barranco del Corzo o arroyo del Berrueco, cuando los trae, cauce que se empieza a dibujar allá por los canchales del Horco y de la peña del Águila. El vagabundo no advierte, porque ya supone que todos los supondrán, que estas piedras del Horco y este peñón del

Águila, están a más de cuatro leguas en línea recta, y a seis o siete de andar, de la torrentera de los Horcos y del canal del Águila que, por tierras de Navarredonda, atrás quedaron.

La garganta de la Aliseda, que también cae al Tormes por su izquierda, suele traer aguas en cierta cantidad.

Desde el Calvitero y el risco del Corchuelo, y mojando las casas de Navamediana, aldea de Bohoyo, se va el arroyo de Navamediana a meterse, poco más abajo, en el fluir, ya crecidillo y aparente, del Tormes. Este arroyo de Navamediana pregona su cascabel por los cerros que nombran Mediodía y Berrueco y por el collado, tierno y sosegador, de la Belesa. En Gredos, y a naciente del puerto del Peón, hay otro cerro Mediodía más robusto que el navamedianero.

Al norte de Bohoyo, y en su término municipal, se vacían en el Tormes la roza de Navamojados y el fragüín de Guijuelos, que vienen de los neveros de la serrotilla del Bohoyo, y la garganta del Bohoyo, larga y de bonito camino, que nace en la fuente de los Serranos, en la sierra Llana, y que medra cantando entre el berrueco del Bohoyo y el collado de las Cerraíllas, el mojón del Caramito y el cabezo del Horcajo, el revolar del gavilán y el agrio arrufarse de la garduña. Esta garganta del Bohoyo, al pasar por los Garellanes, tañe melodiosamente el verde laúd del pradeño.

—¿Y más allá de Bohoyo, por los Llanos y el Barco de Ávila?

El vagabundo se encogió de hombros y cerró su cuaderno; al vagabundo no le gustó la curiosidad.

—No sé; pregúnteselo a cualquiera. Más allá de Bohoyo, el Tormes, ya hecho un hombre, cuenta sus aventuras al más siso y desangelado bachiller que se le arrime.

El vagabundo llamó a la posadera.

—¡Ama!

—¡Va!

—¡Traiga usted una cántara de vino!

El ama de la estancia del Almanzor, en Navacepeda, sabe freír la trucha y escanciar el vino; asar el lechón y guisar la liebre; mirar para el suelo, con dignidad y guardar silencio discretamente, cuando los pastores de la Extremadura y los carreros de Navarredonda riñen, en un castellano sonoro y sabio, por mor de la fatiga de cada oficio. El ama de la estancia del Almanzor, con su pasito corto y sosegado, enseña unos andares muy señores.

Navarredonda, cabeza del sexmo de la Sierra —Hoyos del Espino, Hoyos del Collado, San Martín de la Vega, San Martín del Pimpollar, Garganta del Villar y el pueblo cabecero—, gozó, en tiempos, de los *Privilegios de la carretería*, por los que se libraba a los mozos de los seis pueblos de la obligación de servir al rey.

Por el Tormes, los pescadores, los leñadores, y los pastores, dicen siso al peal. El vagabundo, aún el sol colgándose en el cielo más alto, piensa en dejar el Tormes y meterse —con el ánimo fijo en que al Tormes volverá, y no tarde—, por las cuestas arriba de la Herguijuela: el camino de Piedrahíta, por el puerto de la Peña Negra. El vagabundo, que se halla muy a gusto sentado a la puerta de la estancia del Almanzor, frente a los castaños y a los olmos copudos de la carretera, no pierde ni mucho tiempo ni demasiadas energías en convencerse a sí mismo de que lo más prudente es pensar lo contrario. Da gusto cuando se llega tan pronto a los acuerdos.

Al otro día, como el camino hasta Piedrahíta no es demasiado largo, el vagabundo no sale de Navacepeda de Tormes hasta que el sol asoma ya por entre las ramas de los árboles.

La Herguijuela, a menos de una legua, es pueblo que —al viejo uso— vive de cazar, de pescar y de pastorear. El vagabundo, a quien nada se le había perdido en la Herguijuela, pasa sin detenerse aunque no de prisa, y se adentra por el repecho del puerto de la Peña Negra, entre piornos y mata de roble, pájaros veloces y silbadores y yerba que brota, arriesgada y fresca, en medio del camino.

Desde lo alto del puerto de la Peña Negra, el paisaje se abre ante la vista: con Piedrahíta, al fondo, y el río Corneja, más allá, y la Serrota, a un lado, y, al otro, la sierra de Piedrahíta.

Hace sol, un sol templado y acariciador, y el vagabundo piensa, por entretenerse, en mil cosas banales y que le reconfortan.

Un pastor adolescente está tumbado sobre una piedra, con la gorrilla sobre los ojos y con el sexo erecto y al sol; el pastor, que tiene las manos en la nuca, finge una antigua y ejemplar imagen de la paganía. El vagabundo, por no interrumpirle su difícil ciencia, le hace la caridad de pasar de largo.

Piedrahíta es villa de buen ver y de elegido emplazamiento. El vagabundo —con el monte de la Jura detrás y algo a la izquierda—,

entre praderas verdes, cornejas pícaras, árboles frutales y huertos de limpio cuidado, entra en Piedrahíta a tiempo de darse, aún con clara luz, unas vueltas por su caserío.

Cuéntase que Piedrahíta, muerta y antes de llamarse así, fue encontrada, hace ya muchos años, por unos guerreros avileses que, en la paz y por no perder el hábito, andaban por el monte, en pos del ciervo. Los cazadores, en un bosque umbrío, hubieron de toparse con una manada de cervatillas airosas que, al verse vistas, se perdieron, espantadas y alegres, entre la espesura. Por seguirlas, los caballeros fueron conducidos, de la firme mano de la providencia, hasta un claro del bosque en el que, entre flores y suave paz, yacía, embalsamada, una rústica y bellísima ciudad muerta. Los paladines de Ávila, por no olvidar la presa que se les brindaba a cambio de las ciervas huidas, sembraron el camino de vuelta de hitos de piedras, y las gentes a quienes se lo fueron contando, llamaron a tan poético rincón —de tan poética manera nacido— lugar de la piedra hita. Cierta o no cierta, el vagabundo piensa que la leyenda de Piedrahíta es delicada como una rosa de jardín.

Dícese que en el monte de la Jura, entre robles y retamas y hace ya más de mil años, las mesnadas de Ordoño II y del conde Fernán González derrotaron a los moros en una memorable batalla que duró tres días. Dícese también —y de ahí el nombre del monte— que los caudillos victoriosos juraron, sobre el terreno y en el momento, no comer pan a manteles, no dormir en lecho y no holgar con mujer, hasta que la morisma hubiera desaparecido, sin excusa ni pretexto alguno, del país. También se dice —que en esto hay opiniones— que fueron los agarenos quienes juraron no comer, ni dormir, ni holgar como mandan los cánones, hasta que los cristianos, a punta de lanza y también sin excusa ni pretexto alguno, devolvieran el campo recién conquistado.

El vagabundo no sabe, ni le importa, quién fue capaz de jurar semejante grandilocuente memez. En los campos de batalla suelen jurarse cosas muy trascendentes que después, como es lógico, nadie cumple. El vagabundo, sobre el incumplimiento de lo jurado en Piedrahíta, no admite lugar a dudas. El pleito de moros y cristianos duró, en nuestro paisaje y desde la batalla de la Jura, más de cinco siglos y medio. Si el bando que juró no holgar con mujer hubiera

hecho honor a su palabra, ¿de dónde diablos estuvieron sacando los soldados durante tanto tiempo?

Los moros, con o sin juramento, volvieron a estas tierras en tiempo de Almanzor, suave sujeto a quien no se le ocurrió más oportuna cosa que plantar su tienda en pleno Gredos, en el pico que lleva su nombre y que, aunque no el más difícil, es el más alto de todos.

Doña Berenguela, cuando el naipe cristiano ganó la última baza, se fue a vivir, según se cuenta, al palacio que después cedió para parroquia. Hasta hace no demasiados años aún, los viernes de cuaresma se rezaba un responso por el alma de doña Berenguela, ante el catafalco de terciopelo de luto y fleco de oro, calavera y corona real, que se alzaba al pie del Cristo de las Batallas, un Cristo con una sobrecogedora mueca de sufrimiento.

El primer señor de Valdecorneja, don Álvaro García de Toledo, fue bisabuelo del fundador del linaje de los Alba, del primer conde de Alba, padre del primer duque. El apellido Álvarez de Toledo lo fijó el segundo señor de Valdecorneja.

El vagabundo recuerda que, de niño, una tía suya, la mar de culta, doña Virtudes Fernández Montenegro, que era un poco la oveja negra de la familia, le explicaba esto de los apellidos y de los patronímicos diciéndole:

—Es fácil, quitas la *o* y pones una *e* y una *z* al final y listos. ¿Qué tu papá se llama Pedro? ¡Pues tú te llamas Pédrez! Bueno…, no; esto debe ser excepción… Claro, esto es excepción; como Pédrez queda mal, se dice Pérez. ¿Me entiendes?, ¿me comprendes? En Rusia les ponen *vich* y dicen Pedrovich. Bueno…, no; esto debe ser excepción… Claro, esto es excepción; como Pedrovich queda mal, se dice Petrovich, que queda mejor. ¿Me entiendes?, ¿me comprendes?

—Sí, sí.

La regla de tía Virtudes —quizás esto también quede mal— le fue siempre muy útil al vagabundo.

El *gran duque* de Alba, general en Flandes, nació en Piedrahíta, con el siglo XVI aún niño. En el XVIII, don Fernando de Silva y Álvarez de Toledo, el *duque viejo*, mandó levantar el palacio que ardió medio siglo más tarde. En este palacio vivió Goya, invitado por la duquesa. Goya, en Piedrahíta, en la finca de la Cera y con el cerro de la Cruz, como fondo, pintó *La Vendimia*, que está en el

museo del Prado, y algunos cartones para sus tapices. La duquesa también fue anfitriona de Quintana y de Meléndez Valdés.

El vagabundo, en sus vueltas por el pueblo, se da de manos a bruces con un tonto cincuentón que, a la altura de las Pilillas, le pide el raro auxilio de una petaca.

—¿Y para qué la quieres?

—¡Anda, para regalarla!

El vagabundo, en las casas que quedan a la parte de la carretera de Ávila, se mete en el parador de Elias Hernández, a ver de dormir un poco en un banco del zaguán. En el parador de Elias Hernández, unos camioneros jugaban a la baraja. El vagabundo prefirió no picar.

—Buenas.

—Buenas.

Los camioneros tenían negras manchas de grasa hasta en las camisetas.

—¿A dónde van?

—¡Uf, a donde quiera! Estos se van a Béjar; estos, a Ávila; nosotros, a Plasencia. ¿Le sirve?

En el escudo de Piedrahíta se pintan dos cornejas, y un roble y un pino sobre unas peñas.

—Hombre, ¡si me acercan al Barco!

Por el término de Piedrahíta, además del Corneja, que va entre los mismos chopos que Goya llevó a sus tapices, corren otras tres venas de agua; el río Santiago, el arroyo del Espinar y la garganta de la Sierra.

—¿Cuándo salen?

—Dentro de un par de horas; le da tiempo de dormir un rato.

—Usted me avisa.

—Descuide.

Se va bien en el techo de un camión, sentado encima de la garita del chófer, dentro de un neumático y con un perrillo acurrucado entre las piernas. Al vagabundo le hubiera gustado poder encender un cigarro, pero ni lo intenta. Los faros de un camión que viene en sentido contrario, brillan como candelas. Deben ser, más o menos, las diez o las diez y media de la noche.

Las luces de Santiago del Collado, allá a la izquierda, tiemblan como gusanos de luz. Da gusto adelantar a los carros, con su

abrigoso toldo y su mozo dormido. Santiago del Collado es lugar que capitanea a muchos lugarejos. Casas de Navancuerda, el Poyal, la Lastra, Navalmahillo, Navamuñana, Navarreja, están a la sombra, en las laderas de la sierra de Piedrahíta que miran al camino; la gente les llama los poblados de la Umbría. El Nogal y Valdelaguna, están al sol, en las cuestas de la sierra de Piedrahíta que caen hacia la parte de Avellaneda; la gente les dice los poblados del Sol. Desde el techo de un camión, siempre parece que se va a aplastar a los de las bicicletas; al final, sin que se sepa cómo, acaban librando. De noche no se distinguen los lugares de Santiago del Collado.

Aldehuela y Santa María de los Caballeros, son pueblos de valle, pueblos que riega el río Caballeruelos. Santa María queda entre las cabezas Pelada y de los Ceños. El camión corre como un condenado. San Lorenzo de Tormes está a las mismas puertas del Barco. El camión, en menos de una hora, se ha venido desde Piedrahíta, que está a cuatro leguas.

—¿Fue bien?

—¡Ya lo creo, muy bien! ¿Les debo algo?

—No, nada… ¡Si hubiera usted venido dentro!

En el parador del Corneta, al vagabundo, con los lomos bien asentados en una enjalma aún tibia y aromática, los ojos no del todo abiertos y el vientre a su punto, le da por pensar en los raros orígenes del nombre de Barco de Ávila, villa que llevó a su escudo un barco de vela que no es muy del sentido común que hubiera venido navegando jamás por el Tormes abajo. Ni por el Caballeruelos. Ni por el Aravalle.

El vagabundo, que en tiempos fue amigo de etimologías y otros cultivos del espíritu, piensa que *barco*, dando nombre a un pueblo —Barco de Ávila, Barco de Valdeorras—, es voz de raro origen. Quienes la prefieren latina y quizás, remotamente, hispánica, la hacen valer por henil, o por gavilla de cereal, o por choza. Quienes la suponen céltica, la traen de *berg*, *altura*, y la hacen medio prima de varga, parte más pendiente de una cuesta. Varga, viniendo, como también puede hacerlo, del latín *virga*, vara, significa en español casilla con cubierta de paja o ramaje; *barchessa*, por el Trentino, quiere decir lo mismo. En el Tirol, *bark* es establo en la montaña. Quienes la traen del árabe *barr*, arrabal, también aducen sus razones. Y quienes la igualan, en su significado, con nava, tampoco

se quedan atrás. El vagabundo, sin pronunciarse, no se anima por ninguna de estas dos últimas candidaturas y, a la vista del paisaje de Barco de Ávila, prefiere emparentaría con el latín, que es lengua noble.

A la era del vagabundo, medio entrevisto en la penumbra del portal, un arriero pálido y quejumbrón se lamenta de un dolor de muelas.

—¿Tanto le duele?

—¡Y más aún, compañero, que la cabeza me pega semejantes retemblores que para mí que va a acabar estallando!

Si el vagabundo hubiera tenido a mano a su amigo don Fabián Remondo y Larangas, natural de Valdepinillos, ayuntamiento de la Huerce, diócesis de Sigüenza, al arriero, a cambio de dos pesetas, cuatro voces y tres patadas al aire, se le hubiera sanado el mal de muelas, rabioso, cuando pega bien, como ninguno.

El vagabundo, entre las cavilaciones propias y el lamentarse ajeno, casi no pegó ojo en toda la noche. Con los gallos aún sin avisar, los arrieros aparejaron, silenciosos y hepáticos, las caballerías.

—¿Se queda?

—Sí, me voy a quedar.

Tras la copeja de aguardiente y con la noche agonizando por la peña de los Cotriles y el risco Santa Bárbara, los arrieros se echaron al camino. El vagabundo aprovechó para dormir un rato, quizás una hora, con un sueño egoísta, violento, a marchas forzadas, que lo dejó como un mozo.

El Barco de Ávila es pueblo próspero y de calles anchas y bien dibujadas, con el piso de chinarros y guijas. El vagabundo, que en todo su andar —y ya lleva unas leguas a las espaldas— jamás fue tan de prisa de un pueblo importante y con juzgado de primera instancia —Piedrahíta— a otro pueblo también con juzgado de primera instancia y también importante —El Barco—, se siente a gusto paseando entre las buenas casas entre las que va, con sus balcones florecidos y sus rejas de hierro. Tras una púdica persiana, un mozo con el paralís canta, para alejar la pena, una coplilla de pastor:

Alégrate, corazón
aunque sea por la tarde;

corazón que no se alegre
no viene de buena sangre.

Es por la mañana y, en el balcón del mozo, un sietecolores cieguito, canta, quizás para espantar la pena.

—El amo, el tío *Treintarrobas*, los ciega como nadie, arrimándoles un puro encendido. El pobre tiene un hijo, ya mozo, con el paralís…

Frente al balcón del muchacho enfermo, de codos a su ventanillo, una criada de saludable y heridora voz grita *Jalisco nunca pierde*, igual que los mozos y las mozas de Cañicosa y de Matamala, de Matamorisca y de Cillamayor, allá por Segovia.

—Canta usted muy bien, joven.

—¡Cállese usted, tío barbas, y siga su camino!

Mientras el vagabundo, perplejo ante tan inútil y poco justo desaire, siguió su camino, la calle se fue inundando, poco a poco, de un turbador silencio. La criada cerró, de un fiero y digno portazo, sus cristales. El mozo enfermo —todo oídos— no arrancó con una nueva copla. El pintacilgo cegado a aromático fuego de tagarnina, dejó ir muriendo su silbo. Al vagabundo le preocupó, durante unos segundos, saberse culpable del mudor del pájaro que no veía, del mozo que no andaba, de la moza obstinada en disfrazar los pudores con el feo ropaje de la ira, de la moza que —¡peor para ella!— no sabía distinguir.

Es lunes y en el mercado de los soportales de la plaza, en medio de un hirviente guirigay honesto y artesano, se vende, y se regatea, y se tasa, y se compra el chorizo de Candelario, y el quesillo de la sierra, y la nívea harina del Tremedal, y el fino paño de Béjar, y la abarca pastoril, y el confite, y la vainica por varas, y el borceguí del ganadero pudiente, y la aromática yerba del país —el laurel, la menta, la camomila— al lado de la especia de Ultramar, y el pimentón de la Vera, y el vino de Toro, y el corderuelo, y la trucha, y la gallina en cuartos, y el infalible remedio para la calvicie, y el elixir de la eterna juventud que trajeron los españoles de las difíciles y escondidas fuentes del Dorado.

—¡Al pipo y a la judía! ¡Al pipo y a la judía! ¡Manteca, mismamente manteca! ¡Al pipo y a la judía!

El vagabundo, tras sosegarse en medio del bullicio, se mete en una taberna algo apartada, a refrescar el gañote. Ante una mesa con

un hule a cuadros y sentado en una banqueta sobre la que ni cabe, un tío de muchas arrobas y dentadura de oro, blusa negra de trujamán del toma y daca, ademanes de zarracatín de todo lo que salga y fauces grasosas de epulón repleto, se está zampando un cabrito asado del tamaño de un niño de primera comunión. Un perro —vaga imagen de la esperanza— lo mira, sumiso y tierno, con una cara indigna y suplicante; pudiera ser que también eficaz.

—¿Usted gusta?

—Que aproveche.

Esta gente del Tormes sabe tratarse. Garcilaso de la Vega llamó sacro al Tormes, que es río claro y dulce.

> *En la ribera verde y delectosa*
> *del sacro Tormes, dulce y claro río,*

el vagabundo, en una tabernilla no muy a la mano, un lunes de mercado del año 1953, en Barco de Ávila, escuchó el regüeldo más detonador y alarmante de toda su existencia.

—Que aproveche.

Por Castilla, tierra de cuidadosos y no fáciles aprovechamientos, se desea provecho tanto para engullir como para digerir.

—Gracias.

El macho de reclamo aleteó, espantado, en su jaula de caña. El perro que tan bien ensayado tenía su piadoso gesto, salió huyendo despavorecido como alma que lleva el diablo. Un gato rubio se cayó del estante en que dormía. La señorita del calendario, a pesar de estar retratada sobre cartoné de primera calidad, palideció. Una viejuca de media saya, toca de bayeta y justillo, asomó las narices por la puerta.

—¿Ha sido aquí? ¡Qué susto, si creí que había reventado un carburo!

Al vagabundo, una vez, en Carbajosa de la Sagrada, provincia de Salamanca, le explotó un carburo casi al lado; por poco lo mata. Pues bien: el vagabundo pondría una mano en el fuego porque un carburo, al estallar, no mete ni la mitad de ruido. Aquella vieja no distinguía.

El tío del cabrito, cuando le dio fin, rebañó la fuente con pan, se bebió un litro de vino, se comió un melón y un cestillo de ciruelas, encendió un farias, pagó, se levantó y se fue. El tabernero se quedó

mirando para la puerta.

—Es muy buena persona.

—¿Es del pueblo?

El tabernero habló con la voz muy circunstanciada.

—Sí. El hombre es un santo, un verdadero santo… Y ahí donde usted lo ve, es muy desgraciado… El pobre se quedó viudo muy joven y con dos hijos… Jamás se le conoció ningún apaño… La hija le salió medio loquilla y se le escapó con un dependiente que tenía… Dicen que ahora está de puta en Barcelona… Bueno, ¡nunca peor!… El hijo se le quedó baldado de paralís… El hombre lo lleva todo con paciencia y no tiene más vicio que este que usted ve: comer y comer… Un día, por una apuesta, le comió todo el género a un choricero de Candelario… ¡Qué cosas!… También se da muy buena maña para cegar jilgueros… Sus pájaros cantan mejor que los de nadie…

—¿Y cómo se llama?

—Nosotros le decimos el tío *Treintarrobas*. ¡Cómo está tan gordo!

El vagabundo, al tercer vaso de vino, se despidió.

—¿Qué debo?

—Nada; paga el *Treintarrobas*, es costumbre.

El vagabundo sintió que la panza se le alumbraba con una feliz idea.

—¡Hombre, haberlo dicho! ¿Y no puedo pedir algo, ahora?

El tabernero debía estar ya muy hecho a oír la misma pregunta.

—¡Si se calla y no se le va la lengua…! El *Treintarrobas* invita siempre con fina voluntad; lo que no quiere es que la gente se vaya de la lengua y lo tomen por tonto.

El vagabundo, a cambio de guardar silencio, sacó las tripas de mal año. De postre, y en homenaje al tío *Treintarrobas*, discretísimo mecenas, el vagabundo eructó lo mejor que pudo. El tabernero se le rio en sus barbas.

—¡No hay color!

—Hombre, no, esa es la verdad.

El vagabundo tampoco hubiera querido pintar su gratitud de competencia.

Del Barco de Ávila, igual que el *Treintarrobas*, fue el virrey del Perú don Pedro Lagasca, que murió de obispo de Sigüenza. Su

historiador Juan Cristóbal Calvete de Estrella dice que Gasca, o Lagasca, nació «en un pequeño lugar del Barco de Ávila, que se llamaba Caballería de Navaragadilla, del cual y de otro lugar que llaman Gasca fueron sus antepasados señores». El vagabundo, en sus andanzas por esta tierra, jamás se dio con ningún poblado, por pequeño que fuese, ni aun majada, molino o lugarejo, llamado Caballería ni Navaragadilla; lo más parecido que encontró fue Navarregadilla, lugar de una centena de almas, en el término municipal de Santa María de los Caballeros, más o menos a una legua del Barco. Lo que sí halló el vagabundo, aunque mirándolo con lupa y muy apartado de estos riscos, fue Gasea, un caserío de media docena de habitantes —el guarda, su mujer y sus hijos, todos incluidos— que depende del Ayuntamiento de Villaflor, en un ramal de la carretera de Ávila a Salamanca por Peñaranda de Bracamonte. Entreténganse los sabios en buscar el ovillo de estos cabos sueltos.

Por el Barco se asegura que Lagasca aquí nació y hasta se señala la casa en que el suceso tuvo lugar. La casa de Lagasca no es de importante aspecto, y solo el escudo que queda sobre el balcón del chaflán le da un cierto aire nobiliario, tampoco mucho.

También fue de estas trochas —o tal se dice— San Pedro del Barco, patrón de la villa, que está enterrado en Ávila, en San Vicente. A San Pedro del Barco, cuando se murió lo llevaron hasta Ávila, según se oye contar, a lomos de una mula ciega. La casa en que se supone vino al mundo fue convertida en santuario, más tarde abandonado.

La iglesia del Barco de Ávila —puestos a seguir por el camino de los santos y el hilo de lo clerical— es sólida y hermosa, de bella traza románica y de satisfechas proporciones. La iglesia de Barco de Ávila esconde, en su sacristía, en sus primeros rincones, viejos tesoros de mérito: un Cristo, negro y amargo, que sobrecoge el corazón; varias tablas góticas y flamencas; un tríptico italiano; un relieve de alabastro, también italiano, dicen que de Benvenutto Cellini; un crucifijo de marfil; una dulce imagen de la Virgen y el Niño; las tallas de artístico palo de la antesacristía; las rejas platerescas, los férreos candelabros renacentistas, los atriles, la custodia, el cáliz, el copón. Como para compensar de tanta nobleza y tanta antigüedad, un Sagrado Corazón de Jesús y una Virgen de Fátima de purpurina, yeso y mazapán, pregonan, desde el altar

mayor, el mal gusto y la insolvencia artística del señor cura párroco. Al vagabundo, que ama a España sobre todas las cosas, le duele ver que a España, desde hace trescientos o cuatrocientos años, se la vienen merendando, sin tregua ni piedad, la estulticia, la soberbia y la socarronería: ese gorgojo de tres patas que pudre las almas en las que hace su nido.

En la plaza que queda frente a la iglesia, una niña de delantal blanco juega al diábolo, altiva y sola como una infanta amenazada. El vagabundo, sentado en su poyo de piedra, la miró como quien mira una flor, como quien ve volar una paloma. Desde un balcón próximo salió una suave voz, cálida y cristalina, trémulamente firme y, quizás, suplicadora.

—¡Beatriz!

—¡Voy!

La niña recogió su diábolo y se marchó, digna y gentil. Al vagabundo le gusta ver moverse a las niñas que juegan, ágiles, gráciles, dóciles, al alimón con su soledad, en las quietas placitas de los pueblos, con la madre —joven aún— vigilando, tras la persiana, que nadie que pudiera robarles el candor se les acerque.

—Adiós, Beatriz.

—Adiós.

Barco de Ávila fue plaza murada. De las murallas de Barco de Ávila aún se ven restos, recios, poderosos. Por las puertas que cruzan los paladines —puerta del Puente, puerta de la Horcajada, puerta de la Regadera, puerta del Ahorcado— pasan hoy las bicicletas. En la puerta del Ahorcado, el *gran duque* mandó colgar a un alcaide que pensó que todo el monte era orégano y abusó de sus atribuciones.

Sobre el Tormes, el vagabundo camina por un puente que tiene arcos para los dos gustos, de medio punto y en ojiva. La ermita del Santísimo Cristo del Caño queda junto al puente. Más allá y con Gredos al fondo, se alza el castillo de Valdecorneja. El señorío de Valdecorneja abarcaba Piedrahíta, el Barco, la Horcajada, el Mirón y todas sus aldeas. La Horcajada y el Mirón, hoy en tierra de Ávila, caen hacia la parte del campo de Salamanca. El castillo de Valdecorneja, casi en el suelo, no es de los más arruinados por el tiempo.

A las puertas del Barco, el vagabundo, mientras merienda un

pan cenceño y riguroso que sabe a gloria, no decide qué camino tomar: si el que le lleve, en derechura, a Gredos, desde donde se encuentra y cuanto antes; o si el que, por el puerto de Tornavacas, la llave de Extremadura, siguiendo el fluir del Jerte y remontando, más tarde, el del Tiétar, lo ponga, ahorrándole la dura sierra, en el paraíso de la Ávila baja, entre vides, almendros y limoneros. Echada al aire la perra gorda de la suerte, el vagabundo la recogió del suelo por la cruz de Gredos. El vagabundo, al tiempo de guardar su perra, pensó que en este mundo todo pasa para bien.

El vagabundo, aquella noche, durmió en los Llanos de Tormes, en un corral de cómodo abrigo donde lo dejaron meterse.

—¿Cuándo se va?

—Al amanecer, lo más tarde.

—Bueno, quédese… Para eso nos ha hecho Dios, para que nos ayudemos los unos a los otros, ¿verdad usted? La noche está como húmeda y desamorada…

Los Llanos dista una legua, o muy poco más, de Bohoyo, pueblo desde el que el vagabundo se va a meter en Gredos. Al amanecer, lo más tarde, como había prometido, el vagabundo se desperezó y salió al camino. Son bellas las amanecidas del Tormes, altas, rosadas, color violeta, fresquitas, limpias, despejadoras, honestas.

El vagabundo, en el camino de Bohoyo, amigó con un pastor muchacho que se entretenía en tirar lejos su cachava para que el perrillo se la trajese.

—¡Hala, Morito!

Y Morito, tras, tras, incansable, obediente, alegre, retozón, le traía el cayado para que se lo volviese a lanzar.

—¡Hala, Morito!

El vagabundo suele tener buena mano para los perros y los gatos, los pájaros y los grillos, los erizos, el galápago, la ardilla y demás animales.

—Parece bueno, el perro…

—Sí, señor, para lo ruin que es, no me salió malejo del todo.

Los pájaros mañaneros, los más pequeños y bullidores pájaros del día, silbaban, múltiples y enloquecidos, en el firme castaño.

—Pero no me vale para el lobo, ya lo ve usted.

A las ovejas, como sin quererlo nadie, hay nombres que las sobresaltan.

—Este queda de carea, para las ovejas, ¿sabe usted?

—¡Claro!

El vagabundo recuerda que el diccionario pone: Carea.

f.

Sal. Acción y efecto de carear, 3.ª acep. El vagabundo, que lo tiene por cierto, estimaría como más cierto y completo poner, después de la f. de femenino y antes de la *Sal*. de *Salamanca*, lo siguiente: *Áv*. Acción y efecto de carear, 2.ª acep.

El pastor habla un castellano eficaz, inmediato, ilustre. Las gentes del Tormes traen sus palabras, sin rodeos ni peores atajos, de los siglos XV y XVI; quién sabe si aún de antes.

—Para el lobo necesito un perro más grande…

—Claro.

—Un perro que aguante bien la carlanca…

—Claro.

El lobo es uno de los azotes de Ávila. El lobo es una de las maldiciones de Castilla, de Extremadura, de León, de Galicia, de Asturias, de Navarra, de Aragón… En España hay, entre otras, tres vergüenzas nacionales: el analfabetismo, los lobos y las Hurdes. El vagabundo piensa que la única provincia española que sabe pelear con el lobo es Santander, que tiene a sus alimañeros todo el año en el monte.

—Con mi palo y un perro que tenga corazón, no hay lobo que se arrime.

El lobo es fiera astuta, con la cabeza cruel y siempre acosada. El lobo mata por matar y, una vez que hace sangre, sigue tirando bocados a troche y moche hasta que lo ahuyentan, o lo desloman, o lo tumban con una descarga de postas en la cabeza o debajo del codillo.

—Lo que yo le digo es que con un buen mastín…

El lobo no suele fajarse con el hombre más que si viene con las ayunas muy duras. Por estas peñas y por estas gargantas se dice que el hombre, si sabe guardar la calma, puede sujetar al lobo con la palabra dura, bien dicha, sin temblor, a condición de que no intente entrar en poblado o en tierra pinariega.

—A un soldado de Navalperal, que venía de permiso, se lo zamparon los lobos, entero y verdadero; no dejaron más que las botas con el pie dentro y la hebilla del cinto. La madre empezó a

gritar y a pegar voces; lleva ya más de dos años aullando como el lobo. Lo más seguro es que se volviese loca, ¿verdad usted?

El lobo huye del fuego y del pinar. El lobo teme el quemarse vivo y se cuida de la emboscada; por eso es difícil acorralarle.

—El soldado era muy buen mozo, alto, así como usted, y más fuerte. Se llamaba Nemesio González; yo lo conocí en su pueblo, en la posada del tío Saturnino. Dicen que se alobó…

Las batidas suelen planearse mal, casi siempre se organizan para que vengan los señoritos y corran la pólvora los amigos del gobernador civil. Hace unos años trajeron hasta fotógrafos y operadores de cine y el lobo, que es más listo que ellos, ni se asomó. En las batidas hay muchas escopetas, y más ojeadores de los necesarios, y merienda para dar y tomar, y demasiado lujo, pero lo que es lobos, no matan ninguno ni de milagro; a cambio, eso sí, suelen dejar malherido a algún ojeador, a algún mozo de panilla y flor de cantueso en la oreja, que quiso ganarse unos reales de plus. Al tiempo de esa famosa batida que los papeles anunciaron a bombo y platillo, el marqués de Villanueva de Valdueza y su hija María, a la chita callando y sin pregonarlo, mataron cuatro lobos, ellos solos, en su dehesa de Villagarcía.

—El que se aloba, ¡malo! ¡Como un hombre se alobe, ya puede rezar lo que sepa! El Nemesio tenía novia, una moza de Matacabrones, allá por Burgohondo; dicen que si la había preñado y que venía a casarse. ¡Vaya usted a saber! La moza, cuando se enteró de que a su galán se lo había comido el lobo, se tiró por un barranco abajo. ¡Qué cosas!

—¿Y también se la comió el lobo?

—No sé…, ¡lo más fácil!

El caminante, ni ve ni escucha al lobo. El caminante va silbando, va tranquilo, por el senderillo. A lo mejor, el caminante piensa en el fuego de su cocina, que arde entre dos piedras y no se apaga en toda la noche. Se está a gusto sentado en el escabel, al lado del fuego de la cocina, ya mortecino, pero aún calentador, descabezando el último sueñecito de la madrugada, con el gato al lado y un cuenco de leche tibia esperando. La noche está algo dura, pero el caminante, la boina calada, las manos en los bolsillos, la bufanda de tres vueltas guardándole el aliento, se defiende pisando, bien pisado, el suelo. El caminante, ¿qué le ha sucedido?, de

repente tiene miedo. El caminante ni ve ni escucha al lobo. El caminante nota que un tiritón le corre por el espaldar. El caminante alerta la vista y aguza el oído. No; el caminante ni ve ni escucha al lobo. Al caminante la frente le suda frío, las carnes le tiemblan, el cabello se le eriza, el corazón parece como desbocársele. Al caminante le golpea la sangre en las sienes. El caminante se vuelve y allí está el lobo, con los ojos como carbunclos, la boca abierta enseñando el colmillo poderoso, la lengua fuera, el pecho fuerte, el espinazo hirsuto. El caminante se alobó.

—Un servidor piensa que es como para desorientarse, ¿verdad usted?, y el que se desorienta…, ¡malo!

Para el vagabundo, y para las gentes de Ávila de quienes lo aprendió, esto de alobarse es como una inmediata adivinación del lobo, algo así como saber al lobo con el alma antes de que con los sentidos. Al alobado, le suele avisar el canguelo; en este entendimiento lo decía el pastor muchacho del camino de Bohoyo.

—¡Pero con un buen mastín! Por aquí no hay buenos mastines; criar un mastín, vale un riñón… Eso es para ricos…

El lobo ataca sin avisar a las mujeres y a los niños, se conoce que prefiere ir más sobre seguro. A los hombres los aloba, antes. Alobarse también puede ser encogérsele a uno el ombligo ante el lobo, como al pajarito ante la serpiente. El caminante ve al lobo, que está sentado sobre los cuartos de atrás, tan flamenco. El caminante, que tiene ya muchas noches de lobos en la memoria, sabe que su papel es no dar la espalda.

—¡To, lobo! ¡To, lobito, lobo! ¡To, lobo!

El lobo lo deja pasar sin tocarle. El caminante confía en que la palabra lo escude. A nadie se le ocurre pegarle un palo al lobo, de buenas a primeras.

—¡To, lobo! ¡To, lobito, lobo!

El lobo comienza a seguir al caminante por veredas y prados, por desgalgaderos y relejes y trochas. No caen cerca ni el poblado ni el pinar, y el lobo, que es un buen táctico del monte y de la nava, jamás ataca a destiempo. El caminante no vuelve la cabeza. El caminante habla procurando templar la voz.

—¡To, lobo! ¡To, lobito!

El lobo da una corta carrera —¡ay, el trote lobero estremecedor!— y pasa pegando al caminante; tan pegando que, al

pasar, le pega con el rabo, suave, suave, en las piernas. El caminante fuerza por mantener la voluntad.

—¡To, lobo, to…!

El lobo lo espera, veinte pasos más adelante, para repetir la maniobra, dos, tres, cinco veces, las que haga falta; todo es cuestión de paciencia. El caminante sabe que si aguanta hasta las primeras luces del alba, está salvado; el lobo huye con el día.

—¡To, lobo…!

El caminante, a la segunda, a la tercera, a la quinta vez, ¿qué más da, si todo es cuestión de paciencia?, siente flaquear las piernas, ve turbia la estrella que veía clara, nota un tembleque en la voz. El caminante quema su último fervor, ya desesperado.

—¡To…!

El lobo vuelve a la carga, gruñendo raramente, extrañamente, regocijadamente.

—¡Ah!

El caminante, con su postrer aliento, se derrumba. El caminante se alobó. El lobo se echa sobre el caminante y lo mata de un bocado en el cuello. Es muy rápido el lobo, muy limpio para matar. El caminante, que sufrió con el alma mientras aún de pie y caminando, agonizaba, casi ni nota dolor en el cuerpo, en el instante de morir.

—¿Y si se sube a un árbol?

—No le da tiempo; si prueba a subirse a un árbol, como si intenta guarecerse en las casas o en el pinatar, el lobo le presenta batalla.

El chucho Morito, con las orejas enhiestas, no perdía detalle.

Si viene de hambre o en compañía, el lobo también va a la guerra con derechura y sin mayor cuidado ni preparación.

A Morito, como de San Roque, se le fue el hilo por distraerse persiguiendo a la pintada mariposa.

Los animales no se aloban, solo se aloba el hombre. La oveja se entrega; se le vidrian los ojos, se le engrasa el hocico y se entrega. La cabra huye por el monte arriba, a las peñas a las que no llega el lobo. Las vacas forman un redondel, culo con culo, y reciben al lobo a cornadas. Las yeguas también pintan la rueda, cara con cara, y saludan al lobo a coces. Las vacas y las yeguas guardan, con sus cuerpos y en medio del aro, al ternero y al potrillo. El lobo brinca, para morder a las vacas en la ubre y a las yeguas detrás de la oreja,

donde nace la crin. El perro, pelea.

—Un buen mastín, o dos mastines medianos y bravetes, pueden dar cuenta de un lobo.

Algunos hombres pudientes, serranos caballeros, aquellos que no cruzan el monte a pie, suelen atar una soga al rabo del burro, una cuerda a la cola de la mula, para que vaya arrastrando como la bicha. Hay quien dice que la bicha le mete el resuello en el cuerpo al lobo.

—El Morito, para lo ruin que es, no me salió malo del todo, ya ve usted. Es noble, pero para el lobo no sirve.

Ávila es tierra de lobos. En el paisaje de Ávila —en cualquier de los cuatro paisajes de Ávila: el del cereal y el negrillo, el del castaño y la pradera, el de los riscos nevados, el del olivo y la vid y el limonero y el almendro; en la Moraña, en el Tormes y el señorío de Valdecorneja, en Gredos y la Serrota, en la Vera y el Tiétar— el desolado y hondo aullido del lobo sirve de contrapunto al viento. El refrán dice que el lobo viejo, a la tarde aúlla. En el invierno de Ávila, el lobo aúlla desde las cinco de la tarde hasta que el día, a trancas y barrancas, se levanta.

—Arrestos, sí que tiene el Morito; pero le faltan fuerzas.

En la geografía de Ávila se escucha al lobo hasta nombrando pueblos y lugarejos: el caserío de la Lobera, en Navaluenga; la finca de Arrelobo, en Hoyocasero; el lugar de Navalmahillo —nava del lobo—, en Santiago del Collado; los ayuntamientos de Gimialcón, o fuente lobera, Maello, o perro de monte, Monsalupe, o monte de la loba.

A veces se cuentan cuentos de una loba tierna, de una loba romana, que guarda niños en la noche para que no se hielen.

—Por aquí anduvo una loba cana que se pasó toda una noche dando calor a un muchachito perdido en la nieve. Era una loba grande, una loba que pesó cinco arrobas.

Por una loba dan cuatrocientos cincuenta duros; se lleva al ayuntamiento, el aguacil le corta el rabo para que no la presenten dos veces, el secretario escribe a Ávila y al cazador le dan cuatrocientos cincuenta duros de premio.

—No está mal, ¿verdad usted?

—Nada mal.

Por un lobo pagan trescientos duros. Los lobeznos no valen más

que sesenta duros cada uno.

—Tampoco está mal.

—Tampoco; no, señor. ¡Quién se topase una camada!

—¡Hombre, sí, aún teníamos para unos vasos!

—Ya, ya… ¡Y para hincharnos de jamón…! ¡Y hasta para ir a Ávila…!

Al pastor, con el recuento de tanta hartura, y de tal felicidad, se le puso la carita iluminada y tersa, pícara y hasta cachonda.

—¡Quién los cogiera!

El vagabundo, que vive de esperanzas propias y ajenas caridades, sacó la petaca que no quiso regalar al tonto de Piedrahíta. En el Barco de Ávila y en día de mercado, quien no engorda su petaca hasta reventar es porque es haragán y medio lelo o dengue y aprensivo.

—¿Liamos un pito?

—Bueno…

Sabe bien el tabaco en el monte, cuando las carnes están descansadas y tranquilo el ánimo; cuando en el quieto aire resuena el amargo cencerrillo del adalid capón, el balido sin respuesta de la artuña, el terne soplar del maroto; cuando el tiempo se brinda fresquito y algo húmedo; cuando ya por la manga de la conciencia se han ido escapando, poco a poco, los pecados de la ciudad.

El vagabundo, que se encuentra a gusto donde está, conversando deleitosamente de lobos y de perros con un pastor del que ni el nombre sabe, tiene que hacer un esfuerzo para arrancar.

—Me voy.

El pastor lo miró sin entusiasmo. El pastor tenía los ojos pardos y sosegados.

—Vaya usted con Dios.

El pastor tenía la mano pequeña y dura.

—Y si nos vemos…

—No es fácil, pero, si nos vemos…

—Ya seremos amigos, ¿verdad usted?

—Sí, eso, ya seremos amigos.

Mientras el vagabundo, desmadejadamente y sin mayor voluntad, orientó sus andares hacia Bohoyo, el pastor se quedó acariciando el gozquecillo Morito, el perro a quien Dios libre del lobo. Amén.

VII

GREDOS, ESPALDA DE CASTILLA

EL vagabundo, en Bohoyo, pueblo de nobles historias, se sume en hondas y preocupadoras cavilaciones.

—¿Qué le pasa a usted, buen hombre, que parece que tiene como la color tomada y afiebrado el mirar?

El vagabundo, casi sin querer, tomó aires importantes.

—No me distraiga, por favor.

A la laguna de Gredos, que es un poco el corazón de la sierra, se puede ir, como a Roma, por cualquier lado; todo es cuestión de la dureza de las piernas de cada cual, de su paciencia, de su habilidad y de las ganas que guarde y se quiera gastar para tomarse las fatigas con cierta resignación y con tanto espíritu como calma. La subida a Gredos, dejando la Vera a las espaldas, es dura, penosa y poco recomendable. Viniendo de Candeleda, en dos leguas, o poco más, de camino, hay que escalar más de mil quinientos metros. Partiendo, en cambio, del Tormes, solo hay que ascender unos cuantos centenares —según de dónde se salga—, y de mejor y más tendida cuesta.

El vagabundo no suele ser muy partidario de cuadros, tablas y demás zarandajas, que la mayor parte de las veces no sirven para nada; pero, pensando en que a alguno le pudiera aprovechar, ensaya a copiar aquí algunas altitudes, las que más verdaderas le parecieron, no sin antes advertir al lector que no debe tratar de obtener promedios ni porcentajes —porque Gredos es sierra que se precia y que va subiendo y bajando cómo y por dónde le da la

gana— ni tampoco tomarlas como artículo de fe. Las alturas precedidas de un * asterisco son oficiales, en el sentido de que han sido sacadas de publicaciones, mapas, planos, folletos, etc., oficiales también, y las que van en pelota y sin señal ninguna, salieron de donde pudieron y aquí se indica. Tampoco ha de resultar insano prevenir que las publicaciones oficiales, a veces, no coinciden y opinan cada una por su cuenta; se conoce que los servicios no están centralizados. En estos casos, el vagabundo, que ni quita ni pone rey, lo hace constar. Los datos que el vagabundo comenta con un cauto «más o menos» son suyos y, por tanto, probablemente falsos o, al menos, no muy de fiar.

El Tormes (ladera norte de Gredos), de este a oeste:

	METROS
San Martin del Pimpollar, según Abelardo Rivera, *Guía geográfico-histórica de la provincia de Ávila*.....	1200
* Parador nacional.....	1650
Navarredonda, Rivera, obra citada.....	1400
Barajas, lugar de Navarredonda y muy próximo, más menos.....	1600
Hoyos del Espino, Rivera, obra citada, y Manuel G. de Amezúa, *Sierra de Gredos*.....	1584
Hoyos del Collado (en algunos mapas los nombres de ambos Hoyos aparecen trastocados), Rivera, ob. cit.	1600
Navacepeda, a ojo de buen cubero y más menos.....	1000
Navalperal, Rivera, obra citada.....	1450
Angostura, lugar de Zapardiel de la Ribera, más o menos.....	1100
La Aliseda, más menos.....	1000

Navamediana, aldea de Bohoyo, más o menos..... 1000

Bohoyo, Rivera, obra citada..... 970

El Macizo, por el orden y concierto del abecé:

	METROS
* Almanzor.....	2592
* portilla Bermeja.....	2419
* puerto de las Cabrillas.....	2023
* puerto de Candeleda.....	2094
* laguna Cimera, en las Cinco Lagunas, según el folleto *El coto nacional de Gredos*, publicado por la Dirección General de Turismo.....	2125
* laguna Cimera, según el *Plano del macizo principal de Gredos*, también publicado por la Dirección General de Turismo.....	2096
* refugio del Alpino.....	1893
* portilla de Galguera.....	2170
* laguna Grande o de Gredos, folleto citado, que coincide con Amezúa, obra citada, y con la medida del ingeniero Azarola.....	2027
* laguna Grande o de Gredos, pleno citado.....	2028
* Guindos.....	2074
* Gutre.....	2476
* Joyuela.....	2452
*	2150

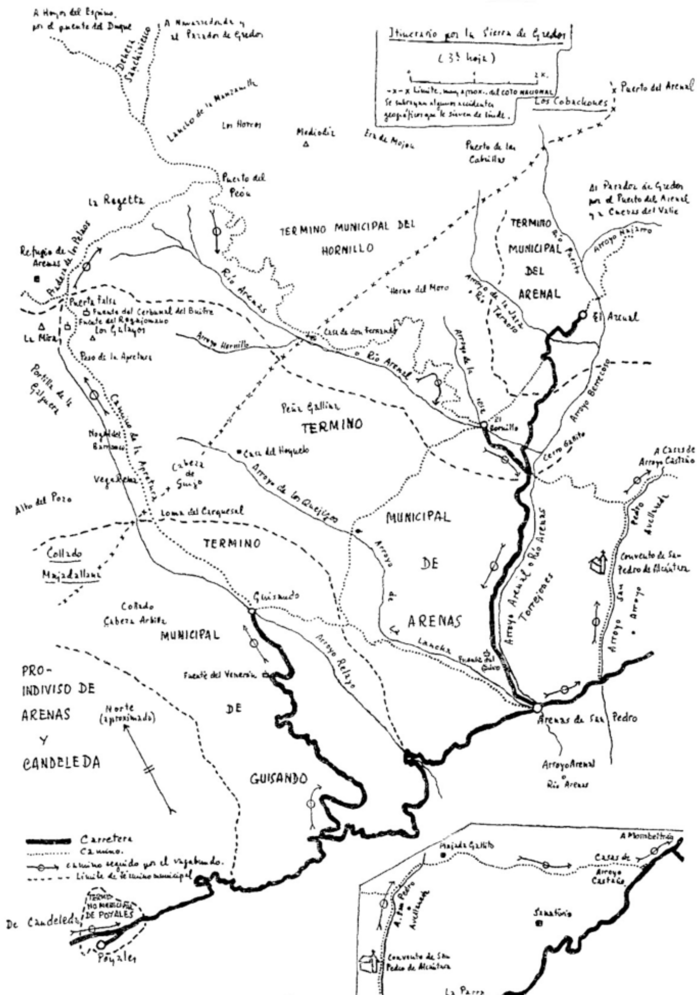
Majasomera.....

* la Mira, foliado citado..... 2350
* la Mira, plano citado..... 2341
* 2426 el Morezón.....
* prado de las Pozas..... 2980
* prado Puerto, Amezúa, obra citada..... 1575
* refugio del Rey..... 2147

La Vera (vertiente sur de Gredos), de oeste a este:

METROS

* 438 Candeleda.....
Poyales del Hoyo, Rivera, obra citada..... 547
* Guisando..... 764
.....
Arenas de San Pedro, Amezúa, obra citada..... 479
Arenas de San Pedro, Rivera, obra citada..... 524



Itinerario por la Sierra de Gredos
(3ª hoja)
Se subrayan algunos accidentes geográficos que le sirven de linde.
Los Cobachones
Puerto del Arenal
Puerto de las Cabrillas
Medioliz
Los Horros
Puerto del Peón
La Rogetta
Refugio de Arenas
Puerto Falso
Fuente del Cervunal del Buitre
Fuente del Regajomano
Los Galayos
La Mira
Paso de la Apretura
Portilla de la Galguera
Camino de la Apretura
Vegalama
Alto del Pozo
Loma del Carquesal
Collado Majadallana
Collado Cabeza Arbita
TERMINO MUNICIPAL DEL HORNILLO
Río Arenas
Horno del Moro
Casa de don Fernando
Río Arenal
Arroyo Hornillo
Peña Gallina
TERMINO MUNICIPAL DE ARENAS
Casa del Hoquelo
Arroyo de los Quejigos
Cabeza de Guijo
TERMINO MUNICIPAL DEL ARENAL
El Arenal
El Hornillo
Cerro Gavito
Arroyo Berrocoso
Arroyo Najarro
Al Parador de Gredos por el Puerto del Arenal y la Cuevas del Valle
A Casas de Arroyo Castaño
Pedro Avellaneda
Convento de San Pedro de Alcántara
Arroyo San Pedro
Arroyo Arenal o Río Arenas
Torrejones
Arroyo de la Lancha
Fuente del Guijo
Arenas de San Pedro
Arroyo Arenal
Río Arenas
Guisando
Arroyo Relajo
Fuente del Venerón
TERMINO MUNICIPAL DE GUISANDO
PRO-INDIVISO DE ARENAS Y CANDELEDA
Norte (aproximado)
Carretera
Camino
camino seguido por el vagabundo
Límite de término municipal
TERMINO MUNICIPAL DE POYALES
De Candeleda
Poyales
Majada Gallito
A Mombeltrán
Casas de Arroyo Castaño
A. San Pedro Avellaneda
Convento de San Pedro de Alcántara
La Parra
De Arenas de San Pedro

El vagabundo sabe de sobra que todo lo que antecede, sobre un batiburrillo, es una pesadez solemne —¡que se lo digan a él, que se pasó una semana apuntando números!— pero confía en que se entienda que es una pesadez y una solemnidad que a alguien puede ser útil. En todo caso, por ella y por sus posibles pifias, pide perdón.

La mayor parte de los excursionistas —suponiéndolos en la ladera norte— llegan a la laguna y al pico Almanzor por el itinerario más clásico y conocido, que en modo alguno es el menos fatigoso, partiendo de Hoyos del Espino, por el puente del Duque. Don Manuel G. de Amezúa, que conoce la sierra bien conocida, dice que es indispensable y que encuentra muy difícil que tenga posible substitución. Don Abelardo Ribera, que también sabe lo suyo de estas cosas, opina que, saliendo de Hoyos y a pesar de la gran belleza de sus cercanías, la excursión carece de emociones y es poco artística; además —añade—, desde Hoyos no se domina el circo de Gredos y su laguna. El vagabundo quiere dejar constancia de que esto, desde luego, es una gran verdad. Don Abelardo piensa que «desde Bohoyo arranca el camino que reúne mejores condiciones para subir al Almanzor y a las Cinco Lagunas, sobre todo para los que gustan de hacer lo mismo que los demás, pero con calma y reposo, sin distraer energías ni esfuerzos que a nada conducen». Sabias palabras.

El vagabundo, que está en Bohoyos, rodeado de blasones heráldicos, bebiendo como un señor el áspero vino que le dan y mirando por la ventana, como una señorita, el esbelto dibujo que la sierra le ofrece, vota, en este trance, por don Abelardo, y no porque piense que tenga la razón —cosa harto secundaria— sino, simplemente, porque se la da. El vagabundo, en esto de las votaciones, suele ser siempre un tanto ecléctico, voluble y desapasionado; peor resulta —piensa— ser voluble, dogmático y pasional.

De otra parte, el vagabundo, como no es excursionista, ni aspira a salir en los papeles, juzga de mayor sentido no meterse —por donde nadie le llamó ni se le perdió cosa alguna— a escalar riscos y coronar cumbres y portillos, menester que entiende más propio de cabras que de cristianos, y deja a los demás el sudor de la gloria, frase tan briosa, y hueca, al menos, como aquella otra del penoso deber de la gobernación de los pueblos.

Desde el puente del Duque, frente a Hoyos del Espino, los caminantes de asnillo para la impedimenta, prismáticos para ver con el cristal lo que al cabo del tiempo podrían ver con los ojos de la cara, y linimento para restregarse boticas en los remos y costillares que mejor agradecieran el agua fresca, suelen meterse, sendero arriba y dejando a levante la pinada del Umbriazo, a tomar el primer sorbo de vino en el alto Durano o del Largar, más allá del pontón del arroyo de la Isla, entre la dehesa de Sanchiviesco y los Baldíos, y la hora y media, más o menos, de marcha. El puente del Duque es bello y de poético trazo y bucólico paisaje, pero, con él ya a popa, estos primeros cientos de pasos del viaje son monótonos y aburridos, polvorientos y sin horizontes.

Por la casa de Sanchiviesco vuela el zurdal. Por la casa de las Pértigas muge la vaca mansa, retoza el choto manso, pace el negro o ceniciento toro manso. Por la casa de la Isla un pastorcito canta *Piel canela*, dándole un entusiasta aire de polca. Más allá de la casa de las Pértigas, y antes de llegar a la casilla del Helecho, nace, tímido y pinariego, circunspecto e ilustre, el río Tormes; por lo menos, allí está la piedra que lo asegura.

Desde el alto Durano, volviendo la cabeza, se ven bien los pueblecitos del Tormes, sosegados, recoletos, íntimos; Navarredonda, a la derecha; Barajas, a su lado, y los dos Hoyos. A Navacepeda la tapa el cerro Chamuerco. Navalperal, Angostura, la Aliseda, Navamediana, Bohoyo, quedan detrás del risco Negro y de los Majanillos. Desde el sendero de los Ladrones, se oye, cuando hay fortuna y el viento sopla de donde debe, el viejo canto del zagalón montuno que aún cree —Dios le bendiga— que la radio da calambre:

Una palomita blanca
que ayer tarde bajó al rido,
se puso en medio del agua,
y allí cantaba
y allí bailaba,
el amor mío.
¡Ay, que se la lleva el agua!
¡Ay, que se la lleva el rido!

Tan dulce y angélico canto viene, rebotado en el aire desnudo, del prado que dicen de las Excomuniones. ¡Ave María Purísima!

La bajada a la junta de las Gargantas es suave y de tranquilo andar. El arroyo Covacha, de ruin presencia, tiene las lindes taimadas y traicioneras; si una caballería pierde pie, ya puede decirse que a la excursión se la llevó la trampa. Algunos llaman río Barbellido al reguero que baja del puerto de Candeleda y la Majasomera, por el llano que le da nombre, a recibir el arroyo de la Covacha en la junta de las Gargantas, para marchar, y ya con él a cuestas, a morir en el Tormes de Navacepeda. Algunos otros, para que haya variación, llaman arroyo de Prado Puerto al río de Barbellido, desde que nace hasta que se traga al Covacha, y guardan el nombre del río para dárselo a las aguas que se topan en las Gargantas.

Esto de los nombres doblados es un bien —que no un mal— de Gredos que, al principio, suele confundir al caminante. Sin embargo, para el vagabundo, más vale tener que desear. Dos cumplidas peñas que quedan no lejos del Almanzor, se llaman de diferente manera según que se las mire desde el norte o desde el mediodía: los serranos del Tormes, en su español sonoro, arcaico y mantenido, dicen el Picorucho al risco que los huertanos de la Vera, en su habla más extremeña que avilesa, nombran del Gutre; los mancebos de la trucha y la zamarra y el báculo pastoril, entienden, por canchal de la Galana, lo mismo que los mozos del pimentón y la blusa y la garrota del tratillo, conocen por pico de las Cinco Lagunas. Al Gutre, para mayor abundamiento, no falta quien le llama el Güetre, ni quien lo escriba el Huetre.

Más allá de la junta de las Gargantas, por la orilla derecha del río Barbellido o arroyo de Prado Puerto, según se le quiera llamar, va el sendero, mirándose en las claras aguas y entre piornos y ásperas piedras de raras figuraciones, hasta la garganta de Prado Puerto —los duros riscos de los Conventos, a la mano—, donde lo cruza en busca del amable frescor del prado Zas.

Si lo abrupto es hermoso, es hermosa la cañada de la Yegua, o de las Yeguas, encañonada entre peñascos y paredones que sobrecoge pensar que pudieran venirse abajo. Después de la rampa de las Escaleruelas, fatigadora y fuertecita, se llega sin mayor trabajo al hito de las Tres Cruces, al lado del refugio del Club Alpino. Las ordenanzas las sabe Julio Chamorro, perito en trochas y vericuetos y doctor en riscos, que vive en Hoyos del Espino. La

situación del refugio, a la vera del llano Barbellido, es práctica pero no bella o, por lo menos, no todo lo bella que pudiera ser. Desde el refugio no se pueden ver los picos del circo de Gredos —ocultos tras el Mozerón— que guardan la laguna Grande. Los picos del circo de Gredos, con el Almanzor por encima de todos, no se ven, ni una sola vez, desde la salida de Hoyos. Los parciales de este camino, que son muchos, apoyan su defensa en la bien medida razón de la sorpresa. El vagabundo que, desde esta vez, no viene por aquí, pero que ama a Gredos desde todos los rincones, certifica que la repentina y violenta vista de la sierra, desde la cuerda del Cuento y después de haber bebido fuerzas en la pura fuente de los Colgadizos, es algo que no se olvida jamás. El vagabundo, sin embargo, que ya no es tan joven, prefiere como ver venir las cosas. A ciertas edades, la lotería del paisaje —como tantas otras loterías— resultan naipes tan peligrosos como difíciles de jugar. Un factor de la estación de Puente Cesures, provincia de Pontevedra, solía decir que todas las cosas tienen su tiempo. El factor de la estación de Puente Cesures, provincia de Pontevedra, se llama Fidel Figueirido López y disparaba los cohetes como nadie. Fidel Figueirido López, que enredaba con las letras de su gracia a las bonitas suertes del escamoteo, porque para eso eran suyas, redondeaba su nombre de pila con una *e*, robustecía el apellido paterno comiéndose la *u* y suavizaba el de la madre, ya dulce de por sí, cambiando la *z* gafe por una s gentil.

—¿Cómo se llama usted?

—Fidele Figeirido Lópes, para servirle.

Fidel Figueirido López, sobre sus buenas mañas de gramático y fogueteiro, siempre brilló por su ecuanimidad y su recto sentido.

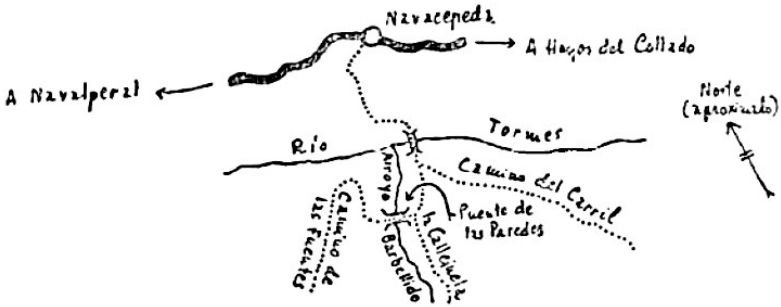
El vagabundo que, desde Bohoyo, piensa llegarse hasta estos andurriales pone punto, en la piedra de las Tres Cruces, a la fábula de esta ajena andadura.

Desde el parador de Gredos y desde Navarredonda, aunque también hay sendas que no se pierden, los excursionistas suelen llegarse por carretera hasta Hoyos. Los caminos de monte del parador y de Navarredonda son más largos y complicados.

Desde Navacepeda, dos senderos orientan hasta la junta de las Gargantas —el del Carril y el de la Calleja o de la Callejuela— y otro, cruzando el Barbellido por el puente de las Paredes, trae, por

un nuevo decorado, hasta el llano de Barbellido y su mojón de las Tres Cruces. Aquello de que en el medio está la virtud, es sentencia que falla hablando de los caminos de Navacepeda: el de la Callejuela, siempre a la vista del Barbellido, con el del Carril, a levante, y el de las Fuentes, a la otra mano, es el peor de los tres.

Pasado el río, hay dos cruceros —el de la puente del Tormes y el de la puente de las Paredes— y tres caminos, muy cerca uno del otro: el de la izquierda es el que llaman del Carril; el del centro, el de la Callejuela, y el de la derecha, salvando el Barbellido, es el de las Fuentes.



El camino del Carril sale pegadito al Tormes, y en el otro sentido, para llegar al prado de las Excomuniones, después del Reventón y el Lazarejo y el cerro de las Cruces. El camino del Carril deja al Tormes en los Navarejos, guardados del sol por el cerro Chamuerco, y sigue por la Fuenfría y el cabezo de la Cabra a empalmar con el terreno conocido.

El camino de la Callejuela, que deja a estribor el cerrillo de la Puente, pasa al pie de la fábrica de la luz y llega a la punta de las Gargantas por los parajes de la Veguilla, los Mellizos, el Atajo y los Canalones. Es senda tan dura y aburrida como poco recomendable.

El camino de las Fuentes o de las Pozas, de piso cómodo y más abierto horizonte, se cuela, tras saltar la limpia corriente del Barbellido —donde canta la trucha—, en busca de la cuerda de las Muelas que, por la cerca del Pano, que levanta la perdiz, y el regajo de las Cuerdas, donde la sanantona brinca, deja en la fuente de los Majanillos, de vista bella y dilatada por los dos puntos. Entre el risco Negro, las peñas de Roncesvalles y el Artiñuelo —por el este— y la cuerda del Cuento, que le tapa la garganta y el circo de Gredos

—por el oeste—, se vuelve a cerrar la vista por la garganta de las Pozas, que bordea el corral de las Lanchas y el Collaotejao; que bebe en las fuentes del Chorrito y de la Víbora, y que salva, como quien no lo quiere, el regajillo de las Chorchas, o de las Chochas, para perderse, dejando las Pozas —que son cinco, como las lagunas— a la derecha y al sur, en el llano Barbellido.

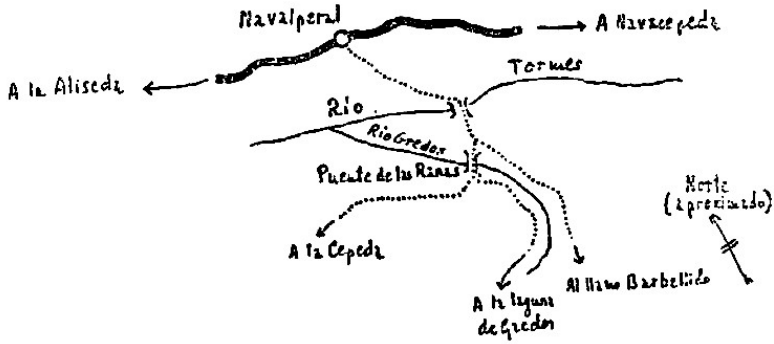
Desde Navalperal también hay un camino —o camino y medio— que lleva hasta las Pozas y el prado Barbellido, y otro que deja, a fuerza de piernas, en la laguna Grande. Desde el puente de Navalperal se sigue, para la primera ruta, el sendero que va por la orilla derecha del arroyuelo que por allí corre y que unos llaman garganta del Pinar o del Pilar; otros, garganta de Gredos o de la Laguna, y aún otros, garganta de las Pozas. El vagabundo, en sus geografías, piensa que de cualquier suerte pudiera nombrársele, ya que lo cierto es que el agua que pasa bajo el puente de las Ranas, para entregarse —lozano y fresco presente— poco más abajo, al Tormes de Navalperal, tanto trae de las Pozas, por su garganta, como de la laguna Grande, por la de Gredos, como de las Cinco Lagunas, por la del Pinar. Hay quien llama, a estas reunidas aguas, río Gredos o arroyo de Navalperal, costumbre que el vagabundo reputa por certera y conveniente ya que con ella, cuando menos, se solventaría un siempre enojoso pleito de prelaciones.

Pues bien, por la derecha del arroyo de Navalperal y sin cruzar el puente de las Ranas, la senda, por la Navalahondura o Navahondonera y la Navasomera, nos sube hasta la Navazuela que, por el prado Povea y el regajo del Maíllo, lleva al pobrecito puente de Roncesvalles, sobre la junta de la garganta de Gredos con la de las Pozas. La otra garganta —la tercer garganta en discordia—, la del Pinar, se asomó ya al río Gredos, frente a la Navahondonera, en el punto que dicen de los Rollares del Soto.

Desde el pontezuelo de Roncesvalles, el sendero, garganta arriba y sin posible pérdida, muere en el llano Barbellido. El otro medio camino —desde Roncesvalles— sube hasta la cuerda del Cuento, por el charco de las Alas, y baja hasta el mojón de las Tres Cruces por la fuente de los Colgadizos. Es trocha mala de pelar.

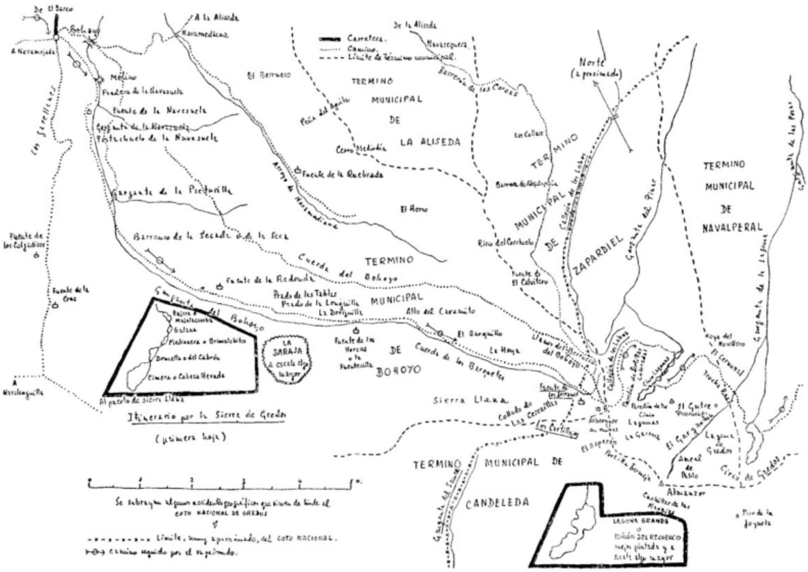
El tan mentado llano Barbellido, con su hito de las Tres Cruces, su refugio y sus Pozas, es un poco la encrucijada de Gredos y la base de operaciones de sus montañeros.

El otro camino, el que desde Navalperal lleva a la laguna Grande, sí cruza el puente de las Ranas para ganar la orilla izquierda del río Gredos.



El vagabundo advierte, de pasada, que las manos —derecha o izquierda— que usa al hablar de las aguas en movimiento, no son las suyas —que, humanas e indecisas, tanto pueden ir para arriba como para abajo— sino las del río, arroyuelo o garganta de que venga hablando y que, más constantes y leales, corren siempre en la misma dirección.

Pasado el Puente de las Ranas, el camino se bifurca; el que conviene tomar es el de la izquierda, ya que el otro se esfuma hacia la falda de la Cepeda, o aun antes. El que se aconseja, empieza a subir, entre piornos, hasta la junta de los Rollares del Soto, donde se endurece en pos del cerro de las Peñas, del Guijo y de la fuente del Churrital. Como la andadura es cumplida, el caminante, que no va a apagar ningún fuego, puede echar un ojo a lo que se ve, que no es manco. Por el prado del Cervunal y la hoya del Novillero se toma ya la línea recta, más o menos recta, de la laguna, que brilla, en su recuenco, más allá de los Barrerones, de las dos hoyas Nevadas —la bajera y la cimera—, del alto de Pinarejos, del Gargantón y del risco Moreno.

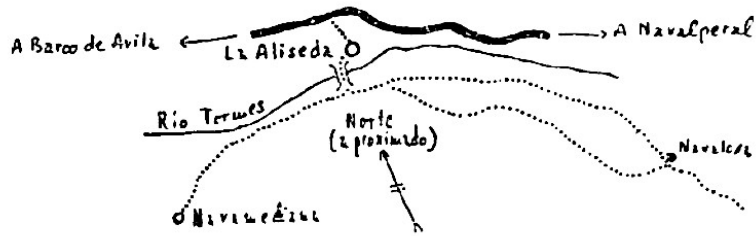


De El Barco
A Navamojada
Molino
Fuente de la Navazuela
Garganta de la Navazuela
Garganta de la Pedruilla
Barranco de la Secada o de la Seca
A la Aliseda
Navamediana
El Berrueco
Peña del Aguila
Cerro Mediodía
Fuente de la Quebrada
El Horno
TERMINO MUNICIPAL DE LA ALISEDA
De la Aliseda
Navarreguera
Barranco de los Corzos
Carretera
Camino
Límite de término municipal
Norte (aproximado)
Los Collaos
TERMINO MUNICIPAL DE ZAPARDIEL
Riscos del Corchuelo
Fuente El Calvitero
Garganta del Pinar
TERMINO MUNICIPAL DE NAVALPERAL
Garganta de la Laguna
Hoya del Novillero
El Cervunal
Cuerda del Bohoyo
TERMINO MUNICIPAL DE BOHOYO
Fuente de la Redonda
Prado de las Tablas
Prado de la Lonjuilla
La Dorzuilla
Alto del Cazamito
El Barquillo
La Hoya
Cuerda de los Barquetes
Fuente de las Horcas o la Fuentecilla
LA SARAJA a escala algo mayor
Fuente de la Cruz
Fuente de los Colgaderos
Gargantillas
Mojetecumbre
Galana
Medianera o Brincalobitos
Dracella o del Cabrón
Cimera o Cabeza Nevada
Al puerto de Sierra Llana
Sierra Llana
Collado de Las Cervasillas
Los Cortillos
El Asperón
Portilla Bermeja
Cinco Lagunas
La Garona
El Gutre o Brincaleras
Laguna de Gredos
Amoral de Pablo
Circo de Gredos
Almanzor
Pico de la Joyuela
TERMINO MUNICIPAL DE CANDELEDA
LAGUNA GRANDE o RIÑÓN DEL RECHERCO mejor pintada y a escala algo mayor
Itinerario por la Sierra de Gredos
(primera hoja)
Se subrayan algunos accidentes geográficos que sirven de linde al COTO NACIONAL DE GREDOS
Límite, muy aproximado, del COTO NACIONAL.
Camino seguido por el expedicionado.

El Cervunal es prado, y también mogota, en cuyo nombre gusta de distraer su pensamiento el vagabundo que, a veces, nota como unas raras ráfagas de sabiduría dándole calor al seso. *Cervunal*, de la mano viene, debe valer por lugar de cervunos, como *trigal* de trigos, como *canchal* de canchos y como *escorial* de escorias. *Cervuno*, para las autoridades oficiales, es lo que pertenece o se parece al ciervo, como *vacuno* de vaca, *chotuno* de choto y *montuno* de monte. La misma palabra, para algunas autoridades que van por liebre, nace de más atrás, y de más vetusta cuna, y la hacen venir del color de la cebra o del asno salvaje. El vagabundo —Dios lo coja confesado— se permite suponer, lleno de aprensiones y de cautelas, que la razón anda, así, así, y más o menos a partes iguales, entre quienes votan por el ciervo y quienes optan por la cebra, rumiantes tan estimables como decorativos que, probablemente, no anduvieron jamás por Gredos. Para el vagabundo, *cervano* es vieja e ilustre voz que se refiere a lo que pertenece o se parece a la cebra —y en esto apuntan bien los unos— sin olvidar que *cebra* —y en esto aciertan los otros, que lo ponen en el diccionario— es el nombre antiguo de la cabra montes. El vagabundo —y la lógica y el buen sentido tampoco están en contra suya— piensa que *cervunal* es algo así como paridera o paraje de buena querencia de la cabra montés.

Desde Angostura, aldea de Zapardiel, no sale ningún camino que suba a la sierra. Por el callejón de los Lobos podría llegarse hasta el risco Redondo, lugar donde el camino muere.

Saliendo de la Aliseda hay un camino, el de la izquierda, que puede llevar hasta la fuente de los Serranos y aún más allá; el sendero contrario, el que sigue las aguas, deja en Navamediana, aldeíta de Bohoyo. El de la Aliseda al monte, a poco de andar todavía del puente, vuelve a abrirse en dos, que cualquiera sirve ya que se encuentran, a la hora corta de camino y después de la Eresuela, en la casa de labor que dicen Navalosa.



Tras la Navasequera —y dejando a la espalda el praderío de las Planas— aparece el barranco del Corzo, o barrerón de las Corzas, escondido del Periquito Mocho y del modesto, aunque esquivo y viudo, risco del Rayo. Por los Collaos y el muro de Alojalapeña se llega al Roquedal del Corchuelo y, poco más adelante, a la fuente del Calvitero. Por el callejón de los Lobos, ya contado, se alcanzan, andando siempre hacia el sur, la fuente de Serranillos, o de los Serranos, y las ruinas del refugio de Bohoyo.

Desde Navamediana, y por su garganta, que algunos confunden —cosa no difícil— con el barranco del Corzo o gargantilla del Berrueco, se puede salir a merendar a la fuente de la Quebrada, poco antes de perderse el camino.

Bohoyo es pueblo que cae al sur del Tormes, entre el agua y la sierra; a su aldea de Navamediana le ocurre lo mismo. Bohoyo y su aldea de Navamediana son los primeros pueblos que ve el Tormes al sur, en el camino de la sierra, desde que nace. El Tormes, agua de sierra, no quiere pueblos a la orilla de Gredos, pueblos que le distraigan de la visión de Gredos, del aroma de Gredos, de su tacto. A Gredos, un poeta cantor del Tormes —ya se dijo—, don Miguel de Unamuno, le llamó espalda de Castilla. El Tormes gusta de ver, de oler y de tocar desnuda la espalda de Castilla, quizás para después contarlo —ya pícaro y fanfarrón: el pecho hinchado y la mirada sabia— a los atónitos escolares llenos de ideas y a los resignados y añorantes maestros de la dorada Salamanca.

—¡Buena pieza, este Tormes!

—Sí, señor, ¡pero que le quiten lo bailado!

Al vagabundo, en Bohoyo, plantel de capitanes de Castilla, una dama enlutada le cobró afición. Al vagabundo, en ocasiones, se le transparentaba un misterioso airecillo de mando muerto.

—¿Muerto por el rayo?

—Quizás… O por el lobo, o por el tren, ¿qué importa?

Al vagabundo —de cuando en cuando, le sucede— le brota, cuando menos se piensa, un halo extraño, muy de marido muerto.

—¿Qué le pasa a usted, buen hombre, que parece que tiene como la color tomada y afiebrado el mirar?

El vagabundo, como sin querer, adoptó un gesto tenuamente importante.

—Nada, ¿por qué?

—No… Me había parecido… Usted disculpe…

El vagabundo, que está en Bohoyo, arropado en piedras heráldicas y bebiendo como un señor —o como un marido bienamado— el áspero y sabroso vino tinto que la dama de luto le da, no pudo resistir la tentación.

—Señora, lamento en el alma parecerme a su esposo, que en paz descanse.

La dama de luto bajó el mirar. Los vencejos volaban, en zigzag, tras el mosquito. A la dama de luto le retembló la conciencia. La mosca del vino no es mala, se escupe y a otra cosa. La dama de luto habló con un nudo en la garganta. El sol del monte fue testigo de que en aquel momento estaba bella.

—¡Calle!

La dama de luto rompió a llorar. El vagabundo, que se sintió poderoso como un patriarca, se mesó la barba sin dirigirle una sola e inoportuna palabra de consuelo. La dama de luto —aquella noche memorable lo pudo demostrar— tenía una despensa bien provista; una bodega suficiente; una cocina honesta; una cama de cinco colchones; un camisón de lino de manga larga, con pasacintas por el decente escote y tira bordada en el jaretón y en las puñetas; una mata de pelo que le llegaba a la cintura, y muy poco sueño. El vagabundo, sin saber del todo por qué, ni por qué no, tuvo el presentimiento de que así debieron haber sido las primas de doña Berenguela.

—¿Y usted, anda siempre?

—Siempre, no, señora. A veces, cuando la ocasión merece la pena, me paro a contemplarla.

La dama de luto sonrió, agradecida.

—¿Más judías con chorizo?

—Bueno.

El vagabundo, quizá por aquello de que a la ocasión la pintan calva, se comió tres platos de judías con chorizo, una perdiz escabechada y medio jamón, de postre; se bebió lo que le dio tiempo de trasegar y, recordando que de grandes cenas están las sepulturas llenas, procuró hacer la digestión despierto. Corramos un tupido velo.

Aún de noche, con la garduña amándose, a grito herido, por los canchos del Juego de Pelota, el vagabundo se echó al camino con ánimo de cruzarse Gredos en un día; saliendo temprano, y sin necesidad de forzar el paso, el viaje puede hacerse bien, siempre —claro es y natural— que el hombre que va de marcha no se meta a escalar cumbres ni hacer gimnasias, ni se aparte, tampoco demasiado, del sendero.

De Bohoyo salen cinco caminos: al norte y salvando el Tormes, el ramal que empalma con la carretera de Barco de Ávila a puerto del Pico, entre la venta del Lobero y la del Gamonal; al sur, por los Garellanes, el que lleva a Navalonguilla y al puerto de sierra Llana, después de abrirse en dos, más allá de las fuentes de los Colgadizos —nombre que se repite— y de la Cruz; al oeste, por la Serradilla, el que deja en Navamojada y los Guijuelos, y al este, y saltando o sin saltar la garganta de Bohoyo, el que acerca a Navamediana y el que mete, por el monte arriba, hasta la fuente de los Serranos; a este último camino le llaman Coba. El sendero de Navamediana también se parte en dos, no más pasada la garganta del Bohoyo: el de la izquierda entra en Navamediana, por su reguero; el de la derecha sigue la garganta y se encuentra, en la Preturilla, con el camino que va del pueblo a la sierra.

Es aún la noche oscura y el vagabundo, puede que para no gastar las pocas fuerzas que en Bohoyo le dejaron, desgrana, pasito a paso y silbandillo, la pagana y dulce letanía de las Navazuelas, la amena y mañanera adivina adivinanza de las Navazuelas.

—Por el molino de la Navazuela…

—Corre el agua.

—Muy bien. Por la pradera de la Navazuela…

—Canta la rana.

—Muy bien. Por la fuente de la Navazuela…

—El aire silba.

—Muy bien. Por la garganta de la Navazuela…

—Cruza la vulpeja.

—Muy bien. Por el portachuelo de la Navazuela…

—El día rompe.

—Muy bien. ¿Cómo rompe el día por el portachuelo de la Navazuela?

—Por el portachuelo de la Navazuela, el día rompe como Dios manda: azul y blanco, fresco y muy limpio, rosa y azul.

Los alborotadores pájaros de la garganta de la Preturilla, no enmudecen al paso del vagabundo. Por el barranco de la Secada, o de la Seca, huye, torpe y despavorido, el tierno perdigón; si el vagabundo anduviera de hambre, los hubiese podido cazar con la boina. Desde la fuente de la Redonda, antes de los prados de las Tablas y de la Longuilla, se ve un mundo hermoso y solo, duro y violento, que atrae como cuentan que atrae el mar. El moro Almanzor eligió bien el decorado donde templar a sus hombres para la guerra.

La fuente de los Horcos, subida ya la Doriguilla, mana un agua que corta. El vagabundo, que es lo bastante sensato como para no probar a lavarse en ella, se estremece solo de pensarlo. Desde el mojón del Caramito se atisba, probablemente, medio mundo. La cuerda de los Barquetes, por el Barquillo y por la Hoya, muere en el llano del berrueco de Bohoyo, con la fuente de los Serranos a la linde. En la fuente de los Serranos empieza, por este lado, el coto nacional de Gredos.

El vagabundo, que lleva ya casi cinco horas andando, también es cierto que sin prisas, se sienta a descansar y a beberse un tiento de vino en la fuente de los Serranos. El vagabundo, a fuerza de leguas y más leguas, aprendió que el agua, aun la mejor, es mala y no sirve ni para quitar la sed. El agua vale para apagar la sed del borracho, que es como un fuego que nace del bandujo, mas no la del caminante, que es distinta, que es como un paralís posado en el gañote. El vagabundo —por lo menos, tal hace— mata su sed con un lento sorbo de vino blanco, ni frío ni caliente. El agua, si no es en cuartillos, no sujeta la sed del caminante. Y a cambio —trueque ruin— le encharca el cuerpo y, si se lo coge mal o destemplado, le suelta las azacayas del vientre.

Después del tiempo de fumar dos pitillos, el vagabundo, por el callejón de los Lobos, entre el risco de las Hoces y el paredón de

Portillas Coloradas, sube a encontrar las Cinco Lagunas buscándolas por el norte, su camino más fácil. El vagabundo, ante las dulces y bien dibujadas Cinco Lagunas, piensa, entre otras amenidades, en la mala suerte y peor sombra de Gredos con alguno de sus bautismos. En el ejemplario de lo que el vagabundo piensa, las Cinco Lagunas no son suceso único; al circo de Gredos y a la laguna Grande, les duele el mismo mal. El vagabundo tiene para sí que es humilde fortuna, en estos menesteres, tomar el rábano por las hojas, ascendiendo a nombre lo que no es más que condición. Para el vagabundo, llamar las Cinco Lagunas a un grupo de cinco Lagunas, o el circo a un circo —o anfiteatro, o concha, o herradura, o recuenco, o rinconada, o seno; que de todas las maneras hablan los entendidos—, o la laguna Grande a una laguna grandecita, no es buena señal o, por lo menos, no es muestra de feliz ingenio. A veces, escapan a esta general condena —piensa el vagabundo— las palabras salvadas por su propia nobleza y sonoridad; no es malo hablar del Gargantón, ni del Berrueco, ni de la cabeza Nevada, ni del Calvitero; tampoco lo es guardar los viejos adjetivos: el Venteadero, hoya Nevada Cimera, los Pinarejos. Lo malo, para el vagabundo, es mezclar la pulida palabra del señorito con el paisaje agreste del pastor. De esa coyunda no puede nacer sino hijos muertos. En España —viejo país— cada rincón tiene su nombre, no hay más que buscarlo. Por la Alcarria, en otro de sus viajes, el vagabundo se topó, más allá de las Tetas de Viana, por Viana y por la Puerta, con un regato sin nombre, con un riatillo hospiciano y sin papeles que daba pena verlo. La gente, que había perdido la memoria de cómo se llamaba, le decía, incluso con ternura, el arroyo. Un viejo le contó al vagabundo, casi en secreto, que en sus tiempos, hace ya muchos años, el arroyo era el arroyo Solana. Por Gredos pasó la misma borradora y cruel esponja, llevándose los nombres por delante. El vagabundo, a fuerza de preguntar y no sin suerte, apuntó en su cuaderno la gentil geografía que ahora enseña, por si a sus amigos place el conocerla: a las Cinco Lagunas, Sebastián Martín, natural de Navalguijo, lugar de Navalonguilla, de oficio pastor y de edad que no precisa, les llama la Baraja; contadas de sur a norte, les dice Cimera o Cabeza Nevada, Doncella o del Cabrón, Medianera o Brincalobitos, Galana y Bajera o Majalaescola. Al circo de Gredos, lo nombra Recuenco de Almanzor, y a la laguna

Grande, marcando las erres con soberbia, el Riñón del Recuenco.

Más o menos entre las lagunas Cabeza Nevada y Doncella, un poco antes de la junta, el vagabundo sube sudando hasta el paso de la Portilla, donde encuentra la trocha real. Con el Picorucho al sur y a la mano, el vagabundo sale al Gargantón, por donde corre, entre tierna yerba, el hilo de agua que viene del Ameal de Pablo; ameal dícese por almiar. En el cielo del Picorucho se cuelga el águila lenta y majestuosa. Por la hoya Nevada Cimera y sin dejar la trocha real, el vagabundo, bordeando el risco Moreno por el norte, baja hasta la garganta de Gredos, el único camino que lleva a la laguna. Por los muros del Morezón, dos machos monteses, poderosos, ágiles y esbeltos, trepan la peña que lleva al alto del Morezón y al pico de la Joyuela; joyuela no quiere valer por joyita sino por hoyuela. El vagabundo, que no es cazador, ni tiene ni arma ni permiso, los mira escapar, cancho adelante, sin desilusión ninguna; quizás, incluso, con cierta honesta y sosegada alegría. Después de todo, bastante ha sido que se dejasen ver. La cabra de Gredos es animal que pasta de noche la amarilla flor del piorno, la sabrosa oraga, el té silvestre. Por el día, la cabra de Gredos duerme, encuevada entre riscos.

El montés es el animal totémico de Gredos, la bestia sagrada que el cazador —la ira sacrílega en la boca de fuego— acabaría por desterrar, si la ley no lo sujetase, con las traidoras artes del rececho; y aún menos mal que el ojeo, como el cané, es suerte prohibida. El montés, o íbice, o bucardo, salvo en la época del celo, de Todos los Santos a la Navidad, se ordena en el monte como los niños en la catequesis, por sexos y en rebaños aparte y separados; a veces, a los machos viejos, aquellos a quienes ya nadie quiere, se les ve vagar, con sus doce años a cuestas, abrumados —todo pudiera ser— por la torturadora idea de no haberse sabido morir a tiempo. El vagabundo no lo vio por sus ojos, pero piensa que debe ser triste el espectáculo de un viejo cabrón, fantasma ya de lo que fue, hundido a cabronadas por los mismos que, en tiempos, le temieron.

El montés es de color rojizo, con los costados, las patas y las nalgas negros, áspera crin al cuello y medrones rugosos y potentes que, la vez que más, dieron noventa centímetros. Por Gredos quedan alrededor de las dos mil cabezas, pudiera ser que más, de las que las tres cuartas partes son hembras o chivos, chivatos y chivarros.

La laguna de Gredos —acertara Sebastián Martín, el pastor sin edad— es un inmenso riñón de agua nítida y bien filtrada, de agua tan bella y pura que casi dan ganas de bebérsela. En el fondo de las aguas de la laguna, según cuentan y es lo más probable, habita una bruja que, en tiempos, fue una alta dama de la Vera de Plasencia a quien, un mal querer, hechizó; la bruja de la laguna vuelve desamoradas a las doncellas que se miran en su agua. La laguna de Gredos llena parte de la hoya Antón y se escurre, por la garganta de Gredos, entre el Morezón y el risco Moreno, los Barrerones y la hoya Nevada Cimera, la cuerda del Cuento y los Pinarejos. En las aguas de la laguna, juegan las altas peñas del recuenco a mirarse al espejo. El recuenco de Gredos tiene forma de herradura, estrecha y un poco curvada, abierta por el norte. Por los otros puntos, marchando como va la luz del día y como andan, con la estrella Polar en las doce, las manos del reloj, se enseñan, bravíos y rigurosos, el espaldar del Morezón, el risco del Fraile, la Joyuela, los Hermanitos, el Almanzor, el Ameal de Pablo y la mogota del Cervunal. Los Hermanitos guardan, a espaldas, el Casquerazo y el Francés, la portilla de Cobos y la de los Mochos, el risco Vicente, la canal del Esbirladero y el cuchillar de las Navajas: la más fea y dura y desabrida tierra de Gredos.

De nuevo en la trocha real, el vagabundo, por los Barrerones, cruza la cuerda del Cuento para meterse, cara a la fuente de los Colgadizos, que lleva al prado Barbellido, por el camino que, por detrás del Morezón, deja en los regajos Llanos y en la Majasomera y su refugio real, que es poco más que un chozo de pastores.

Al decir del sol debe ser ya el mediodía largo —más bien la media tarde— y el vagabundo, que nota en las piernas las cinco leguas más duras que anduviera en sus días, se decide a llegarse hasta el puerto de Candeleda, que queda enfrente y no difícil de alcanzar, por ver de animarse con la saludable contemplación de la cuesta abajo. Más allá de prado Puerto, en el prado que dicen del Corralejo, al pie de la fuente de los Zurrones o de Vaciazurrones, el vagabundo, que no estaba por dormir en el monte, se zampó como un lobo los gozos de la merienda que, tan amorosamente, le preparara su caritativa y pretérita coima serrana, su tronga viuda y nunca bien ni bastante alabada, su manceba que Dios quiera y disponga consolar con estallantes consuelos de mancebía más alta.

A la vista, y dijérase que mismamente a la mano, la huerta de la Vera pintaba sus verdes y sus colorados desde los horizontes cacereños de Plasencia y de Navalmoral de la Mata, hasta los toledanos confines de Puente del Arzobispo y de Talavera de la Reina, con los pies en el Tajo. Y en medio, Candeleda, agazapada y gris, el pueblo más grande de Ávila, se ofrecía como un seguro —y quizás ya ganado— asilo.

Por las tres Iruelas —cimera, medianera y bajera— el vagabundo se dejó caer como un atropellador suspiro. Por la tercer Iruela, entre el collado Carraleza y el pico Cereceda, pasa la raya del coto nacional de Gredos. Por la casa del collado Enebral, entre robles y algún enebro de recuerdo, vagan las sombras de Paco Blázquez Pirejo, alias *Lobo*; de Isidoro Blázquez —guarda mayor del coto, en tiempos idos—, manco de un petardo que le reventó en la mano mientras el rey cazaba, y de Jacinto González, su cuñado, el hombre que sabía fabricar el queso como nadie. Por la casa del collado Enebral, el vagabundo se llevó, dándole vista, la mano diestra al vuelo de la boina.

Más abajo del puentecillo, diz que romano, del Puerto, donde la Blanca y la Lóbrega se unen para llamarse garganta de Santa María, el vagabundo se arrimó a un pastor que, con los labios en la palma de la mano se esforzaba en fingir el triste chillo del conejo que cayó en el lazo.

—¿Qué hace?

—Ensayo, ¿no lo ve?

Por la vega del Tiradero suele cruzar el zorro, al alba y a la caída de la tarde, en pos del conejo preso, en busca del conejo que no acaba en el buche del cazador, sino en la lista tripa del que antes lo encuentra. No es fácil imitar el doliente chillo sin esperanza del conejo enlazado, del animalito que, sin saber qué le ocurre, no acierta a desasirse. Algunos alimañeros, como el pastor que se adiestraba en el puente, reclaman haciendo la pedorreta sobre la mano desnuda; otros, prefieren soplar sobre una hoja de encina. Esto va en gustos.

En la fuente del Sauce, pasada la junta de la Medina, un mozo con aires de estudiante toca, en el acordeón y poniendo mucho sentimiento, un amable valsecillo parisién; a su lado, una muchacha con trazas de hija de familia, guarda en una cesta de mimbre los

grasientos papeles del filete empanado y la digestiva tortilla de patatas. La verdad es que son una pareja muy civil. Lo más probable es que, a pesar de lo jóvenes que parecen, estén ya casados. Los solteros no es costumbre que anden solos por el monte.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Por la Tijera, dos niños andan a pájaros con el silencioso y eficaz tirachinas.

—¿Caen muchos?

—¡Vaya, no hay queja!

Por la Cachana, dos viejos pasean al último solecito de la tarde.

—¿Viene de Gredos?

—Sí, señora, de Bohoyo.

—¿De Bohoyo? En Bohoyo tenía yo un sobrino que se parecía a usted, en los andares… Al pobre lo mató una chispa, va ya para un año… No sé lo que se habrá hecho de la viuda… A lo mejor se casó otra vez… Ya sabe usted lo que son las mujeres de hoy en día… Era una guapa moza, esa es la verdad…

Candeleda es villa cumplida. En Candeleda hay inmigración, como en América. Los mozos de Ávila y de Toledo, de Cáceres y de Salamanca, no cruzan la mar, pero cruzan la sierra.

Si vas a Candeleda
vuélvete al Hoyo,
que los candeledanos
son el demonio.

Los candeledanos no son el demonio. Al vagabundo, en Candeleda, le dieron de comer y de beber. Candeleda tiene de todo; es como el Arca de Noé de los tres reinos de la naturaleza, a saber: el animal, el vegetal y el mineral. En Candeleda se cría el tabaco y el maíz, el pimiento para hacer pimentón y la judía carilla, sabrosa como pocas. El término municipal de Candeleda mide alturas para todos los gustos y voluntades, desde los cuatrocientos metros hasta cerca de los dos mil seiscientos. En Candeleda, a la vista de las nieves perpetuas, florecen el limonero, el naranjo y el almendro. Candeleda muestra fresnedas y robledales, higuerales y piornales, castañares, pinares y olivares. El término municipal de Candeleda, mal medido, da ochenta leguas cuadradas, sin contar el proindiviso

con Arenas de San Pedro. En Candeleda hay cancho y praderío, huerta y majada, pan, vino y aceite. En los riachuelos de Candeleda brota, entre truchas, el cimbreante junco y, entre ranas, la airosa espadaña. En el campo de Candeleda se enseña la glauca flor del piorno, la alba margarita de la manzanilla, la campánula rosa, morada y azul. En los balcones volados de Candeleda crecen el geranio y el clavel, la albahaca y el botón de la rosa francesilla, el fragante dondiego que unos nombran donpedro y otros dicen donjuán, el nardo y el jazmín.

El vagabundo, en el parador de Carrasco, se metió en jarana con unos arrieros que no querían llegar a Madrigal de noche. Madrigal de la Vera, el primer pueblo de la Extremadura, está a dos leguas de Candeleda, en terreno más llano. A uno de los carreteros le faltaba un ojo.

—Pero veo lo mismo, no crea. Esto de tener todo a pares, siempre es una ventaja, ¿verdad usted?

El mulero tuerto que se encaró con el vagabundo, se sintió clerical.

—¿Viene usted a la Virgen de Chilla, por una promesa?

—Pues, no…

El recuerdo se vio catastral.

—¿Es usted de Toledo?

—Pues, no…

El cangallero se notó comercial.

—¿Viene a comprar pimentón?

—Pues, no…

El carrero se presumió gubernamental y oficial.

—¿Lo han visto los civiles?

—Pues no…, tampoco.

Después del interrogatorio, el inquisidor y sus colegas rompieron a cantar flamenco y a beber. El vagabundo pagó una botella y todo marchó, impensadamente, en orden.

—¡Coño, el barbas! ¡Y a mí que me había parecido usted un fraile escapado!

—Pues no…

En Candeleda hay lobos y monteses, zorras y garduñas, liebres y conejos, perdices y codornices, águilas y cigüeñas y pájaros variados, pavos y patos y palomas, gallinas del país y gallinas de

raza leghorn blanca y de raza castellana negra, mariposas de mil colores, grillos con el lomo rubio, saltamontes verdes y saltamontes pardos, escarabajos de color de oro y coloradas mariquitas con lunares de azabache, avispas silvestres y abejas de la miel.

La Virgen de la Chilla tiene la ermita —vistos prado Lobero y las Posadas— entre árboles que no abrazan dos hombres cogidos de las manos. La Virgen de la Chilla sujetó, a chillidos, la navaja del marido que pensó que lo mejor era partir en dos el corazón del amante de su mujer: esta tan cristiana jurisprudencia no suele tenerse en cuenta en el derecho positivo. La Virgen de la Chilla, en cierto modo, podría entenderse como la patrona de las malmandadas; hay algunos que, a la malmaridada, se conforman con decirle casada infiel. La Virgen de la Chilla, en más abierto y liberal sentir, también puede tomarse por patrona de los enamorados.

Al olivo, al olivo,
al olivo subí.
Por cortar una rama,
del olivo caí.
Del olivo caí,
¿quién me levantará?
esa gachí morena
que la mano me da.
Que la mano me da,
que la mano me dio,
esa gachí morena,
es la que quiero yo.

—Santísima Virgen de la Chilla, detén la cabritera del mando de esta gachí morena que la mano me dio. Amén. ¡Ay, Catalina, en qué charcas me metes! ¡Ay, Catalina, qué buena estás! ¡Ay, Catalina, quién te pillara! ¡Ay, Catalina, en el naranjal!

Catalina, Catalina,
Catalina, la torera,
la visten de señorita
los mozos de la ribera.
Los mozos de la ribera,
también los de Alejandría,
y a verte vengo de noche

porque no puedo de día.
Porque no puedo de día,
que me voy a mi trabajo,
los amores se te quedan
en la ventana de abajo.
En la ventana de abajo,
en la ventana de arriba,
quédate con Dios, Paloma,
que me voy para Melilla.
Que me voy para Melilla,
con el moro a pelear,
quédate con Dios, paloma,
paloma del palomar.

Como el vagabundo no anda por estas vistas, y bien le duele, al tiempo de la función —segundo y tercer domingo de septiembre—, se queda sin la romería, llevándose, a cambio y a cuestas, las ganas de haber sido romero y mendigador de las amables gracias de Nuestra Señora. Otra vez será.

A los dos días con sus noches de trotar por Candeleda y de mirar —¡ay, Catalina!— a las candeledanas, que son las mozas más bellas de todo el confín del reino, el vagabundo, alegre de verse acunado por la abundancia, salió al caminito, pián, pianito, como un ladrón. Frente al Rasillo, un picapedrero canta la vieja copla, mientras lía el paciente y duro tabaco de la holganza.

¿Cómo quieres que tenga,
retimba, retimba, retama, retamilla
la cara blanca
si soy carbonerillo,
retimba, retimba, retama, retamilla
de Salamanca?

Itinerario por la Sierra de Gredos
(segunda hoja)
TERMINO MUNICIPAL DE NAVALPERAL
A Navalperal
A Navacepeda
A Hoyos del Espino
Refugio del Club Alpino
TERMINO MUNICIPAL DE NAVACEPEDA
Laguna de Gredos
Circo de Gredos
Circo de las Pozas
Refugio del Rey
Risco del Fraile
Puerto de Candeleda
El Corralejo
Al Puerto del Peón
La Mira
Los Galayos
Pico de la Joyuela
El Francés
Fuente de Vaciazurrones
PRO-INDIVISO
DE
ARENAS Y
CANDELEDA
TERMINO MUNICIPAL DE GUISANDO
TERMINO
MUNICIPAL
DE
CANDELEDA
Norte (aproximado)
Collado Majadallana
Cabeza Cereceda
Garganta Lóbrega
Puente del Puerto
Vega del Tirador
Junta de la Medina
Fuente Sauce
Garganta de Santa María
A la ermita de N.S. de Chilla
A Guisando
Candeleda
A Madrigal de la Vera
A Puente del Arzobispo
Carretera.
Camino.
Límite de término municipal.
Límite, muy aproximado, del COTO NACIONAL DE GREDOS.
Se subrayan algunos accidentes geográficos que le sirven de límite.
Camino seguido por el excursionista.

El vagabundo no entra en Poyales, el pueblo —andorrilla avilesa— que no tiene jurisdicción más que de goteras adentro, y sigue, por las Manzorreras y con bastante calor, hasta el arroyo Allulla. Como es aún la mañana y el día aprieta, el vagabundo, descabalgando el morral y sueltos los cordones de las botas, se tumba, al pie de un pino, a ver cómo las prietas nubecillas del verano se mecen, indecisas y blandas, sobre la alta brisa de la sierra. Habitado por la dicha, el vagabundo se quedó dormido.

El vagabundo, con la boina sobre los ojos, soñó con Catalina, la torera, y con su pañuelo de flecos y su crujiente saya de los domingos. Cuando Catalina, la torera, tan cachonda, tan linda, tan gentil y enamorada, más allá del santuario de la Virgen, echada sobre la yerba de la fuente de Juan González, al pie de loma Cerezo y de la Moñiga y en el camino de la Alcarea y del collado de la Hirueta, iba a decir que sí, que bueno, un desconsiderado camión le borró las galanas intenciones al tiempo de espantar, con un sordo rugido, el bienaventurado sueño del vagabundo. ¡Vaya por Dios!

A la izquierda de la carretera y entre curvas y pinos, sube el camino de Guisando, el pueblecito que dicen si no fundaron —o, al menos, robustecieron— los ingleses durante la guerra de la Independencia. Guisando, al pie de los Galayos, es quizás el pueblecito de más bellas vistas de toda España; esto es difícil de asegurar, pero el decirlo no debe andar muy lejos de ser cierto. Guisando es caserío blanco como la paloma y sosegado igual que el agua de la fuente clara. La vertiente sur de Gredos, por donde ahora camina el vagabundo, es de temples —no de paisajes— más duros que la ladera norte. En teda la provincia de Ávila, el partido que da más guerra a la ley por mor de las navajas de los mozos, calientes de celos o de vino, es el de Arenas de San Pedro. Por la Vera y por el valle del Tiétar, al que quiere sacar los pies del plato, le pinchan; probablemente hacen bien. Guisando, es la rara excepción. Guisando es villa bucólica y noblemente mansa y acogedora. En Guisando jamás mataron a ningún forastero por negarse a pagar la ronda; todo lo más, le sacudieron un par de garrotazos. Cuando un forastero pretende enamorar a una moza de per aquí, si quiere paz y concordia, ha de pagar la ronda a los mozos de Guisando, los naturales candidatos a la blanca mano en litigio. La ronda no tiene precio. Cuanto más rumboso sea el forastero, más orgullosa estará

la moza de sus sueños. La ronda es un impuesto que ha de pagarse una sola vez y que ha de tasar el pagano. Pero hay que pagarla; al que no la paga, porque se cree más jaque que nadie, le cascan, para que se vaya dando cuenta, pero no lo matan. En Guisando no quieren las tripas ni el corazón de nadie, manchándoles el pueblo o la conciencia. En la guerra civil se ayudaron todos y, mejor o peor, llegaron trampeando hasta el final. En la plaza de Guisando, bajo sus florecidos soportales de madera, el vagabundo habla con el paciente pastor que vino de la majada a mercarse unas abarcas con los reales del queso que le mercaron; y con el leñador de firmes pulsos, que sabe abatir el pino y medirle el peso antes de tumbarlo; y con el viejo que agradece la bendición del sol; y con el zagal que trisca —el calzón por bajo de la rodilla— como un chivo montes; y con la moza que, honestísima Eva, prefiere comerse la manzana que le pidieron. En Guisando hay muchos rubios, muchas mozas de trenza de oro, de rosada color, de claros ojos. En Guisando también hay cristianos protestantes que, a falta de capilla, se reúnen en casa del Golas, a leer la Biblia. Más de la mitad, bastante más de la mitad de la población de Guisando, no sabe leer ni escribir. En Guisando, a los protestantes, les llaman *protestones*. Los hombres y las mujeres de Guisando aman su tierra y se aman los unos a los otros; los mozos y las mozas de Guisando, no quieren casarse fuera.

Muy cerquita de esta villa
están los altos Galayos,
y las mozas más bonitas
son las mozas de Guisando.

La copla es mala pero cierta; las mozas de Guisando son bellas como pocas. Aunque muy distintas, de las mozas de Guisando pudiera decirse que son tan bellas como las de Candeleda. Las mozas de Candeleda son plantadas; las de Guisando, gráciles. Las mozas de Candeleda tienen el mirar hondo; las de Guisando, tierno. Las mozas de Candeleda pisan con elegante poder; las de Guisando, con donosa mesura. Las mozas de Candeleda ríen con modesto descaro; las de Guisando, con gracioso recato. Las mozas de Candeleda llevan la flor en el pelo; las de Guisando, en el pecho. Las mozas de Candeleda son moras; las de Guisando, godas. Las mozas de Candeleda son hermosas; las de Guisando, también lo son.

El vagabundo jamás se hubiera cansado de mirar Guisando pero, antes de que Guisando se hartase de mirarlo a él, tomó una mañanita, tan temprano que ni aún la mañana se veía, el sendero que dicen la Apretura, otra vez Gredos arriba, para darle el penúltimo adiós al pueblo desde el prado que nombran de los Pelaos, en la cuerda de la sierra. El camino de Guisando hasta el refugio de Arenas, en los Pelaos, aunque no pueda hacerse todo él a caballo, no es de los peores, ni mucho menos. Como el vagabundo es de infantería, deja la advertencia para quien le sirva, que a él ni le va ni le viene. A la salida de Guisando, el día vino al encuentro del vagabundo antes de que el vagabundo dejase de andar entre pinos y de lavarse las respiraciones con los balsámicos aromas resineros. Por la vega de la Reina —entre la cabeza de Guijo, por la derecha, y el collado de Majadallana y el alto del Pozo, por la izquierda—, pasada la loma del Carquesal y otra vez dentro del coto, los pinos mueren y Gredos vuelve a ser Gredos. Serían provechosos motivos de meditación, para quien meditar supiere, estas cambiantes suertes del mediodía de Gredos, donde, a una legua de la flor del almendro, se abre la piñota del pino y, a otra más adelante, no se puede hacer fuego si no es con la crujiente leña de piorno. En el sitio que llaman el nogal del Barranco, al decir de la copla, se instalan los turistas.

Cerquita de los Galayos
está el nogal del Barranco,
donde acampan los turistas
en el rigor del verano.

La copleja también es malilla, pero el vagabundo no se siente culpable. Estos poetas de Guisando son más bien malos. Quizás suceda que están demasiado civilizados, aun en su analfabetismo. Los suizos están muy civilizados y tampoco se matan, pero hacen peores versos que los italianos o que los españoles. Es una cosa muy misteriosa que el vagabundo no acaba de entender porque, a simple vista, debiera pasar lo contrario: a más civilización, más poesía. Pues, no; esto no es así. A más civilización, menos tirar papeles al suelo y menos atar latas al rabo de los gatos, pero también menos poesía. Sí; esto es algo bastante misterioso.

Bueno. Después del nogal del Barranco, árbol que tiene más de

treinta metros, desde el suelo a la copa, se llega al paso de la Apretura; aquí, los caballeros, si quieren seguir adelante, habrán de descabalgar. Los Galayos, con sus raras y puntiagudas agujas, quedan a naciente del paso de la Apretura; algunos, a la Apretura le comen la *a*, y la dejan en la Pretura. El repecho hasta el paso de la Puerta Falsa es durillo y algo trabajoso. La Puerta Falsa queda no más pasadas las fuentes del Regajomano y del Cervunal del Buitre; Cervunal quizás fuera más de sentido común escribirlo con *b*. En el prado de los Pelaos, el vagabundo se llega hasta la Mira, a donde merece la pena asomarse. El nombre de la Mira no es muy original, pero resulta oportuno y está puesto con cierta eficacia. Desde la Mira se divisa un panorama amplio y hermoso, sorprendente por su variedad y por sus mil colores distintos. El vagabundo nunca subió al Almanzor, pero no cree que desde él pueda verse mejor paisaje que desde la Mira.

El vagabundo, otra vez en los Pelaos, se cuela, entre la Regetta —al norte— y los Galayos —al sur—, por el camino del puerto del Peón, no lejos del pico del Mediodía. Del puerto del Peón salen tres caminos: el que trae el vagabundo; el que lleva a Arenas, por el Hornillo, y el que deja en el Tormes y, según el ramal que se elija, en Navarredonda y el parador, en Hoyos del Espino o en Navacepeda. El vagabundo, tomándose descansos, se baja, entre peñas y eses del camino, hasta la casa de don Fernando, en la ruta del Hornillo, a la vera del arroyo que bautizaron con el mismo nombre que al pueblo y que algunos llaman, para distinguirlo, río de Cantos.

En el Hornillo, en la posada de Bastián Jara, el vagabundo, mientras cena y reposa, ordena un poco sus apuntes y piensa en los caminos a tomar. Desde el Hornillo se puede subir al Arenal y a Cuevas del Valle, y también se puede bajar, por dos nuevos caminos, a Arenas de San Pedro.

El Arenal es pueblo que brota, tímido como una flor, en la junta de los arroyos Berecoso y de la Jarra. El primero, al que también llaman río Puerto, cae del puerto del Arenal, del lugar que dicen las Peñitas de Arenas; el segundo, al que hay quien nombra río Tarnoso, viene de las Cabrillas.

Cuevas del Valle, frente a la fuente de la Peña y en el camino del Puerto del Pico y, más allá, de Venta del Obispo, tuvo un alcalde,

durante la dictadura de Primo de Rivera, que se llamó don Honorato Fernández, caballero de vellidas barbas. Don Honorato, sobre alcalde y presidente de la Unión Patriótica, fue poeta de mucha estima, que cantó en romance sonoro la historia y la geografía de su pueblo. Cuevas del Valle, según su mentado bardo, es villa

de candente pirosferia,
de perisferia esmaltada
de micas y feldespato,
de topacios y esmeraldas,
conglomerados preciosos
de las épocas primarias.

La topografía de Cuevas del Valle, también encontró expresión adecuada en los versos de don Honorato:

El Torozo *y el* Cabezo
de piramidales gracias;
centinelas avanzados
de la sierra Guadarrama.
Los Poyares, Lanchalisa*,*
Cerro el Duque *y* Risco el Cuervo*,*
los Bierzos *y el* Bailadero
de preciosas filigranas.

Eso que queda dicho del Guadarrama, probablemente es una licencia poética. La producción local es explicada al por menudo:

Cedros, sabinas y enebros
nos perfuman con su esencia,
embalsamen nuestros cuerpos,
encienden nuestros hogares,
edifican nuestros nidos
e inciensan nuestros altares.
Hay prados y castañares,
nogales en los arroyos,
higueritas en los huertos
y en las viñas olivares;
en los montes tomillares
de aromáticos inciensos;
estas riquezas sublimes

se encuentran en nuestros valles.
Tenemos vacas, terneros,
sabrosa leche de cabras,
mansas ovejas, corderos,
gallinas con ricos huevos,
salchichones y cecinas
de nuestros hermosos cerdos.
Tenemos trigo y centeno,
alubias, albares, piornos,
y tomates y pimientos,
y patatas y cebollas,
carnes, especias y huevos.

Eso que queda escrito de que el tomillo huele a aromático incienso, lo más seguro es que sea también licencia poética; en esto de la poesía moderna, ya se sabe que vale todo. La reiteración (versos 18 y 25) en cantar la producción de huevos es harto nutricia. De los naturales de Cuevas del Valle, entre los que don Honorato se encuentra, asegura que

¡Somos la sílice pura!
¡El precioso talismán!
¡El más preciado diamante!
¡Somos la prole de Adán!

El vagabundo, en la posada de Bastián Jara, se quedó medio en ayunas a pesar de todo lo que rogó, forzó y prometió; lo más probable es que el Hornillo no fuera edén tan próspero como Cuevas del Valle.

—Oiga, ¿ustedes también son la sílice pura?

—¿Eh?

El vagabundo cambió la conversación.

—No, nada, es que hablaba solo.

El Hornillo es el pueblo más culto de todo el partido de Arenas, incluida la capital; en el Hornillo sabe leer la mitad de la población, más o menos. El Hornillo es caserío triste, donde todo huele a viejo y muy poco a antiguo. Lo mejor del Hornillo son sus hombres y mujeres que, algunos años, si el año ha sido bueno, por las vísperas del patrón San Marcos, cuando la primavera apunta, enjalbegan sus casas con amor y con humildad. El vagabundo siente muy dentro de su corazón a estos pueblos minúsculos, olvidados, aislados,

polvorientos, grises, que imploran, sin demasiado entusiasmo, el milagro del cielo porque ya escarmentaron, hace siglos, de las terrenas administraciones, y que se pegan al suelo con amor, sin ilusión y casi con sorpresa, igual que el espinoso arbusto de los inviernos y de los veranos, de los calores y de los fríos, de las brisas mansas y de los huracanes que levantan la nieve azotadora, de los días fastos y de los días nefastos, de los tiempos de la escasez y de los tiempos de la penuria: esa estúpida prima pobre de la escasez.

A la media tarde, el vagabundo se llegó a Arenas de San Pedro por el camino de la fuente del Chivo, entre pinares y a la vista del Río Arenas o del Arenal, que no viene del puerto del Arenal, aunque recoja sus aguas, sino del puerto del Peón. El saltarín y rumoroso Arenas, vena de monte, se da con el arroyo de los Quejigos, o de la Lancha, en el punto que llaman la Cruz del Mentidero, entrando ya en las casas.

Arenas es buena atalaya, para toda esta parte de Gredos. Más allá de Mombeltrán asoman los riscos de Villarejo, que se lavan en las frías aguas del río de la Torre o arroyo de Ramacastañas. Desde los Villarejos hasta el collado de Cabeza Albilla, o Arbilla, se pintan las piedras sobre el cielo azul: las Peñitas de Arenas y el Bujero, los pasos del Arenal y de las Cabrillas, el risco Perico y el puerto del Peón, las Talayuelas y los Pinarejos, la canal, de la Seca y los pinchos de los Galachos, la Mira y el risco del Fraile, la peña del Chocarrón y la cuerda del Amealito, la cabeza del Covachón y la mogotilla del Cervunal del Buitre. Arenas es un buen apostadero para mejor cazar las vistas de toda esta última sierra.

En Arenas, como en Zaragoza, hay una Virgen del Pilar. Cuéntase que la Virgen del Pilar de Arenas —que se le apareció a un pastor en el sitio que nombran el Ojo de la Jara, lugar de las antiguas Ferrerías de Ávila donde hoy se asienta el pueblo— fue escondida por los cristianos cordobeses, cuando la de los moros; desde entonces, Córdoba y Arenas se disputaron la imagen en todos los terrenos, incluso en el judicial. La leyenda dice que tantas veces como los cordobeses quisieron llevársela, tantas otras se esfumó por el camino para volver, milagrosamente, a Arenas; la última y más violenta ocasión en que lo intentaron, hace ya siglos, las mulas que la cargaban murieron de repente, a la salida de las Arenas. En el mismo lugar —y para señalamiento del suceso— brotó de la nada

una cruz de piedra; parece ser que a esta cruz, hace como cosa de cien años, más o menos, la tumbó el viento de la sierra, un día que sopló blasfemo.

Arenas es villa con pujos de ciudad. En Arenas, los veraneantes se sientan en los cafés a tomar cerveza y cocacola. El infante don Luis, hermano del rey Carlos III, fue encerrado en Arenas, por enamoradizo; el palacio que se mandó levantar tiene un cierto aire con el palacio real de Madrid, es como el palacio real de Madrid visto con unos gemelos puestos al revés. En Arenas, las señoritas de la colonia toman baños de sol y enseñan las piernas y los hombros; antes, los mozos les tiraban piedras y les llamaban tísicas y otras cosas peores; ahora, ya no: ahora miran y procuran venderles helados y gaseosas y fotografías de rincones o de trajes típicos. El vagabundo se consuela pensando que dentro de unos años será peor. El castillo del condestable Ruy López Dávalos, asociado, ¡cómo no!, al recuerdo de don Álvaro de Luna, lleva ya engullidos muchos carretes de 6×9.

Al vagabundo, un amigo lo invitó a comer en la fonda Gredos.

—¿Y ahora a qué te dedicas?

Al vagabundo no le sorprendió la pregunta. Al vagabundo ya debe haber pocas preguntas que puedan sorprenderle.

—Pues, ya ves… Ahora me anda mucho en la cabeza presentarme a notarías…

El vagabundo, cuando pudo mandar a la mierda a quien le había dado de comer —que sopa, dos platos, pan, vino y postre, café y copita, es poco precio para aguantar latas de nadie—, salió a la carretera a buscar sosiego metiéndose por el camino del convento de San Pedro Alcántara. La hora de la guirlopa —el diario rancho de los mendigos— había pasado ya, pero el vagabundo, ¡bien él lo sabe!, tampoco iba por donde iba llamado por el acre tufillo del calderón frailuno.

El convento de San Pedro Alcántara, entre verdes suaves y flores amables y delicadas, brota en el vallecico del Avellaneda, ingenuo, misterioso y tímido como un minúsculo pajarito mudo. Los frailes de San Pedro Alcántara visten el pardo sayal de los franciscanos, el áspero paño al que tan solo el tiempo y la pobreza logra dulcificar. El vagabundo, a las puertas del convento de San Pedro Alcántara, se siente invadido por una grata y tierna melancolía. El vagabundo,

que ha captado ya muchos oficios, todavía no probó a meterse a fraile. Al vagabundo le azara el boato de la liturgia; tampoco le agradan las óperas de Wagner. Al vagabundo le espanta la solemnidad de las catedrales; el vagabundo siente que los museos se le caen encima. Al vagabundo no le emocionan las piedras preciosas ni las hebillas de plata; quede claro que la bisutería y el oropel, le amargan. El vagabundo, a los muros del convento de San Pedro Alcántara, escucha el alma oreársele por una tenue brisa sosegadora. Al vagabundo no le asusta la pobreza de San Juan de la Cruz. Buey solo, bien se lame. San Juan de la Cruz cantó a la pobreza como una bendición de Dios. Al vagabundo le aturde y le sobrecoge la pobreza del padre de familia que no sabe ni puede, aunque bien quisiera, llenar la panza de los suyos treinta días al mes. No hay miseria más honda que el hambre que se reparte.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida. Hermano, vuelva usted a las doce del sol, que será socorrido.

Al vagabundo, a lo mejor, cualquier día le da la vena por hacerse fraile. El vagabundo tuvo un pariente de esta religión, mártir en Damasco, que llegó a beato. A los franciscanos de Pastrana, en la Alcarria, ni les sonaba. A los franciscanos de Arenas, el vagabundo ni se lo mentó. El pariente del vagabundo tenía nombre de hereje; se llamaba Juan Jacobo. Don Benito, su padre, tatarabuelo del vagabundo y médico en Carballino, diócesis de Orense, a caballo de los siglos XVIII y XIX, tuvo correspondencia con *monsieur* Jean le Rond
d'Alembert;
por la casa de los abuelos del vagabundo —casa que se llevó el viento de la trampa y el huracanado tifón de la China de los parientes políticos— aún deben quedar algunas cartas de *monsieur* Jean le Rond
d'Alembert.
Con el resto —todas las que pudo encontrar—, hizo un auto de fe la pía y ya muerta doña Rosa, hermana del beato y bisabuela del vagabundo.

—Dios se lo pague, hermano, pero voy de camino.

Los frailes de San Pedro Alcántara dieron al vagabundo la crujiente limosna de un pan candeal, la caridad amable de una

cebolla, la fresca providencia de dos tomates de carne substanciosa y prieta.

—¿Y va muy lejos?

—Muy lejos, hermano, voy escapando.

—¿De la guardia civil?

—No…, no sabría explicarme.

Saltando cercas y caminando por prados y por huertecillos, el vagabundo, por detrás del sanatorio de Gredos, fue a cenar su socorro a las casas que llaman de Arroyo Castaño, ayuntamiento de Mombeltrán, casi en el empalme de Santa Cruz del Valle.

Mombeltrán, adonde el vagabundo llega al tiempo de taparse la luz del día, es solar de noble piedra de historia y villa ilustre y blasonada. Mombeltrán es un poco el eje del Barranco y la capital de las Cinco Villas. Por el valle del Barranco o de las Cinco Villas corre el agua abundante del Ramacastañas, que viene del puerto del Pico y que muere en el Tiétar, más abajo de la aldea de Ramacastañas, avanzadilla de Arenas sobre los horizontes toledanos. Las cinco villas, cinco, de las Cinco Villas, son, contadas como va el río, Cuevas del Valle, Villarejo del Valle, San Esteban del Valle, Mombeltrán y Santa Cruz del Valle. Mombeltrán es el antiguo Colmenar de las Perrerías de Ávila, que Enrique IV, el *Impotente*, ofreció a don Beltrán de la Cueva, fiel vasallo de
S. M.
que halló la fórmula, no tan mágica, a lo que parece, de convertir a la reina en madre. Al presente del rey a don Beltrán, se le llamó, desde entonces, Mombeltrán; al regalo de don Beltrán al rey, se le apodó, también desde entonces, la *Beltraneja*. Del lío que se sucedió pudiera decirse como de estos lodos —que vino de aquellos polvos. El vagabundo, en el ruinoso castillo de Mombeltrán, aún oye, aguzando el oído, el amoroso temblor del laúd, la endecha galante y el gentil pisar de puntillas: no más que por cortesía, señora.

Mombeltrán —la serranía encima, hendida por el puerto del Pico, y Santa Cruz enfrente, al otro lado del Barranco— es pueblo que presume, porque puede, y mira al mundo por encima del hombro, porque quiere.

Dicen que soy presumida
porque soy de Mombeltrán;

si fueras tú de esta villa,
presumirías aún más.

Las mozas de Mombeltrán, ¡pero qué bien andan!, caminan como condesas.

El vagabundo, aquella noche —ya tenía ganas de volver a lo suyo— durmió en el monte, a la orilla de acá del Ramacastañas, arrullado por el mochuelo sabio y el grillo zascandil. A la mañana, y con Santa Cruz subida en su repecho, el vagabundo se lavó en el río, que bajaba algo fresco, pero no helador, la terne y bien cimentada mugre de sus muchas andaduras. Solo ante la geométrica golondrina, sintió frío, el vagabundo, el frío del arrepentimiento, que es el peor, al verse tan desnudo de concha, que no de ropa.

VIII

DONDE, MEJOR O PEOR, SE FUNDÓ ESPAÑA

EL vagabundo, mojándose los pies, se llega a la aldea de Ramacastañas, desde donde ha de comenzar, si le dejan, que parece que sí, su postrer singladura.

El ruiseñor, aquella noche, había cantado sus romanticismos en el copudo y casi maternal regoldo, en el agraz membrillo, en la guindalera de fruto de color de sangre, en el manso peral de la pera ahogadiza, de la redondita y montuna pera mosqueruela, de la guitarril pera calabacil del valle.

Poco más abajo de la aldea de Ramacastañas —ya se explicó— el arroyo cumplido de Ramacastañas se brinda, casi doncella, al Tiétar. El Tiétar es el río del sur de Ávila, de lo que algunos llaman —el vagabundo ignora por qué— el Ávila andaluza. El Ávila andaluza, con más propiedad hubiera podido ser bautizada con el nombre del Ávila valenciana y, con mayor aún, con el del Ávila extremeña, que es lo que es. El río Tiétar nace en el puerto de la Venta del Cojo, en Escarabajosa, y durante casi toda su carrera, y hasta que se pierde por la llanada de Cáceres, separa —administrativamente y contra todas las leyes de la naturaleza— las tierras avilesas de las toledanas y las tierras toledanas de las cacereñas. El vagabundo entiende que el río Ramacastañas parte del valle del Tiétar, que queda a oriente, de la Vera, que luce a

occidente; el vagabundo suele ser más amigo de las regiones naturales que de las provincias artificiales. La raya entre la Vera y el valle del Tiétar, pudiera colocarse en Arenas de San Pedro, límite meridional de Gredos; Pedro Bernardo —la antigua Nava de la Solana—, Gavilanes —el escenario de la chorrera de Blasco Chico— y Mijares —el olvidado Mijares donde anida señalan los levantinos y últimos flecos de Gredos.

Está contento, el vagabundo, muy contento —y la causa no importa, ni aun él la sabe— y puesto ya, como las piernas y el tiempo lo pusieran, en el camino del rabo por desollar de su viaje, pisa fuerte la tierra, pudiera suceder que por saberse vivo: lo que no es ruin premio ni nada despreciable recompensa.

Lanzahíta, a legua y algo más de Ramacastañas, es la primera sonrisa del descarado y luminoso valle del Tiétar, alegre como una moza por la función. El vagabundo, por Lanzahíta, el pueblo de los meloneros, entre huertas de curioso mimo de flores de aromas y de colores prolijos, saluda, como un resucitado, a la niña que salta, a la mujer que canta, al hombre que trajina, al viejo que camina, al cura que pasea, al perrillo que husmea, al niño que se mea desde el alto pretil, y a la guardia civil.

—Buenos días, niña salerosa.

Por Lanzahíta, se alumbran alhelíes de cinco colores.

—Buenos días, mocita galana.

Y rosas fragantes y lirios azules.

—Buenos días tenga usted, señora.

Y claveles rojos y azucenas blancas.

—Buenos días, hermano.

Y áureas florecitas misteriosas.

—Buenos días, abuelo.

Y lirios morados.

—Buenos días, padre.

Y flores de altar.

—Salud, canes nutridos, gatos que no conocéis la tiña.

Y yerbas de rústicas veterinarias.

—Buenos días, jovencito meón, deja algo para luego.

Y altas matitas de albahaca para quien apunte mejor.

—Buenos días, señor cabo…

—Buenos días, buen hombre…

Por Lanzahíta también se cría la violeta silvestre que, bien cocida, deja un agua saludable para pelear con los catarros.

El arroyo de la Eliza se casa con el Tiétar, río doncel, allá por el vado de los Chorlitos, donde el agua canta. El arroyo de la Eliza viene del puerto de Serranillos, por donde rodó, rebozado en cabello de ángel y clavándose el piñonate en las carnes, el hojaldrista Martín, del *Gran oasis*. El arroyo de la Eliza suma, en el Ajuntadero, las venas y las venitas de agua que caen del Gredos que se ve muriendo.

—Aguarde usted.

Al vagabundo, en Lanzahíta, le refrescaron el vientre con las rojas y dulces sandías de los Navales, que pasan por ser fruta de príncipes.

—Y, mientras no reviente, coma las que le quepan.

El vagabundo, en Lanzahíta, vio la marca de la caridad pintada en muchas casas, la cruz dentro de un redondel que hace saltar chispas de gozo en el corazón de los hombres que tienen por oficio andar. Por el norte del pueblo —siempre ha de ser al norte, para que valga— el vagabundo palpó, y puso su piedra, en el cuidadoso mojoncillo de cantos que avisa la bondad. En Lanzahíta, el vagabundo leyó los hermosos signos de las dádivas, puestos a punta de navaja o a tenue trazo de carbón o de piedra de cal, sobre las tapias y sobre las fachadas que guardan los buenos sentimientos. El vagabundo no piensa que haya de traicionar las costumbres de su andante ministerio, si pinta aquí, para mejor solaz y pasatiempo suyo y de los otros, las escrituras de que habla. Menos aún cree que lo ha de hacer, si trae también la amarga cicatriz de los muros que espantan, de las piedras que, por fortuna para todos, no se ven por Lanzahíta.

La que ya se dijo de la cruz en su rueda

es muestra de segura limosna.

—Una limosnita, y que Dios se la premie en la otra vida con toda suerte de bendi…

Las palabras no es necesario, ni incluso de buen gusto, terminarlas; deben cortarse, por donde caiga, a la primera señal de su eficacia.

—Dios se lo pague.

Si debajo se le pone un ramito,

quiere decirse que hay que pedir por San José.

—Una caridad, por el amor del glorioso patriarca San José, castísimo espo…

Si unos cuchillos cruzados,

que por la Virgen de los Dolores.

—Que la Santísima Virgen de los Dolores, madre de Dios y protecto…

Si un ojo,

que basta con rezar.

—Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es conti…

Unos aros en fila,

anuncian que dan dinero; a más aros, más cuartos.

—Dios se lo pague, hermano, y haga que se le aumen…

Una horquilla puesta sobre la señal,

advierte que habrá que trabajar a cambio; esta letra no es de las mejores. El vagabundo, por Lanzahíta, no vio ninguna; se conoce que no hubieran podido resistir la competencia. Dos rayas que se encuentran por abajo,

indican vecinos sentimentales a los que conviene contar tristezas y amargas aventuras.

—Un socorro, por amor de Dios, a un desdichado padre de nueve hijos mudos, que tiene la mujer tísica y sin curación.

A veces, los aficionados a las penas del prójimo son algo durillos de pelar. Debe insistirse.

—Un socorro, hermanita, por amor de Dios Todopoderoso, a un desdichado padre de familia, enfermo del corazón y de la próstata, que tiene nueve hijos mudos y tres tontos, los pobrecitos, y la esposa tísica pasada y echando sangre por la boca a borbotones, sin curación posible…

Una corneta,

habla de los gustos musicales del que se espera que dé. Hay dos prácticas: soplar y esperar, que es arte antigua, y pregonar para después chiflar, que es más moderna inclinación, más provechosa tendencia.

—¡Al bonito pasacalle de *Las Leandras*! ¡A bailar la flor de la juventud! ¡La voluntad, mocita, solo la voluntad! ¡Al tango *Yira, yira*! ¡A alegrarse tocan!

Algunas rayas oblicuas,

dicen que se puede dormir.

—¿Me permite guarecerme de la noche, caballero, que el camino me dejó baldado?

—Bueno, guarézcase usted.

Varios piquitos,

tantos como mujeres se sepa que hay en la casa, delatan el número de las caritativas. Suele ser de buen efecto la finura y el reverencioso hablar.

—La gracia del que tiene es el agua benéfica, ilustres señoras, que cae en el alma del menesteroso.

La cruz en un sombrero,

denuncia que los guardias y los alguaciles no tienen mala sangre, ni mala leche, ni mala uva.

—Todos somos hijos de Dios; todos hemos de vivir, ¿verdad usted?

—Sí, señor.

Los guardias y los alguaciles —tizones y calaboceros, entre avispones o trotamundos sabios en la vieja lengua de los caminos— pueden ser buenos y malos; entre los buenos se distinguen cuatro clases diferentes: vagos, borrachos, tristes y bondadosos de natural.

—Mientras no robe ni me alborote el pueblo…

—Descuide; uno es pobre, pero honrado.

Los guardias y los alguaciles que se dan a la holganza, suelen estar flaquitos y pálidos y ser parcos de palabra.

—Más vale… España es muy grande, en España cabemos todos.

—Todos; sí, señor. Eso debiera ser.

Los guardias y los alguaciles que se dan al vino, tienen la nariz saludable pero el escalafón cerrado.

—Y lo que hay en España…, pues lo que yo digo: lo que hay en España, es de los españoles…

—Sí, señor.

Los guardias y los alguaciles dados al sentimiento, son suspiradores, sí, aunque inseguros.

—Pero con su cuenta y razón, ¿eh?, ¡con su cuenta y razón! Ande, siga su camino, y a portarse bien.

—Dios se lo pague.

Los guardias y los alguaciles de nación, crían gallinas y, a veces, hasta una cabra o dos.

—De nada, hombre, de nada… Ande, tómese un vaso…

—A su salud.

A los guardias malos, se les pinta un sombrero sin cruz.

Lo que de ellos se piensa, no es práctico pregonarlo.

Las autoridades civiles —el señor alcalde y el señor juez— se representan con la espada, o el cuchillo, de la justicia. Un redaño atravesado por una raya

¡malo! Más vale largarse. Si a su insignia se le ponen debajo dos redondeles, uno dentro del otro,

debe leerse que son mejores que peores. Y si los dos redondeles están por fuera y pegando,

hablan de que, más que buenos o malos, son chinches y piden los papeles.

—Esta cédula está caducada. ¿No tiene usted otra?

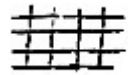
—No, señor. No tengo más que esa y, ya que no me sirve se lo puedo decir, tampoco es mía. Me la encontré en Aldeacipreste, más allá de Béjar, hace algún tiempo, y si me la eché al morral, bien sabe Dios que fue por creer que aún valía…

—Pues, no; no vale. Ande, duerma por ahí, donde pueda, y mañana por la mañana váyase del pueblo.

Las pinturas que espantan son tres. El vagabundo quisiera repetir, para no perder los buenos clientes que por el valle del Tiétar reverencia y sirve, que ni por Lanzahíta, ni por ningún otro pueblo de la comarca, se topó con ellas. Toquemos madera. Si las sabe, es porque el oficio que practica más horas tiene verdes que no maduras, y más lenguas amargas que no dichosas.

El redondel pasado por dos flechas,

dice que dan palos, pero no pan. Un enrejado,



todo el mundo sabe lo que es: la cárcel, la pena más honda y dolorosa y acongojadora que pueda caerle encima a un vagabundo; los golfos del siglo de oro, los ilustres padres de la germanía, llamaban angustia a la cárcel. Y tres rayas en
zig-zag,
levantadas sobre la palabra sacramental,

apresuran las piernas del vagabundo, que sale de estampía y en dirección al más lejano punto de la rosa, corriendo a todo correr. La palabra IAK, que leen todos los vagabundos del universo —incluidos, como es natural, los analfabetos—, vale por alarma e invita, sin más contemplaciones, a la huida. También debe escaparse, cuando el hito de piedras del camino del norte aparezca desbaratado y con los guijos sembrados como a tresbolillo. La marca del perro, un peine dentro de un cuadrado.

sin ser buena, no es de las peores; al perro se le combate callándolo con la perra o, más definitivamente, con la morcilla. A palos y a

cantazos, se le espanta, sí, pero se pierden el campo y la ocasión, porque lo malo del perro no son los dientes, que pocas veces llega a clavar, sino los escandalosos alborotos que promueve.

El vagabundo, después de sus recuentos, esperó a que se anunciase el día para tomar el camino que, matando una esquinita de Toledo, lo llevase a Piedralaves por el oriente de Casavieja.

A un arriero dormido lo vino a despertar el susto que se pegó —que no fue manco— cuando su mula delantera, espantada por una camioneta que hubo de frenarle a un palmo del hocico, se fue, ¡allá que te va!, contra la cuneta.

—¡To, macho, esgraciao…!

Mientras el chófer y el arriero se enzarzaron a palos, el vagabundo, a quien ni le iba ni le venía semejante maraña, siguió por su camino sin meterse a redentor, en cura de que pudieran crucificarlo; en estos casos, cuanto menos bulto, más claridad.

Casavieja es pueblo tímido y pobre, con el nombre bien puesto. Casavieja es pueblo honesto y patriarcal. En Casavieja es la invitada, cuando la hay, quien sirve, antes que a nadie y en señal de respeto, al dueño de la casa; los árabes debieron dejar su semilla, por aquí. El vagabundo, subiendo y bajando las callecicas de Casavieja, no encontró una baraja de tabernas donde refrescarse variando. Casavieja es pueblo de buenas aguas. El vagabundo, por Casavieja, pasó de largo.

—¿Va usted muy largo?

—Psché, ¡aún más de largo vengo!

A Piedralaves le llaman la flor del Tiétar. El vagabundo no encuentra mucho sentido común en estos apodos de los pueblos y de las regiones y siempre, no sabría por qué, le parecen puestos por inspectores de primera enseñanza, o por glorias locales, o por presidentes de adoraciones nocturnas, que suelen ser gentes bondadosas, a secas, aunque esto tampoco sea regla general. Lo de la flor del Tiétar, al vagabundo le parece algo cursi, pero nada más. Lo de la Andalucía de Ávila y lo de la Suiza española, es mucho peor.

Poco antes de llegar a Piedralaves, el vagabundo, por mor de hacer del cuerpo la sandía de Lanzahíta, que se conoce que ya le había bajado lo bastante, se llegó hasta un arroyuelo —quizás el Venerito; puede que aquel que llaman de la Zarzosa; a lo mejor, el

que Buitrago nombran; quién sabe si el Cerecede; es posible que el bautizado Muñocojo— donde pudo escuchar una voz de graciosas y cristalinas fragancias, que le sirvió de hermoso contrapunto a la necesidad. En aquellos momentos, y arrullado por música que, en sus argentinos gorjeos, dijérase celestial, el vagabundo, mientras obraba, se sintió poderoso como un rey. El vagabundo, ocupado a su saludable y aligerador menester, no pudo sonreír, en acción de gracias, a la dueña —que siempre imaginará elegante y esbelta como un hada— de cuerdas bucales de temple tan gentil.

Piedralaves, que es linda y minúscula como una flor, empezó por no llevar en su nombre la *r* que la hace piedra. Piedralaves, antes de Felipe IV, que la ascendió a villa, era, aún más humilde, no más que Piedalaves. El siglo XVII conoció al pueblo con cuatro nombres diferentes, uno detrás de otro: al Piedalaves dicho se le subió la *v* hasta hacerla *b* —Piedalabes—, se le volvió a bajar al tiempo de partirle el bautismo por la mitad —Pieda Laves— y se le juntó de nuevo, metiéndole la *r* de clavo, para dejarla quieta en la Piedralaves que el vagabundo pisó.

Piedralaves, entre pinos, y jaras, y montecillo de roble, hiede a vetusta cochambre, en el caserío —moscas, puercos, gallinas, ¡y líbrenos Dios de las reumas del agua!—, y aroma a las fragancias del tomillo salsero y al pasto del conejo montés, no más abiertas las narices a su misma orilla. Por Piedralaves, los veraneantes han empezado a levantar sus chalets y a enseñar a las gentes las medianas costumbres de la clase media.

En Piedralaves también hay protestantes, como en Guisando, y aún en número mayor. Los protestantes de Piedralaves tienen una capilla en la carretera, a la que los mozos del pueblo, henchidos de fervor católico, de ardor apostólico y de celo romano, pegan fuego de vez en cuando.

A medio andar de la Adrada, en los viejos Baldíos de Ávila, el vagabundo se dio con un colega mañoso, aunque no de fiar que, con el cielo y el águila que lo puebla como únicos testigos, se aplicaba a perfeccionarse en la nada fácil habilidad de la temblona, eficaz ganzúa para abrir las bolsas sensibles.

—¿Qué tal me sale ya?

—¡Vaya!

El colega del vagabundo se llamaba Sisebuto Rascón y Garcilaso

de la Vega, alias *Justificativo*, y era un punto medio mulato, golfe berrendo en apañador, ducho en la caza de gavilanes con arañuelo, que había dado un trotón por insensato y por mala cabeza. La cabeza de *Justificativo* abultaba como la de un buey y era más bien picudo, por arriba, y como aplastada y medio muerta, por uno de los bordes. A *Justificativo* lo conoció el vagabundo, a poco de acabar la guerra civil, en la venta Doce y media y sereno, en Ávila, capital a la que se había arrimado para tratar, con un médico curioso, del comercio de su cabeza. A la postre y después de mucho palabreo y mucha discusión, no llegaron a un acuerdo porque el médico no pasaba de ofrecer diez duros y *Justificativo* quería subir hasta quince.

—Bueno —le dijo al final—, si no me da los quince duros, allá usted, ¡pero ya me dirá dónde encuentra otra cabeza por este estilo!

A Sisebuto Rascón y Garcilaso de la Vega, cuando se ponía cabezota, no había quién lo apease de la burra.

—Si no me precipito, ya verá usted cómo llegan a darme hasta veinte duros. Ahora todo sube y yo, para que usted se percate, no tengo prisa en vender.

El vagabundo, después de tomarle dos o tres veces su lección de temblona al *Justificativo*, continuó hasta el pueblo que tenía enfrente. El *Justificativo* no resultaba provechosa ni recomendable compañía y, además, tampoco era un vagabundo de ley y como Dios manda, sino un pirante sin principios y que, andando a la que saltase, lo mismo servía para un roto que para un descosido. Vagabundos consecuentes con el oficio, aunque aún se encuentran, ya van quedando pocos por la trocha.

La Adrada se levanta en la antigua dehesa de la Avellaneda, lugar de los ancianos Baldíos de Ávila, que aún colean. El terreno que la Adrada pisa es eterna —e injusta, aunque histórica— propiedad del consejo de Ávila, quien lo cedió en precario y estipulando un censo anual que la Adrada todavía paga, o que el vagabundo sepa, aún pagaba hace muy pocos años. El vagabundo piensa que acabará volviéndose loco el político que, algún día, se decida a meter mano a estos enconados pleitos de lindes y servidumbres.

La Adrada, hace doscientos años, fue cabeza del estado que en torno a la casa condal de Montijo, agrupó a los pueblos de Casillas,

Sotillo de la Adrada, Higuera de las Dueñas, Fresnedilla, Piedralaves, Casavieja y la Iglesuela. La Adrada y los cuatro primeros pueblos, pertenecen hoy al partido judicial de Cebreros; Piedralaves y Casavieja, dependen de Arenas de San Pedro, y la Iglesuela —iglesilla donde las mozas rezan a Santa María de la Oliva— es tierra talaverana y, por ende, toledana y castellana nueva.

En la Adrada, en mejores tiempos, los madrileños monjes del Escorial fabricaron el recio y bien barbado papel de tina, en el que se libraban las bulas de todo el arzobispado de Toledo: artesanía noble y envuelta en bendiciones y en licencias de ayunos. Del castillo de la Adrada, como de tantas y tantas otras cosas, resta muy poco más que el recuerdo. La Adrada, cabalgando entre la cabeza de Masimasea y el monte del Madroñal, el cerro de la Excusa y los riscos del Berrueco, es pueblecito de monte y huerta fina, pastizal abundoso y arroyos —la Hondaliza, el Franquillo, la Santa María— decidores y alegres como pajaritos. La huerta de la Adrada, venero fecundo, brinda dos cosechas, y el pinar, blando tapiz, dos suertes de pino: el negral de la resina, que por Ávila es rodeno y, para algunas gentes, salgareño y pudio, y el albar de la madera, que es royo, por esta tierra, y por Madrid, blanquillo.

El vagabundo, por la Adrada, país que había echado a perder Sisebuto Rascón y Garcilaso de la Vega, alias *Justificativo*, con sus malas artes y su peor comportamiento, pasó disimulando y antes de dar tiempo a que lo echasen. A las gentes a quienes acaban de birlar una gallina o de timar seis reales, no sería cuerdo pedirles cordura. ¡Mala suerte!

Al vagabundo se le fue viniendo la noche a la vista ya de Sotillo. El vagabundo, a quien nada se le había olvidado por Sotillo ni por Escarabajosa, anda en la noche, como el murciélago, quizás porque le bullía en la cabeza, brincando como un gazapo, la copla que lo espabiló:

Los de Escarabajosa
no tienen cosa
Los de Sotillo,
un poquillo,
y los de Adrada,
nada.

El vagabundo —aunque algo tendrá el agua cuando la bendicen— no podría jurar que fuera cierta la copla. Al vagabundo, por estos pueblos, no le tiraron piedras, a pesar de que el recuerdo del *Justificativo* hubiera podido explicarlo y aún disculparlo, y, si no le dieron de comer ni de beber, fue porque tampoco lo pidió. Querer que el prójimo nos adivine las intenciones, sería excesiva pretensión.

Cortando, como antes un pico de la provincia de Toledo, ahora un canterazo de la de Madrid, el vagabundo se llega, con la luz más niña, hasta las barbas que —pedernal y granito de chisquero histórico— cobijan a los desamparados toricos de Guisando, las piedras, ¡nadie, al verlas tan solas, lo diría!, donde, mejor o peor, se fundó España.

Los pájaros madrugadores, antes que el sol se muestre, silban en los álamos que la brisa palpa con amor.

En los toros de Guisando, que se alzan al lado mismo de la carretera y a medio andar entre Cebreros y Cadalso, se encontraron —el día 19 de setiembre de 1468, lunes— la princesa Isabel y su medio hermano el rey Enrique IV. Hay quien asegura que el encuentro acaeció en una venta que hubo al pie de los toros. El vagabundo prefiere pensar —sin verle, tampoco, importancia alguna a su pensamiento, ni al contrario— que tan altos personajes más propio era que se encontrasen en el campo abierto, como solía ser costumbre, que no en las estrecheces de unos muros levantados para cobijar arrieros.

El raposo que va de retirada cruza, enhiesto el rabo de la confianza, por el camino de San Martín de Valdeiglesias.

La princesa Isabel había partido de Cebreros: la escoltaban el arzobispo de Toledo, los obispos de Burgos y de Coria, sus nobles leales y doscientos hombres de a caballo.

La cabra mansa ramonea, desatendida, por el robledalillo del monte bajo.

Don Enrique vino desde Cadalso: le daban guardia el maestre de Santiago, el arzobispo de Sevilla, sus cortesanos y más de tres mil jinetes.

Unas nubes rosadas se pintaron por los escondidos confines del río Alberche.

La cosa no fue fácil sino, más bien, dolorosa: Don Enrique

confesó ante Dios y los hombres, que «aquella doña Juana no fuese por él engendrada, la cual, la adúltera reina doña Juana, había concebido de otro varón y no de él».

Dicen que soy presumida
porque soy de Mombeltrán

Un lagarto colorado y verde se asoma, por entre dos piedras, a saludar al sol.

La cosa no fue fácil sino, más bien, providencial: don Enrique juró a la princesa Isabel por su legítima heredera.

El hacendoso escarabajo merdero buscaba, entre la yerba seca, su acomodo.

El vagabundo piensa que, sin el encuentro de los toros de Guisando, España no hubiera sido España.

El bullidor ciempiés de la terronera hervía, con sus mil patas acordes, por el sendero polvoriento.

América hubiese sido descubierta, sin duda, pero con otra bandera y quizás también con intenciones diferentes. Averígüelo Vargas.

El alcaudón del cielo se aburre, sosegado y solemne, en la añoranza del cimillo que, en la hábil mano diestra de la cetrería, lo paseara, en tiempos más amigos de la emoción, en facha y prestancia de jubiloso cazador cimbel.

De los moros de Granada, ¿qué se hiciera? Nadie lo sabe.

La hormiga de la paciencia formó, ya el sol más alto, su ejemplarizador despliegue.

Nebrija, sin el apoyo de la reina, ¿hubiera escrito su gramática española? Tanto puede pensarse que sí, como que no, pero lo cierto es que la reina supo entender la verdad de Nebrija, cuando le quiso escuchar aquello de que la lengua y el imperio eran la misma cosa.

La urraca ladrona saltaba, sobre el pétreo morrillo de los toros donde España nació, como un misterioso augur por descifrar.

El vagabundo piensa que la carne de lo que hoy es España fue parto de la reina Isabel. Y la reina Isabel quizás hubiera quedado en princesa de poéticas soledades —honra de tierras y de vasallos—, si, de aquella hecha, el rey don Enrique no da el paso que dio. Aunque después probara la marcha atrás.

Un apacible buey distraía sus resignadas capaduras rumiando,

quizás hasta con elegancia, sus yerbas a medio digerir.

El vagabundo, a la vista de los perdidos toros de Guisando, se siente casi dichoso al encontrarlos tan pobres, tan mudos, tan recoletos. Quizás estén mejor así —amarga imagen de España—, vivos de milagro. Al vagabundo, los ajados y siempre mal afeitados, los ulcerosos y aparatosos maceros de las grandes solemnidades, le producen la misma honda tristeza que las purpurinas que regurgitan las fuerzas vivas en las inauguraciones y en las conmemoraciones.

La mariposa revolaba la flor.

Sí; los toros de Guisando están mejor como están: en el corral que les levantó, hace treinta años, la mujer que no quiso verlos morir, la marquesa de Castañiza.

Hay gentes que cazan el águila altanera con el frío reclamo de un búho muerto y con los ojos de vidrio.

El vagabundo tiene, para su uso, y aquí lo repite, que en los toros de Guisando fue donde, mejor o peor, se fundó España. Sin el duro cabildeo de los toros de Guisando, España no hubiera sido España y otra cosa —nadie debe atreverse a jurar si mejor o peor— viviría hoy en nuestra parcela.

Por el camino del Tiemblo se levantó un vientecillo que barrió las melancolías de la cabeza del vagabundo. Un perro sin amo, rabón y de color canela, venteaba el campo con los olfatos puestos hacia el venir del viento.

El vagabundo, tras tocar y retocar las piedras del chiquero, apuntó en su libreta las dos leyendas que en la tapia encontró: la una dice, «En este lugar fue jurada doña Isabel la Católica por princesa y legítima heredera de los reinos de Castilla y León el 19 de setiembre de 1468»; en la otra se lee, «Hizo poner esta inscripción en el año 1924 doña María de la Puente y Soto, marquesa de Castañiza». Sobre la fecha del suceso, algunos han querido transcribir 1.º por 19. Las cifras se ven con bastante claridad. Además, esta fecha, según piensa el vagabundo, cae ya fuera de toda duda. El cronista Hernando del Pulgar; el agustino fray Enrique Flórez; el capellán de Enrique IV, Diego Enríquez del Castillo, y el monje Jerónimo fray José de Sigüenza, dan como cierto el 19 de setiembre; los tres primeros, precisan que fue lunes. Lorenzo Galíndez de Carvajal, en sus *Anales breves del reinado de los Reyes Católicos*, habla, el vagabundo cree que sin mayor

fundamento, del mes de agosto.

Al vagabundo le resulta especialmente grata la segunda leyenda, porque estima que, sin la providencia de doña María, es muy posible que a los toricos los hubieran descuartizado ya, como a tantas otras piedras ilustres, el tiempo y la barbarie. Del 4 de 1924, el vagabundo no puede dar fe cierta porque, aunque 4 le pareció, no hubo de leerlo bien.

El cerro de Guisando, con su pinada y con sus umbrías de cipreses, de laureles y de castaños, guarda el convento de jerónimos y, en sus alturas, las ruinas de la que fue capilla de San Miguel. El castaño es árbol de buena querencia del mirlo. En el tupido ciprés, gusta de ejercitarse el ruiseñor. El laurel, con sus perfumes, pone en fuga al mosquito y al alacrán.

Dentro de su corral, los toros de Guisando, en fila y entre ásperos cardos y crecida yerba, se le presentan, al vagabundo, como cuatro duros fantasmones. Los toros de Guisando son cuatro, gracias, también al celo de la marquesa. El tercero, según se les mira y contándolos de izquierda a derecha, está reconstruido. Según dicen, un rayo lo partió en dos, hace ya muchos años, más aún, pudiera ser, que los casi cinco siglos que transcurrieron desde que la princesa Isabel se emocionó. La marquesa de Castañiza, que es el ama de estos predios, mandó buscar y levantar de nuevo, con los pedazos bien casados, el toro que faltaba.

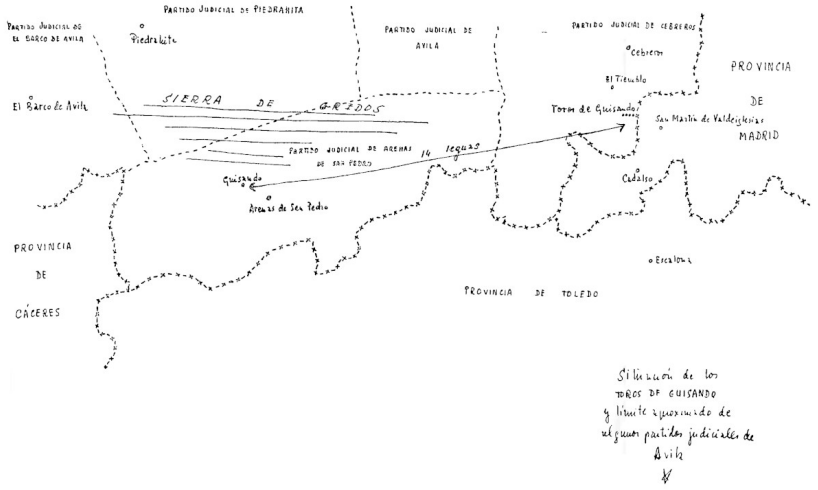
El número de los toros que fueron, también dio lo suyo que hablar y que escribir. Pedro de Medina, en su *Libro de las grandezas y cosas memorables de España*, cuenta cinco, probablemente porque quien le habló de estos lugares, que él no debió conocer, tomó por todo entero cada uno de los pedazos del toro que el rayo partió por gala en dos, y que andarían, a buen seguro, más de medio enterrados. Pedro de Medina es, en esto, autoridad poco de fiar, porque también dice que los toros están en el camino de Escalona a Cadalso, que es un despropósito de ciento ochenta grados de latitud. Algunos modernos, incluso llegan a atribuir a Cervantes el haber dicho esto de que los toros eran cinco. Cervantes, en el Quijote, habla dos veces de los toros de Guisando, pero en ninguna de ellas precisa cuántos son. Don Francisco Rodríguez Martín, como es natural, no cae en esta ratonera cervantina. Don Francisco Rodríguez Marín, en sus comentarios al

Quijote, sigue, al hablar de los toros de Guisando, al maestro de las *Grandezas y cosas memorables* y dice que son cinco, pero sin colgárselo a Cervantes.

Entre el monasterio y la capilla, a más de media ladera, se abre la boca del covachón de San Patricio, que hay quien dice que llega hasta Portugal y quien, más cauto, piensa que no más que hasta la laguna de Gredos.

Siglo y medio después que Pedro de Medina, un monje jerónimo, fray Andrés del Lillo, no encontró más que tres toros y así lo dijo; el toro roto lo tomó por peñascos del monte y, al hueco que dejara en la fila, no le dio importancia mayor. El vagabundo se permite sospechar que los toros fueron siempre cuatro, dos parejas, como —por parejas— han solido aparecer. Además, se le antoja la idea más sensata y, por otra parte, tampoco ve ninguna otra con mayores méritos para que pudiera prevalecer.

La cueva de San Patricio no es muy probable que llegue a Portugal, ni aún a Gredos. Portugal cae muy lejos y Gredos tampoco anda demasiado cerca. El Gredos de la laguna y del pueblo de Guisando, está a doce o catorce leguas del rincón —que nada tiene de Gredos— del cerro y de los toros de Guisando, por donde ahora se solaza el vagabundo. Suele ser de uso corriente y moliente esto de confundir el pueblo con el cerro que, de común, no enseñan más que el nombre, y el vagabundo lo ha visto y lo ha leído en más de una y en más de dos ocasiones, aunque no ha de decir cuáles porque, para su fortuna, no es amigo de andar viendo pajas en los ojos de los demás. El pueblo de Guisando, ya quedó dicho, en su debido sitio, dónde se levanta. El cerro y los toros de Guisando están en el camino de Cadalso a Cebreros —ya se sabe—, en el término municipal del Tiemblo y muy cerca de la raya madrileña de San Martín de Valdeiglesias.



Por la carretera, chirrió un destartalado camión rebosante de troncos de tierno pino recién muerto.

El licenciado don Sebastián de Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española*, dice que los toros de Guisando son dos: igual podía haber dicho que eran diecisiete.

Un pastor de ruin majada pasó, mudo y sin mirar, por el camino en cuyo aire aún volaba el blanco polvo que había levantado el camión de los sangrantes pinos.

Federico García Lorca, en el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, alude a los toros de Guisando:

> *… y los toros de Guisando,*
> *casi muerte y casi piedra,*
> *mugieron como dos siglos*
> *hartos de pisar la tierra.*

Al vagabundo le resulta difícil precisar qué es lo que Lorca quiso decir con lo de «dos siglos». El vagabundo descarta el supuesto, absolutamente improbable y nada poético, de que Lorca aludiera, en esas sus palabras, a nada que pudiera parecerse a señalamiento o precisión de la antigüedad de estos toros. El vagabundo tampoco cree —aunque esto ya no debe rechazarlo tan de plano— que Lorca quisiera indicar que los toros eran dos. Al vagabundo le parece que la expresión «mugieron como dos siglos» la usó el poeta en todos

sus poéticos alcances y como imagen de furia y desesperación, de abatimiento, de dolor y de desolación. Lorca, al entender del vagabundo, dijo «dos siglos» poéticamente, como poéticamente pudo haber dicho «mil siglos».

El vagabundo, a media mañana, dijo adiós al cerro y al redil y se subió, despacito para no cansarse, por el camino de Cebreros, dándole vueltas en la cabeza al buen lío de las inscripciones de los toros, que ya ni se palpan, y felicitándose, como si estuviera de santo, por haberse decidido a no entrar en tamaño berenjenal. A veces, el vagabundo, como cada hijo de vecino, salva por tablas de los más embrollados y calenturientos y atosigadores laberintos. Suerte, se llama a la figura.

Entre mozas que cantan deslechugando viñas; quintos que se afanan al aromático oficio del medidor; viejos que recuerdan, nostálgicos, al tío Claudio, vinatero insigne; niños pinchaúvas y forasteros y viajantes de comercio a quienes se les ve en la cara la pálida marca de la violenta broma de la borrachera, el vagabundo, al caer de la tarde, pisa, como Perico por su casa, las primeras callejas de Cebreros, el violento pueblo donde siempre lo trataron bien, la villa donde mordió el níscalo y bebió el vino, donde puede pegar la gorra en el café de *Cartujo*, beber de balde en el bar de la Isabelilla y comer al fiado en la taberna de la tía *Ratona*, que es gorda, y poderosa, y maternal, y guisa la perdiz y fríe la trucha, y pega, si es preciso, un tantarantán que lo dobla, al que enseña los vapores airados.

El vagabundo, en el despulgadero de la iglesia, mientras ve volar al raudo arrecájate —el avión que por otros sitios dicen arrejaco—, se entera, por su insigne amigo don Mariano del Monte, alias *Sapo*, de las últimas novedades del pueblo: de la tripa que le hicieron, nadie sabe quién, a la Ufrasia, la de la tía *Bimba*; de las tortas que se dieron en la bodega de Ulogio, alias *Sastre*, dos veraneantes de las Navas que habían bajado a los toros de la función; de que al Marianito, el del tío *Tripaesopa*, le había tocado África; de que la Pascuala, la de los Pascuales, se escapó con un camionero de San Martín; de que dicen que si van a cambiar al alcalde; de que si don Mariano, que se fue a Madrid, está ganando más cuartos que un torero; de que a la Filito, la de la tía *Pinocha*, la dejó el novio porque se fue cura.

La iglesia de Cebreros dicen si está hecha por Herrera, el del monasterio del Escorial. La iglesia de Cebreros es grande y de noble traza. En el paredón de la iglesia de Cebreros, los mozos le pegan a la pelota cuando no asoma el sacristán.

A los de Cebreros, los de otros pueblos que les tienen envidia, les llaman babosos:

En Navalperal, coritos;
en el Hoyo, piñoneros,
y un poquito más abajo,
los babosos de Cebreros.

Los de Cebreros, que no se privan de nada, han llevado una cebra al escudo de la villa. El vagabundo, sobre este menester, piensa lo mismo que pensó para los cervunales (o cerbunales) de Gredos. La tradición del nombre del pueblo es cierta hasta la mitad: un rey, con sus ballesteros, se llegó hasta estos contornos persiguiendo a una cebra. Sí; eso es verdad o, al menos, puede serlo. Pero aquella cebra era una cabra montes, en el castellano del tiempo. Cebreros es pueblo que tiene, al menos que el vagabundo sepa, un hermano en Lugo, Cebrero; un primo burgalés, Cebrero; y otro por tierra leonesa, Cebrones del río. Querer meter las cebras en danza, el vagabundo piensa que es arriesgado. Cebrero, en español, quiere decir sitio áspero y quebrado preferido por las cabras monteses.

El vagabundo, en Cebreros, se hinchó de comer en casa de los amigos y de beber hasta en las bodegas de los que no lo son. El vino de Cebreros cae bien en todas las posturas, pero mejor aún recibiéndolo con la panza bien acolchada de cibiérgueda y de tángana o tarángana. La primera es la sana costilla del cochino, puesta en adobo. La segunda es la digestiva morcilla —rica en calorías y rebosante de vitaminas— que se prepara, en tripa delgada y después cocida con todo dentro, con bodrio, pimentón y especias. Por Cebreros, el bodrio es más ilustre bodrio y, sobre sangre y cebolla, lleva también arroz y gordo de cerdo. En la matanza de Cebreros, aún se conserva de hacer a los mendigos la caridad del caldo bodrio.

Cebreros es pueblo importante, con dos bancos, dos boticas, cuatro cafés, seis médicos, cien tabernas, mil bodegas y dos retretes,

como es natural, sin agua corriente. Cebrero es pueblo de vino. En Cebreros, al caminante, prefieren darle un vaso de vino a un sorbo de agua; el caminante no suele contrariar tan donosa preferencia.

En Cebreros, el vagabundo rindió viaje por intoxicación etílica, que es como se dice en la plaza de toros de Vista Alegre, en Carabanchel. ¡Que Dios se lo haya perdonado! El vagabundo piensa, quizás para consolarse, que más grave pecado fuera no haber bebido teniendo de qué.

A los quince días justos de entrar en Cebreros —sedentarias jornadas que no hay por qué traer al cuaderno de bitácora de un vagabundaje— y después de haber recobrado, siempre hasta cierto punto, el uso de sus facultades, el vagabundo, feliz del hartazgo que se diera, tomó la cuesta arriba de Navalperal de Pinares, para subirse al tren.

Entre Cebreros y Navalperal de Pinares hay tres fuentes en el camino: la fuente Valverde, la de las Heras del Hoyo, que viene seca, y la del Pino mocho.

El vagabundo, que no lleva prisa, porque sabe que nada hay en el universo tan urgente que no pueda esperar un mes, aguanta las horas de calor al fresco de la fuente Valverde, el cuerpo echado al borde de los tomillos, la cabeza apoyada en el morral, la memoria poblada de vagas y amables imprecisiones y, en el pilón de la fuente, media docena de tomates puestos a refrescar.

Vuela el tábano azul buscando el tibio, el aromático ganado; silba la alondra, en el cálido campo de siega; grita, enloquecida, la chicharra en el álamo esbelto que, aún sin brisa, se mece en el aire transparente, y un perro trotador, un can de lana golfa, mata las hambres persiguiendo grillos, igual que un niño sentimental.

A lo lejos canta, con una vocecilla quebrada y triste, un zagal pastor de cabras —abarcas a los pies, zamarra en bandolera, camisa de botón y once años pegados a los lomos—, y por el cielo cruza, como en un telón bíblico, la campesina cigüeña, que vuela pausadamente, igual que un ave sagrada, un ave santa.

Se quieren escuchar, por encima de los verdes viñedos, las campanas remotas que anuncian el sol en las doce y, con el sol cayendo a plomo sobre las doce, se quieren entender, por el camino arriba, las débiles y cansinas sombras de una tropilla que avanza —polvo, sudor y hambre— con lentitud.

El vagabundo, frunciendo el entrecejo para poder mirar a contrasol, cuenta dos asnos crecidos y matalones con una confusa carga sobre el costillar, y un hatajo de hombres y mujeres desarrapados, tiesecitos, con un aire errabundo, displicente, al borde de triunfar sobre la última miseria.

El vagabundo siente afición a los gitanos del camino, como el vagabundo, que viven del aire y de la gallina que Dios quiere que se tropiecen; y al buhonero, vagabundo como él, que se sustenta de ilusión; y al peregrino, también vagabundo, que malcome de contar historias de la Historia Sagrada; y al afilador vagabundo que sopla aires paganos en su caramillo, y al mendigo que anda y anda, sin cansarse jamás, topándose, donde la encuentra, con la caridad, y poniendo, al mal tiempo del hambre, la buena y dolorosa cara que incita a la compasión.

Al vagabundo le rebosan las carnes de contento cuando se encuentra en el camino con la imprevista moneda de los hombres y de las mujeres que andan, sin saber jamás a dónde van, con la cabeza habitada de estrellas luminosas y en los ojos un extraño reverbero de todos los paisajes, de todos los golpes y de todos los sustos de la eterna, de la infinita rosa de los vientos.

Sobre los dos asnos —cuando la tropa se acerca y el vagabundo se levanta a defender sus tomates—, tres niños gitanos duermen la siesta del carnero —da siesta en ayunas—, en postura de muerto en accidente, en cueros vivos y de color petaca, con el vientre hinchado, la frente abombada, la piel reseca.

El vagabundo, mientras los ve venir, y pasar, y marchar, piensa en los niños que viven de milagro, en los flacos chavales gitanos que, cuando lleguen a hombres, si Dios les deja, a lo mejor se hacen ricos con el tratillo, o con el cante, o con la muleta, y se compran un veguero los días de feria, y un diente de oro, y un terno clarito, y un reloj de plata, y una sortija con una piedra verde. Y son felices porque, a lo mejor, un día salen hasta en los papeles. Y porque no se acuerdan de la fuente Valverde, trocha que pasaron dormidos, una mañana del sol, cuando eran muy pequeños…

Por tierras de Segovia y Ávila, 1946 a 1952.
Puerto de Pollensa, Mallorca, septiembre de 1955.

Nota del editor

[1] El autor usa minúscula para todas aquellas voces que se substantivan en geografía física (*alfoz* de Paredes Rubias, *berrueco* del Bohoyo, *cabeza* Pelada, *cabezo* Castaño, *campos* Góticos, *cerro* del Berrueco, *fragüín* de Guijuelos, *garganta* del Cuervo, *hoya* Antón, *mojón* del Caramito, *olla* del Pino, *pico* del Águila, *puerto* de Chía, *puerto* del Pico, *sierra* de Ávila, *tierra* de Campos, *valle* del Tiétar) o en geografía política (*comunidad* de Ayllón, *sexmo* de la Sierra, *tierra* de Segovia, *universidad* de la Tierra), salvo en los casos en que la voz no determine el concepto del accidente físico (puerto de la *Peña* Negra, arroyo de *Prado Puerto*) o en aquellos otros en que aparezcan denominando entidades de población (*Casas* del *Puerto* de Villatoro, *Cuevas* del *Valle, Hoyo* de Pinares, *Garganta* del Villar, *Navas* del Marqués, San Martín de la *Vega, Venta* del Obispo, Villafranca de la *Sierra*). De los ejemplos aducidos y de los que pudieran colegirse de la lectura de este libro, se desprende que la misma voz aparece con mayúscula o minúscula, según se emplee como substantivo o común (cerro del *Berrueco, berrueco* del Bohoyo; puerto del *Pico, pico* Almanzor; universidad de la *Tierra, tierra* de Campos; tierra de *Campos, campos* Góticos; sexmo de la *Sierra, sierra* de Piedrahíta) o según constituyan, o no, entidad de población (*Venta* del Obispo, *venta* del Peseto). Aparece siempre en minúscula, el artículo que se hace anteceder a determinadas entidades de población (*la* Aliseda, *el* Barco de Ávila, *las* Navas del Marqués). El autor entiende por voces substantivadas en geografía física, aquellas que recoge Pedro de Novo y F. Chicarro en su *Diccionario de voces usadas en geografía física* (Real Sociedad Geográfica, Madrid, 1949) y llama entidades de población a las que, como tales, aparecen registradas en el *Nomenclátor de las ciudades, villas, lugares, aldeas y demás entidades de población de España formado por la Dirección General de Estadística con referencia al 31 de diciembre de 1940*.

Con respecto a las denominaciones que pudieran tener más de una

voz (Isabel la Católica, Cruz verde) en el bautismo de las calles, plazas, etcétera, el autor ha seguido un criterio ecléctico, aunque siempre tendente a hacer prevalecer las minúsculas; por lo común, el autor, salvo que se tratare de nombres propios, apellidos o apodos, solo emplea mayúscula para la inicial de la primera voz (calle de la *Cruz* verde, plaza del *Mercado* chico) dando por no existente el artículo; tan solo aparece el artículo, que entonces lo hace con su inicial como única mayúscula de la denominación, en los escasos supuestos en que su presencia, por la razón que fuere, se hace necesaria (calle de *La* vida y la muerte). Los tratamientos y títulos nobiliarios se dan en minúscula (calle del *duque* de Alba), salvo que aparecieren dando por sobreentendido el personaje al que aluden (calle del *Duque*). < <